Univ. of
Toronto
Library

COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO V

COLECCION SELECTA

DE

Antiguas Novelas Españolas

TOMO V

NOCHES DE PLACER

NOVELAS POR

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Reimpresas con una Advertencia

de

DON EMILIO COTARELO Y MORI

De la Real Academia Española

894 19
291758

MADRID, 1906

PUBLÍCALA LAS
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO
Travesía del Arenal, 1—MADRID

IMPRENTA IBÉRICA, POZAS, 12.—MADRID

ADVERTENCIA

La presente obra es una de las más raras de Castillo Solórzano, y de ella no hemos visto más que un ejemplar (procedente de la librería del insigne D. Pascual de Gayangos), que se custodia hoy en nuestra Biblioteca Nacional y es el mismo que imperfectamente se describe en el *Ensayo* de Gallardo, tomo segundo, número 1689.

Por esta razón, y por el gran número de piezas que contiene, le hemos dado preferencia, al reimprimir las del autor, después de la titulada *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares,* que forma el tercer volumen de esta colección de novelas escogidas.

Estampáronse las *Noches de placer*, por primera y única vez en Barcelona, por Se-

bastián de Cormellas, en 1631, en un tomo en 8.° (1); y ofrecen la particularidad de que cada una de las doce novelas que comprenden va dedicada á distinto sujeto, todos y cada uno caballeros de los principales de Valencia, donde á la sazón residía el autor.

Algunos, como D. Gaspar de Mercader, conde de Buñol, D. Diego de Vich y don Luis Castellá, tienen honrosa representación en la historia de nuestras letras, como poeta el último, como erudito el segundo y el primero como autor dramático y novelista en su *Prado de Valencia*.

Tres de las novelas contenidas en las *Noches de placer*, se reimprimieron en Zaragoza, por la Viuda de Pedro Verges, en 1649, en un tomo en 8.°, titulado: *Novelas amorosas de los mejores ingenios de España, dirigidas á D. Miguel de Zalvá y Val-*

(1) *Noches de | plazer. | En qve contiene doze Nouelas, dirigidas á diuersos | Titulos, y Caualleros de | Valencia. | Por Don Alonso | de Castillo Solorçano. | Año* (Escudo del impresor) *1631. | Con licencia. | En Barcelona, Por Sebastian de Cormellas | al Call. Ya su costa.*

Octavo, 218 hojas., signaturas A—Ee.—Port.; v. en blanco; *Indice, Aprob:, Lic., Pról., Introd., Texto.* Todos estos preliminares van reproducidos á continuación.

gornera, señor de las Baronías de Jorba y Vilanant, Caballero del Orden de Santiago. Y nuevamente se reestamparon al año siguiente (1650) en Barcelona, también en 8.° y con una segunda dedicatoria á D. Raymundo de Salvá (1).

Comprende esta colección las cuatro novelas de Lope de Vega, tituladas: *Las fortunas de Diana, La desdicha por la honra, La más prudente venganza* y *Guzmán el Bravo*, impresas todas ellas con mucha anterioridad, y estas otras que da sin nombre de autor: *Las dos venturas sin pensar, El pronóstico cumplido, La quinta de Laura* y *El celoso hasta morir.*

Tampoco supo á quién pertenecían el colector del tomo VIII de las *Obras sueltas* de Lope de Vega (impreso en Madrid en 1777), al incluirlas con las cuatro indubita-

(1) *Navelas | amorosas de | los meiores inienios de españa. | Dirigidas | a Don Raymundo de Salvá y de Car | dona, Señor de las Baronías de Saluá, Bisbal y Ortigues, en la Veguerío de Villa Franca | de Panadés.* (Escudo de armas). *Con licencia. En Barcelona en la emprenta administrada por | Thomás Vassiana, año MDCL.* 8.°, 4 hojas prels. y 371 páginas. Dedicatoria; aprob. de Fr. Antonio Ferrer | mínimo: 8 de Febrero de 1650; Texto.

das del *Fénix de los ingenios*, si bien comprendió que por «la diversidad de estilo, invención y otras circunstancias que se advierten entre las cuatro primeras y las demás, persuaden que sean de diversos autores.» (Pág. VI.)

Y efectivamente, como se ve ahora, las tituladas: *Las dos dichas sin pensar, El pronóstico cumplido* y *El celoso hasta morir*, pertenecen á la colección que hoy reimprimimos, y llevan los números de orden 1, 7 y 9; esta última con la ligera alteración en el título, que es el de *El celoso hasta la muerte.*

La otra intitulada *La quinta de Laura*, es también de Castillo Solórzano, y se halla bajo la rúbrica de *La quinta de Diana,* en el tomo del autor *Tiempo del regocijo y Carnestolendas de Madrid*, impreso en esta villa en 1627, como hemos manifestado en la biografía de Castillo que precede á la reimpresión de *La niña de los embustes.*

Aclaradas ya estas dudas y confusiones, poco tenemos que decir acerca de las novelas que siguen, que, en general, no nos parecen las mejores de Castillo, si bien algunas como *La ingratitud y el castigo*, *La*

fuerza castigada, *El celoso hasta la muerte* y *El premio de la virtud*, sostienen dignamente la competencia con otras muchas y buenas del mismo autor.

Las tituladas *Las dos dichas sin pensar*, *La cautela sin efecto*, *Atrevimiento y ventura*, *El pronóstico cumplido* y *El honor recuperado*, aparte de su grande inverosimilitud, cosa en que no reparaban los lectores del siglo XVII, son ingeniosas y algunas, como la primera y la última, escritas con vigoroso estilo y calor en la pintura de afectos.

Afean estas novelas los descuidos de lenguaje y estilo, repeticiones innecesarias, giros incorrectos, todo lo cual acusa una composición muy precipitada de la obra, que parece haberse dado á la imprenta sin ninguna lima.

Muchos de estos defectos corresponderán, sin embargo, á la tipografía. Probablemente, la obra se estampó estando ausente Castillo, y así salió plagada de erratas y desatinos. Algunos pasajes han quedado completamente ininteligibles, y, como es natural, así los hemos dejado.

Algo nos hemos ayudado de la reimpresión de 1649, para las tres novelas referi-

das; si bien lo mismo ésta que la de Barcelona de 1650, no son mucho mejores que la primitiva; cosa que ya advirtió (respecto de aquellas) el editor de las *Obras sueltas*, de Lope, al decir:

«Estas impresiones de las *Novelas* hechas en Zaragoza y Barcelona, salieron afeadas con muchísimas erratas, que se han enmendado cuidadosamente pero sin alterar el sentido ni violentar las cláusulas. Sólo en la página 357, línea 22 y siguientes de la novela VII *(El celoso hasta morir)*, se hizo alguna leve mutación en un período que sin duda estaba corrompido, pues decía antes: «Con esto levantaron una polvadera de ce»los en el buen Santillana, tal que como don »Beltrán pudo perderse en ella aunque no »discurría mucho, pudo en este lugar alar»garse á discurrir que él era defectuoso de »talle, corto de ingenio y esposo de una per»fecta hermosura celebrada con razón en su »lugar. Considerábase dueño de ella. Con »esta imaginación, etc.» Lo dislocado de estas cláusulas y la importunidad de introducir la persona de D. Beltrán, de quien no se hace mención en esta ni creo que en las demás novelas, dió motivo á la leve varia-

ción que ahora se halla para que tuviese perfecto sentido la oración.»

Olvidó el ilustrado colector de Lope, que la mención de D. Beltrán, no es sino un gracioso recuerdo del romance antiguo y anónimo (página 264, tomo I del *Romancero* de Durán, en la *Bib. de AA. esp.)*, que comienza:

Cuando de Francia partimos
hicimos pleito homenaje,
que el que en la guerra muriese
dentro en Francia se enterrase.
Y como los españoles
prosiguieron el alcance,
con la mucha polvareda
perdimos á Don Beltrane.

Como solo cuatro de estas son de asunto español, y aun en estas las referencias y alusiones históricas y de costumbres, son insignificantes, no hemos creído necesario anotarlas.

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
163	12	persuación	persuasión
169	5	danza	danzar
170	7	así	á sí
172	11	pricipicio	precipicio
»	15	este?	esto?
173	13	persuadido	persuadida
»	25	danza suya	dama suya
»	28	de un	de su
»	30	celebrado	celebrada
177	23	ésta	esta
»	24	tanto amor	tanto á amor
199	4	quien se llevase	quien llevase
»	5	teniendo	temiendo
202	4	errado	errada
207	29	novelas	novelar
211	12	demás	de más
»	24	acudieron	acudieran
»	27	en jugandole	enjugándole
213	6	dél el	de el
214	6	perono	pero no
215	21	tuvo	hubo
223	21	de tenerse	de detenerse
»	29	fama de lo	fama lo
225	4	dél	del
227	25	acortada	acordada
235	27	faltaban los	faltaban las
236	30	Gerardo	Fernando
237	16	seso	sexo
255	4	parca	Parca
262	5	beneficio en	beneficio. En
»	6	relación. Le	relación le
270	18	lo	la
277	1	músico	mágico
284	10	casa	caja
306	4	persuaciones	persuasiones
330	2	tus	sus
»	16	también	tan bien
345	13	expléndido	espléndido
350	8	parte	partes
351	23	criapos	criados
354	26	Azrráe	Arráez
373	28	que va	que ya
379	16	algunos	ningunos
»	25	que él la	que ella
421	19	pegaba	pagaba
»	28	ausentes	ausente
424	25	lo había	se había

NOCHES DE PLAZER

EN QUE CONTIENE

Doce Novelas, dirigidas á diversos Títulos y Caballeros de Valencia

POR D. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Año (Hay un escudo) 1631

CON LICENCIA

En Barcelona, Por Sebastián de Cormellas, al Call. Y á su costa.

LAS NOVELAS QUE CONTIENE ESTE LIBRO

SON LAS SIGUIENTES

1. Las dos dichas sin pensar.
2. La cautela sin efeto.
3. La ingratitud y el castigo.
4. El inobediente.
5. Atrevimiento y ventura.
6. El bien hacer no se pierde.
7. El pronóstico cumplido.
8. La fuerza castigada.
9. El celoso hasta la muerte.
10. El ingrato Federico.
11. El honor recuperado.
12. El premio de la virtud.

APROBACIÓN

Estas *Noches de placer*, que contienen doce novelas, por don Alonso de Castillo Solórzano, no tienen cosa por la cual se les deba negar la licencia para ser impresas y publicadas, como las demás de semejante composición, que han sido bien recibidas por la invención ingeniosa y el lenguaje elegante con que van adornadas, y nada desto les falta á éstas, que muestran bien ser hermanas de las que con aplauso han salido del mismo autor y corrido sin tropiezo por las manos de varones doctos hasta aquí. Este es mi parecer. En Barcelona á 2 de Febrero de 1631.

FRAY THOMAS ROCA.

Vista la relación del Pare Mestre Roca, se dona licencia pera que se imprima. Scabuy á 4 de Febrer 1631.

SEMMENAT, *Vicari general.*

Don Michael Sala Reg.

PRÓLOGO

Hallo que fué gran cordura la del primero escritor, que trató con respeto á los letores en sus Prólogos, pues á quien se le pretende captar la benevolencia, más se le obliga con esto que con la llaneza del tú, y si ésta usaron los antiguos fué porque los que escribían entonces eran personas provectas y de anciana edad, y como padres y maestros de enseñanzas trataban así á los mozos y menos experimentados que ellos. Esta edad apetece y admite divertimientos honestos para sobrellevar y divertir sus penalidades y trabajos; éstos los escriben sujetos mozos, propio efeto de su edad, que como nacidos en este tiempo le han tomado el pulso y saben lo que ha menester. Estos tales (que sacan cada día á luz parte de sus ingenios) no deben andarse con los letores á tú por tú, pues casi los más podrán ser sus padres, porque así la ancianidad como la juventud gustan de divertir sus cuidados, olvidando con esto el peso dellos. Mi intento (señor letor) fué que este libro hicies

esta operación: sale á luz y pónese en sus manos de v. m., si no con nueva introducción de otros que he escrito deste género, como variedad de novelas; esto pide este tiempo; quiera Dios sea manjar á su gusto y no ocasión de andar á menos costa bien entalladas las damas con lo barato de los cartones. Ampare v. m. estas Noches de placer, *y si no se lo parecieren, cierre el libro y acomódese á dormirlas hasta que salga el sol y le den los buenos días.*

VALE.

INTRODUCCIÓN

Barcelona, insigne y antiquísima ciudad, Metrópoli del Principado de Cataluña, ilustre por sus suntuosos y ricos edificios, célebre por sus nobles y claras familias, estimada por sus agudos y sutiles ingenios, y, finalmente, aplaudida de todo el orbe por sus hermosas y bizarras damas, era patria de don Gastón Centellas, caballero de lo más noble della. Era viudo, y padre de las dos más hermosas damas de la Europa, en particular la mayor, llamada doña Laura, que por ser tan en extremo perfecta, era llamada, por antonomasia, la *Venus de Cataluña.*

El segundo lugar daban á doña Andrea, su hermana, en la hermosura, y el primero en las gracias de cantar y danzar; en que sumamente eran estas dos damas tan extremo queridas de su padre, que con haber enviudado en edad que pudiera casar segunda vez, no lo quiso hacer por no dar madrastra á sus hijas, sino vivir alegre y contento en su compañía, viendo que la juven-

tud de los caballeros de Barcelona deseaban el empleo destas damas, compitiendo en servirlas lo más noble y rico desta ciudad.

Llegóse la más celebrada y alegre noche de todo el año, en que la segunda persona de la Santísima Trinidad, habiendo tomado carne humana en las entrañas de la Virgen pura, salió della como divino Sol universal, redención nuestra. Esta noche quiso el anciano don Gastón que sus amigos y deudos, con sus mujeres é hijas, hiciesen colación en su casa, y prevenido lo necesario, con mucha puntualidad, juntos los convidados, así damas como caballeros, les fué servida una suntuosa colación de gustosas ensaladas, olorosos dulces y exquisitos géneros de frutas que pudo haber en aquel tiempo. Alzadas las mesas se trató entre todos cómo se entretendrían aquellas Pascuas gustosamente, y tomando la mano para hablar la hermosa doña Laura, dijo:

—Con vuestra licencia me parece proponer el modo de vuestro divertimiento, sujeta á la censura y enmienda si no fuere tal la proposición. Mi parecer es que estas cuatro noches de las fiestas desta Pascua, con las de los días del año y Reyes, se pasen desta manera. Que juntos todos los que aquí nos hallamos, se señalen cada noche caballero y dama para que en oposición refiera cada uno una novela, maquinada de su ingenio, que deleite á todo el auditorio, y que

antes y después dellas se sazonen con músicas y bailes: con que será bastante entretenimiento para cada noche, que yo espero serán de modo que merezcan el título de *Noches de placer*.

A todos les pareció bien lo que la hermosa doña Laura propuso; y dispuestos á seguir su orden, quedaron todos de concierto de acudir la noche siguiente, convidados por don Gastón, á cenar como las demás noches. Con esto, oyendo tocar á maitines, se despidieron los unos de los otros, acudiendo á oirles á la iglesia con que más devoción tenían.

Noche primera.

Ya había el padre de la luz dado fin á su cotidiano curso en el ártico polo, para comenzar el del antártico, y la obscura noche tendía su negro manto sobre la tierra, cuando los caballeros y damas convidados por don Gastón Centellas acudieron á su casa, donde fueron recibidos del y sus hermosas hijas, con mucho gusto fueron ocupando una anchurosa sala colgada con ricos paños flamencos; los caballeros tomaron sillas, y las damas almohadas en un dilatado estrado, y habiendo don Gastón prevenido diestros músicos, cantaron á cuatro voces, para dar principio á la fiesta, estas canciones:

Laura, cielo abreviado;
del mismo dios de amor divino empleo;
término del cuidado;
objeto amable, gloria del deseo;
beldad tan prodigiosa
que es de la libertad cárcel hermosa.
Centro del pensamiento;
poderosa deidad no resistida;

hechizo el más violento,
que en favor y en desdén da muerte y vida,
forzando el albedrío
brioso aliño, y aliñoso brío.
Esos hermosos ojos
con más fuerza que amor con sus arpones
acrecientan despojos
aprisionando libres corazones,
suya cierta vitoria
amor aplaude con eterna gloria.
Ninfas del mar undoso
prevenid, fabricad á esta hermosura,
solio majestüoso,
digna y grave mansión de su luz pura,
pues habéis advertido
que sola Laura rinde, no Cupido.

Había escrito estas canciones á la hermosa doña Laura un caballero apasionado suyo, que estaba en aquella holgura; á todos parecieron bien. Cesó la música, con que dió lugar á que doña Laura diese principio á su entretenimiento, y habiendo en un breve exordio pedido perdón á todos, comenzó esta *Novela*, sentada en un lugar donde podía de todos ser oída.

Las dos dichas sin pensar.

Á don Gaspar Mercader, conde de Buñol y señor de las Baronías de Siete Aguas.

De justicia se le debe á V. S. la dirección de las primicias deste nuevo trabajo mío, en reconocimiento de los favores que hizo á los que me dictaron las musas del Turia en mi *Lisardo,* calificándole con leerle y honrarle con su aprobación.

Ofrezco á V. S. *Las dos dichas sin pensar,* que parece en el título suceso de aquellos cándidos tiempos de la edad dorada, en quien las dichas buscaban á los hombres, y no de estos de la de hierro, que aun buscándolas no las hallan. De V. S. se puede esperar la dicha de su favor en esta *Novela,* sin pensar que lo pueda merecer su grosero estilo; á sus manos [va] á ponerse debajo de su patrocinio, en la vanguardia de las que la siguen, para que tal protector la defienda destos críticos. Guarde Dios á V. S. como desseo.

Servidor de V. S.

Don Alonso de Castillo Solórzano.

NOVELA PRIMERA

Una obscura y tenebrosa noche del encogido y erizado invierno amenazaba con densos nublados y furiosos vientos copiosas plumas, cuando en las faldas de las montañas de Jaca, donde es menos áspera y fragosa la tierra, pues en ella hallaban pasto entre sus carrascas y malezas, ligeras y trepadoras cabras de gruesos rebaños que allí había, aumentaban la confusión entre las obscuras sombras ladridos de perros, vigilantes guardas de aquellos ganados, substituyendo entonces las de sus pastores, pues en encerrados apriscos cercanos á bien reparadas chozas les tenían reparándose de la inclemencia de las aguas que prometía el lóbrego seno de la tempestuosa noche. Dilatado tesón en su inquieto ladrar tenían los valientes animales, congregados en cierta parte áspera de aquel distrito, tanto que obligaron á que sus dueños dejasen sus albergues, temerosos por la ferocidad de los voraces lobos (que en aquellas montañas había) no hubiesen hecho algún notable daño en sus rebaños, y así, tomando encendidas teas (rústi-

cas antorchas del campo), salieron á averiguar la inquieta confusión de sus perros de qué procedía. Reconocieron solícitos aquellos contornos, y en un sitio cosa de dos tiros de ballesta de una senda que se juntaba media legua de allí con el camino real que iba á la ciudad de Jaca, que cercaban altas encinas, descubrieron con las luces la causa del referido alboroto, hallando tendida en tierra una hermosa mujer sin sentido alguno, procedido esto de una heridas que reconocieron tener en el pecho, de las cuales le había salido gran copia de sangre, de que tenía cubierto el suelo. Llegó, pues, aquella rústica gente á ver si tenía vida, y con el rumor de su llegada volvió en su acuerdo, con que se alegraron mucho; procuraron animarla para poderla llevar á su rancho; mas era tanta su flaqueza, que no se atrevieron á moverla por ser trecho largo y temer no se les desmayase en el camino otra vez. Ella, más en sí, viendo lo que querían hacer, sin hablarles palabra (por no dar á esto lugar su grande flaqueza), les señaló con el índice á cierta parte á un lado de donde estaba, y acudiendo allí, hallaron un cofrecillo de ébano y marfil que alzaron del suelo, siendo el peso dél mayor que su pequeñez prometía; con él volvieron á la presencia de la hermosa dama, y con otra seña como la que antes les había hecho, les señaló que fuesen hacia el otro lado. Obedeciéronla, y á trecho de poco menos que treinta pasos, sintieron rumor

entre las ramas, con que se alborotaron los pastores; mas las luces que llevaban les aseguraron del susto, descubriendo que quienes causaban aquel rumor eran dos rocines que estaban atados á dos robustas encinas; cerca del uno hallaron un joven de poca edad, bien vestido, muerto, en el suelo y bañado todo en su misma sangre. Tenía en la última herida que le habían dado metido un cuchillo, con que se había hecho aquel cruel sacrificio; cerca dél estaban tendidos unos manteles y viandas como que habían merendado. Pusieron el cuerpo sobre un rocín de los dos, y con él volvieron donde estaba la dama; y probando á querer ponerla en el otro rocín, no fué posible tener ánimo para ir en él, con que fué fuerza sacar cuchillos de monte y cortar unos palos, con que hicieron brevemente un artificioso modo como andas en que pusieron á la herida; y así, en hombros de cuatro cabreros, fué llevada á la mejor choza que tenían, adonde uno de los pastores (el más anciano) con unas yerbas que le aplicó á las heridas la pudo restañar la sangre brevemente; con esto, y ligárselas abrigándola, se entretuvo hasta que á la mañana trataron de llevarla de allí.

Eran estos cabreros criados de una señora dueña de una granja que estaba cerca de allí, adonde acudían dos veces cada semana por la provisión de su comida; y allí (á gobernar esta hacienda), en ciertos tiempos del año, se venía de

la ciudad á asistir en esta granja. Acudieron á darle aviso de lo que había sucedido aquella noche; compadecióse la piadosa señora desta desdicha, y mandó se pusiese luego un carro de los de su labranza, entoldado, en que fuese traída la dama á ser curada á su casa; con él partió un criado suyo que servía en este ministerio. Llegando, pues, á la falda de la montaña, halló que hasta ella habían bajado con la herida los piadosos cabreros, en la misma forma que la noche antes fué llevada de donde la hallaron hasta su choza; pusiéronla en el carro, y queriendo, juntamente con ella, llevar el cuerpo de aquel malogrado joven, la dama no se lo consintió, y así fué llevado en uno de los rocines hasta la granja, para darle, en llegando, sepultura en una ermita que cerca della estaba, donde se decía misa todos los días de precepto á la gente que allí asistía.

Llegados que fueron á la granja salió á recibirlos doña Dororea, que así se llamaba su señora, la cual, viendo la herida, no pudo de compasión abstener sus lágrimas que no manifestasen el sentimiento de verla así, aun sin conocerla. Fué luego llevada á su cuarto, donde, desnuda de sus vestidos, la pusieron en una mullida y regalada cama, en que cobró algún alivio, agradeciendo más con señas que con razones el favor y socorro que recibía. Había doña Dorotea (luego que supo de sus cabreros esta desgracia) des-

pachado un criado suyo en un andador cuartago á Jaca por un médico y un cirujano; y así, en breve tiempo (por ser cerca de allí) vinieron, con cuya presencia se alentó la dama sumamente. Vieron las heridas y halláronlas más penetrantes que quisieran, y asimismo muy enconadas por haber estado la noche antes muy desabrigadas y sin cura; hiciéronle la primera, con poca confianza que tuvieron de su vida; así lo entendió dellos doña Dorotea, lastimada de ver que tan tiernos años con tanta hermosura se malograsen. Rogó encarecidamente al médico y cirujano que no dejasen de venir cada día con puntualidad á curar á aquella dama, hasta que Dios dispusiese de darle vida ó quitársela, ofreciéndoles muy buena paga por su trabajo; ellos prometieron servirla con mucho gusto, con que continuaron el visitarla por ocho días. Doña Dorotea no salía del aposento de la herida, asistiendo en él con sus criadas á su regalo, hablando pocas palabras con ella, por no hacerla daño á la cabeza, que así se lo habían encargado los que la curaban, temiendo no le sobreviniese algún nuevo accidente; mas con toda su flaqueza, la forastera, con pocas palabras y muchas demostraciones, agradecía el favor y agasajo que recibía de doña Dorotea.

Veinte días habrían pasado después de la desgracia, y en ellos asistido médico y cirujano á su cura, bien pagados, cuando manifestaron es-

tar ya fuera de peligro la dama, por cuyas alegres nuevas recibieron de doña Dorotea muy buenas albricias; cobró nuevo aliento la enferma, y de allí adelante, con la mejoría que cada día hallaban en ella, recuperó su salud, no permitiendo el cielo que juventud tan florida la marchitase la muerte. Convaleciendo estaba todavía en la cama, agradeciendo cada día con muchas exageraciones el desvelo y cuidado que doña Dorotea tenía con su regalo, cosa que ella hacía con mucho gusto, porque la piedad de un generoso pecho y la afabilidad y agrado de la dama herida la obligaban á tenerle mayor.

Un día que se hallaron á solas quiso doña Dorotea saber de la dama, con más fundamento que hasta allí, su desgracia y la causa della, y así, la dijo estas razones:

—Hermosa señora (cuyo nombre aún no sabemos los desta casa), vuestro mal nos ha tenido en tales términos hasta ahora, que más hemos tratado del cuidado de serviros en orden á vuestra salud, que de inquirir de vos la causa de haberla perdido por tan desgraciado suceso como han manifestado vuestras peligrosas heridas; ya que el cielo, por sus secretos juicios, ha permitido que de su peligro estéis libre y que en breve esperéis restituiros en vuestro primero vigor y fuerzas, quiero suplicaros, por lo que me debéis haber deseado veros en este estado, que yo sepa quién sois, vuestro nombre y cómo ve-

nisteis á veros en tan notable peligro, en esta tierra y en parte tan fragosa, y quién era el joven difunto que tan cerca de vos perdió la vida, que en ello recibiré particular favor.

Calló aquí doña Dorotea aguardando respuesta á su justa petición, que le dió la dama herida de esta suerte:

— Cuando tantas obligaciones con que me hallo (que son no menos que la restauración de mi vida), no os debiera al ser quien sois y á la discreta cortesía con que lo pedís, era forzoso corresponder, sirviéndoos en daros en esto gusto, aunque el tiempo que durare mi relación yo no le tenga, acordándome de los trabajos que por mí han pasado, que en breve tiempo no han sido pocos.

Encorporóse con esto en la cama, y tomando un abrigo, prosiguió su discurso así:

—Aquella ciudad, cabeza deste reino, que bañan las aguas del caudaloso Ebro, sagrario de tantos cuerpos, de santos que en ella padecieron martirio, estancia donde la Emperatriz de los cielos bajó á hacer la Corte Celeste acompañada de alados serafines, hasta el breve sitio de un dichoso pilar, es mi patria. Nací de padres ilustres (cuyo apellido sabréis después); inmediata heredera de un cuantioso mayorazgo, después de la muerte de mi padre, cuya única hija soy, faltándome el amparo de mi querida madre, en lo tierno de mi edad. A los diez y seis años de la

que tengo llegaba (que serán dos más), cuando en las conversaciones de mis amigas, oyéndolas tratar de sus amorosos cuidados, ya temerosas de las mudanzas de sus galanes, ya con celos de verlos inclinados á nuevos empleos, y ya ofendidas de la tibieza de sus festeos, hacía donaire de todas, hallándome libre de las doradas flechas de Cupido, cuya libertad estimaba en mucho por verme sin aquella penosa pensión con que las veía en continuo desvelo padecer. Pues como en mí viesen libre despejo para hacer burla de su cuidado y atrevida osadía para acusar su facilidad, recatábanse de tratar destas cosas delante de mí, si bien un día que les satirizaba esto, me dijo una dellas (ofendida de mi corrección):

—¡Plegue á amor, altiva Emerenciana, (que este es mi nombre) que presto te veas de suerte que apruebes amante lo que ahora acusas libre!

Oyó Cupido su petición, ofendido que blasonase tanto de libre de sus flechas una flaca doncella, cuando su poder había rendido robustos y valientes pechos de invencibles héroes, siendo ejemplos de esto el nazareno Sansón, el tebano Hércules y otros muchos, y así dispuso su venganza deste modo.

Por la fama de las buenas comedias que traía una lucida compañía de representantes que vino á Zaragoza, acudía toda la ciudad á oirlas; de suerte que no toda la gente principal (hablo de

mujeres) podían en público verlas por el concurso grande que había y la dificultad de hallar aposentos, deseando todos ver el primero día de comedia nueva, por el cuidado particular con que se representa siempre, en una que se había echado el día antes, con satisfacción de que era buena, así por ser de *La mayor hazaña de* la cesárea majestad del emperador *Carlos Quinto,* en su retirada al monasterio de Yuste, renunciando el imperio en su prudente hijo Filipo Segundo, como por el que la escribió, que es el claro y agudo ingenio de don Diego Ximénez de Enciso, veinticuatro de Sevilla. Me hallé sin aposento en que verla ni quien me le prestase; comía aquel día conmigo una amiga mía en casa, y sentí mucho no agasajarla del todo con este gustoso divertimiento, y así vió en mí un disgusto que me tenía sin sazón para entretenerla. Era de buen despejo, y díjome que pues había faltado á la autoridad, decente lugar para tener este gusto, no le perdiésemos con el embozo en la general estancia de las mujeres. Como me salió á esto, no quise perder la ocasión, y así, con los vestidos ordinarios de nuestras criadas, nos compusimos, y disfrazadas fuimos á la comedia, acompañándonos dos criados míos, que les vino á medida de sus deseos esta invención, estando antes muy fuera de ir á su comedia. Fué suerte hallar razonable lugar, según había concurrido la gente. Vimos la comedia gustosamente, que

fué mayor que su fama. A la salida della, por el peligroso paso donde está la juventud, ya esperando sus conocimientos, ya buscando los nuevos, pude descuidadamente alzar la basquiña de encima y descubrir debajo un bordado faldellín que traía, que llegó á ver don Gastón, caballero mozo y principal en aquella ciudad. Este (según después supe dél), reconociendo en mi haber más fondo so el exterior y humilde traje que prometía, quiso (llevado de su curiosidad) conocer quién era, y así nos fué siguiendo. Como vimos lo que hacía, temiendo ser conocidas dél, nos fuimos por desusadas calles, por si podíamos escaparnos de su vista; mas él iba con tanto cuidado, que presumiendo esto apresuró el paso; de manera que alcanzándonos dijo estas razones:

—Poco les debiera el deseo á la solicitud y cuidado si en lo que apuesto su efecto no lo consiguiera, que es hablaros, embozadas señoras, y ofreceros mi persona para lo que en vuestro servicio se os ofreciere. Yo he salido de la comedia en vuestro seguimiento, llevado de mi curiosidad que me inclinó á seguiros, por haber presumido de las dos ser más en lo oculto, que lo que manifiestan los exteriores adornos. Si no os disgustáis de mi ofrecimiento, os suplico merezca acompañaros.

Parámonos en el fin de su plática mi amiga y yo, tomándome el primer lugar de hablarle, y así le dije:

—Señor don Gastón, cuanto á lo primero, venís engañado si pensáis que en nosotras hay más que lo que descubre vuestra vista en nuestro ornato; esto es lo más lucido que tenemos para las mayores festividades del año, y por eso venimos de embozo por dar á la continua labor en que nos ocupamos algún día vacación. Si pensáis divertiros con personas de partes, y habéis eso juzgado de las dos (no sé con qué fundamento), yo os desengaño con certeza porque dejéis la empresa, pues en haberla intentado sólo se os ha seguido en quedar con opinión para con las dos que carecéis de empleo, pues en esto gastáis el tiempo en balde, y es cosa nueva en un caballero de vuestro porte que estéis tan libre de pensamientos, que queráis ponerlos en tanta humildad como véis.

—Cuanto á confesaros que vivo sin empleo que me dé cuidado (dijo él), yo os lo aseguro, pero no de que me hallo al presente sin el de conoceros después que tanto os humilláis, cuando os veo en traje tan hipócrita, que manifiesta la pobreza, encubriendo los bordados; tened más cuenta con lo que traéis vestido, y creed que me tengo por tan de buen gusto, que no siguiera cosa que no me pareciera merecer más que mis pasos y cuidado.

Mucho sentí que mi descuido hubiese manifestado el encubierto faldellín en que fundó don Gastón el seguirnos; pero quise con todo darle salida á esto, diciéndole:

—Nadie hay tan descuidado de sí que no procure dar realces á su estado y dejar dudosas las opiniones dél cuando se determina á salir de embozo; digo esto, porque ¿qué sabéis vos si yo soy mujer de algún corredor, y este faldellín que traigo y me habréis visto quiero que pase por mío al descuido, porque me tengan por más de lo que soy?

—Todo puede ser (dijo él); mas, por ahora, yo estoy de parte de creer lo contrario; y así, si merezco para con vos algo por este nuevo cuidado que ya me debéis y me ha dado el veros hablar también, os suplico que merezca ver vuestros rostros, y en particular el vuestro (dijo mirándome), que de mi silencio podéis fiar no saldré de lo que gustáredes.

—A eso salimos puntualmente (dije yo), á que vos nos conociérades, y así fuera fácil hacer lo que me pedís si tuviera licencia de mi compañera; pero yo sé que no me la dará, y así quedaré desairada en pedírsela por daros gusto.

—Yo se lo suplicaré (dijo él) con humildad y cortesía si una y otra valen para con ella.

—No creo que nada aprovechará (dije yo).

—Todo lo adivináis (replicó él) en daño mío; ya os miro con intento de no hacerme bien por hoy.

—Así es (dije yo); otro día podéis esperar en que esté mejor templada, que en éste temo mucho á mi esposo, y así no os doy gusto en lo que

pedís; cuando le tenga ausente seréis servido.

—Bien me consoláis (dijo don Gastón); lo que de aquí saco es que después de haber visto la comedia, que es á lo que salisteis de vuestra casa para divertiros, lo queréis hacer ahora á mi costa; bien pienso que no tenéis esposo á quien temer, porque vuestro estado aún no le ha admitido, según presumo.

—Mal gastáis vuestro dinero en lidias (le dijo mi amiga), pues tanto os desviáis de lo cierto; dadnos licencia si gustáis y hacednos merced de no pasar de aquí, porque no queremos ser conocidas de vos.

—Más quisiera (dijo él) que no hubiérades hablado, pues habiendo tenido silencio hasta ahora, lo que habéis dicho es que os despedís y me mandáis quedar; mejor me va con la compañera, que si no concede con lo que suplico, por lo menos no se despide tan determinadamente.

—Soy yo más cortés (le repliqué) pero ya que ella os ha dicho que es hora de volver á nuestra casa, de nuevo quiero fiar de vuestra cortesía que os quedéis en este puesto sin ser curioso en seguirnos, dándoos palabra que otro día nos veáis y que os buscaremos cuando menos lo penséis.

—Con esa promesa (dijo don Gastón) os obedezco, prometiéndoos de pedir á un amigo poeta unos versos que os celebren lo que he oído, que es vuestra discreción.

—Pondrá mucho de su casa (dije yo); pues lo que habéis oído no merece esos honores; pero consolaráse el poeta con no ser el primero que habrá mentido encareciendo, ni lisonjeando ponderando.

Con esto le dejamos en aquel puesto y nos fuimos á casa; pero no anduvo tan descuidado don Gastón que no nos hiciese seguir á un criado suyo; el cual, volviendo á él, le dió razón de quiénes éramos, porque no conociéndole, nos descuidamos en descubrirnos en el zaguán de mi casa, al tiempo que él entró á preguntar por cierto criado de mi padre. Confieso, señora mía, que aunque había visto á don Gastón algunas veces, nunca le miré con tanto cuidado como ésta, que me pareció su persona bieu, con algunos principios que desde entonces tuve de inclinación.

Era don Gastón hijo segundo en su casa, con pocas haciendas que heredó de sus padres y lo que le daba de alimentos su hermano mayor, que entonces estaba ocupado (y hoy día lo está) en un cargo de regente de Vicaría que le había dado en Nápoles el virrey que gobierna aquel reino; pero con lo poco que este caballero poseía andaba siempre muy lucido y era muy bien mirado de todo Zaragoza.

Lo que restó de la tarde lo pasamos mi amiga y yo en hablar de la comedia y de don Gastón, alabándome ella las partes deste caballero, con que se declaró más mi inclinación ocultamente.

que no era bien dar tan presto muestras de ella á la amiga, que era de las amarteladas á quien antes reprendía. El día siguiente era de fiesta; y ocupando yo una ventana baja de mi casa, pasó don Gastón por la calle á caballo, acompañado de otros dos caballeros amigos suyos; vióme, y habiéndome saludado con la cortesía ordinaria, pasó la calle con los demás, no perdiéndole yo de vista en cuanto pude, y él volviendo asimismo á mirarme con disimulación, por causa de los que le acompañaban; cosa que yo noté muy bien.

Ya el amor iba con la segunda vista comenzando á vengarse de mí; pues ya sentía pena de que don Gastón se hubiese quedado sin saber quién yo fuese, que me holgara no hubiera sido tan obediente en quedarse sin seguirme el día en que salí de la comedia. En estos pensamientos pasé toda la tarde á solas, cuando al tiempo que me quería quitar de la ventana por querer anochecer, siento ruido de caballo, y espero cuidadosa de si sería don Gastón; presto salí del cuidado, pues por una calle que salía á la principal, en que hacía esquina la ventana donde estaba, veo que viene, y emparejando con ella (por llegar en ocasión que no había gente en la calle), me dijo parando el caballo:

—La promesa que os hice, hermosa señora, cumplo con esos versos que os he hecho; no os ofendáis de que os haya conocido, que si me ajusté á la ley de la obediencia en no seguiros,

púdolo hacer un criado mío; pues pareciera desaire en mí haber dado muestras de cuidado y quedarme con él cuando el cielo me guarda esta dicha.

No hubo más lugar (por pasar entonces gente) que arrojarme un papel dentro de la ventana, que por ser baja, lo pudo hacer con facilidad, y partió de allí sin poderle dar respuesta alguna. Yo, no viendo la hora de ver lo que en el papel había, pedí una luz y leí un bien escrito romance.

No quiso doña Dorotea que pasase adelante con la relación sin que se le dijese si le sabía de memoria.

—No quisiera (dijo doña Emerenciana) tener tanta, pues para lo que falta de mi historia veréis cuán bien me estuviera; este fué el primer papel que de don Gastón recibí, las primeras alabanzas que me dijo por escrito; de creer es que las tendré bien en la memoria. y así porque me lo mandáis las referiré. El romance era éste:

Deidad cubierta de un velo
con quien quiso el Niño Dios
para acumular deseos
dar á sus rayos prisión.
¿De qué sirvió dar clausura
á tan divino esplendor,
si para rendirme tiene
libertad la discreción?
No es de menor potestad

un discurrir superior,
que dos hermosos luceros
émulos del claro sol.
Toda perfecta hermosura
no lo es si le faltó
el don del entendimiento,
del donaire la sazón.
Supuesto amor lo que oís,
bien es quejarme de vos,
que manifestáis el daño
y ocultáis el agresor.
Vencimientos de advertidos
ganan mayor opinión;
porque de los descuidados,
¿qué victoria se perdió?
¡Oh tú, sujeto encubierto,
de Cupido agudo harpón,
si avaro de tu belleza,
pródigo de tu rigor!
Si dado en taza penada
tu veneno se gustó,
¿cuál será en vaso sin pena
patente tu perfección?
¿Qué podrán hacer las damas
(substituta del amor),
si el socorro del donaire
por verse en ti les faltó?
Cédame gloria el Petrarca,
Apolo me dé favor,
pues á más discreta Laura,
tan dignos aplausos doy.

Mucho me holgué con el romance de don Gastón, declarándose un poco más mi voluntad en

su favor, que no pude menos conmigo que comunicarle con una criada mía á quien quería bien. Ella, ó por lo que podía interesar con don Gastón en ser tercera destos amores, ó por inclinación que á su persona tuviese, me persuadió á que le hiciese favores si perseverase en servirme, pues era caballero don Gastón digno de ser estimado. Con esto dormí poco aquella noche, inquietándome este nuevo cuidado y resuelta á seguir el consejo de mi criada, que era la que ya disponía de mi voluntad. Ofrecióse dentro de ocho días ocasión para verme con don Gastón en un sarao de unas bodas en casa de un caballero amigo de mi padre, adonde danzó conmigo, y después tuvo lugar (acabada la fiesta) de hablarme á solas, en que me significó cuanto deseaba servirme, aficionado á mis partes. Agradecíle sus deseos; pidióme licencia para festearme en público, y díselа con mucho gusto.

Desde entonces comenzó á servirme, hallándose en las partes donde yo estaba, cosa que no llevaba bien mi padre por tener diferentes intentos, que era casarme con un caballero, primo mío, el hombre que más aborrecido tenía desde que le conocí este deseo; porque este caballero, con saber la voluntad que mi padre le tenía, y no ser yo de las personas que podían ser olvidadas por presencia y partes, igualándole en calidad y aventajándole en hacienda, trataba más de frecuentar la casa del juego que no la de mi

padre, con tener en ella franca entrada á todas horas como deudo, cosa que otro estimara mucho. Escribíamonos don Gastón y yo; de suerte que ya estaba asentada muy de veras nuestra correspondencia, queriéndole yo muy bien, y él correspondiéndome muy fino.

Sucedió, pues, que un día se hallaron don Gastón y mi primo en una casa de juego, donde sobre una diferencia dél tuvieron palabras, y della resultó el salir á la calle á acuchillarse. De la una parte y la otra se hallaron caballeros amigos de los dos; con que sacadas las espadas la pendencia se acriminó más de lo que fuera si los dos de la diferencia riñeran á solas. Hubo algunos heridos, y entre ellos lo salieron don Gastón y mi primo, don Gastón en la cabeza, de una herida pequeña, pero mi primo en una pierna de una grande herida. A no haberse hallado tantos á este disgusto, creyera mi padre (ausente dél) que había sido por competencia de amores, siendo yo la causa dél, porque sin estar bien informado de cómo había sucedido, me dijo muchos pesares en orden á lo poco que favorecía á don Guillén, que así se llamaba mi primo, y que nuevo cuidado me debía de estorbar el hacerle favores. Yo le signifiqué cuán poco caso hacía mi primo de mí, cuando otro estimara verle á él inclinado á hacerme esposa suya, pues de la parte de los galanes debía ser más fomentado el festeo, y no sucedía así, que no se admirase

verme tibia con él, pues él lo estaba conmigo.

Era mi padre hombre de la primera aprensión; falta que tienen muchos de buenos entendimientos, y aunque le tenía muy claro, esto venía á ser defecto en él. De haber visto á don Gastón pasear la calle, darme algunas músicas, acudir á los saraos donde me hallaba, danzar conmigo y otras acciones de enamorado, presumió haber afición en los dos y conformidad de voluntades; y con esta pendencia que entre los dos hubo se imaginó haber procedido por mi causa; pero con más dilatada relación del disgusto, se quietó, aunque no la mala voluntad que á don Gastón tenía; que en todas las ocasiones que en casa se ofrecía hablar de él, no se le mostraba afecto, censurando sus cosas, en particular el estarse en Zaragoza, siendo hijo segundo, hallándose su hermano en puesto que le podía aventajar. En esto tenía razón; pero mi amante gobernaba la hacienda de su hermano y no quería dejarla en poder de quien le diese mal cobro de ella, por asistir junto á él, que sabía que esto le servía de disgusto.

Curáronse los heridos, haciendo luego entre ellos las amistades, personas que se metieron por medio; quien más mal librado salió de la cuestión fué mi primo, por quedar cojo de la pierna derecha por haberle cortado los nervios del juego de ella. Bien se dejaba creer que no fué quien hizo el daño don Gastón, pues acometiéndole

cara á cara como siempre estuvo, no le podía herir por detrás; alguno de los que en la pendencia se hallaron quiso vengarse con tan infame acción. Mucho sintió mi padre verle con esta manquedad, y mi primo se desesperó de tal suerte, que se fué una noche de Zaragoza, sin haberse sabido más de él hasta hoy.

Con esto quedé con más aliento para ser servida de don Gastón, aunque á mi padre, desde aquel día que mi primo se ausentó, siempre le vi con un continuo disgusto, mostrándome menos amor. La frecuencia de finos papeles que de don Gastón tenía, con que me iba obligando más cada día, y el mucho amor que por ellos le conocí tenerme, me dipusieron á favorecerle más de cerca, dándole entrada en casa de noche. Continuó algunas (habiéndose antes desposado conmigo), y las que me vió no salió de los límites de la compostura, aun en los que lícitamente la licencia de esposo le permitía, cosa con que me obligaba más.

Una noche que mi padre estaba despierto por cierta indisposición que tenía, sintió pasos cerca de mi aposento, y estuvo con atención á ver qué sería. Obligóle oir mayor rumor á cuidar más de su casa, y así se levantó quietamente y salió de su aposento á otro más afuera; donde puesto á una ventana dél, que salía á la calle encima de una puerta falsa, vió salir por ella á don Gastón, que conoció bien con la claridad de la luna. Vol-

vióse á la cama, y con no pequeña inquietud aguardó en ella hasta la venida del día, considerando ver perdido el honesto recato de su casa por mí; porque con las sospechas que tenía de que don Gastón me festeaba de secreto, después de la pendencia con mi primo, aprendió que me había gozado. Aguardó, pues, á que yo me despertase, y entrando en mi aposento, habiendo despejado dél primero á mis criados, se quedó á solas conmigo, y luego, perdido el color del rostro, sacando una daga contra mí, me dijo estas razones.

—Este acero, infame y desobediente hija, te quitará en breve la vida si de plano no me confiesas quién salió anoche cerca del día desta casa.

Cuál yo quedé con esta acción y con lo que oía á mi padre, bien lo podéis juzgar, hermosa Dorotea. Turbéme de modo que apenas acerté á pronunciar razón con concierto, cosa que acrecentó más el enojo á mi padre viendo que mi turbación confesaba mi culpa. De nuevo volvió á amenazarme, declarándose más conmigo, diciendo:

—¿Piensas, aleve Emerenciana, que no conocí anoche á don Gastón, tu galán, que salía desta casa? De nuevo te amonesto que ejecutaré lo que dicho tengo si no me confiesas lo que hay entre los dos; advierte que te estará mejor confesármelo que negarlo.

Brevemente discurrí (animada con esta última razón) en que don Gastón era caballero principal, igual mío en sangre, persona de buenas partes, y que confesado el delito esperaba (como única hija) perdón de mi padre, casándome con él, y así me animé á decirle que yo estaba desposada con don Gastón, y que en fe de eso le había dado entrada cuatro noches, pero con el recato que debía á quien yo era, pues no se había descompuesto á nada, aguardando á que fuertes medios acabasen con él que viniese en este casamiento.

Apenas le hube dicho esto, cuando con la misma amenaza de matarme me dijo que quién en su casa era tercero de los papeles que nos escribíamos; yo le dije que un pajecillo suyo que le nombré.

—Pues conviene (dijo él) que luego hagáis lo que yo os mandare, que me importa.

Tomó recado de escribir, y marginándome el papel, me forzó, con la misma daga en la mano, á que escribiese estos breves renglones:

«Esposo de mi vida: Mi padre ha salido hoy á una quinta que tiene media legua de aquí, y se ha de quedar allá esta noche; habrá cómoda ocasión para que con menos recelo vengáis á verme á la media noche, por dar lugar á que estén recogidas mis criadas; y por hallarme ocupada en su partida y haber de veros presto, no soy más larga. El cielo os guarde. Vuestra esposa.»

Cerró el papel, y haciendo que yo llamase al pajecillo, se escondió detrás de mi cama, habiéndome mandado que le diese el papel sin innovar más que cuando le daba los otros. Así lo hice, no poco temerosa de que aquellas prevenciones no eran en mi favor, como después experimenté. Aquel día no salió mi padre de casa, asistiendo siempre donde yo estaba, cuidadoso de que no hablase con alguna criada mía, con este cuidado. Llegó la señalada hora en que el descuidado caballero estaba avisado, que no fué tardo en venir; hizo la acostumbrada seña y salió á abrirle la criada tercera de nuestros amores, con orden de mi padre; apenas entró en el zaguán de casa, cuando cuatro criados que mi padre tenía apercibidos, hombres de hecho, se abrazaron con don Gastón fuertemente sin darle lugar á poderse defender ni dar voces, porque le taparon la boca y le vendaron los ojos con un lienzo; atáronle las manos atrás, y prevenido un carro largo cubierto, le metieron en él, oyendo yo decir á mi padre entonces:

—Así, don Gastón, sé yo castigar atrevimiento de los que ofenden mi casa; caminad con él donde os tengo ordenado.

Partió con esto el carro, y dentro de un cuarto de hora hizo poner el coche, en el cual se entró conmigo y con dos criadas, y salimos de casa camino de la quinta. Cuál yo iba podéis considerar, si acaso del ciego dios Cupido habéis experimen-

tado sus amorosas flechas. Recelábame de que con don Gastón no hiciese mi padre alguna demasía, que era de condición cruel y vengativo. Llegamos á la quinta, donde á mí se me dió un aposento obscuro por estancia, y orden á una dueña anciana que me sirviese, dejándome siempre cerrada. A don Gastón le pusieron (según después supe) en un sótano donde no llegaba á visitarle apenas la luz del día; deste tenía la llave mi padre, fiándosela, para darle de comer, á un criado, de quien siempre hizo mucha confianza. El intento que mi padre tenía no se pudo saber por entonces; presumían todos que debía de ser acabar con la vida de don Gastón.

Desta suerte se pasaron ocho días, en los cuales hizo novedad la ausencia impensada de don Gastón, no sabiendo sus criados donde pudiese estar desde aquella noche que faltó de su casa. Con esto, el ver la mudanza de mi padre á su quinta con toda su casa, dió también que sospechar, tanto, que se decían muchas cosas que no estaban bien á su opinión ni á la mía, presumiendo haber muerto mi padre á don Gastón por mi causa, y estar ausente de su casa por lo mismo.

Tenía mi padre un hermano religioso en Zaragoza, y como á sus oídos llegase todo lo que sobre esto se decía, y á él no le hubiese dado parte de la ida á su quinta, comunicándose en Zaragoza todos los días, presumió que algo ten-

dría de verdad lo que oía, y así se determinó de irle á ver. Llegó á hora de comer, y como le viese á la mesa solo y faltar yo de ella (después de haberle dado las quejas de no haberle visto antes de su venida allí), le preguntó por mí; él le dijo que estaba indispuesta, y queriendo ir á verme, le dijo que no podía ser por cierta cosa que después le comunicaría; comieron los dos, y dejándoles solos sobremesa los criados, le dió cuenta mi tío lo que por Zaragoza se decía de la falta de don Gastón, y su venida acelerada á aquella estancia. Lo que le respondió á esto mi padre fué que él había topado en su casa á don Gastón á deshora, y habiéndole acometido con sus criados hasta salir acuchillado á la calle, se les escapó por pies, y queriendo saber de mí qué era lo que entre los dos había, le había dicho cómo estábamos desposados, cosa tan contra el gusto suyo, por no querer bien á don Gastón, y que así había determinado retirarse á aquella quinta, dándome por castigo desta desobediencia el tenerme en un aposento encerrada, hasta que me dispusiese á tomar un hábito de religiosa en el monasterio que escogiese, que en solo eso quería darme gusto; que él estaba aún en edad para volverse á casar y tener hijos que le heredasen. Deste pensamiento trató de disuadirle mi tío, diciéndole que el castigar el atrevimiento de don Gastón había sido bien hecho; pero que sabido lo que entre él y su hija había, hacía mal en no

casarlos, pues la calidad era igual á la suya, y si no tenía don Gastón hacienda, su mayorazgo era cuantioso para suplir esto y pasar con él lucidamente. Tantas cosas le dijo mi tío, que mi padre, usando de cautela, le engañó, diciendo que volviese á la ciudad y procurase que pareciese don Gastón, y que á él le daba comisión para tratar estas bodas. Quedó gustoso mi tío, y quiso verme antes de volverse; fué con él mi padre al aposento donde yo estaba, y entrando delante un poco antes que mi tío, díjome que fuera de lo que me fuese preguntado no moviese el labio para tratar de materia alguna, si no quería que ido mi tío me quitase la vida; con este temor me vi con mi tío, en presencia de mi padre, espacio de media hora, y en ella no se trató de nada tocante á don Gastón; sólo al despedirse mi tío me dijo:

—Sobrina mía, yo voy muy gustoso de haber reducido á mi hermano á lo que es justo; presto espero que estas cosas se hagan como todos deseamos.

Con esto se fué, y llegó luego la dueña y dejóme cerrada. Aquella noche mi padre llamó al criado que tenía cuenta con don Gastón, y le dijo:

—Esta noche, Claudio, ha de morir don Gastón con un bocado; éste le has de dar tú en la cena; mira que fío de ti esta acción, teniendo seguridad que te será bien pagada.

Ofrecióse el criado á servirle con mucha fide-

lidad, y dándole mi padre una confección que tenía preparada para el caso, le dijo cómo se la había de mezclar con la vianda, con que se despidió dél. Claudio, considerando la crueldad de mi padre y el ánimo deliberado en querer dar la muerte á un caballero que le estuviera bien casarle con su hija, determinóse á no obedecerle, y así se fué á la prisión de don Gastón, á quien dió cuenta de lo que su dueño ordenaba contra él, dejando admirado al pobre caballero. Consolóle Claudio, ofreciendo perder por él la vida antes que obedecer á su señor. Agradecióle mucho esto don Gastón, ofreciéndole, si le daba libertad, hacerle señor de la hacienda que poseía, y esto por un trato delante de notario que le haría luego que saliese de allí, porque él se determinaba vengar de mi padre quitándole la vida y no parecer más en Zaragoza. Mejor lo dispuso Claudio, porque él había sabido que un criado del hortelano de aquella quinta había muerto de garrotillo aquella mañana, y quiso que él supliese por la persona de don Gastón, poniéndole sus vestidos y dando á entender á mi padre, con la obscuridad del sótano, que él era el difunto. Así se trazó, y para darme aviso desto me escribió Claudio un papel, y tuvo maña para meterle por debajo de la puerta de mi aposento, avisándome que le tomase, y juntamente con él metió recaudo de escribir para que respondiese. Leí el papel, dejándome admirada los crueles designios de mi padre, y respon-

dí en las espaldas del papel que me parecía bien la traza para la ausencia de don Gastón, porque dentro de breves días habían de procurar que yo saliese de allí ó me quitaría la vida. Hubo también modo como volver este papel á manos de Claudio, y él compuso con don Gastón el modo cómo esta fuga mía fuese; y determinóse Claudio á sacarme de casa dos noches después de la salida de don Gastón. Desto tuve aviso luego por la misma parte, y comencé á prevenirme con juntar todas las joyas y dineros que había en casa que estaban debajo de mi mano en aquel breve retraimiento; y aguardé á la disposición de Claudio, el cual, aquella noche, para dar libertad á don Gastón, dispúsola así. Llevóse al difunto mozo de la quinta á la prisión, que lo pudo hacer por estar el hortelano enfermo del mismo mal y á su cargo de Claudio el llevarlo á Zaragoza á dar sepultura; quedó del contagioso mal el difunto con el rostro cárdeno, efecto que hace también el veneno, que no fué poca dicha para deslumbrar á mi padre, si bien ayudaba á esto ser un poco corto de vista, pues como le pusiesen los vestidos de don Gastón (poniéndose él otro que le dió Claudio), aguardaron á que fuese después de la media noche esto. En esta sazón salió don Gastón de allí, con orden de Claudio de aguardar en una aldea, á dos leguas de Zaragoza, á que yo saliese en compañía de Claudio, que se ofreció á llevarme para de allí caminar á

Barcelona y embarcarnos para Nápoles, donde don Gastón tenía á su hermano. Salió, pues, el ya consolado caballero, dejándome escrito un papel en que me daba cuenta de sus penas y donde me aguardaba.

En tanto, Claudio salió á avisar á mi padre cómo había surtido el efecto del veneno para que le diese orden de lo que había de hacer de don Gastón. No poco se alegró con las nuevas, y él mismo quiso certificarse dello bajando al sótano con una luz, donde vió el difunto tendido en tierra boca abajo, que así le puso de propósito Claudio para que entendiese que con alguna basca de la muerte se había volcado él mismo. Volvióle el rostro hacia arriba Claudio, el cual, como estaba cárdeno y apostillado de tierra, pudo asegurar esto y la fidelidad que mi padre tenía de su criado, que era el mismo don Gastón. Cargó con él Claudio, y en una parte de la huerta de la quinta le enterraron entre los dos, cubriendo unas verdes yerbas la señal de la sepultura. Con esto se volvió mi padre á la cama, satisfecho su cruel deseo de haberse vengado á su gusto de don Gastón.

No se descuidó Claudió á prevenir luego mi partida, porque procuró darme el papel de mi esposo y otro suyo en que me avisaba que para de allí á dos noches, sin falta, me previniese. Llegó, pues, la deseada hora, y tomando yo la llave de mi aposento á mi vigilante guarda (que entonces

no lo fué), con una seña que oí á Claudio, pude, dejándola dormida, salir del aposento y dejarla cerrada por de fuera. Saqué conmigo ese cofrecillo, que ahora está en vuestro poder, con mis joyas y la moneda que en otro había, y hallé á Claudio esperándome, que me recibió con mucho gusto; el cual, por asegurarse más de mi padre, quietamente le cerró su aposento por de fuera. Ya en el zaguán estaban aderezados dos rocines de campo; púsome á caballo en el uno, y él ocupando la silla del otro, salimos apresuradamente de allí.

Hasta entonces bien había Claudio procedido en mi favor; pero en verme en su compañía se le levantaron los pensamientos; de suerte que aspiró á querer usurpar lo que esperaba mi don Gastón; desto vi brevemente las muestras, pues dejó el camino que llevaba (que lo pudo hacer sin reparar yo en ello, por no haber salido de Zaragoza en mi vida) y tomó otro, caminando aquella noche, y parte de esotro día, diciéndome que en esta ciudad de Jaca había concertado después con don Gastón que nos esperase, llegando al anochecer, cerca desta montaña; fingió haber errado el camino, y metióme por entre las malezas de ella á aquella parte donde me hallaron vuestros pastores, y apeándose del rocín en que iba, me dijo:

—Yo he errado el camino inconsideradamente; descansemos aquí un poco comiendo algún bocado para que volvamos luego á buscarlo.

Apeéme y tomé asiento en aquella verde yerba que allí había, haciendo él lo mismo, atando antes los rocines á las ramas de unas encinas. Como se viese á solas conmigo, y llegada la sazón de que deseaba, comenzó á significarme cuán bien le parecía yo, alabándome mi malograda hermosura, y finalmente se alargó á declararme su deshonesto deseo (esto estando los dos comiendo de una fiambrera que llevábamos). Yo, que vi declarado el fin de haberme traído allí, que era para deshonrarme, y que para esto había de propósito apartádome del camino, antes de responderle tomé secretamente el cuchillo con que había partido la vianda, y díjele estas razones:

—Claudio, si ha sido toda esa plática que habéis hecho enderezada á probar lo que hay en mí, el verme presto con don Gastón, mi esposo, me había de hacer recatada, cuando el ser quien soy no me obligara á serlo; bien creo que esto que me habéis dicho ha sido sólo por pasar tiempo y por dar excusa á haber errado el camino, pero andaréislo si perseveráis en esa intención, Si es diferente de lo que yo presumo, pongámonos á caballo, y procuremos volver al camino, para que presto nos veamos con mi esposo.

No enfrenaron estas razones al depravado intento de Claudio, que á otro sujeto menos determinado pudieran abstener; y así, queriendo tomarme una mano, no le di lugar, que con el cu-

chillo que tenía escondido le hice una herida en la garganta, y asegundando con otra por el pecho quise acabar con su vida. Él, por defenderse, sacó su daga y dióme dos heridas, aunque ya casi sentido. Con ellas me animé á acabar con él; y así, viéndole desatinado con la herida en la garganta, díle otras muchas, dejándole el cuchillo metido en el cuerpo; y viéndole ya sin el vital espíritu, al tiempo de querer ponerme á caballo, sentí cierto rumor entre las ramas de las encinas; hacia donde le sentía quise guiar, y apenas había dado ocho pasos cuando de la sangre que se me iba de las heridas caí en el suelo sin sentido. Desta suerte me hallaron vuestros pastores y llevaron á su cabaña, adonde fuí traída á vuestra casa, en quien he hallado piadoso hospicio y generoso amparo; déme el cielo vida para que en lo que me durare os sirva este favor y merced. Esto es lo que os puedo decir de mis trabajos, estando ahora con la pena que podréis juzgar de no saber de mi esposo, el cual creo sin duda que debe de estar en Barcelona aguardándome á mí y á Claudio, bien descuidado deste suceso.

Mucho estimó doña Dorotea el haberle hecho la herida dama relación de sus infortunios. Ofrecióla de nuevo servir en cuanto pudiese; y viendo en ella deseo de ir á Barcelona, ofrecióla de acompañar hasta aquella ciudad. Como pasase con ella á Monserrate, que había prometido visi-

tar aquel frecuentado santuario en una enfermedad que había tenido, y quería cumplir el voto, alegróse tanto doña Emerenciana con lo que la ofrecía su amiga, que en agradecimiento de tan grande favor la tomó sus blancas manos y se las besó, quedando entre las dos una verdadera amistad.

Con las esperanzas de verse presto en Barcelona doña Emerenciana, iba convaleciendo muy apriesa, que es gran parte el gusto para que ayude la naturaleza. Un día que las dos estaban á solas, comenzándose á levantar la convaleciente, vino á verse con doña Dorotea un deudo suyo anciano, y después de haberla hecho su visita en breve rato, la dijo tener que comunicar con ella un negocio á solas. Pidieron licencia á doña Emerenciana, y así se retiraron á otro aposento, donde estuvieron largo rato hablando á solas. Acabóse su plática, y el anciano caballero se despidió y se puso á caballo, volviéndose á Jaca, de donde había venido. Quedaron, pues, las dos amigas á solas, y doña Dorotea algo triste (cosa que echó de ver su amiga), que le preguntó la causa. Dorotea le dijo:

—Bien creo, discreta Emerenciana, que con tu agudo entendimiento habrás discurrido á solas cómo una mujer principal como yo paso aquí retirada de la ciudad que es mi patria, y que con cantidad de hacienda no trato de tomar estado, faltándome el amparo de mis padres.

—Bien ha pasado por mi consideración eso (dijo doña Emerenciana); pero no se me ha hecho novedad, puesto que conozco algunas damas de más edad que tú por hallarse bien libres del dominio de sus esposos, en tiempo que es menester mirar tanto la compañía que se elige, pues los escarmientos de otras que la han tomado y les han salido malos los empleos, les puede tener remisas para hacerles.

—Escarmiento tengo bastante para no casarme (dijo doña Dorotea) en toda mi vida, y así va mal despachado este deudo mío, que ahora habló conmigo en un casamiento que me ha propuesto de calidad y hacienda, pero despedíle, y creo que desto lleva algún desabrimiento; mas por pagarse con otra la relación que me has hecho, quiero darte cuenta de unos amores que tuve.

Prestóla atención doña Emerenciana, y prosiguió así:

—A unas fiestas que se hicieron en Jaca por la entrada del obispo, que hoy gobierna aquella iglesia, vinieron á ella algunos caballeros forasteros, entre los cuales vino uno de la ciudad de Teruel, que tenía deudos allí. Este me vió la primera vez en una ventana de la plaza viendo unos toros que se corrían, estando él en otra cerca della. Poco gustó del regocijo, porque el tiempo que duró casi todo le empleó en mirarme con demasiada atención, cosa que vine á reparar en ella con cuidado. Tenía buena persona, talle y

edad, pues no pasaba de veintidós años; puse los ojos atentamente en él, y con los suyos me dió á entender ser yo la mayor fiesta que al presente tenía. Esto casi pude conjeturar por algunas significativas señas, y aunque reparé bien en ellas y conocí su pensamiento no me quise dar por entendida. Pasó la fiesta y quedóse por algunos días en Jaca, en los cuales tuvo modo para hallarse en la iglesia de un monasterio vecino de mi casa, al mismo tiempo que yo estaba en ella oyendo misa; púsose junto á mí, y dióme á entender su amor con los mayores encarecimientos que supo, que no fueron pocos. Yo, que no sabía qué cosa era amor, aficionada á su buen talle y persona, creí cuanto me dijo é hice estitimación de su voluntad. Preguntándole cuánto había de estar en Jaca, respondióme que los días que yo gustase asistiría allí sirviéndome y dónde posaba, que era en casa de una prima suya, le tenía con mucho gusto en ella, y así no pensaba ausentarse; antes tener modo como venirse á vivir á Jaca de asiento, pues el cielo le había hecho tan venturoso que me hubiese conocido. De nuevo le di gracias por esto, y prometí que si correspondían las obras con las promesas que allí le oía, hallaría en mí favores con el lícito intento de ser para el casto Himeneo. Allí me aseguró que el mayor deseo que había tenido era en orden á ese fin, y que el cielo le faltase si no era verdad lo que me decía. Con esto nos dividi-

mos, aunque no las voluntades, pues correspondiéndonos (por ir abreviando con el discurso), vino á tener entrada en mi casa algunas noches, no excediendo de mi voluntad jamás; tan obediente le tenía.

En este tiempo vino un caballero á Jaca, natural de aquella ciudad, que había sido capitán en Flandes, mereciendo haber llegado á este puesto por sus buenos servicios y partes. Este era hermano de una grande amiga mía, que siempre estaba en mi casa. Por orden de su hermana me vino á visitar, y de mi vista quedó grandemente enamorado; de suerte que desde aquel día todo fué pasado inquietamente y sin sosiego alguno. Manifestábalo esto con no salir en todo el día de mi calle: esto sintió mucho don Luis (que así se llamaba mi galán), teniendo no pocos celos del capitán, no pudiendo sufrir que algunas veces con achaque de acompañar á su hermana (que me venía á ver) me visitase. Esto me dió á entender don Luis; yo le aseguré que él era sólo á quien amaba, el dueño de mi alma, y por quien se gobernaba mi albedrío, y que así estuviese cierto que no se me daba nada por nadie; que la cortesía no la podía perder, excusándome que así perdiese el recelo que deste tenía, pues él había de ser mi esposo. Con esto se aseguró don Luis, procurando yo todo lo posible excusar el ver al capitán, y el ir á casa de su hermana á visitarla por no hallarle allí.

Declaróse el capitán con ella, rogándola que le fuese tercera para conmigo, y apretándola en esto; mas como ella era verdadera amiga mía, y supiese antes de la venida de su hermano mi empleo en don Luis, hubo de decirle cuán adelante estaba en mi voluntad. Pesóle sumamente al capitán el oir esto, y no obstante que tuvo este desengaño, que le pudiera enfriar en su amor, antes se le esforzó; de suerte que de allí adelante dió en oponerse él á don Luis, procurando en todos los lugares públicos ponérseme á la vista á pesar suyo.

En esta sazón murió mi padre, y en aquel tiempo tuvo poco lugar de verme el capitán, si bien don Luis no dejaba de entrar en mi casa con grande recato siempre, no recibiendo más que los honestos favores que he dicho. Siguióle los pasos una noche el capitán y vióle entrar en mi casa, cosa que sintió en extremo (según me dijo su hermana después), porque luego fué á decirle lo que había visto; ella le persuadió que dejase aquella necia tema, puesto que don Luis era el favorecido, como había visto. Mas el capitán, que tenía limitado entendimiento, con la aversión que tenía á don Luis, porfió en que se le había de oponer y estorbar su galanteo hasta hacerle ir de la ciudad si pudiese. Desto me dió aviso mi amiga y su hermana; y yo, por obviar estos inconvenientes, dije á don Luis que me viese menos veces, que se murmuraba en la ciudad

que me veía de noche; pero que las que viniese fuese en hábito diferente del que traía porque nadie le pudiese conocer: ofrecióse hacerlo así, viniendo algunas noches en traje de segador, con calzones de lienzo, y aquellas antiparas que los que tratan deste ministerio usan. Aun con este hábito no cesó de perseguirle el capitán; de suerte que una noche le aguardó hasta verle salir de mi casa, y queriendo reconocerle, enfadado don Luis de verle hecho siempre atalaya de aquella calle, llegando á estar la cólera en su punto, sacó una pistola que traía cebada, y disparándola le metió dos balas en el cuerpo, cayendo el capitán muerto á sus pies. Habiendo hecho esto volvió á mi ventana, y llamando á ella salí alborotada con la novedad, y me dijo.

—Hermosa Dorotea, yo he resistido á este necio capitán cuanto ha sido posible por lo que tocaba á tu reputación; ahora ha querido reconocerme, con desprecio mío; háme estado mal el pasar por ello; dejóle muerto en esa calle. Siempre seré tuyo donde quiera que estuviere; á Barcelona me voy hasta que el tiempo mejore estas cosas; lo que te suplico es que te acuerdes de mí, avisándome de tu salud, y ten por cierto que á pesar de todos los que me lo contradijesen, has de ser mi esposa; por ahora quiero dejar sosegar estas cosas poniéndome en salvo.

No pudo decir más por sentir rumores en la calle, y fuése. A la mañana se halló allí el cuer-

po del capitán; hizo la justicia averiguación en su muerte, y viendo faltar á este tiempo á don Luis de la ciudad le dieron por culpado en ella, no eximiéndome de las lenguas del vulgo, pues publicaron que por orden mía había sido muerto; con que pasó para tenerme presa en mi casa algunos meses hasta que la hermana del difunto me disculpó con declarar la tema que su hermano tenía contra mi amante.

Don Luis se fué á Barcelona, de donde nos correspondíamos amorosamente; díjome que quería pasar á Nápoles con el virrey que iba á gobernar aquel reino, por dar lugar á que de su madre del difunto alcanzasen el perdón sus deudos. Enviéle un *Agnus* con algunas reliquias, y en una de sus cubiertas un retrato mío. Con esto fueron algunos regalos y curiosa ropa blanca con que se embarcó; bien habrá dos años que está en aquel reino, y en todo este tiempo no he tenido carta suya desde que llegó; no sé si es muerto ó me ha olvidado; de lo postrero dudo según fué amante, y así me conformo con que la muerte debe de haber dado fin á sus días. Con la tristeza de verme ausente de mi dueño me retiro aquí lo más del año con mis pastores, sin hacerme ir á la ciudad. Ahora me proponía este deudo un casamiento que me estuviera bien; pero tengo tan en la memoria á don Luis, que hasta tener certeza de que es muerto no he de tomar estado, y entonces creo será el de religiosa, pues

no cumplo con menos según el grande amor que le tengo; esta es la causa por que vivo aquí retirada, con que te he dado cuenta de mis amores.

En mucho estimó doña Emerenciana que estuviste tan valida con su huéspeda que le hiciese esta relación, y así aprobó el intento que tenía en no casarse.

Llegó el tiempo de estar la convaleciente con enteras fuerzas para poder caminar, y previniendo un coche, rogó doña Dorotea á aquel deudo suyo las acompañase él con dos criadas y dos criados con dos mulas. Partieron de la granja camino de Barcelona, para ir desde aquella ciudad á Monserrate; no les sucedió nada en el camino que les embarazase el proseguirle, con que llegaron á aquella antigua y noble ciudad, corte de Cataluña y cabeza de su Principado. Sólo un día estuvieron en ella, donde doña Emerenciana hizo diligencias por saber de don Gastón, pero no se halló nueva alguna; prosiguieron con esto su camino, yendo la dama no poco penada, y llegaron á aquel insigne y frecuentado santuario, donde visitando á la Emperatriz de los cielos le encomendó cada una de aquellas damas el buen suceso de su empleo, con el honesto fin de matrimonio. Vieron lo más notable que hay allí que ver, y al cabo de tres días partieron de aquel sitio, viniendo á hacer noche á un lugar pequeño, que está al pie de la montaña, donde habiéndose recogido las damas en la posada, el deudo de

doña Dorotea, que tenía aposento cerca dellas, oyó que en otro junto al suyo contendían dos hombres en una porfía, diciendo el uno al otro:

—Señor caballero (que no sé vuestro nombre), ya os he dicho que ese mozo, ausentándose de mi servicio, me lleva algunas joyas, y entre ellas esa que ha venido á vuestro poder, como él mismo dirá; si se las habéis ganado al juego, bien sabéis que pareciendo el dueño las ha de cobrar, pues él no pudo disponer de lo ajeno. Todas las diera por bien ganadas, salvo una, que tiene un retrato de una dama á quien estimo como á mi alma, pues es el dueño de ella; por cortesía os suplico que se me vuelva ésta, porque no querría llegar á disgusto con vos.

A esto le respondió el otro:

—Señor mío, ese mancebo ha jugado, como véis, estas joyas, y antes que vinieran á mi poder me tuvo ganado mi dinero y las mías; como él se pudo levantar con ellas después de ganadas, lo que he hecho yo venciéndole en dicha. Aquí no hay más certeza de que son vuestras que decirlo vos y confesarlo él; así lo creyera si su fácil confesión no me diera sospecha que lo hace por rescatarlas. Perdonadme que no estoy de parecer de volvéroslas, ahora tengáis disgusto ó le dejéis de tener.

—Yo entendí (dijo el dueño de las joyas) que mi cortesía os obligara á tenerla, y tenía intento que no perdiérades el dinero que valían las jo-

yas; pero pues lo lleváis como os parece, aquí fuera os daré á entender cómo se ha de hablar con hombres como yo.

Salióse con esto del aposento y de la posada, y el otro hizo lo mismo. El mesonero, que oyó todo esto, llamó á sus huéspedes, y todos salieron á ponerles en paz, que habían sacado las espadas, y el deudo de doña Dorotea salió á lo mismo. La luna hacía muy clara, y el ruido era tan grande, que obligó á las dos damas á ponerse en la ventana de su aposento á ver en qué paraba la pendencia, que era en frente dél en la calle. En ella vieron cada una á su amante, que el uno contra el otro se acuchillaban; al lado de don Luis se puso un caballero para ayudarle, pero como don Gastón le conociese, dijo en alta voz:

—¿Es posible, señor don Fernando, que contra vuestra sangre os pongáis? No debéis de conocer á don Gastón.

Reconoció don Fernando á su hermano, y vuelto á don Luis le dijo:

—Suplícoos, señor amigo, que os reportéis, que tenéis la pesadumbre con un hermano mío, que es don Gastón, de quien os he hecho aquella relación en el empleo de sus amores.

Bajó la espada don Luis, diciendo:

—No permita el cielo que yo ofenda á hermano de quien tanto debo.

Y con esto llegó á abrazar á don Gastón, ofre-

ciéndose por amigo suyo. El hizo lo mismo, y los hermanos se abrazaron con mucho gusto.

No le tenían menos las damas, á quien tanto les tocaba en este conocimiento; y así salieron á la calle donde fueron conocidas de sus amantes, y doña Emerenciana de don Fernando. El gusto que tuvieron con su vista puede considerar quien hubiera amado de veras; unos á otros se contaron el suceso de haber venido allí; don Fernando dijo que se volvía de Nápoles con muchos ducados en compañía de don Luis, que había deseado ver aquel devoto santuario de Monserrate; don Luis se disculpó con su dama de no haberla escrito por haber estado casi un año enfermo muy al cabo de su vida. Don Gastón había estado aguardando á su dama en Barcelona, y quiso ir en romería á Monserrate. Diéronse unos y otros por satisfechos de las disculpas, con que se fueron á cenar todos juntos con mucho gusto. Esotro día, tomando el camino de Barcelona, llegaron á aquella ciudad, donde aguardaron á que por fuertes medios se compusiese la muerte del capitán, costando algunos dineros. Súpose allí que el padre de doña Emerenciana era muerto, y su tío el religioso administraba la hacienda de su mayorazgo en el intermedio que parecía su sobrina. Con esto se desposaron en Barcelona don Luis y don Gastón con doña Dorotea y doña Emerenciana, y se volvieron á sus patrias con mucho gusto, viviendo alegres con sus amadas esposas.

Mucho gusto dió á todos los oyentes la apacible *Novela* de la graciosa doña Laura; sucedióla don Félix, un caballero muy entendido, y comenzó la suya dándole atención.

FIN DE LA NOVELA PRIMERA

La cautela sin efeto.

A don Diego Vic, caballero de la Orden de Alcántara y señor de la Baronía de Laurín.

Entre los dones que más estimó el grande Alejandro andando en la conquista del orbe, fué el que recibió cerca de la ciudad de Tebas de la mano de un rústico labrador, que le ofreció un vaso de pura y cristalina agua, acabada de sacar de una hermosa fuente; con él en la mano le dijo: «Muchos dones (¡oh supremo monarca!) habrás recibido, en cuya riqueza habrás conocido disimulada la lisonja y encarecida la obligación; éste, sin los dos fines, es símbolo de la pura sencillez de un vasallo tuyo, que soy yo; admítele atendiendo á la llana ceremonia con que te le ofrezco». De la misma sinceridad me valgo en poner este trabajo mío en manos de v. m.; muestra es de mi voluntad y reconocimiento de obligaciones; admítale por lo que publica, no por lo que vale, y defiéndale con su generosa protección v. m., á quien nuestro señor como deseo.

Servidor de v. m.,

Don Alonso de Castillo Solórzano.

NOVELA SEGUNDA

Por muerte de Feduardo y Rosimunda, reyes de Inglaterra, quedó heredera en aquel reino Arminda, única hija suya, dama de edad de diez y ocho años, la más hermosa que se hallaba en toda Europa. Sus gracias eran grandes, así las naturales como las adquiridas con el estudio. Quedó por tutor suyo Enrico, hermano del rey y tío suyo, que era almirante en aquel reino; éste gobernaba aquella monarquía, proveía las cosas della y administraba la justicia como si fuera la misma persona del rey su hermano, hasta que la hermosa Arminda tomase estado.

Tenía el almirante un hijo de poca más edad que la reina, gallardo joven, valiente y generoso; sólo tenía una falta: que era demasiado soberbio, tanto, que por ella había hecho algunas muertes en Inglaterra. Con éste (cuyo nombre era Ricardo) quería el almirante, su padre, que se casara Arminda, su prima, por ver á su hijo rey y gobernar aquel poderoso reino. Trató esto con su sobrina, diciéndola que sus vasallos instaban en que se casase por dar heredero á sus Estados, y que esto no lo podía hacer mejor que

con su primo, pues conocía cuán buen caballero era y cuerdo para el gobierno de aquel reino; conocía muy bien Arminda la condición de su primo, y estaba cierta que con su altivez no frisaría bien su mansa condición; y así la respuesta que dió al almirante fué que era muy moza para tomar estado; que no quería sujetar tan presto su libertad con el escarmiento que tenía de lo mal casados que habían sido sus padres; que cuando tratase de su bodas tendría consideración á acordarse de su primo antes que de otro señor alguno. Pero pues era su padre, le pedía que como tal le fuese á la mano, reformándole con sus correcciones su áspera condición de que se quejaban todos, pues sabía que esta falta era muy grande para gobernar vasallos; pues lo principal que había de tener un príncipe era la afabilidad y blandura, usando del rigor en sus ocasiones, que con esto se adquiere amor y respeto.

Despidióse desta plática el almirante con poco gusto, viendo en su sobrina poca inclinación al propuesto empleo con su hijo, pesándole de que tan descubiertamente le dijese su falta, que él bien conocía, por donde presumió que no surtiría efecto de ver rey á su hijo; mas para que su sobrina viniese en lo que quería, valióse de una traza ingeniosa, y fué ésta:

Había en Inglaterra un insigne hombre en la astrología, pero mucho más en la mágica, usando della los cuatro modos que trae Marco Va-

rrón; era con esto tenido por el oráculo de aquella tierra, porque entonces era de gentiles. Deste hombre se valió el almirante, haciéndole llamar. Pues como se viese en su presencia, le habló desta suerte:

—Amigo Ardano (que éste era el nombre del mágico); bien sabes el poder que tengo en este reino, pues en el ínterin que la reina, mi sobrina, toma estado, le gobierno con absoluto poder; supuesto esto, bien creerás que te puedo hacer rico en él, de suerte que seas envidiado de muchos, esto por el camino que tú escogieses, pues el cielo te ha hecho tan doto; el premio de lo que has de hacer por mí ya lo tienes sabido; falta ahora que sepas por que le has de merecer.

A la hermosa Arminda he dicho cómo sus vasallos me piden afectuosamente que tome estado y les dé un rey que obedezcan, pues está en edad para poder hacerlo, dándoles príncipe que aseguren la sucesión del reino. Juntamente con esto le propuse á mi hijo para esposo suyo, pues con nadie puede hacer mejor empleo que con su sangre, sabiendo el valor y partes que tiene Ricardo. Háme respondido que aún tiene poca edad para subordinar su albedrío á su esposo; en el particular de Ricardo mostró poco gusto, amonestándome que le vaya á la mano en su altiva y áspera condición, con que me persuado á que no se inclina á este empleo. Yo tengo pensado que tú solo puedes remediar esto con la autoridad

que te dan tus letras y continuo estudio de que este reino tiene tantas experiencias. Este es el modo; tú has de fingir un juicio que has hecho sobre el nacimiento de la reina, diciendo que hallas por tu ciencia que adversa estrella la pronostica muerte violenta si por espacio de dos años no observa el no dejarse ver el rostro de otra persona que no sea de las de su familia; pero que pasado este tiempo podrá volver como de antes á dejarse comunicar y ser vista de todos. El fundamento y razón de estado que esto tiene te quiero decir. Yo llevo la mira en que Arminda se retire á una casa fuerte y de placer que tiene, cuyos edificios baña el claro río Támesis, y allí asista este tiempo sin dejarse ver de nadie; esto ha de hacer por consejo tuyo, que la puedes dar después que le hayas pronosticado el daño que la amenaza; allí la tendré en forma de presa sin que ella se lo presuma, pues el temor del futuro daño con que la has de amenazar la de hacer amar este encerramiento. En tanto me podré apoderar de las fuerzas del reino, de manera que si pasado el tiempo que la señalares no quisiere por bién casarse con Ricardo, entonces haré coronarme por rey por fuerza de armas, desposeyendo de su imperio á mi sobrina. Yo pienso que no llegaremos á estos últimos trances, pues Arminda es cuerda, y verá que le está mejor ser reina soberana que no súbdita: esto es lo que has de hacer por mí; el premio será el que tú quisie-

res, y el reconocimiento deberte este bien estará siempre vivo en mi memoria para que tengas mayores aumentos.

Consideró brevemente Ardano que si no venía en el intento del almirante podía tener poca seguridad de su vida en su patria por habérsele declarado; pues quien se determinaba á hacerse señor de un reino tiránicamente, le sería más fácil, á quien se lo estorbase, privarle del vivir; y así (considerando esto), se ofreció á servirle en lo que le mandaba. Retiróse á su estudio y quiso saber por el nacimiento de la reina qué empleo le pronosticaban sus estrellas, y habiendo sobre esto hecho su juicio con estudio y cuidado, halló que había de ser su esposo un príncipe extranjero, generoso en ánimo, valiente en fuerzas y amable en condiciones. Con esto se animó á comenzar el engaño del almirante, fiando que en el discurso del tiempo que ponían de plazo para esto se ofrecería ocasión en que poder ser avisada la inocente reina de todo.

Hecho, pues, el falso juicio, fundado en términos jurídicos de astrología, se fué á Palacio, pidiendo audiencia á la reina para cosa que la importaba mucho. Como Ardano tenía tanta autoridad en todo el reino, fuéle dada luego entrada; besó la mano á Arminda y díjola:

—Sacra Real Majestad: el leal vasallo no lo puede ser con tal nombre si no tiene expuestos el ánimo á la obediencia de su rey y la hacienda

á la disposición regia; con lo primero cumplo, y en lo segundo no puedo, por carecer de bienes de fortuna; con los que el cielo me ha comunicado en las letras os pienso servir, como veréis por este papel, que con desvelo y estudio he escrito para ponerle en vuestras reales manos.

Tomóle la hermosa Arminda y leyóle todo, mostrando en su hermoso rostro las mudanzas que pedía, peligro que tan propincuo la amenazaba, pronosticado de hombre tan erudito y de tanta estimación. Con todo; dotada de un valor mayor que de su flaco sexo, después que le hubo leído le hizo muchas preguntas acerca de lo que había sentido de su adverso planeta. Ardano la dió razón de todo por términos astrológicos, obscuros para una mujer, que sólo trata de sus galas y de saber hablar con bachillería, con que dió crédito á cuanto la dijo; y así mandó que luego llamasen al almirante su tío, en cuya presencia (con grande disimulación) volvió á referir Ardano de palabra lo que el papel contenía. Fingiendo el poco seguro tío no poca admiración de lo que oía á Ardano, trataron allí de lo que debía hacer la reina para preservarse deste daño, con que vino á surtir efeto el intento del almirante con seguir la reina el consejo de Ardano, que fué que se retirase á aquella casa que caía sobre el claro Támesis, dando á entender al reino la causa por qué lo hacía. El día siguiente que esto pasó con Ardano, la reina, con todas sus damas,

acompañada de toda la nobleza de su corte, paseó toda la ciudad de Londres por despedirse de todos sus valles por el tiempo que la señalaban de clausura; en el sentimiento de todos conoció cuán bien querida era de ellos, que es la mayor felicidad que da el cielo á los reyes ser amados de sus súbditos.

Llegó á la hermosa y recreable casa de placer Arminda, donde, despidiéndose de todos los que la acompañaban, les encargó mucho su fidelidad y el respeto que debían guardar á su tío, pues en su lugar le dejaba gobernando, á quien mandaba obedeciesen todos como á su misma persona; así se lo prometieron, con que se quedó solamente acompañada del almirante y de Ricardo, su hijo, y de Ardano, hasta la noche que se volvieron á la ciudad, que era seis millas de allí. Encargó Arminda á Ardano que la viniese á ver á menudo, si no había en esto peligro que redundase en su persona; asegúrola dél el mágico, ofreciéndose venir á servirla. Quedó, pues, Arminda en aquella recreación acompañada de sus damas y con los criados necesarios para su servicio, juntamente con toda su guarda, que asistía en sus ranchos á la puerta de la quinta por lo que pudiese suceder.

Pasaba allí la vida Arminda gustosamente en los amenos jardines de aquella recreable casa con sus hermosas damas, ya entretenida con gustosos juegos, ya divertida con la suavidad de

la música, teniendo damas que curasen deste alegre ejercicio.

Desta manera se pasó medio año, en el cual tiempo el almirante cumplió su palabra á Ardano, dándole gran suma de dinero, porque le pareció que así era mejor satisfacerle que no con algún cargo con que diese motivo á que se murmurase, encargándole mucho no manifestase su riqueza de modo que por ella fuese declarado el intento contra su sobrina. Puso asimismo en todas las fuerzas del reino personas de su mano confidentes suyas, para cuando se ofreciese la ocasión que esperaba. Cosas eran estas que las murmuraban todos, pero no podían llegar á los oídos de la reina, que es la mayor desdicha que tienen los reyes estar ajenos de saber los daños que son dignos de remedio en su reino. Ricardo, con la potestad en que veía á su padre, aumentósele más su soberbia y altivez, y más severo que si fuera rey absoluto de aquel reino, teniendo en poco á todos, se portaba como tal, con que era sumamente aborrecido de lo noble y lo plebeyo.

En este estado estaban las cosas, cuando Ardano, entre muchas veces que iba á visitar á la reina, un día se halló con ella más á solas, dejándoles las damas solos; trataron de varias materias, y en la última se vino á hablar de su empleo. Estaba advertido el mágico por el almirante que en ese particular supiese la voluntad

de Arminda, y si se inclinaba á su hijo Ricardo, pues con esta advertencia pudo proponérsele Ardano á la reina. Ella, que no penetró por donde venía aquella proposición, la atribuyó á que seguía el mágico la voz de todos, que se le daban por esposo por haberlo así publicado el almirante; y así quiso que Ardano fuese el primero que le llevase las nuevas de que este deseo no había de tener efecto, diciéndole que á no conocer de su primo ser altivo y soberbio la estuviera muy bien este empleo; pero que hallaba que para ser bien obedecida le estaba mal elegirle por esposo. Con esto que oyó Ardano no trató más deste particular viendo que la reina tenía razón en no admitir para esposo suyo á caballero tan poco afecto de todos y tan mal recibido en el reino, y sentía mucho haber de tener silencio, en lo que pretendía el almirante contra ella sin manifestárselo, pues siendo vasallo suyo era conocida traición.

Quiso saber de Ardano la hermosa Arminda qué príncipes había con quien ella pudiese casarse cercanos á su reino. El le fué diciendo de algunos las condiciones, estado y riquezas, y ofrecióse para otro día (si gustaba) de hacerlos ver en un claro espejo. Como las mujeres sean tan amigas de novedades y de saber, mostró Arminda á Ardano que tendría particular gusto de ver lo que le ofrecía mostrar; y así, volviendo el mágico otro día á verla, ya resuelto en darle en

cuanto quisiese gusto y servirla, procurando frustrar el tirano intento del almirante en habiendo ocasión. Quedáronse los dos á solas, donde haciendo Ardano un círculo en el suelo, mirando al Oriente, Occidente, Septentrión y Mediodía, dijo secretamente ciertas palabras que no pudieron ser entendidas de la reina, y después de haber hecho esto, la dijo que á una pared enfrente de la pieza en que estaban pusiese la vista; hízolo Arminda así y admiróse de ver que todo el lienzo de ella se había convertido en un claro y cristalino espejo; puso en él la vista, y sólo pudo ver la claridad de su luna; pidióla el mágico que tuviese atención, y él prorrumpió así:

—En este claro espejo, ¡oh hermosa Arminda!, has de ver por mi ciencia todos los príncipes que puedan merecer tu blanca mano en casto Himeneo, y esto ha de ser en la forma que al presente se hallan en sus tierras: ten atenta la vista al terso cristal, sin turbación alguna de cuanto vieres.

Llegó con esto cerca del espejo el mágico, y desciñéndose un cíngulo que traía, desatado el largo y cano cabello al viento, volvió á mirar á las cuatro partes del mundo, y dijo desta suerte:

—Este que ves armado de todas piezas, terciar la pica al hombro y la mano izquierda ocupar el pomo de su cortadora espada, es el belicoso Manfredo, rey de Sicilia, que teniendo guerras

con el rey de Nápoles, se ostenta así á su poderoso ejército para animar á sus soldados á una batalla que espera dar á su contrario.

Este que debajo de aquel dosel de brocado ocupa la vista en la lectura de aquel libro que tiene entre sus manos, cercado de otros muchos que ocupan el bufete que tiene delante de sí, es el estudioso Roberto, rey de Bohemia, doto en varias ciencias, experto en saber hablar muchas lenguas y erudito príncipe en todo lo especulativo, con que tiene siempre una profunda melancolía.

Este que oprime los lomos de aquel andaluz caballo, y le bate los dos hijares en la veloz carrera, es Ladislao, rey de Polonia, cuya inclinación es hacer mal á caballos; espérale una desgracia en este ejercicio que le costará la vida.

Este que entre las flores de aquel oloroso jardín va formando dellas un oloroso ramillete, es Alberto, príncipe de Albania, poco dado á las armas, mucho á las delicias y regalos, por donde perderá el reino brevemente, tiranizándosele un hermano suyo menor.

Este que vestido de pieles miras luchando con un fuerte oso (ejercicio en que siempre se ocupa), es el valiente Pinabelo, hijo segundo del rey de Escocia, vecino tuyo, áspero de condición y temido de los vasallos del rey, su padre.

Acabóse la relación de Ardano en este último

príncipe, con que desapareció el claro espejo, quedando la pared de la misma suerte que antes estaba. Preguntóle el mágico á la hermosa Arminda que quién le había parecido mejor de aquellos príncipes y reyes, y ella le respondió que ninguno, porque unos por demasiado belicosos, otros por altivos, otros por afectados y otros por feroces, de ninguno se había pagado.

En esto estaban hablando puestos á un balcón que caía sobre el Támesis, cuando vieron venir por el claro río una saetia con viento en popa, que llegando á tierra amainó las velas y dió fondo cosa de un tiro de ballesta de la casa donde estaba Arminda; echaron el esquife y en él salieron á tierra cinco hombres en hábito francés, trayendo á uno en el mismo traje en forma de preso, vendados los ojos y atadas las manos atrás. Apenas estuvieron breve rato en tierra, cuando cubiertos de una densa nube, formada por Ardano, el que venía vendados los ojos se halló de la misma suerte en la principal sala de la quinta; libre de los cuatro que le traían en su saetia, quitóle las ligaduras y la banda del rostro: Ardano, en presencia de la reina, vió un joven de edad de veinticuatro años, de gentil disposición, hermoso de rostro. En su presencia del mancebo estaban la reina y el mágico, mas por su ciencia no podían ser vistos dél. Púsose á mirar la pieza y los adornos della con alguna admiración. Dejáronle sentado en una silla Ardano y la reina, y los dos

se fueron á otra pieza más adentro, adonde el mágico la dijo:

—Este caballero, hermosa señora, os conviene tener aquí encubierto, por lo que después sabréis de mí.

Preguntóle Arminda que quién era y por qué había venido así. Ardano dijo que eso quería dejar para su relación de él; que entonces lo que importaba era hacerle dar de cenar, porque lo había de menester. Hízose así, habiendo dado el orden Ardano; y estando el joven en el mismo asiento que le dejaron, á escuras, por haber cerrado ya la noche, sintió que le asieron de una mano y le guiaron una cuadra más adentro, donde halló una limpia y curiosa mesa puesta, y en ella cuatro bujías, con cuya luz volvió á mirar cuidadosamente quien le había traído allí, y vió ser una gentil dama ricamente vestida, pero cubierto el rostro con una mascarilla francesa. Salieron luego otras cuatro de la misma suerte cubiertos los rostros, y todas cinco sirvieron al caballero con una suntuosa cena, teniéndole admirado el quieto silencio con que asistieron allí, que aunque él les hablaba con mucha cortesía y donaire, nunca le respondieron.

Acabada la cena se quedó allí la dama que primero le había traído, y le llevó á otro aposento, donde le estaba provenida una cama de brocado. Allí le dejó la dama, la cual, haciendo una grande cortesía, se fué; acostóse el francés,

cada instante más admirado de ver lo que por él pasaba, cuando se hallaba en lance de perder la vida á manos de los cuatro caballeros que le traían preso. Pasó un rato de la noche sin dormir considerando en esto y en quién podrían ser aquellas damas que tan encubiertas le servían y agasajaban, deseando saber en qué tierra estaba; durmió cansándose de hacer estos discursos hasta la mañana, y de la misma suerte fué la dama que allí le dejó á llevarle camisa, agua y toalla para lavarse, sin hacerle más que una muy baja cortesía; detenerla quiso el caballero, pero la dama no le esperó, y fuese. Con esto estaba el hombre más confuso del mundo, no sabiendo en qué había de parar aquello.

Arminda estaba en parte que todo esto lo podía ver, porque la mágica de Ardano la hacía invisible, y cada instante le parecía mejor el francés, deseando con gran afecto saber quién era. Comió servido de la misma suerte que en la cena, y habiendo pasado la tarde mirando desde un balcón un ameno jardín, hasta que llegó la noche y la hora de cenar; previnose la cena, y dada, después de haber levantado los manteles, entró la hermosa Arminda en la pieza donde acababa de cenar. Acompañábanla todas sus damas con ricos y lucidos vestidos, pero cubiertos los rostros con mascarillas, como las que habían servido á la mesa. Admirado quedó el caballero de ver aquella novedad, y habiendo experimentado que

era excusado el hablarlas, pues no le habían de responder, lo que hizo fué una grande cortesía á la que venía detrás, que le pareció señora de todas, y otra á las damas; estúvose quedo aguardando á ver en qué pararía aquello. Arminda tomó asiento en una silla, y hizo señas al francés que se viniese á sentar á otra que estaba cerca de ella; hízolo así, y apenas estuvo sentado, cuando las damas del acompañamiento, despejando la sala, les dejaron solos, saliéndose á otra más afuera. Pues como se viese Arminda á solas con el francés, ella le puso un papel en las manos, diciéndole por señas que le leyese; de nuevo se admiró, viendo que hasta en aquello se extendía el silencio; y así, á la luz de cuatro bujías que estaban sobre el bufete donde había cenado, leyó en el papel estas razones en lengua francesa:

«Causa precisa (que después sabréis) obliga á tener en esta casa el silencio que habréis notado; el dueño de ella, que soy yo (y señora de la tierra donde estáis, con título de reina); desea que la hagáis relación de quién sois, porque si es conforme espera, piensa haceros de buena dicha.»

Cada instante hallaba el francés nuevas cosas en que admirarse, estando confuso de que en tan corta distancia como él y la dama estaban se hablase por papeles; consideraba que en aquella tierra le habían librado de la muerte, y que en

aquella casa le agasajaban con mayor cuidado y ostentación que en la que había sido habitación suya en su patria, y que juntamente con esto le prometían nueva dicha como manifestase quién era. Determinóse, pues (consideradas estas cosas), á decírselo á la dama, que aguardaba atenta su relación, la cual comenzó desta suerte:

—Confieso, encubierta señora, que me han admirado las cosas que por mí han pasado en breve tiempo y las que ahora veo, y estimo cuanto puedo el favor que en esta vuestra tierra se me ha hecho, en tiempo que tanto le había menester, juntamente con las honras y favores que en vuestra casa recibo, y así ganara opinión de desagradecido si no os obedeciera en lo que me mandáis; prestadme atención, que brevemente sabréis quién soy, mi patria y la causa de venir á vuestra tierra.

Sosegóse un poco y prosiguió desta manera:

—Francia es mi tierra, la gran ciudad de París mi patria; nací en ella; hijo de Ludovico, su rey, y hermano segundo de Clodoveo, que ahora gobierna aquel reino, con cuantas guerras se le ofrecieron á mi hermano con el rey de Nápoles siempre asistí en ellas, gobernando con el cargo de capitán general de sus ejércitos; ganéle algunas victorias, por donde mi nombre (que es el mismo de mi padre) se extendió por la Europa. Llegó el tiempo de la paz, por las que hizo el de Nápoles con mi hermano, y así yo volví á la cor-

te, donde el rey, muy enamorado de la duquesa de Borbón, algo deuda nuestra, llevóme una noche consigo á verla; nunca yo fuera, pues tan caro me ha costado. Puso los ojos en mí esta dama (cuyo nombre es Rosimunda) con tanta afición, que olvidó el amor del rey, y trató de darme á entender que me amaba. Esto me significó un día que acertamos á estar los dos á solas en su casa. Habíame parecido bien á mí; pero como mi hermano la quería tanto, encogíame esto á no extenderme á lo que merecía su hermosura, que es muy grande. Acusaba Rosimunda mi tibieza y cortedad diciendo que pagaba mal su voluntad y grande amor; yo me disculpaba con que no era razón poner los ojos donde mi hermano los ponía, y así me eximía de acudir á visitarla por no disgustar al rey.

Sucedió, pues, que las paces con Nápoles se confirmaron con mayores vínculos, casándose mi hermano con Casandra, hermana del rey. Fuí por ella á Nápoles; hiciéronse las bodas con grandes fiestas, en que procuré lucir cuanto pude. Con la venida de la reina olvidó mi hermano los amores de la hermosa Rosimunda, que no sintió poco verse olvidada, pero sintiéralo más si no la pareciera que con el olvido de mi hermano me quedaba libertad para servirla sin dar cuenta dello al rey, y así acudía á visitarla, á escribirla, y era favorecido della con mucho más gusto que lo fué el rey el tiempo que la visitó, por ser más

fácil el casarse conmigo que con él, que esta es grande señora.

Proseguía favorecido en mis amores sin ser el rey sabidor deste empleo; pero como no hay cosa oculta, lisonjeros y aduladores (que nunca faltan del lado de los señores) por desdicha suya, le dijeron cómo yo servía á Rosimunda, cosa que sintió el rey con extremo, y mandándome llamar me preguntó que si era verdad que la servía; yo (pareciéndome que no se le daría nada desto, puesto que ya había tomado estado y amaba entrañablemente á la reina) se lo confesé; de nuevo se ofendió el rey, reprendiéndome ásperamente con llamarme muchas veces atrevido, pues donde él había puesto los ojos osaba yo servir sin haberle pedido licencia; con esto me dijo tantas cosas, que yo salí de su presencia con el mayor pesar del mundo de haberme empeñado en esta nueva afición, llevando orden del rey que ni aun su calle pasase. Hube de obedecerle, bien contra mi voluntad; avisé desto á Rosimunda, y ella hizo extremos de loca del sentimiento que tuvo. Consolábamonos con escribirnos á menudo; mas no pudiendo sufrir Rosimunda el no verme en su casa como de antes, se determinó á lo que oiréis: fuese á Palacio con fin de pedir audiencia al rey, para negocios tocantes al estado de su anciano padre, que le gobernaba ella por estar el duque en la decrépita edad, sin levantarse de la cama. Salió el rey á hablarla, y después de haber tra-

tado los negocios tocantes al duque, le significó cuanto sentía que anduviese con ella tan cruel, pues habiéndose casado con quien no era mejor que ella y olvidádola, ahora que yo la servía me estorbaba que lo hiciese; que se desengañase que yo la había de servir, y ella me había de favorecer aunque lo sintiese. Con esta última razón se fué dejando al rey perdido de enojo contra mí, pareciéndole haberle yo alentado para hacerle aquella visita al rey.

Mandó llamarme, y de nuevo me dió otra más áspera reprensión, jurando por vida de la reina que si más la veía me había de costar muy caro, y que había de hacer una grande demostración conmigo. No le dije más palabra á todo esto sino que yo le obedecería, de suerte que no se disgustase más conmigo; con esto me resolví á no ver más á Rosimunda, y así me retiré en mi cuarto en Palacio, y con mis criados lo pasaba de modo que no salía dél, cosa que el rey sentía mucho; pues di en no acompañarle cuando salía en público, fingiendo siempre alguna indisposición.

No faltó quien al rey le dijo que yo hablaba mal de él acerca de algunas justicias que había hecho en aquel tiempo, más llevado de la pasión que de la razón, y era así, que tiene mucho de colérico y poco de considerado; con esto le pareció que yo aspiraba ya á tiranizarle el imperio, y así me miraba con mala voluntad. En tanto Rosimunda se desesperaba de que no la vía ni

escribía, y haciéndolo ella nunca quise recibir ningún papel suyo. Con esto se determinó á lo que la estuvo muy mal, que fué ir á verme á mi cuarto una tarde; púdolo hacer viniendo entre mucha gente que acudía á la audiencia que daba el rey. No faltó quien diese aviso á mi hermano de que en mi cuarto habían entrado mujeres, y con la llave maestra que tenía abrió el doble que yo tenía echado, y halló á Rosimunda conmigo, sin tener ella lugar de ponerse la mascarilla. Lo que la dijo fué que, pues por hacerle pesar, continuaba el favorecerme con tantas veras, que ella vería cuanto mayor se le daba con la demostración que conmigo haría. Mandó poner una carroza y que la llevasen á Rosimunda á su casa, donde estuviese presa hasta que él mandase otra cosa, y á mi me mandó poner en otra, y acompañado de cuatro caballeros fuí sin armas llevado hasta el puerto de Tolón, donde nos embarcamos. Eran estos caballeros mortales enemigos míos, á quien yo había quitado algunos cargos en la guerra por haber dado mala cuenta de sí en ellos; y ahora, viendo la ocasión de la venganza como deseaban; con orden de mi hermano, que llevaban para que no me hiciesen ningún buen pasaje, lo ejecutaron puntualísimamente. Metiéronme en la cámara de popa, y dan las velas al favorable viento fué el bagel surcando el salado imperio de Neptuno sin saber yo á qué parte tomaban el rumbo. Levantóse una borras-

ca tan grande, que pensé que habíamos de perecer todos en el mar; fué el cielo servido que durase poco, volviendo á serenarse el mar, á calmar el viento y á quietarse las aguas; con que llegamos á esta tierra, que no conozco, donde vendados los ojos y atadas las manos me sacaron en un esquife á ella; donde sucedió que al tiempo de querer ejecutar el orden de mi hermano, que era darme muerte, fuí libre de sus manos sin pensar. Bien creo que por ciencia mágica se hizo; si fué con orden vuestra os doy las gracias estimando tan grande favor y pidiendo al cielo me dé lugar para que os lo sirva todo lo que me concediese de vida; esto es lo que puedo deciros en cumplimiento de lo que me habéis mandado.

Acabó aquí su relación el gallardo Ludovico, y luego que Arminda lo hubo oído le puso otro papel en las manos, y sin hablarle palabra se fué de su presencia con la misma cortesía que vino; acompañóla Ludovico hasta la puerta y volvióse adonde estaba; nuevamente admirado de lo que le sucedía, en el papel vió estas razones:

«Señor Ludovico: Vos habéis llegado á un poderoso reino, traído á él con tormenta desde Francia, por la mágica de un insigne hombre que quiso libraros del peligro que os esperaba. Estáis en esta casa de placer, donde la reina asiste con sus damas, retirada por causa forzosa que la obliga á ello; si tenéis paciencia de estar en

este encerramiento un año, os ofrece (siendo esposo suyo) la corona de su reino, asegurándoos que en hermosura y discreción hace ventajas muy conocidas á la gallarda Rosimunda. Esto es lo que se os puede asegurar; en cuanto á ver á la reina el rostro ni á ninguna de sus damas, será imposible; sólo se os permitirá la comunicación de hablar con ellas y divertiros en este encerramiento mientras el señalado término pasa; si tenéis gusto de vivir aquí como se os dice, por otro papel podréis declarar vuestra voluntad.»

Apenas acabó de leer esto, cuando entró una dama con recaudo de escribir y se le dejó encima de un bufete, volviéndose por donde había venido. Volvió Ludovico á leer el papel, no sabiendo qué decir de las cosas que por él pasaban. Consideró que ya de Rosimunda no tenía que esperar nada en cuanto su hermano tuviese el imperio de Francia, ni él podía tampoco volver á él, pues había salido con orden de que le quitasen la vida; veía lo que la fortuna le ofrecía por aquel papel y que era lo que le estaba bien, con lo cual se determinó á acetar tan cómodo y tan honroso ofrecimiento, no siendo ingrato á tanta dicha; con esta resolución tomó la pluma y escribió estos renglones:

«El ser desagradecido fué siempre cosa aborrecida de todos; y así, habiéndome preciado de lo contrario á esto, estimo en lo que es justo el hon-

roso ofrecimiento que se me hace, y lo aceto con las rigurosas condiciones de esperar todo lo que fuere la voluntad de quien aquí me ha traído.

Ludovico.»

Apenas acabó de poner su nombre, cuando la dama que le había traído recado de escribir entró, á quien dió Ludovico el papel; tomó la bujía y fuéle alumbrando hasta su aposento, donde le dejó, despidiéndose con el usado silencio. Dejemos reposar á mi caballero, por decir lo que obligó á Arminda á darle aquel papel.

Luego que Ludovico fué llevado á aquella quinta cuando salió del mar, Ardano se encerró con Arminda y la dijo cuánto la importaba tener allí á aquel caballero, no diciéndole entonces el nombre, como habéis oído, dejándolo á que él dijese su relación quién era. Pues como el deseo de saber en las mujeres sea afectuoso siempre en ellas, tanto importunó Arminda á Ardano que le dijese quién era el extranjero, que él le dijo todo lo que Ludovico le refirió á la reina, y tras esto, que ningún príncipe era más á propósito para esposo suyo que éste, haciéndole una breve relación de sus partes; con que Arminda se inclinó del todo á él y á seguir el consejo de Ardano, que ya estaba muy de parte de la reina para servirla y ayudarla en todo lo que le mandase; pero con ánimo de no descubrir la intención del almirante hasta que hubiese ocasión, como adelante se dirá.

Aconsejada Arminda de lo que había de hacer escribir en aquel papel que le dió haciéndole aquella muda visita, pues como ahora tuviese respuesta de Ludovico, y en ella viese que su voluntad era admitir la dicha que le venía, de allí adelante tuvo lugar Ludovico en el cuarto de la reina, conversando y entreteniéndose con ella y sus damas, ya en gustosas pláticas, ya en entretenidos juegos, ya divirtiéndose en la música, á que era por extremo aficionado y cantaba con buena gracia, habiendo este trato y la esperanza de poseer la dicha que se le ofrecía engendrando en Ludovico tanto amor en su pecho, que ya no había en él centella del fuego que había encendido la ausente Rosimunda, si bien padecía con deseos de ver el rostro de la que amaba, manifestándoselos á la reina; mas ella le consolaba y alentaba con lícitos favores para entretener el tiempo que había de pasar.

En el ínterin que esto pasaba, el ambicioso almirante no dejaba perder ocasión alguna para lograr bien su intento, cuando Arminda no quisiese venir en casarse con su hijo, pues granjeando nuevos amigos, procuraba tener gratas las voluntades de todos, hacer nuevas hechuras en cargos que ocupar grandes, para que después en la ocasión tuviese á las personas que los ocupaban de su parte, aunque lo hecho lo deshacía la áspera condición de Ricardo con la presunción que tenía; esto pasaba en Inglaterra.

Los cuatro caballeros á que encomendó el rey la muerte de su hermano fuera de su reino (por no temer una rebelión de sus vasallos, según era querido dellos), volvieron á París, y dijeron al rey cómo su hermano quedaba sin vida en un puerto de Alemania, donde en desembarcando le dieron la muerte y se volvieron luego á la mar. Con esto se aseguró el rey, y trató (por medio de un caballero) de volver á los amores de Rosimunda; ella, que aún lloraba la ausencia de su amado Ludovico, viendo el intento del rey, despidió al tercero con razones ásperas. Parecióle á Clodoveo que si Rosimunda no se desengañaba de que no volvería más á ver á su amante no le favorecería, y así la envió á decir que ablandase la aspereza, favoreciéndole, porque volver á ver á su hermano era cosa imposible. Había dado á entender el rey que su hermano se había partido de secreto de París á Alemania, donde se le trataba un casamiento; pero Rosimunda nunca creyó esto, sino que de la mala voluntad del rey había resultado algo en daño de su hermano; y así le volvió á decir que aunque el infante Ludovico (como lo creía ella) no había de admitirle más en su gracia, que quien era igual para esposa de un rey le estaba mal ser dama suya: con esto el rey desesperaba de enojo.

Quiso, pues, Rosimunda saber con brevedad de su amante Ludovico, y mandó para esto llamar á un mágico, grande hombre en Francia, cuyo

nombre era Bruneto; á éste le pidió encarecidamente (ofreciéndole una buena paga) que la dijese qué se había hecho de Ludovico. Ofrecióse Bruneto á obedecerla, y así se retiró á su posada, y aquella noche supo todo lo que había. A la mañana volvió á la presencia de Rosimunda, á quien hizo relación de cómo fué llevado Ludovico por los cuatro caballeros, con orden del rey; cómo desembarcaron en Inglaterra, y queriendo matarle fué libre de aquel peligro por la mágica de Ardano; cómo estaba en la quinta con la reina Arminda amada dél, y que tenía por cierto que se casaría con ella, sin duda alguna por haber olvidado su amor. Lo que sintió esto Rosimunda se deja á la consideración de quien ama en este grave auditorio. Los ojos desta dama manifestaron con lágrimas la pena que destas nuevas recibía aun en presencia del mágico Bruneto, tanto, que él se compadeció de verla con aquel demasiado sentimiento, y así se ofreció á tener modo como remediarle; esto fué llevando por su mágica á la misma Rosimunda á Inglaterra, y entrándola en el aposento de Ludovico, adonde instruída en lo que había de decir le resultase desto el ver Ludovico el rostro de Arminda, no con la hermosura que en él tenía, sino por mágica del mismo Bruneto, transformado en el más fiero y abominable que ha venido fealdad en el orbe; esto para quitarle del pensamiento lo que le había ofrecido Arminda, y hacerle persuadir

con este engaño el que en aquella casa se le hacía. Esto comunicado con Rosimunda, y persuadido Bruneto á que lo pondría en ejecución, aquella misma noche fué llevada Rosimunda en un breve tiempo á Inglaterra (¡qué no emprenderá una mujer celosa y olvidada!); llegó á la quinta donde estaba Ludovico, á la sazón que él acababa de cenar, y estaba entreteniéndose con Arminda y sus damas. Aguardó á que se acabase el juego y Ludovico se retirase á reposar, y viéndole solo y en su aposento acompañada la dama de Bruneto, si bien él no se manifestaba, se puso en presencia de su olvidado francés, dejándole admirado su impensada venida allí, sin saber qué decirse más que contemplar en la hermosura de la francesa dama, la cual, en medio desta suspensión, rompió el silencio, diciéndole estas razones:

—La causa de verte en esta tierra (olvidado Ludovico), no se debe atribuir á culpa tuya, pues sé que violentamente fuiste traído á ella y puesto en ocasión de quitarte la vida, por orden de tu cruel hermano. Sé que te libró de este peligro la ciencia de una mujer encantadora, que aficionada de ti, te tiene engañado en su casa con promesas vanas y quimeras que tú has creído fácilmente, siendo sin fundamento; y es claro no ser verdad cuanto te ha dicho, pues lo principal, que es el reino que te ofrece, no te le ha querido nombrar, quien esto excusa que tú sepas, y asimis-

mo su nombre bien cierto asegura su engaño. Aquí te culpo yo, ingrato caballero; pues llevado de una promesa dudosa, has olvidado un empleo cierto en mí, que conocido mi amor y fe, pudieras tener seguridad, que por verme en tu compañía surcara salados golfos, peregrinara por remotos climas y pasara por multitud de dificultades. Mi desvelo y cuidado han penetrado este oculto lugar en que vives, como otro Astolfo engañado de la encantadora Aliena, y como otro Ulises de la cauta Circe. Advierte Ludovico, que quien en su poder te tiene, es una maga fraudulenta, una Sphinge engañosa y una mujer cuya ancianidad quiere emplearla en tu florida juventud. ¿Qué es la causa encubrir de ti su rostro, sino temerse que en viéndola has de aborrecerla y has de desengañarte del engaño en que vives? Vuelve en ti, valeroso Ludovico; acuerdate de tus progenitores, y si estás imposibilitado de volver á la corte de París, por la cruel condición de Clodoveo, tu hermano, que te tiene por muerto, reinos hay donde á tu persona se dé la estimación que merece. Bien pudiera sacarte de aquí, quien á este sitio me ha traído; poderoso es para hacerlo, pero quiero que conozcas primero haberte dicho verdad; descubre á esa tirana de tu libertad y á esa enemiga de tu juventud, y luego se descubrirá el haber reconocido tu engaño, con el sentimiento suyo el buscar á quien debes tanto amor, tantos desvelos, tantas

lágrimas, como en tu ausencia ha derramado.

No aguardó la hermosa Rosimunda á que Ludovico la respondiese, por que así se lo tenía advertido Bruneto temiéndose del mágico Ardano, á quien reconocía superioridad de la mágica, y así se desaparecieron de la vista de Ludovico, dejándole lastimado ver ausentar á la hermosa Rosimunda de su presencia.

Metido quedó en nuevos cuidados el gallardo caballero, considerando despacio lo que brevemente le había dicho la francesa dama, y en cuanto á ser engañado se le hacía dificultoso el creerlo, porque si tuviera este empleo algo de sospecha, no había aquella que llamaba maga haber aguardado tanto tiempo á poner su liviano deseo en ejecución sino conseguirle el mismo engaño. En estas confusiones estaba (determinado á descubrir el rostro al dueño de aquella quinta en la primera ocasión) cuando le entró por los resquicios de la ventana la luz de la blanca aurora; acostóse un poco y reposó hasta que la dama á quien le tocaba el cuidado de darle la camisa á su hora acostumbrada entró en su aposento. Levantóse Ludovico, y aquel día pasó con los mismos divertimientos que los pasados. Llegada la noche Arminda salió al cuarto de Ludovico, acompañada de dos damas, recibióla él con mucho agrado, trayendo intento de descubrirla el rostro, hallando oportuna ocasión para esto. Dos días había que no venía el mágico Ardano á

la quinta, y estaba la reina con pena de su tardanza, no sabiendo qué fuese la causa de no verlo quien cada día la vía. Pues como las damas dejasen solos á Ludovico y á Arminda, los dos comenzaron á discurrir en varias materias, considerando en medio dellas Ludovico el engaño que le había revelado Rosimunda, que en aquella mujer había. Quiso la reina que Ludovico la hiciese una breve relación de las notables cosas de Francia; y él, por obedecerla, comenzó primero por las ciudades de aquel reino, contando las particularidades de cada uno, y luego prosiguió haciéndola noticiosa de las fuerzas importantes y presidios de guerra que los reyes de Francia tienen; luego le fué nombrando los príncipes que eran de la sangre, los grandes y títulos vasallos del rey. Aquí llegaba cuando Arminda, por haber estado desvelada la noche pasada, y falta de sueño ocupada con varios pensamientos, en orden á su empleo, se adurmió; advirtió en esto Ludovico, y por no dejar pasar la ocasión tan á medida de su deseo, sin dejar la relación que hacía, llegóse quietamente á la reina, y desprendiéndola la mascarilla de un lado sin que lo sintiese descubriéndola el rostro, allí obró la fuerza del mágico de Bruneto, de modo que á la vista de Ludovico pareció Arminda la más fea y abominable mujer que hasta allí había visto. Quedóse el gallardo caballero más inmóvil qne un mármol, sin poder pasar adelante con la comen-

zada relación, y de modo se atajó, con el espantoso objeto que tenía presente, que hubo de arrimar el codo en el brazo de la silla, y la mano al rostro, y quedarse así corrido y avergonzado de ser engañado de aquella mujer. Desta suerte estaba cuando la que él juzgaba ya por engañosa maga despertó, y reconociéndose sin mascarilla miró por Ludovico, y vióle en la suspensión que habéis oído; á poner iba la mascarilla presumiendo que Ludovico no la habría visto, cuando él la detuvo el brazo, diciéndola:

—No tenéis, anciana señora, que afectar cuidado en cubriros de mí, que el mío me ha sacado del que por vuestro empleo podía tener, descubriendo en vos lo que tan bien os estaba encubrir; pésame que con estratagemas cautelosas engañéis á un caballero de tanta calidad como yo; caro me ha costado el haberme librado del peligro de aquellos alevosos caballeros, pues he dado en otro mayor, que es haber visto en vos tanta fealdad y vejez, y conocido con esto vuestros cautelosos intentos. Lo que os suplico es, que os sirváis de darme licencia para salir desta casa y volverme á Francia, que si es esta la ventura que me prometíades, mayor lo será mía esperar la muerte en mi patria de las manos de un cruel hermano, que vivir sin gusto donde tanto engaño se trata; que por lo menos no me podrá faltar sepultura en París, entre mis difuntos antecesores, y aquí dudo tenerla, pues no están seguras mis entra-

ñas y demás miembros de ser examinados de vuestros perniciosos hechizos.

Oyendo estaba á Ludovico estas razones la transformada Arminda, y dudaba si las decía el mismo por ignorar la causa por que se decían; que llamarla anciana, hechicera engañosa, y hallarse tan desesperado de haberla visto, parecía que eran cosas de hombre fuera de su natural juicio, cuando ella oía cada instante alabarse de sus damas, que era un portento de hermosura, un angel de condición y una perfecta mujer en todo. Con la pena que recibió desto no se acordó del peligro que el juicio de Ardano la había amenazado, y así sólo atendió á examinar á Ludovico, por qué la decía aquellas descompuestas razones, y así le dijo:

—Señor infante, ¿qué novedad hallo en vos ahora, que después de haberme visto habíades de prometerme más amor en vuestro pecho y más cortesía en vuestra boca; pues en lugar de tener uno y otro, veo despegos, oigo desprecios contra mí, injuriándome con palabras ajenas de lo que soy; á no oiros esas razones con ese airado semblante, bien creyera que me llamábades por ironía anciana. Pero el modo con que las oigo me parece que procede de haber perdido el juicio, cosa que en esta ocasión no atribuyera sino á sobra de amor y á demasiado gusto de haberme visto el rostro, que tan caro me ha costar haberme descuidado

—Bien decís (dijo Ludovico); pues en haberle mostrado habéis manifestado no ser verdadero cuanto me habéis ofrecido, y perder vuestro crédito con opinión de mentirosa, que es cosa que debéis sentir mucho. Lo que os vuelvo á suplicar es, que mañana me deis licencia para partirme, con prevención que os hago, que de negármela con violencia por detenerme aquí forzado, tengo valedor poderoso que me sabrá sacar desta casa.

A responderle iba enojada la hermosa Arminda, cuando se apagaron las luces del aposento súbitamente, y habiendo estado así medio cuarto de hora, volvieron como de antes á encenderse. Ya Arminda quedó con la hermosura que se tenía á la vista de Ludovico, el cual quedó admirado de ver en ella tan presto tanta mudanza, de tanta fealdad, tanta perfección; pero juzgó que esto lo había hecho ella misma por arte mágico, y así (no desdiciendo de su primero intento), porfió en que al amanecer se había de salir de aquel encerramiento, pues sabía que aquella hermosura que vía era fingida con sus diabólicos encantos, y lo verdadero era ser una anciana maga.

Pesábale á Arminda como amaba ya con todas veras, que Ludovico hubiese hecho tan fuerte aprehensión en ésto, no sabiendo el secreto dello, y persuadíale á que se fuese á reposar, que á la mañana se haría lo que gustase. Retiróse con esto Ludovico á su aposento, gustoso de haber hallado tan presto el desengaño de lo que le ha-

bían avisado, por volver á los ojos de la hermosa Rosimunda. Arminda se fué á su cuarto no poco penada de ver á Ludovico trocado de lo que antes estaba; en él halló al mágico Ardano de quien supo todo el caso de lo que pasaba; dejándola admirada la cautela de Rosimunda. Pidióle á Ardano consejo de lo que debía hacer, y asimismo le dijo que ya el pronosticado daño le podía desde luego ir temiendo; á que la respondió Ardano, cuanto á lo primero, que se dejase gobernar por él, y lo segundo que no se le diese nada que ella estaba libre del peligro de su vida, como después sabría por extenso. Retiróse con esto algo más consolada la Reina, y mandó que á Ardano se le diese aposento en que aquella noche reposase.

Venida la mañana Ludovico madrugó, y vistióse con el mismo pensamiento de irse, por pensar que estaba allí detenido con engaño; entraron en esto en su aposento el mágico Ardano y la hermosa Arminda, y poniendo la vista Ardano en Ludovico, le dijo estas razones:

—Yo (generoso Ludovico) soy el mágico Ardano, si acaso le has oído nombrar en Francia, el que con su ciencia te ha traído aquí, librado de tus enemigos, y te he querido hacer dichoso, en el más feliz empleo que caballero ha tenido con esta hermosa dama que miras. Sé que Rosimunda, por tenerte por suyo, te pretende por esposo, ha estado contigo y te ha informado dife-

rente de lo que te han asegurado aquí; tú estás cierto de ser verdad lo que te ha dicho, por haber visto el rostro desta hermosa dama abominable y feo, transformación que hizo el mágico Bruneto, que tú conoces bien. Esta hermosura que ves, es la que tuvo siempre, lo que te ha dicho y asegurado es cierto; si en esto te determinas á salir de aquí, tu libre alvedrío tienes; mira primero lo que haces, porque ido una vez, será dificultoso volver á la gracia de quien te ausentes con tanta grosería.

No se persuadió Ludovico á que cuanto le decían era verdad sino todo cautela y engaño, y así, siempre firme en su determinación, volvió á decir que por más que le procurasen persuadir no había de tener por cierto nada de lo que le aseguraban, y que con esto se determinaba á no estar allí un instante más; comenzaron los ojos de la hermosa Arminda á derramar orientales perlas, con la pena que le daba la partida de Ludovico. Bien lo vió el mal persuadido caballero; mas juzgándolo todo á engaño, se fué, saliendo por las salas de aquella quinta sin hablar palabra; seguíale Ardano, y al salir por la puerta principal de aquella casa (donde no vió á nadie por disponerlo así Ardano) el mágico se llegó al determinado caballero, y le dijo:

—No tengo (¡oh Ludovico!) con que darte pena en castigo de lo que has hecho, sino ofreciéndote este retrato que lleves contigo, que en otros

fuera gusto y dicha poseerle; es de aquella hermosa dama que dejas llorando por tu ausencia, pagando ingratamente lo que te ha querido. Preguntando á la gente que vieres, qué reino es éste, y mostrándoles esa perfecta hermosura confiada de su hermoso original, te desengañarás con no poco arrepentimiento de lo que has hecho.

Tomó el retrato Ludovico, y volvióle Ardano las espaldas entrándose en la quinta. Al punto que esto hizo el mágico, oyó el infante rumor de mucha gente, y volviendo el rostro á quella parte, vió muchos soldados vestidos de una lucida librea á la puerta de la quinta, unos jugando y otros razonando, sintiendo cerca de sí sus partesanas y archas; admiróse desto Ludovico, por no haberlos visto antes, y para comenzar á informarse de lo que tenía tanto deseo de saber, se llegó á uno de aquellos soldados, y en lengua francesa le preguntó, qué reino era aquél. El soldado le tuvo por simple, pues estando en él no lo sabía, y así, riéndose de su necia pregunta, le dijo que aquel reino era el de Inglaterra.

—¿Quién le gobierna, replico Ludovico?

—Paréceme que hacéis burla de mi señor soldado (dijo el de la guarda), pues en vuestra presencia veo no tener traza de hacerme esas preguntas con natural simpleza; mas porque no os quejéis de que no os satisfago con cortesías, os digo que deste reino es absoluta señora la hermosa Arminda, reina suya, cuya singular belle-

za excede á cuantas hay en el orbe; está retirada en esta quinta habrá poco más de un año; gobierna por ella su tío el almirante; dícese que se casará con Ricardo, primo suyo: esto es lo que desea el almirante, aunque nuestra reina dicen que no le tiene voluntad. ¿Hay más en que satisfaceros?

—Otra cosa me falta de preguntaros (dijo Ludovico pesaroso ya de haber sido engañado de Rosimunda).

—¿Qué es lo que queréis saber? (dijo el soldado.)

—Que me digáis (dijo Ludovico) si conocéis al dueño deste hermoso retrato.

Entonces se le mostró. Apenas le hubo visto el soldado, cuando le dijo:

—Señor mío: pésame que hagáis donaire de quien no os ha deservido; quien trae ese retrato informado estará bastantemente de lo que ahora supérfluamente pregunta; id en buen hora, que no quiero ponerme en ocasión de enfadarme con vos más de lo que estoy.

Aseguróle Ludovico con juramento que no sabía de quién era aquel bien pintado trasunto; con lo cual el soldado le dijo que era de la hermosa Arminda, reina suya, con que le dejó y se fué sin querer hablarle más palabra. Aquí perdió Ludovico la paciencia, sintiendo con mayor afecto el haber creído á Rosimunda, pues echaba de ver que todo había sido embuste de la cien-

cia de Bruneto, para hacerlo perder la dicha que le estaba prevenida. Volver quiso á la quinta, mas en breve instante se vió de un recio viento apartar de allí un largo trecho, y volviendo á mirarla, no vió señal de ella en todo aquel contorno; con que vió que esto causaba la mágica de Ardano para castigo de su obstinada incredulidad. Con esto se resolvió á volverse á Francia donde tenía algunos príncipes, grandes señores que le eran afectos, y destos se quería amparar para volver á la gracia de su hermano. Esto determinaba, si bien le estorbaba este intento, verse en reino extraño y sin dinero con que hacer aquel viaje. En esto discurría cuando llegó á él un mancebo que le dijo:

—Caballero francés, á vos me envía á decir cierta señora que creo conocéis bien, que os manda que no os detengáis más en esta tierra sino queréis perder la vida en ella, y os amonesta que sigáis el pensamiento de volveros á vuestra patria, que os estará mejor que aguardar aquí donde la ha ofendido vuestra ingratitud; que no quiere mostrarse del todo rigurosa con vos, aunque se lo habéis merecido, y así, os envía en este bolsillo mil escudos para que hagáis vuestro viaje como pide vuestra calidad.

—Decid, señor, dijo Ludovico, á quien os envía, que haciéndome bien me castiga, pues conozco que con este dinero y el mandado de que me salgadeste reino presto, carezco del bien en

que me ví y no conocí inconsideradamente; que yo llevo tanta pena de haberle perdido, que ella será quien la vengue más presto, quitándome la vida. Con esto se despidió del paje y buscó luego embarcación, donde le dejaremos, por decir lo que pasaba en Inglaterra.

El almirante que tenía convocada parte del reino para levantarse con él de secreto, escribió un papel á su sobrina, diciéndola que se resolviese en dar la mano de esposa á su hijo, pues tan bien le estaba, porque si no lo hacía se había de arrepentir dello. Este papel la llevó Ardano, leyóle Arminda y, aunque mujer, mostró entonces mayor valor que de su flaco sexo se podía esperar, respondiéndole de palabra que el cielo no forzaba el libre alvedrío, y que así no quería que la forzase el suyo ningún súbdito, obligándola por fuerza dar la mano de esposa á quien tanto aborrecía como á Ricardo. Aconsejóla Ardano que procurase con blandas razones engañar al almirante, fingiendo venir en su gusto, pues se hallaba retirada en aquella quinta, y él era poderoso en el reino y podía mover alguna sedición contra ella, que en tanto creía que se dispondrían las cosas de modo que se hiciesen mejor que pensaba. Obedecióle Arminda, y así respondió el almirante que nunca había rehusado cosa que tan bien le estaba, sino que el no hacerla luego que se le trató, fué por no tomar estado tan presto, por eximirse de mayores cui-

dados, pero que pues vía en sus vasallos deseo de que eligiese esposo, lo haría en pasándose el tiempo que estaba determinado que estuviese en aquella quinta, por guardar su vida del daño que la amenazaba. A esto volvió á replicar el almirante (falto de cordura) que desde luego podía determinarse á ser esposa de su hijo, por que él la aseguraba el peligro que tenía, y también lo haría Ardano, que sabía bien con qué fundamento la habían hecho retirar. Preguntó Arminda al mágico la declarase aquello, que no lo entendía; Ardano, viendo que era fuerza hacerlo, la hizo relación de lo que pasaba, cosa que dejó á Arminda absorta, y con la indignación que le causó saber la intención del almirante, se resolvió á no ser esposa de Ricardo aunque su padre la desposeyese del reino, y así se lo envió á decir.

Visto por el almirante esto, declaróse contra la reina valiéndose de las personas que tenía granjeadas para este efecto, y brevemente juntó mucha gente de guerra para apoderarse de todo el reino. La reina que vió esto, pidió consejo á Ardano de lo que debía hacer, y él la dijo que la convenía mudar de estancia é irse á un fuerte castillo que estaba diez millas de Londres; esto se puso en ejecución luego, y llevando á él vitualla bastantemente para dos años, se fortaleció de armas y soldados, fomentando esto el conde Arnaldo, deudo suyo, anciano y leal ca-

ballero y opuesto siempre á las cosas del almirante. Éste previno todo lo necesario, por fortificarse, y fué escribiendo de allí á todos los señores de Inglaterra, que sabía que seguirían la parcialidad de la reina: pero tenía tanta gente el almirante, que no se atrevía ninguno á mostrarse contra él por no perder sus lugares y rentas, con escarmiento de verles desposeídos de ellas, á los que primero se declarasen contra él.

Mucho sintió el almirante que la reina se hubiese retirado á aquella fuerza, así por ser dificultosa de ganar, como por ver que mientras no tenía á su sobrina en su poder no se podía llamar absoluto señor de Inglaterra. Junta, pues, toda la gente que tenía de su parte haciéndose en primer lugar, coronar por rey, y á su hijo jurar por príncipe, marchó Ricardo con todo el ejército que había junto para ganar aquella fuerza en que estaba la hermosa Arminda. Llegado á ella la cercó en torno distante sólo aquello que bastaba para estar segura la gente de la cercada, y no ser ofendida con arcabuz, flecha, dardo, ú otra arma arrojadiza.

En esto estaban las cosas de Inglaterra, mientras que Ludovico llegó á Francia, saltó en tierra, y secretamente caminando se halló en París. Halló la corte revuelta: la causa era que el duque de Lorena tenía una hija hermosísima, á quien el rey quiso festear. Servía á esta dama que se llamaba madama Flor) el duque de Gui-

sa, caballero mozo y gran señor en aquel reino, para casarse con ella, y era muy favorecido. Pues como anduviese con cuidado de lo que el rey hacía en este martelo, supo que con uno y otro recaudo que á madama Flor llevaban terceros de parte del rey, solicitaba lugar para cumplir su lividinoso apetito, la dama se le resistía, enamorada del duque de Guisa, y despreciaba los recaudos del rey. Él, temoso en su porfía, determinó entrar un día con achaque de ver el jardín de su casa, que era de los mejores y más curiosos en París. No estaba entonces en casa el duque de Lorena; supo esto el de Guisa y fuéle á buscar, avisándole lo que había en su casa. Tenía el de Lorena tratado ya el casamiento de su hermosa hija con el de Guisa, y así los entraron de secreto en su casa por una puerta falsa sin ser vistos de nadie, y por una escalera secreta subieron hasta el camarín de madama Flor; cerca dél estaba la pieza del estrado, hasta donde había ya llegado el rey; halló allí á la hermosa dama, y haciendo que sus damas la dejasen sola con él, quiso descomponerse con ella, de suerte que vinieron á los brazos. A esta sazón llegaron su padre y su amante, y viendo la resistencia de la dama y la porfía del rey, quisieron quitársela de su presencia, sacó el rey una daga é hirió con ella al de Lorena; mas él que se vió tratar así, con la ayuda del de Guisa dieron de puñaladas al rey, quitándole la vida y apellidando libertad

de un rey tirano que procuraba infamar las casas de los nobles de Francia. Eran tan bien queridos, que en breve tiempo se hallaron todos sus parientes y gente que se les agregó armados en su casa y calle; echaron el cuerpo del rey por un balcón abajo; fué llevado á palacio donde cerrándose en él, por temor del tumulto de los revelados, fué tiernamente llorado de la reina y sus privados.

Esta noche, pues, llegó á París Ludovico, y sabiendo el lastimoso caso se entró de secreto en palacio, donde fué recibido de algunos con gusto y de otros con pesar. Estos eran los que le eran contrarios y privados de su hermano cuando era infante. Hizo llamar á algunos príncipes amigos suyos, á quien se manifestó; ellos fueron aquella noche dando cuenta á los demás de la venida de Ludovico, de secreto, y á la mañana se hallaron todos en palacio, donde fué jurado por rey con mucho gusto. Sabido esto por los delicuentes en la muerte del rey, y por los más principales de la parcialidad de los duques se ausentaron luego de París y del Reino.

Entró con esto Ludovico gobernando prudentísimamente, haciendo mercedes á los que tenía quejosos su hermano y á todos en general, con que se ganó las voluntades de sus vasallos. Bien se pensó Rosimunda que sería esposa de Ludovico; y así luego que se coronó le envió la enhorabuena con un anciano deudo suyo, pidiendo

licencia para irle á besar la mano. Ludovico, que se hallaba ofendido de ella por el engaño que le había hecho, respondió á esto que no se moviese de su casa, que él iría de secreto á verla. Presumió con esto que ya estaba su casamiento efectuado del todo, pero engañóse, porque Ludovico, con el cuidado del nuevo gobierno, no se le acordó más de ella que si no fuera nacida. Como Rosimunda vió esto quiso ir á verle, y un día como que iba á negocios de su padre (que aún vivía) le pidió audiencia; el rey se la dió, y en aquella vista halló la dama más severidad en Ludovico que amor. Quejóse de su mudanza y él á ella de su engaño, y por venganza dél, la desengañó Ludovico, con que sola Arminda, reina de Inglaterra, sería dueño de su alma y esposa suya; con esto vino la hermosa Rosimunda á perder la salud, con la pena que recibió de este desengaño, viéndose en una cama muy en las últimos términos de su vida.

En este estado estaban las cosas en Francia, cuando en Inglaterra supo Ardano cómo Ludovico había heredado aquel poderoso Reino, y viendo la apretura en que estaba Arminda, tuvo modo como viniese á saberlo Ludovico, que fué por un papel, que con brevedad increible llevó uno de sus más veloces familiares. Supo Ludovico la aflición de la hermosa reina, y no quiso dilatar el ir á ayudarla; y asi, con la gente de guerra, que estaba hecha, se embarcó mandando

hacer más, y que se le enviasen con próspero viento; en breve tiempo se halló en el puerto de Inglaterra, y tomando tierra toda su gente, ordenó su ejército y fué marchando la vuelta del castillo donde estaba cercada Arminda. Llegó á él al tiempo que le daba Ricardo el segundo asalto, y sin duda le ganara entonces, si este socorro no viniera. Con la llegada de los franceses fué notable el daño que recibieron los britanos, de suerte que fueron desbaratados, y con infame huida dejaron el campo, siguiendo la francesa gente el alcance dos días continuos, hasta dejar muy pocos con vida. Ricardo fué preso, y traido á la presencia del rey Ludovico, entró con él en el castillo, donde estaba la reina, con cuya vista la hermosa dama se alegró sumamente. El rey la pidió perdón de la grosería de su incredulidad, pero con facilidad le alcanzó de ella que le amaba tiernamente. Mandó luego la reina poner en prisión á Ricardo y que se buscase con diligencia y cuidado al almirante que le habían avisado que sabida la desgracia de su hijo, se había ausentado. Dejó la reina aquel castillo, y acompañada del gallardo Ludovico se fué á Londres, donde luego que llegaron á aquella ciudad, se celebrarón las bodas entre los dos. A Ricardo desterraron del reyno, y de su padre no se supo más de que se había embarcado á Alemania. Vivieron los dos amantes, Ludovico y Arminda, con mucho gusto casados, y tuvieron dos hijos,

que el mayor heredó el Reino de Francia y el segundo el de Inglaterra, gobernando aquellos dos reinos con mucho valor y prudencia.

Acabó don Félix su novela con grandes aplausos de todo el auditorio, y para dar remate á la fiesta de aquella noche, al son de un sonoro juego de violones, se comenzó un sarao en que danzaron gallardamente aquellas damas y caballeros, hasta que oyeron tocar á maitines, con lo que se dió fin á la fiesta, por aquella noche, yéndose á sus casas.

Noche segunda.

Las luces del mayor planeta, faltaban del español horizonte, dando lugar á que la oscura noche tendiese su negro manto sobre la tierra, bordado de lucientes astros, luz participada del hermoso Febo, cuando las damas y caballeros convidados por el anciano don Gastón se juntaron en su casa, la segunda noche de la Pascua. Acomodados, pues, en sus asientos como la noche antes, los diestros músicos, á cuatro voces cantaron este romance:

Flecha aguda, objeto hermoso,
me previno el niño Dios;
ella en herir brevedad,
él en penar dilación.
Del imposible que emprendo,
hallando en mi dicha voy
mucho hielo entre su luz,
mucho fuego en su candor.
Dudosa empresa conquisto;
¿quién en un sujeto vió
fulminar rayos la nieve,
y nevar copos el sol?
Atrevido y recatado

tengo (¡qué gran confusión!)
recelos en la osadía,
y esfuerzos en el temor.
En mí, firmeza y constancia,
se hallan en oposición,
aliento contra el desdén,
paciencia contra el rigor.
Mas mi poder con sus ojos
tendrá breve duración,
pues la resistencia es una,
cuando los contrarios dos.
En mis suspiros y llanto
la severidad oyó
queja sin voz repetida,
pena publicada en voz.
En corresponder sin deuda
ejemplo de amante soy,
pues manifiesto lealtad
á quien me mata á traición.
Fino en mi temor porfío;
hálleme el tiempo veloz,
con glorias en esperanza,
con penas en posesión.
Años ofrezco al deseo,
lustros al cuidado doy
siglos á mi firme fe,
y eternidades á amor.

Todos alabaron mucho el romance que le había escrito un apasionado segundo de la señora doña Laura. Tomó asiento en medio del estrado una hermosa dama, llamada doña Clara, y rompiendo el silencio la oyese esta novela:

La ingratitud y el castigo.

Á Monserrat de Cruyllas, Caballero de la Orden de Nuestra Señora de Montesa.

La ingratitud y el castigo en una novela ofrezco á v. m., conociendo que si no acudiese á su patrocinio, se pudiera escribir otra de mí en la ingratitud y yo tener el castigo desta en la opugnación destos mordaces. Seguro así lo solicita en el cual espera cierta la defensa de las censuras, y yo que conozca v. m. por este principio, que deseo ocupar la pluma en su servicio, en mayores empleos. Guarde Dios á v. m. como deseo.

Servidor de v. m.,

Don Alonso de Castillo Solórzano.

NOVELA TERCERA

Génova, nobilísima república en nuestra Europa, á quien patrocina el poderoso y católico rey de las Españas, opulenta de riquezas por los gruesos tratos de sus caudalosos hijos; madre de ilustres y nobles caballeros, cuyos honrosos apellidos (en particular los de señaladas familias) son estimados en España, Francia, Italia, y los más reinos del orbe; esta ciudad, pues, era patria de Sinibaldo, antiguo caballero de ella, cuyas partes de prudencia, nobleza y afabilidad le daban la primera estimación en aquella República, de quien era siempre gobernada. Tenía el anciano caballero un hijo de edad de veinte años, su nombre Octavio; perfecto en las gracias naturales y consumado en las adquiridas, al fin como instruído con la educación de tal padre.

Era el gallardo caballero la bizarría de aquella ciudad, la flor de la juventud della, y con la cuantiosa hacienda que tenía, el que más lucidamente se portaba. Su afabilidad y franca condición le hizo dueño de las voluntades de to-

dos; querido de sus amigos y mirado bien de las damas, si bien (aunque mozo) no había dado parias al niño amor en algún amoroso empleo, ocupándose en hacer mal á caballos, en seguir la caza, imagen de la guerra, y en los ensayos importantes al bélico ejercicio, como eran jugar las armas, tornear y correr lanzas. En los ratos que descansaba desta ágil ocupación, se daba á la lectura de libros escritos en varias lenguas, que por haber tenido desde su pueril edad erudito maestro que le doctrinó, llegó á saber la latina, española, toscana, francesa y alemana con grande perfección. Aborrecía sumamente, no sólo la inquieta ocupación de los juegos ilícitos, pero aún la que divierte con los honestos, y conociendo sus continuos profesores, huía de su amistad, viendo cuán pernicioso vicio sea este en las repúblicas, pues no sólo es polilla de las haciendas, pero causa de mayores daños, pues de la necesidad proceden los que disminuyen las famas y aniquilan las reputaciones.

Prevenía la nobleza de Génova una grande fiesta para el día que la Iglesia celebra del mayor Santo entre los nacidos (la del Precursor Bautista) y habíase concertado una justa real entre los caballeros mozos de aquella ciudad, y con la emulación de riquezas, solicitaron empresas, maquinaron invenciones y sacaron galas, para ganar cada uno más la voluntad de su dama y los aplausos del pueblo. Para ostentar

sus personas en el señalado día, con más destreza en este bélico ejercicio, se hacían algunos ensayos, en que el generoso Octavio mostraba con mayor gallardía la pujanza de su brazo y la firmeza de gentil bridón.

Un día de los que acudía á este militar ejercicio, acabado el ensayo dél, se llegó á Octavio un hombre conocido, no sólo en aquella ciudad (de donde era natural), pero en Roma y toda Italia por el más insigne artífice que profesa el arte de la pintura; éste le dijo que si se servía de tener paciencia por dos horas le suplicaba se dejase retratar su rostro en un bien imprimado lienzo, por sus diestros y valientes pinceles. Novedad se le hizo á Octavio que en aquella ocasión se le pidiese aquello, y quiso saber qué era la causa que le obligaba á hacerle aquella súplica con tantas sumisiones, y así se la preguntó, y lo más que pudo saber del diestro pintor fué que por una dama le era mandado hacer aquella copia, encargando del cuidado de que saliese muy parecida al original. Inquirió su nombre Octavio, deseoso de saber quién le hacía aquel favor, pero no fué posible acabar con el pintor que se lo dijese, asegurándole con grandes juramentos que con los mismos había prometido guardar de aquello secreto.

Dióle un poco de cuidado á Octavio y mayor deseo de saber con certeza quién le era tan aficionada que estimase tener retrato suyo en su

poder, y variando el pensamiento de unas en otras damas de las que él comunicaba, no podía pensar quién con afecto le hubiese favorecido de suerte que pasase de la inclinación á esta fineza. Hizo de nuevo varias preguntas al pintor, mas hallóle tan cauto y tan cerrado en no descubrirle la dama, que no quiso cansar más la imaginación en lo que porfiaba saber, sino dejarse retratar en la forma que el maestro le pedía, que era como salió del ensayo de la justa. Sentóse, pues, en una silla y mezclando el artífice los colores á su propósito, aprendiendo bien en su cierta idea las facciones de Octavio, comenzó su obra con grande cuidado, luciéndosele el que en ella puso, pues salió la copia tan parecida con el original, que sólo se diferenciaba de la vista el carecer de vital aliento para no juzgarla por viva. Pagóse mucho Octavio de la obra y pidióle al maestro le sacase de aquel trasunto otro para tenerle en su galería, diciéndole que más se holgara que le pagara con otro de la dama que el que le había de dar.

—Algún día (dijo el pintor) os serviré en lo que me mandáis, que principios muestra en su inclinación, que facilitar el creer que vendréis á conseguir eso.

Con esto se despidió de Octavio, dejándole ofuscado en varios pensamientos, sin dar acierto fijo en ninguno, por ser sujeto muy remoto de aquellos de quien presumía.

Llegó el día de la fiesta, donde los caballeros de Génova se esperaban un solemne regocijo, y esa mañana llegó á casa de Octavio el pintor preguntando por él; estaba el galán caballero haciendo prevención en su recámara de lo necesario para aquella tarde, y avisándole la venida del pintor, le mandó entrar adonde estaba y despejar á sus criados aquella pieza. Recibió Octavio al diestro artífice con mucho gusto, y preguntándole qué se le ofrecía, le dijo estas razones:

—¿Quién duda, Sr. Octavio, que desde que no me véis habréis tenido mil imaginaciones sobre la copia que saqué de vuestro original, deseando saber con certeza el dueño que ahora la posee con mucha estimación suya, y que ahora con mi venida á besaros la mano, habréis pensado que traigo orden suya para descubriros quién sea? Yo me holgara poder serviros en esto, si con mayores fuerzas no hubiera revalidado los juramentos que he hecho sobre esto, así para guardar el silencio en lo pasado, como para prevenir lo mismo en lo que os pienso decir. Aquella dama poseedora de vuestro retrato, me manda que os pregunte si de alguna que servís sacáis algún favor en esta fiesta, como penacho, banda, toneletes ú otra cosa que en tales regocijos suelen los caballeros mozos llevar, que lo desea mucho saber.

—Respondiendo á lo primero (dijo Octavio)

os aseguro que me ha puesto en cuidado de saber quién tenga mi retrato, y no puedo fijamente presumir quién le posea, por no haber puesto los ojos hasta ahora en dama que con particularidad alguna la sirva; á lo que me preguntáis ahora, puedo responder que digáis á esa señora que con lo primero que os he dicho le respondo á lo segundo, no siendo tan dichoso que me hayan favorecido, para salir con más gusto en esta justa, que esto la puedo asegurar con certeza.

—Pues según eso (dijo el pintor), bien puedo proseguir con mi embajada, diciéndoos que si gustáis de llevar en su nombre un penacho de sus colores y una banda verde, os lo traeré luego; que se ha hecho en vuestro nombre.

—Hállome tan obligado (dijo Octavio) con tan impensados favores, que no sé con qué palabras exagerároslo, y así diréis á esa dama que beso sus manos mil veces, y que con mucho gusto saldré adornado y favorecido con sus prendas, prometiéndola de mudar por ellas los colores de mis libreas, y de nuevo sacar las suyas, porque conformen con el penacho y banda.

—Para que con más gusto lo hagáis (dijo el pintor), sólo me es permitido deciros que esta dama os iguala en calidad, y que pocas la igualan en hermosura en Génova.

—¿Pues por qué causa (dijo Octavio), quien tantas partes tiene, recata que yo sepa quién es? Que si me iguala, como afirmáis, lícito es que yo

la sirva con el fin que lo hacen públicamente muchos caballeros de mi edad con otras damas.

—Causa debe de haber (dijo el pintor), que por ahora no permite que yo diga su nombre; no me preguntéis más en esto, sino dadme licencia para que vaya por el penacho y banda.

Diósela Octavio y fuése el pintor, dejándole como caballero engolfado entre dudas y confusiones, discurriendo en esto, por varios sujetos; y en lo que con más certeza se afirmaba, era en pensar que esta dama fuese descendiente de alguna casa de las principales de Génova, encontrada con la suya, que pocos años antes hubo parcialidades entre los nobles, sobre competencia del gobierno de aquella República, y de ellas resultó el quedar con opuestos bandos que aún (hechas las amistades) duraban. No pudo dudar Octavio en qué sería esta dama del bando contrario; y aunque pudiera esto quitarle el deseo de saber quién fuese, antes se le acrecentó, pues sabía que en las casas opuestas á la suya había tanta calidad y riqueza que igualaba á la que él tenía, y consideró que le pudiera estar bien el fomentar este empleo (siendo el sujeto de su gusto) para quietar las enconadas familias con amigables paces.

En esto discurría, cuando Alejandro (que así se llamaba el pintor) volvió acompañado de un criado suyo, que traía una caja en la cual venía el penacho y banda, que sacado en la presencia

de Octavio, vió ser el más curioso y rico que hubiese visto; era de plumas blancas y verdes; la banda era verde, bordada de memorias y corazones de plata; éstas de iguales y finas perlas, y aquéllos de costosos y encendidos rubíes. Estimó Octavio (como era justo) los dos favores, y para dar las gracias á quien se lo había enviado, quiso remitirlo á la pluma, rogando á Alejandro esperase á que sólo escribiese un papel que llevase á aquella dama, en agradecimiento de las mercedes que de su mano recibía. Entretúvose el pintor en mirar las valientes pinturas y curiosidades que en el cuarto de Octavio había, en tanto que escribió á la no conocida dama este papel:

«Dudoso amante y agradecido, tomo la pluma para escribiros: dudoso (como de harta ventura y pocas partes) en pensar que sea yo á quien se dirigen vuestros favores, y en conocer quién sea el sujeto que gusta de emplearlos tan mal. Amante disponiendo la voluntad inclinada á amar cuando merezca saber quién ha de ser su objeto, y agradecido estimando vuestras prendas en lo que esté justo que las estime. Quien sin haberos servido se halla favorecido y honrado con ellas, para que la proposición que ahora hago de serviros, surta efeto, os suplico merezca saber á quién debo estas obligaciones, para que salga de dudas; mi amor se emplee y el agradecimiento le tenga siempre, por gozar bien que no he me-

recido, con que me aseguro llevar precio en la justa que habréis de serviros de recibir en mi nombre. El cielo os guarde.

Otavio.»

Cerró el papel, y dándoselo á Alejandro se le llevó á la dama. En tanto Octavio, disponiéndose á parecer fino galán á los ojos de su incógnita dama, quiso mudar los colores que tenía prevenidos para llevar al regocijo, y en el poco tiempo que había desde por la mañana que fué favorecido hasta las tres horas de la tarde, juntando oficiales hizo las libreas necesarias para padrinos y lacayos, de verde y plata. La invención también mudó; y en lugar de la que había maquinado llevó en un carro al Dios de amor, vendado con su arco y saetas, como le pintaron los antiguos, por peana de sus pies llevaba un lince, animal muy perspicaz en la vista, esto mismo sacó en la tarjeta pintado y debajo esta letra:

Más fino que el perspicaz
hoy se promete despojos
teniendo en la fe los ojos.

Llegó el término señalado para comenzar la fiesta, esperada de tanta nobleza y hermosura en lo más lucido de caballeros y damas de Genova, que ya aguardaban en sus asientos. La entrada del mantenedor, presto les cumplió sus deseos; que así él como los gallardos aventureros, hicieron sus lucidas entradas, y entre ellas la de

nuestro bizarrísimo Octavio, que con los nuevos colores de libreas é invención dió sumo gusto á los circunstantes y no pocas sospechas á muchas damas, que curiosamente habían sabido las galas que tenía prevenidas antes, y ahora le veían con otras, por donde colegían que tenía nuevo cuidado, y allí estaba la causa desta novedad muy contenta de ver la fineza de su querido galán, en la presteza conque había mudado de colores, llevado de la obligación y cuidado en que con sus favores se puso.

Comenzóse la fiesta y en ella ganó Octavio el primer precio del mantenedor. Estaba el pueblo esperando á qué dama se le ofrecería, cuando el airoso caballero, habiéndole recibido de los jueces, hizo traer un cofrecillo de plata guarnecido con ricas y preciosas piedras, adonde depositó á vista de todos una firmeza de diamantes (que este era el precio que había ganado) y mandó se le llevasen á casa. Con esta novedad dió motivo á varios juicios, que comenzaron á hacer discursos sobre quién sería la dama, para quien el precio se guardaba, mas ninguno acertó con lo que era; sólo convenían todos en que no existía en aquella fiesta, pues el precio se le guardaba. Prosiguiéndose el bélico regocijo, vino Octavio á llevarse otro precio juntando segunda vez, y el último que se le dió por más galán, que era una de las condiciones del cartel; estos los dió á dos damas parientas suyas, con grande acompaña-

miento de padrinos, que se les llevaron á sus ventanas, de donde vían la fiesta. Acabóse antes de la noche la fiesta dejando la destreza y gala de Octavio á muchos aficionados y envidiosos, y á las damas con cuidado de saber su empleo, por lo que habían visto.

El día siguiente, estando Octavio en la cama algo más tarde que acostumbraba, le entró un paje á decir que le quería hablar Alejandro. Nueva fué ésta que le dió mucho gusto al gallardo caballero. Mandóle entrar y después de haberle hecho tomar asiento, hallándose con él á solas, le preguntó qué se le ofrecía.

—¿Qué puedo quereros (¡oh noble Octavio! dijo Alejandro) después de venir á saber cómo [os halláis?] de la justa (en que tan gallardo anduvisteis) sino traeros un recaudo de aquella dama, á quien dejo cuidadosa por saber cómo habéis pasado la noche con el cansancio de las armas? Este papel acabo de recibir de sus hermosas manos, en respuesta del vuestro; leedle, y si hay algo que responder á él, vedlo en tanto que yo me divierto con mirar las pinturas de vuestra galería, que como originales de tan famosos artífices, tengo mucho más que admirar cada día que las que veo.

Levantóse con esto Alejandro de su asiento, y dió lugar á que Octavio, con grande alborozo, abriese el papel en que leyó estas razones:

«Nunca, señor Octavio, dudé de vuestra fineza, en la estimación que habéis hecho de mis favores

(dándoles realce con el nuevo gasto que os han acrecentado) con las esperiencias que tengo de cuán bien correspondéis con vuestra ilustre y generosa sangre. En reconocimiento de agradecida quisiera poder manifestaros quién sea, ya que con las dos prendas que tenéis mías os hice demostración de la voluntad que os tengo; mas por ahora no me es permitido que lo sepáis, si bien no os escuso de que por Alejandro os sirváis de avisarme, si habéis descansado de la pasada fiesta, en que tantos aplausos merecistes, dejándome, los de los caballeros con gusto, y los de las damas con regalo; esto me aumenta vuestro retrato, manifestándome las gracias naturales que os ha dado el cielo, y la fama las adquiridas, que tanto celebra esta ciudad. Permitid que conociéndolas yo, no anticipéis otro sujeto al mío, en vuestra voluntad, que os aseguro que ninguno me aventaja en la estimación que de vos hago, y para que no os desconfíe mi recato, os prometo dejarme ver muy presto, pues aunque de ser quien soy, no dispone fácil vista, el amor alienta á que con más brevedad nos veamos. El cielo os guarde.

Quien más os estima.»

Gustoso dejó á Octavio el papel de la encubierta dama, y alborozado con las últimas razones, en que le prometía verse presto con él, con tantas muestras de afición. Leyóle otras dos veces, disponiendo el amor más la voluntad para la

vista, pues ya del entendimiento de la dama tenía dadas muestras para ser querida, y de sus dádivas seguridad de su amor; pidió luego recado de escribir, y en breves razones le escribió este papel:

«No es necesaria prevención de prisiones antes de vuestra vista, estando segura que podéis prometeros mayores rendimientos que el mío, pues rendirme será corta hazaña de vuestros ojos, y harán poco más que tiene hecho vuestro entendimiento. El juzgaros presente á la fiesta me esforzó á sacar de ella los premios que vistes: el primero guardé en vuestro nombre delante de tantos ojos; va ahora á los vuestros con no poca envidia mía, de que le favorezcan primero que á mí: como él os prometo ser firme, estándolo en la esperanza, hasta que alegren mis ojos la posesión que les ofrecéis para su mayor recreo. El cielo os guarde.

Vuestro esclavo, Octavio.»

Cerró el papel, y llamando á Alejandro se le dió, y con él el cofrecillo en que iba el precio que había ganado en la justa, y por el trabajo dió al portador dél una cadena de doscientos escudos de peso; dejándole con ella tan obligado cuanto pesaroso de no poder revelarle el secreto de quién fuese la dama. Presto se vió en su presencia á quien dió el papel y ofreció en nombre de Octavio el cofrecillo con la joya que había ganado por precio de la justa. Estimóla en mucho la

dama, como venida de las manos de quien tanto amaba. Mostróla Alejandro la cadena que le había dado, encareciéndole las partes de Octavio y aprobando cuán justamente había puesto su amor en tan perfecto caballero. Leyó el papel la dama, y con sus enamoradas razones y lo que había oido á Alejandro, se dispuso á favorecer á su galán con su vista.

Tenía una señora amiga suya un jardín de mucha recreación, y pidiéndole la llave de la casa dél para cierto día, fuése aquella tarde á él, y antes había trazado que Alejandro sacase á Octavio al campo hacia aquella parte, con fin de decirle quién era la dama y guiarle adonde estaba. Hízolo así el solícito tercero, saliendo Octavio en su carroza con grande alborozo por saber lo que tanto había deseado. Iban los dos solos, habiéndole prometido Alejandro descubrirle el secreto, en estando en el campo. Entretenidos, pues, en varias pláticas llegaron al jardín al tiempo que el luciente planeta doraba los límites del Occidente con sus hermosos rayos, y hallaron abierta la puerta. Alejandro dijo á Octavio:

—Aquí podemos (si sois servido) entrar, que en algún cenador deste ameno jardín os diré (gozando juntamente del fresco) lo que tanto deseáis saber.

—Sea así (dijo Octavio).

Entráronse en el jardín, gozando de la ameni-

dad de sus calles, de la compostura de sus cuadros, de la frescura de sus artificiosas fuentes; sin haber tratado de nada. Había el día llegado á su último término, sustituyendo por su luz la limitada que daban las estrellas, prestada del Délfico planeta. En esto llegaron á la casa del jardín, donde en un mirador della algo bajo, que caía sobre un enredoso laberinto, vieron estar dos damas, cubiertos los rostros con unos cendales de gasa verde, de suerte que podían ver por ellos sin ser vistas.

—Aquí (dijo Alejandro) señor Octavio, haciendo más de lo que os prometí, os pongo en presencia de la dama que deseáis conocer; yo he cumplido con mi palabra; si vuestra persuasión fuese tan eficaz como grande ha sido vuestro deseo de verla, con ella podéis acabar que se os descubra, y en tanto que lo conseguís, me aparto, con vuestra licencia, á hablar con la que la acompaña.

Hízolo así dando lugar á que Octavio (viéndose á solas con la dama) le dijese estas razones:

—Muy agradecido debo estar á Alejandro (señora mía) por haberme traído á vuestra presencia, cosa tan deseada de mí, y ha andado muy corto (sabiendo estos deseos) en no pedirme muy buenas albricias, por este bien que me presenta á la vista, si bien con la pensión del embozo que me priva de gozarle del todo. Permitid no agravie vuestra hermosura, pues avariento me la

oculta, cuando mis afectos han merecido gozar la patente, y esta merced (que es la mayor) acreciente el número de las muchas que me habéis hecho sin merecerlas.

—Señor Octavio (dijo la dama) vos seáis muy bien venido. El traeros aquí Alejandro, ha sido con orden mía, porque no me acuséis de descortés, cuando con tanto afecto me pedís que os vea, ya lo hago aunque detrás deste velo, por no estar cierta si gustáis ó no de conocerme; y así, dar las albricias por lo que después os ha de pesar, no lo tengo por cordura: quizá por eso no os las ha pedido Alejandro. Yo gustara de hacer lo que me pedís, mas por ahora no lo permitiréis, que sólo sois llamado para daros las gracias del precio que me guardastes en la justa, y de que dejadas vuestras colores quisiésedes celebrar las mías en vuestra librea. Yo ví la fiesta y no quisiera ser tan de vuestra parte, que con la pasión os juzgase ventajoso en todo á cuantos en ella se hallaron; mas repito en decir (muy gustosa) lo que han dicho cuantos gustaron de veros, con tanta destreza y bizarría aquella tarde.

—El deseo con que iba á parecer bien á vuestros ojos (dijo Octavio) me hizo salir ganancioso de los tres precios; que por otra causa muy cierto pudiera estar que no llevara ninguno, y el mayor que no puedo estimar, es el favor que me habéis ponderado (más con el esfuerzo de vuestra parte) lo que hice, que mi propio valor merece,

por él os beso las manos, y vuelvo á repetir la primera súplica de que os decubráis, asegurándoos que en no hacerlo, me tenéis en una confusión que se me convierte en pena, sin aliviarme más que la esperanza que tengo de que me habéis de favorecer.

—Ya os digo (dijo la dama) que inclinación mía me ha hecho hacer lo que sabéis, y duda de si la vuestra (descubriéndome) ha de ser la que me habéis prometido en vuestros papeles, en mi favor me tiene temerosa en hacer lo que me rogáis. De nuevo os vuelvo á decir que si me descubro, aguardo una novedad en vos, y aventuro ser contra mí: dejarlo por ahora, que á mí me está bien el hablaros así, y á vos no se cómo os estará.

Crecían los deseos de Octavio por ver el rostro de la dama, al paso que ella se rehusaba el hacerlo, y por no dar lugar á más dilaciones le dijo.

—¿Tan poco obligado os parece que me tenéis, que dudáis que yo no estime el conoceros? Pues yo os aseguro, con palabra de caballero, que á ser vos descendiente de la familia más contraria á la de mi padre, no disminuyera un punto el amor que os tengo; antes, la dificultad que hubiera en eso, fuera estímulo para quereros con más veras: esto os digo por que vuestro recato ha enjendrado en mí esta sospecha.

—Cierta ha sido (dijo la dama); mas fiada en lo

que me aseguráis, no quiero dilataros la suspensión, sino que cese con los principios del arrepentimiento que juzgo tendréis de haberme conocido.

Con esto se quitó el embozo y conoció Octavio ser la dama la hermosa Casandra, descendiente de una de las familias más principales de Génova, y la más opuesta á la antigua casa de su padre. Era la dama bizarra, de superior hermosura y asimismo muy rica, sujeto digno de que cualquiera príncipe de Italia se honrara de tenerla por esposa. Por muerte de sus padres, estaba esta señora en casa del anciano Julio, su tío, el mayor enemigo que Sinibaldo, el padre de Octavio, tenía en Génova; por lo cual se recataba tanto de ser vista de nuestro bizarro caballero. Suspenso estuvo un poco con su vista Octavio, no juzgando digno de tan grande empleo, más por su desconfianza discreta que por su sangre noble, y en medio desta suspensión le dijo Casandra:

—Ya, señor Octavio, experimento mis temores, cesan mis dudas y comienzan mis penas, pues de vuestra suspensión infiero que, por ser de la familia contraria á la vuestra, seréis poco afeto; si es así, vuestro desengaño luego me será (aunque penoso) medicina, excusa de mayor empeño; ya os pagáis de la confusión que tuvistes con la que ya de veros tengo: la brevedad en responderme será aquí acto de piedad.

—La suspensión que habéis acusado en mí (dijo Octavio), aunque me culpe de grosero para con vos, como yo sé mejor de dónde provino, os digo que nació de verme con tan impensada dicha, y como cosa ajena de mi poca suerte me tenía absorto el gusto y loco el contento. ¡Dichoso mil veces sea el día en que Alejandro me dió vuestro primero recaudo, pues dél ha resultado el bien que gozo! Poco hago en cumplir la palabra que dí de quereros y amaros, aunque seáis del contrario bando de mi padre, si esa hermosura ha hecho tanta batería en mí, que confesándome vuestro desde hoy, me opondré á las mayores contradiciones que me puedan hacer cuantos intentaren estorbarme que yo sea vuestro: esto os aseguro con fe y palabra de esposo, si vuestro gusto es que yo merezca tal título.

Contentísima dejó á la hermosa Casandra lo que oyó al enamorado Octavio, y segura de las dudas con que estaba, le dijo:

—Yo me doy por pagada de mi voluntad, discreto Octavio, con lo que os oigo: pero para que la proposición que hacéis, sea con los requisitos que pide cosa que ha de durar para siempre, y que en sus principios ha de tener contradicción, quiero que lo miréis bien primero, y en otra ocasión que nos veamos (si os estuviese bien) sea lo que gustáredes.

—No ha de pasar desta (dijo Octavio) porque quien tiene el bien presente y le deja ir, ó le

falta su conocimiento ó fía mucho de su fortuna; yo la temo, y para vivir seguro y gustoso, os suplico me favorezcáis con vuestra mano.

Llamó luego á Alejandro y á la dama que le acompañaba, que era criada de Casandra, y dióles en breves razones cuenta de lo que había pasado, y con gusto de Casandra, se dieron las manos delante de aquellos testigos.

Hacíasele tarde á Casandra para dar la vuelta á casa de su tío, y así no dilató la estada en aquel jardín, aunque con sentimiento suyo y de Octavio, que estaba ya del todo enamorado della. Abrazáronse los dos amantes, prometiendo Casandra buscar lugar para verse, y con esto se puso en su carroza, partiendo á su casa; lo mismo hizo Octavio en la suya, dando muchos abrazos á Alejandro por el bien que por su causa le había venido, gratificándoselo en llegando á su casa, con joyas y vestidos que le dió.

Continuaron los dos amantes el escribirse algunos días, por la orden de Alejandro, y supo Octavio de Casandra que su tío partía el día siguiente á Saona, donde había de estar ocho días en un negocio de importancia. Esta nueva fué de suma alegría para el enamorado caballero; en la respuesta deste papel en que le daba el aviso, la suplicó á Casandra le favoreciese en darle entrada en su casa. Fácilmente lo alcanzó della, por estar tan enamorada de Octavio, y así la primera noche que Julio, su tío de la dama, se ausen-

tó, Octavio se vió con ella, donde con afectuosos ruegos alcanzó el premio de sus deseos, debajo de la palabra de esposo que en el jardín le había dado y que revalidó allí, acudió con esto todas las noches que el anciano Julio estuvo ausente en Saona. Volvió de su jornada, y con su venida carecieron de verse los dos amantes con mucho sentimiento suyo. Habían dispuesto el buscar medios para que Sinibaldo y Julio supiesen su empleo; mas las personas á quien se dió cuenta para tratar desto, visto que las voluntades de los dos ancianos caballeros eran tan opuestas, no se atrevieron á emprenderlo, con que los dos amantes lo sentían sumamente.

Viendo el anciano Sinibaldo algo inquieto á su hijo, porque (fuera de su costumbre) salía todas las noches y volvía á deshora, sospechó que algún amoroso empleo le traía así. Esta sospecha se le acrecentó con la continuación que veía ir á Alejandro á su casa, dando en lo cierto de que venía á verle con algún fin más de lo que le tocaba por el arte de la pintura; y así, un día que Octavio estaba en la cama, y Alejandro con él á solas, entróse en un retrete que caía detrás de la pieza donde dormía Octavio, de donde, sin ser visto, pudo oir de lo que trataban, lo que bastó para entender el empleo de Octavio, recibiendo dello notable pena, juzgando de la plática estar su hijo empeñado del todo en aquellos amores. Aguardó á que Alejandro se fuese y entró por la

puerta principal donde estaba su hijo, á quien le hizo novedad verle en aquella hora en su cuarto, por juzgarle en la iglesia oyendo misa, que lo acostumbraba siempre hasta la última que se decía. Tomó Sinibaldo una silla cerca de la cama, y con grave y severo semblante, dijo á Octavio estas razones:

—Octavio: la inquietud con que os he visto, cosa fuera de vuestra costumbre, en salir de casa de noche, estar menos en ella que solíades de día, y juntamente la frecuencia deste pintor en vuestro cuarto, me han hecho algo curioso, hasta llegar á hacer lo que hoy he hecho, que ha sido oir mucha parte de la plática que con él habéis tenido, de la cual he sabido más de lo que quisiera; pues sé cuán empeñado estáis en el amor de Casandra, sobrina de Julio, el mayor enemigo que tengo. En su opinión, gracias y nobleza, no hay objeto que ponerla, pues todo es tal que os iguala, y tuviérades muy gran suerte en alcanzarla por esposa; mas el ser hija de Camilo y sobrina de quien ya conocéis, es grande inconveniente para conseguir vuestro gusto, y conociendo en vos que le tenéis en servirla, vengo á mandaros que desistáis dél por muchas causas que lo contradicen. Bien es notoria la competencia de bandos que ha tenido nuestra casa con las de Camilo y Julio, y que de leves causas procedieron pesadas cuestiones que se les pudieran dar nombre de guerras civiles, con que los valedores de una

y otra familia dividieron parcialidades, haciéndose los mayores disgustos que pudieron los unos á los otros, sustentando las cabezas de ellos sus opiniones, por no mostrar falta de valor. Si del empleo que deseáis hacer, os persuadís á que ha de resultar la quietud de los bandos, os engañáis, y pruébolo desta manera. Demos por caso asentado que yo vengo en que os caséis (que es cosa muy fuera de mi gusto, y que no le tendré jamás en esto); fuerza es que de la parte del caballero se pida á la dama para el deseado consorcio, y así de la vuestra se ha de pedir, ¿qué diréis vos cuando por respuesta os den que Julio no quiere venir en ello? Puesto que no le debe nada vuestra sangre á la suya, que es cierto que no admitirá plática en el empleo; ¿será bien que cuando penséis que le honráis, y queréis honrar mi casa con tal esposa, haga de vuestro intento desestimación Julio? Pues si acaso vuestro amor os obligase á sacarla de su casa, con el honesto fin de matrimonio, con la mala voluntad que nos tiene, ¿qué cosas no emprenderían hacer los de su bando contra el nuestro, tomando por afrenta vuestra acción, siéndoles de mucha honra á todos? Prevéngoos de todo esto, porque sé infaliblemente (conocidas las condiciones de nuestros contrarios) que sucederá así. Quietos estamos, y yo, en los postreros tercios de mi vida; cuerdo sois; como padre, os mando que olvidéis ese amor, para que yo viva lo poco que me falta con

sosiego; damas hay en Génova no menos hermosas que Casandra y mucho más ricas que ella, á quien podéis servir para el honesto fin de matrimonio, y si le queréis hacer por elección, poned vuestros ojos en la que más bien os pareciese (como sea de las familias de nuestra parte), que aunque no os iguale en hacienda, la mía es suficiente para que viváis muy rico y gustoso.

Con ésto se fué el anciano Sinibaldo sin dar lugar á que su hijo le diese satisfacción alguna, dejándole lleno de pesares y confusiones, culpando á su poco recato, en no haberse guardado de que llegara á oir la plática entre él y Alejandro. Por una parte se hallaba empeñado en el amor de la hermosa Casandra, á quien debía su honor, con fe y palabra de marido, cosa que había (según ley cristiana) de cumplir. Por otra la opinión de su padre (ya sabido de sus amores) le contradecía su gusto, con tan apretadas y fuertes razones, que no tenían respuesta, conociendo él mismo las dificultades que había en desenconar voluntades de bandos tan encontrados que jamás tendrían conformidad ni paz. Discurrió sobre esto más de dos horas el aflijido Octavio, y al cabo dellas se resolvió en dar cuenta de todo á Casandra, para que entre los dos se determinase lo que más conviniese, firme el enamorado caballero en quererla siempre y en desear ser su esposo con las bendiciones de la Iglesia, ahora

fuese con gusto de su padre ó sin él. Lo que le parecía más á propósito era dilatar cuanto pudiese la ejecución de sus bodas, hasta que el tiempo, ó por medio de terceros, ablandase la rebeldía de los obstinados pechos de su padre, y de Julio, tío de Casandra, ó con la muerte de alguno dellos (que estaban ya en anciana edad) se consiguiese su deseo.

Vióse Octavio con la hermosa Casandra, á quien dió cuenta de lo que había pasado con su padre, significándole la pena que desto tenía, por saber que así de parte suya, como la de su tío estaba dificultoso el beneplácito para casarse. No mostró menor sentimiento Casandra que su galán, manifestándolo con lágrimas de sus hermosos ojos. Díjola Octavio lo que había pensado en esto, que era estarse así aguardando que el tiempo dispusiese las cosas. Hasta aquí bien vino Casandra en su gusto, mas oyendo pasar el discurso de que era bien vivir de allí adelante con mayor recato; no verse con Alejandro en público, y hablar con ella menos veces, por el peligro que había en venir á saberlo Julio, y hacer seguir Sinibaldo los pasos, no pudo sufrirlo la hermosa dama, porque fué tanta la pena que con esto le sobrevino, á la que se tenía, que perdiendo el sentido se quedó desmayada en los brazos de su esposo. El y la criada, sabidora de aquellos amores, procuraron que volviese en su acuerdo, que fué de allí á media hora con el más copioso llan-

to que se puede imaginar de un afligido y desconsolado pecho. Ya le pesaba á Octavio haber tratado destas cosas tan á costa de su querida Casandra; pues tanto sentimiento mostraba de lo que le había propuesto, para consuelo suyo hubo de decirla (haciéndola muchas caricias) que había dicho con presupuesto de que vendrían en ello por lo bien que á los dos les estaba; mas que pues no gustaba de que se hiciese, él continuaría el venir á verla todas las veces que fuese con recato avisado por Alejandro, aunque en ello aventurase perder la gracia de su padre, y la vida en el peligro de la casa de su tío.

Quedó en esto algo satisfecha Casandra, con que dió licencia á Octavio para irse, despidiéndose los dos con grandes ternezas. A Octavio le pareció que Casandra no quedaba bien satisfecha con lo que le había dicho, y con persuadirse á esto propuso ir menos veces á su casa, temiéndose de que no diese cuenta desto á su tío, y también por deslumbrar á su padre de su sospecha; y así dió en asistir como acostumbraba en casa, y no verse con Alejandro; con este retiro estaba Casandra tal, que perdía el juicio. Culpaba su demasiada felicidad, pues forzada de grande amor que tenía á Octavio, se le había rendido, y temíase que no le había de cumplir la palabra que le había dado, como enemigo de la casa de su tío. Escribióle algunos papeles en que acusaba su descuido; tuvo respuesta de ellos no

alterando el estilo amoroso con que la trataba Octavio; con que se aseguró, porque en ellos la satisfacía el galán, dando excusas que no acudía como antes, por asegurar las sospechas á su padre.

Bien había quince días que Octavio no se vía con Casandra, y en todos ellos ninguno faltó de su casa, y este cuidado que en asegurar á su padre puso, dió á Sinibaldo ocasión para pensar que aquello se hacía por cumplimiento con él, no con voluntad de apartarse su hijo del empleo de Casandra. Presumiendo esto el anciano caballero, todos los días, después de comer, le hacía una plática, amonestándole que se guardase de ofender la casa de Julio, el tío de Casandra; á esto procuraba Octavio satisfacerle, diciéndole que á él le había parecido bien Casandra, y la deseara más que á otra por mujer; pero que con el inconveniente que este empleo tenía por las razones que sobre ésto le había dicho, no se acordaba ya de ella, y que así viviese seguro que no le daría disgusto en aquel particular.

Ofreciose á Sinibaldo un negocio de consideración en Milán, á que había de asistir en persona; mas por hallarse viejo y con algunos achaques, dispuso que en su lugar fuese su hijo; fué tan breve ésta determinación, y el resolverla con Octavio, que no tuvo lugar de dar cuenta á Casandra, sino por un papel, en que le dió cuenta de la calidad del negocio, de la priesa que le daba

su padre que partiese y de cuánto le importaba partir luego. Aquí comenzó Casandra á temer quiebra en la voluntad de Octavio, pues ninguna causa había para dejar de verla y despedirse de ella, con que estaba desesperada, y acrecentósela más la aflicción con las muestras que vió en sí de tener prendas animadas de Octavio, cosa que le puso en grande cuidado y desvelo. Escribióselo á Milán quejándose de su olvido y acusándole de ingrato; á su papel la respondió Octavio con las más fuertes disculpas que pudo hallar para satisfacerla; y en cuanto al aviso que le daba de las primicias que tenía de darle sucesor, la significó holgarse mucho, alentándola para que lo disimulase y no tuviese pena de nada, que su vuelta sería muy en breve.

Bien presumía Sinibaldo que su hijo frecuentaba todavía la correspondencia con Casandra, aunque no era sabidor de todo lo que pasaba entre los dos; y, por evitarlo, quiso que Octavio fuese á aquel negocio á Milán, y Octavio quiso obedecerle. Pasóse un mes, y habiendo en el concluido; en este tiempo no se descuidó Sinibaldo de saber lo que había entre Casandra y su hijo, porque de un criado que había llevado á Milán, supo cómo desde allá se escribía con su dama. Sintió mucho esto y, para remediarlo, tuvo modo como Octavio se detuviese á otro negocio que le encomendó, en que se ocupó otro mes, entreteniéndole todo este tiempo dos mercaderes de Milán,

con orden de Sinibaldo; todo esto con fin de que se olvidara de la hermosa Casandra, la cual, con verse más crecido el preñado, todo se le iba en llorar su desdicha y en escribir á Octavio cómo se hallaba para que viniese más presto. Con el segundo mes se pasó el tercero, con que vino á presumir Casandra que aquella ausencia había sido trazada de propósito por Octavio para no verla más, y no apartándosele este pensamiento de la memoria, hizo tal efecto en ella que la quitó la salud, cayendo enferma en la cama. Teníala su tío grande amor y deseaba casarla con un hijo suyo, sino que era muchacho de doce años, y aguardaba á que tuviese edad suficiente para efectuar el matrimonio, con intención que la hacienda de Casandra se quedase toda en su casa. Pues como viese Julio enferma á su querida sobrina, dióle notable pena su mal, y llamando los más acreditados y doctos médicos de Génova, hizo junta dellos sobre su enfermedad. Los más dellos convinieron en que procedía de una profunda melancolía derivada de algún pesar; pero con esto no se le quitaba una ardiente calentura que la iba consumiendo. Oída la relación por Julio, una tarde, que se halló solo con su sobrina, lo dijo estas razones:

—Sobrina mía, á quien tengo en lugar de hija, pues es igual el amor que te tengo al de tu primo Carlos, hijo mío: he hecho junta de médicos sobre tu enfermedad; dícenme ser muy grave y que se

va acrecentando cada día, de modo que acabará con tu vida, para que acabe más presto la mía. Conforman todos en que previene de una grave melancolía; bien sé yo que no hay enfermedad á quien no le sea adherente este accidente; pero aquí ha sido al revés, que la calentura ha sido de la melancolía, hasta ponerte en tal estado, y á mí en el mayor cuidado que podía tener en esta vida. Si yo puedo saber la causa desto, cree de mí que si está en mi mano el remedio, no habrá cosa dificultosa que no procure por mi parte allanar: mozo he sido, y sé que en las personas de tu juvenil edad, tal vez de tu amorosa afición, que el empacho estorba la explicación della, y el rocogimiento la ocasión de la vista, resultan estos males; yo te confieso que te deseo emplear en Carlos, mi hijo, y que sólo aguardo á que el rapaz tenga edad para poder darte su mano, que es sólo lo que pretendo ver y no vivir más. Mas si fuera de Carlos has puesto en persona igual á la tuya que te merezca, estimaré que me lo digas, porque más tardarás en rebelarme tu pensamiento, que yo poner en ejecución tu gusto. Cesó Julio en su plática por dar lugar á que su sobrina le respondiese, la cual, como deseosa de verse ya mujer de Octavio, engañada de las promesas de su tío, que sólo deseaba el casamiento de su hijo, le pareció que vendría en el que ella sin su licencia había hecho, y así, discurriendo poco en esto, le manifestó á su tío cuanto había pasado

entre ella y Octavio. Presto echó de ver la incauta dama lo mal que había hecho en dar cuenta de sus amores al tío, porque en su semblante conoció luego el disgusto que en oirlo mostró. Manifestose más con decirle estas razones:

—Casandra, yo quisiera más haber perdido la vida en vuestra presencia, que haberos oído lo que habéis hecho; culpa es la vuestra que no la suelda otra cosa, sino la melancolía con que os veo que debe de proceder de justo arrepentimiento del yerro que hicistes. La nobleza de Octavio no puedo negar que no sea mucha; pero á su casa tengo tan mala voluntad, que eso os debiera hacer más recada, y menos amorosa. Su ausencia sospecho que ha de ser muy larga, y con la obligación que me había dicho que os tiene, que él no reconocerá, no le verán más vuestros ojos en Génova; y esto yo lo sabré presto, porque salgáis de duda, como habéis salido de obediente para darme el mayor disgusto que tendré en mi vida. Diciendo esto la dejó, yéndose muy digustado de su presencia, y quedando Casandra la más afligida y desconsolada mujer del mundo; de tal suerte, que los médicos hallaron en ella más peligrosos accidentes de calentura, temiendo su vida.

Supo esto Octavio en Milán, avisado por Alejandro, y queriendo venirse por la posta, fué llamado del gobernador para tratar con él un negocio importante al socorro de un tercio que espera-

ba paga, y este quería que se le hiciese el anciano Sinibaldo, por haber hallado en él otras veces estas liberalidades. Así se quedó Octavio (muy contra su gusto), por unos días. Iba la enfermedad de Casandra en aumento, como en su tío el disgusto de lo que había hecho; pero disimulábale por si acrecentándose el mal á su sobrina la traía á los últimos términos de su vida tenerla grata, para que mandase su hacienda á Carlos, su primo, é hijo suyo. Pero con esto no se descuidó en lo que tocaba á la venganza de Octavio, porque llamando á dos hombres, cuya vida era bien rota, pues no trataban más que ser jornaleros de los pusilánimes, ejecutar muertes por el interés, les ofreció una buena paga si á Octavio le quitaban la vida en Milán, donde al presente estaba. Condescendieron con su gusto los atrevidos asesinos, y por principio de paga les dió Julio quinientos escudos, prometiéndoles otros quinientos en teniendo certeza que Octavio era muerto; este concierto pasó todo en la presencia de un niño, hijo de Alejandro, de edad de ocho años, que, sin hacer caso dél se acertó hallarse allí.

Fuéronse los asesinos á poner en ejecución su intento, y el hijo de Alejandro á buscar á su padre, á quien contó el caso, más despiertamente que si fuera de mayor edad. Ya sabía Alejandro que Casandra había dicho sus amores á su tío, y el disgusto que había mostrado de haberlo sa-

bido: éste supo de la criada de Casandra, á quien ella había dado cuenta desto, y con esto creyó fácilmente lo que oyera á su hijo. Hallábase obligado de Octavio, y parecióle que le hacía una grande traición si sabiendo el intento de Julio, tan en daño suyo, no le avisaba que se guardase. La pluma tuvo en la mano para escribirle, mas pareciéndole que tardaría el aviso, se resolvió para que se le diese más pronto en dar cuenta de todo á Sinibaldo; y así fué luego á su casa, donde le dijo todo cuanto había entre Octavio y Casandra, y lo que determinaba hacer Julio. Mucho se inquietó Sinibaldo con lo que á Alejandro oía, á quien agradeció el aviso, prometiéndole una buena dádiva al niño por él; luego despachó un correo con cartas suyas y de Alejandro, para que hiciese más fe, en que los dos le daban cuenta de lo que pasaba, y Sinibaldo le mandaba que luego se embarcase para España, dándole crédito abierto para todo cuanto hubiese menester, así en Milán como en Madrid, adonde le mandaba ir.

Notablemente se admiró Octavio, luego que hubo leído las cartas, viendo lo que intentaba Julio, culpando grandemente á su Casandra en haberle revelado sus amores; y considerando el peligro que tenía en asistir más en Milán, se fué á pedir licencia al Gobernador para volverse á Génova, habiendo con él efectuado el negocio á que se había detenido. Con esto se volvió á Génova, y en Saona se embarcó para España, es-

cribiendo desde el puerto á su padre, y juntamente á Julio esta carta:

«Sentimiento podréis tener (señor Julio) de ver frustrados vuestros intentos; mi vida en salvo, y vuestro tiempo perdido.

No me estaba bien que acabárades de pagar el jornal á aquella pacífica gente, y así he dispuesto desta ciudad á la de Nápoles, donde con más prevención podéis continuar vuestro deseo, si mi parcialidad no os le quita antes.

Octavio.»

Esta carta se le dió á Julio acabando de cenar (con unos convidados que tenía), algo más de lo ordinario, y sintió tanto el ver revelado este pensamiento (que él tenía por muy oculto) á Octavio, que con la mayor pena del mundo se fué á acostar, y discurriendo sobre los daños que podía esperar del bando de Sinibaldo, se le aumentó tanto la pena, que ella y la demasiada cena le ocasionaron una apoplegía, con que le hallaron sin vida á la mañana.

Cuando esto sucedió estaba Casandra algo mejor de su indisposición, y dándole la nueva en la cama, se animó á tomar sus vestidos é ir á ver lo que no creía. Fué de gran importancia hacer este exceso la dama para Octavio, porque hallándole á Julio la carta de su galán debajo de su almohada, por ella supo Casandra todo el caso, y guardándola excusó que otro de sus deudos no la hallase, que fuera ocasión de nuevas disen-

siones en Génova. A toda la ciudad admiró la repentina muerte de Julio, aunque no fué sentida más que de los de su parcialidad, por ser caballero de áspera condición y no muy cortés, cosas que son siempre aborrecibles; vióse Alejandro con Casandra, á quien dió más por extenso cuenta del caso, y díjola cómo él había sido quien diera el aviso á Octavio, cosa que le agradeció mucho la hermosa dama, admirada de la rebelde condición é intención depravada de su tío, en tan decrépita edad.

Hechas las exequias de Julio, Casandra trató de retirarse á la casa de una señora tía suya viuda, donde pasó hasta que pasaron los nueve meses de su preñado, al cabo de ellos parió un hermoso niño, consuelo de la afligida Casandra, en medio de sus penas y pesares.

Dejémosla con él, debatiendo su gusto, y con esperanza de ver presto á su Octavio, á quien había escrito á Nápoles, avisándole de lo que pasaba, y volvamos á nuestro caballero, que se vió en la Corte de España.

Llegó Octavio á Madrid, insigne villa de Castilla la Nueva y Corte de los reyes de España; memorable por su antigüedad, por sus edificios suntuosos, por patria de nobles caballeros y por ser lo común de muchas naciones del orbe. Aquí quiso Octavio portarse como hijo de sus padres, y con el fausto y grandeza que pedía tanta hacienda como esperaba heredar de su padre, bus-

có casa á los barrios de Antón Martín, suficiente para su familia, que eran cuatro pajes, otros tantos criados, cuatro lacayos, dos cocheros que traían un coche de cuatro hermosos frisones, otro para una carrocilla con cuatro caballos, y los demás criados ordinarios, como despensero, cocinero, etc.

Con esto y el lucimimiento de su persona, se introdujo en pocos días con todo lo noble de la Corte, y era de todos muy querido y estimado.

La confusión de Madrid, los muchos divertimientos y los hermosos rostros de sus bien aliñadas damas, hicieron que Octavio no se acordase más de Casandra, que si no estuviera en el mundo, y así no trató de escribirla más desde luego que llegó, con que la hermosa dama lo pasaba penosamente, haciéndose un mar de lágrimas; y aunque en esta aflicción la servía de consuelo su querido hijo, como vía el olvido de su padre, no había cosa que la divirtiese de su pena.

Con el conocimiento de los caballeros mozos, con quien tomó amistad Octavio, hubo algunos que le quisieron dar á conocer damas en la corte, de las más celebradas della, y así uno que se le hizo más amigo en particular que otros, le llevó un día en casa de unas damas, de cuya visita salió Octavio aficionado en extremo de la más hermosa y bizarra dellas. Vivían en una buena casa de los barrios de San Bernardo, una

anciana viuda, madre de dos hermosas hijas, del Reino de Granada, la cual, vista la poca hacienda que en su patria tenía, no suficiente para sustentarse, y que la hermosura de sus hijas era el mayor dote que podían tener, puestas en la corte, no dilató el venirse á ella, fiada en que por la gracia de las dos bizarras mozas sería dueño de los mayores caudales de Madrid. Teniendo desto ciertas experiencias en otras, que aumentaron los suyos; con él le hizo de la belleza. La anciana se llamaba Lucrecia, la hija mayor á quien se aficionó Octavio, doña Dorotea, y la otra Emerenciana. Tenían juntamente, con ser hermosas, las gracias de la discreción y el saber cantar con suma destreza; fué, pues, Dorotea el eficaz hechizo de nuestro caballero; de modo que no asistía en otra parte, que en su casa, gastando con las damas generosísimamente. Uno de sus coches las servía siempre, y, finalmente, eran dueños de su voluntad y hacienda; de suerte que, en espacio de seis meses, había aumentado de joyas y galas la hermosa Dorotea más de seis mil escudos á costa de Octavio.

No se le pasaba nada sin saber á la ausente y olvidada Casandra, sintiendo tiernamente verse despreciada de su galán, debiéndola no menos que su honor, y habiendo prenda de los dos. Para desempeñarse del todo de Octavio, se resolvió (sin dar parte á sus deudos) á ir á España, acompañada de su hijo y de Alejandro; púsolo

en ejecución, dando cubierta á esta partida, decir que el rey debía á su padre cierta cantidad de dinero que le había prestado y que le iba á cobrar. Supo Sinibaldo esta partida, y escribió luego á su hijo avisándole della, y amonestando que no le venciesen ruegos de Casandra, para casarse con ella, si no quería que él le aborreciese toda su vida. No tenía necesidad el anciano caballero destas prevenciones, porque Octavio estaba tan olvidado de Casandra, que no la admitiría más en su gracia con lo mucho que á Dorotea amaba.

Llegó Casandra á Madrid y tomó casa algo apartada de la de Octavio, por no ver á sus ojos sus divertimientos, porque ya su Dorotea vivía cerca de su casa. Descansó por unos días del largo viaje, y quiso para comenzar la ejecución de su intento, que Alejandro fuese quien primero hablase á su esposo, instruído bien de la causa, en lo que había de decir. Vióse Alejandro con Octavio, á quien significó muy por extenso lo que á Casandra debía; las lágrimas que le costaba su ausencia y olvido; el largo viaje que había hecho por él, y, finalmente, el hermoso hijo que tenía en ella, que traía consigo para más obligarle á que se moviese á piedad. Razones fueron las que dijo Alejandro, que en otro pecho que el de Octavio (olvidado de las obligaciones de quién era, y de las que tenía á Casandra), hicieran efeto; pero en el suyo, amante de una mujer (festea-

da de la juventud de la corte), antes causaron más aborrecimiento, considerándose con la venida de Casandra embarazado, y que había de ser estorbo de sus gustos y divertimientos; esto, y tener en la memoria lo que su padre le había escrito, y presumían que ella indució á su tío, que en Milán le quitasen la vida, bastó para rogar á Alejandro, con muy grandes veras, que de Casandra no le hablase, si no quería perder un amigo en él, dando por excusas que no había de casarse con quien intentó por ilícitos medios que le matasen. Alejandro, como inferior á tan gran caballero, no quiso replicarle más, pareciéndole que no faltarían fuertes medios en la corte para persuadirle á lo que era justo y puesto en razón, y así le dejó, no despidiéndose del todo de verle. Aceptó esto Octavio con mucho gusto, pero con advertimiento que de Casandra no le había de hablar más, porque era la cosa que más tenía aborrecida. Fuése con estas malas nuevas Alejandro á la presencia de la hermosa Casandra, á quien hizo relación de lo que le había pasado con Octavio. Aquí perdió el sufrimiento la afligida dama, de tal suerte, que no perdonando á sus hermosos cabellos, con que pagaron la culpa que Octavio tenía, echándose por el suelo de puro enojo. Reportóla Alejandro con las más consolatorias razones que se le ofrecieron, dándole esperanzas que, por más eficaces medios que el suyo, conseguiría su pretensión, pues en la corte ha-

bía tan grandes príncipes á quien Octavio no perdería el respeto.

Consolóse algún tanto Casandra, pesándole de lo que con impaciencia había hecho, y considerando que poner su causa en las manos de Dios era el mejor camino para cumplir sus justos deseos (pues como recto juez permitiría Su Majestad que Octavio mudase propósito para tan honesto fin, como era el matrimonio instituído por el mismo) fuese á un convento de religiosos que había cerca de su posada, y preguntando al portero dél qué religioso era el más grave y de buena vida de aquella casa, él se le nombró, que era un anciano maestro, ejemplo de todos, á quien Casandra pidió que se le llamase luego. Bajó el venerable fraile, que era de grave aspecto y honrosa presencia, á quien la hermosa dama suplicó se sirviese de oirla de confesión, que á el había elegido por padre espiritual, con esperanza que por su mano le había de venir el consuelo que esperaba de una grande aflicción que tenía.

Era el religioso persona de grande virtud, acompañada con buenas letras y amigo de que nadie fuese de su presencia descontento. Leyó en el rostro de Casandra la pena que traía, y así se apartó con ella á una retirada capilla, donde Casandra se confesó con él, dándole en su confesión cuenta de toda su vida y la causa que la había traído á Madrid, pidiéndole por la misericordia de Dios que la tuviese della, y amparase

en aquella desdicha, pues en tierra ajena de su patria no tenía á quién volver los ojos sino á él. Admiróse el religioso grandemente de lo que oía á Casandra, y consolada con las más suaves razones que se le ofrecieron, prometiéndola hacer de su parte cuanto fuese posible por reducir á Octavio á que la cumpliese la palabra que de esposo la había dado, y que para ésto se valdría de los medios de grandes señores, con quien tenía particular conocimiento y le favorecían.

Con ésto se fué Casandra muy consolada, pidiendo al religioso que la hiciese merced de verla en su casa, dándole las señas della; así se lo prometió, con que le dejó cuidadoso de hacer por Casandra lo que le había ofrecido; y para dar principio á este negocio, quiso primero conocer la persona de Octavio, fué un día á su casa á visitarle por la tarde, en ocasión que él había tenido por convidadas á su dama, madre y hermana, y estaba con ellas, y un amigo suyo entreteniéndose á los naipes Avisaron á Octavio como le quería hablar un religioso, y sintió tanto que hubiesen sus criados dicho que estaba en casa, que ellos experimentaron bien su enojo con ásperas razones que sobre esto les dijo. Con este enfado salió á recibir la visita á una sala baja; el grave religioso bien conoció del semblante de Octavio el disgusto con que le recibía aun sin conocerle y que procedería de haberle estorbado algún gustoso entretenimiento, sintiendo el ha-

ber venido en tal ocasión, pues para el caso que emprendía le importaba hallarle de buena razón; con todo ofrecióselo á Dios y con tal confianza dijo á Octavio (después de haberle preguntado por su salud), estas razones:

—Señor Octavio, los caballeros de tan ilustre sangre como la vuestra, no pienso que ignoran lo que deben hacer para corresponder á quien son; por no desdorar la opinión que sus antecesores tuvieron; y cuanto mayor es la calidad, tanto más se debe mirar decaer de ella, con acciones que las puedan deslustrar. Estaréis suspenso, aguardando en qué vendrá á parar este mi discurso, guiado sólo al fin de serviros en asegurar vuestra conciencia, pues condescendiendo con una súplica que os pienso hacer, con efectuosos ruegos, y fundada en razón de cristiandad, haréis loable vuestra fama, con eternos aplausos de todos. La señora Casandra (que se ha confesado conmigo), me ha referido toda la historia de vuestros amores, y en ella dado cuenta de la fe y palabra que de esposo la distes; hecho relación de lo que por vos ha padecido y mostrando juntamente el fruto que de los dos debajo de tal pretexto ha procedido, que trae en su compañía. Las penas que ha padecido son muchas, las lágrimas que la costáis son sin número, y las que ahora derrama no sabré encareceros cuántas son. Cuerdo sois y echaréis de ver que serán como os he significado, pues una señora afligida que se ha

opuesto al bando de sus parientes por vuestro amor, que aventuró su reputación ausentándose por vos y que se halla en tierra ajena por persuadiros que le cumpláis la palabra de marido, ¿á qué pecho, aunque sea de bronce, no moverá á piedad? Yo vengo con mucha confianza de alcanzar de vos esta merced, pues con ella la obligáis á ser, no vuestra esposa, sino vuestra esclava. Por do asusente de vuestra patria, tenéis menos con quién cumplir, disculpándoos con el escrúpulo de vuestra conciencia, que es lo primero; lo segundo con su calidad de Casandra, á quien debéis su honor, y lo tercero y último hace menor el yerro para con vuestro padre la fuerza de su hermosura, y la prenda que de vos tiene, en un ángel bien parecido á vos.

—Acabó el religioso su plática, que no quisiera Octavio que hubiera sido tan larga, por no dilatar el volver á verse con su Dorotea, á quien tan de veras estaba rendido; esta ceguedad de amor le hizo responder al religioso desta suerte:

—Padre mío: bien sé las obligaciones que le corren á un caballero de mi calidad, y no ignoro que cuanto más conocido sea por mi sangre, y haciendo estará el pueblo más atento á mis acciones; de suerte que si desdicen de quién soy, aventuro mi reputación. Yo no la he perdido hasta ahora, gracias á Dios que me ha dado instinto para conocer lo bueno y lo malo. El amor que debí á la señora Casandra, en el principio de nuestro

empleo, se le supe pagar con otro igual al suyo; reconozco della, en aquel tiempo, á cuánto se aventuró por favorecerme, yendo contra el gusto de sus deudos; sé lo que sintió mis ausencias, cosas estas para obligarme siempre á ser suyo, si perserverara en la fe, como debía. Desconfiando de mi voluntad, tanto, que, dando inconsideradamente cuenta á su tío de nuestros amores, visto lo mal que él lo llevaba, de que no hubiese favorecido, condescendió con él (y auuque creo que lo fomentó), que unos asesinos me quitasen la vida en Milán. Esto me desobligó de manera que en cuanto yo tuviese el juicio que poseo, no la verán mis ojos; á mí me pesa que se haya inquietodo en dejar su patria, y el riesgo del juicio de las gentes, y su reputación. Lo que yo podré hacer, para satisfacción desto, es reconocer ese niño por hijo mío y tenerle conmigo como tal; mas esto ha de ser con protexto que ella se determine á entrarse religiosa en un convento. Y para que vamos á la conclusión y no perdamos tiempo, esto es lo que resueltamente me determino; y lo que vuestra paternidad le podrá decir, por última resolución mía, á la señora Casandra, que no entienda que intercesión alguna, aunque sea la más poderosa desta corte, ha de hacer otra cosa de mí voluntad; y porque me está aguardando una visita que dejé arriba, suplico á vuestra paternidad me dé licencia para volver á ella, y se sirva de dar este recaudo.

Despidió con esto Octavio al venerable religioso; y él, admirado de su resolución, y con pocas esperanzas de que llegase á tener efeto la pretensión de Casandra, se fué á su posada, adonde la dió cuenta de lo que le había pasado con Octavio; esto delante de Alejandro, que, como sabidor destas cosas, se podrían tratar en su presencia. Renovó con esto Casandra sus penas y su llanto y comenzó á desesperar de su remedio, llamándose la más desdichada mujer del mundo. No quiso el religioso que tan presto perdiese las esperanzas donde estaba su diligencia, y así la ofreció hacer todo lo posible por reducir de su propósito á Octavio, y que hiciese lo que era tan puesto en razón; y desde aquel día continuó él acudir á cansolarla, haciendo por cuantos medios pudo diligencias en que Octavio cumpliese la palabra á Casandra; mas él estaba tan ciego en el amor de Dorotea, que no fué posible acabar con él nada sino sólo aquéllo que al religioso había ofrecido. Con esto desesperó del todo Casandra de poderse casar con él, y todo cuanto amor tenía se le convirtió en aborrecimiento, tratando de vengarse deste desprecio de Octavio, no menos que con hacerle quitar la vida; ofrecióse ocasión para esto, como ella la pudiera pedir y fué desta suerte:

Había un Caballero de Génova en Madrid, mozo, y que por sus demasiadas travesuras había dejado su patria, de quien faltaba seis años.

Dejóla con fin de irse á Flandes, á servir en las guerras, que entonces había muy sangrientas, entre los españoles y horlandeses; allí asistió cosa de un año, y obligóle á dejar aquellos países una pendencia que tuvo con un alférez de su compañía, á quien dejó mal herido. Vínose por la Francia, donde se detuvo algún tiempo, y de allí tomó la vuelta de España, por San Juan de Luz, y no paró hasta llegar á Madrid, donde halló conocidos de su tierra, que le ampararon, aunque con algún recato y temor, de que prosiguiese con sus travesuras como antes. Aseguróles éste temor; su trato era muy diferente del que solía, porque los trabajos, y conocer nuevos climas y diferencias de gente, mudan las libres condiciones hechas con el regalo de la patria. Con esto esforzó Camilo (que así se llamaba) su opinión afición y grangeó amigos.

Este caballero era del bando de Julio, padre de Casandra, y su padre fué el mayor valedor que tuvo. Un día que estaba oyendo misa en aquel monasterio, donde era conventual el religioso, conocido de Casandra, vióla salir de la iglesia y entrarse en un coche. Admiróse grandemente Camilo, luego que la conoció de verla en Madrid, y sin hablarle palabra fué siguiendo el coche, hasta saber la casa en que vivía, y aquella tarde fué á visitarla. No menos admiración causó á Casandra el ver á Camilo en la corte, que él le había causado su presencia. Recibióle afablemente, y

á la pregunta que le hizo de su asistencia allí, le respondió estar á negocios importantes de cobranza del rey, con quien su padre había hecho cuantiosos asientos. Preguntóla por cosas de Génova, de que le hizo Casandra bastante relación. Tras esta visita le hizo otras Camilo, de suerte que con la frecuencia de la vista de Casandra, se vino á apoderar el amor de su pecho, de tal suerte, que no se hallaba un punto sin verla.

Bien conocía Casandra la afición de Camilo, y no la pesaba de que se la tuviese, llevando ya imaginado para qué le sería importante. Una tarde que el genovés galán estaba con ella en visita halló ocasión de declararle su amor, y cuanto estimara que admitiese sus buenos deseos en servirla con el fin de ser su esposo, y esto lo dijo con tanto afeto que no dudó Casandra de su verdad. A esto aguardaba la ofendida Casandra para dar principio á su venganza, y para tener más de su parte á Camilo, estimó su voluntad y dióse á entender con los ojos que no la pesaba de ser querida dél, con lo cual el enamorado Camilo se tuvo por muy favorecido. A pocos días después que sucedió esto, con la frecuencia de visitas y más confianza de Camilo de ser favorecido de Casandra, quiso ella una tarde darle cuenta de su vida; y así, hallándose los dos á solas, le hizo larga relación de la historia de sus amores con Octavio, de su fuga á España, y, finalmente, del desprecio que hacía de ella, y con

esto le significó el deseo que tenía de vengarse dél.

Nunca estuvo bien Camilo con las cosa de Sinibaldo, y por ser hijo suyo Octavio, era cierto que pasaría á él esta mala voluntad: pues como oyese atentamente á Casandra la sin razón que la había hecho, y viese en ella el deseo de vengarse dél, por conseguir el último fin de sus amores, y ver cuán bien le estaba este casamiento siendo él tan pobre y Casandra con tanta hacienda, determinóse á obligarla con ofrecérsele á que sería él quien quitase la vida á Octavio, si le daba palabra de agradecérselo con ser su esposa. Vino en ello Casandra, que una mujer ofendida, no con quien era su igual, mas con otro inferior á ella, se casara á trueque de vengar su agravio; esto concertado así entre los dos, comenzó Camilo á disponer la muerte á Octavio. La venida de Casandra á Madrid era pública á pocos, y la estancia de Camilo allí la sabían menos, con que pudieron mejor disponer su viaje para cuando llegase el efeto de la muerte de su ofensor.

Habiendo el enamorado Octavio prestado su carroza á su amada Dorotea para ir á Alcalá á unas fiestas, sintió mucho no la poder acompañar, por haber ese día de despachar un carreo á Génova sobre cosas de hacienda que importaba mucho, y así se quedó en Madrid. Aquella tarde se retiró á su aposento solo á escribir, dando

primero orden á sus criados que si le buscasen no dijesen estar en casa. Ellos, viendo á su amo ocupado, se fueron á divertir á los naipes, dejando un pajecillo pequeño allí para lo que á Octavio se le ofreciese. Este se salió á la puerta de la calle y fué al tiempo que Camilo con otros dos hombres que le acompañaban (gente de mala conciencia, conocidos suyos del tiempo de sus travesuras), entraron sin impedimento alguno hasta el aposento donde estaba Octavio, y hallando oportuna ocasión le dieron las puñaladas, que bastaron á privarle de la vida; y ésto sin que él pudiese dar voces para que le favoreciesen, por ir con prevención de taparle la boca, como lo hicieron.

Así murió Octavio, siendo Camilo instrumento del cielo, que quiso castigarle por su merecida culpa en no cumplir la palabra de esposo que había dado á quien perdió el honor en su confianza. Esto mismo pueden temer todos los que en ocasiones tales cumplen con su apetito y no después con su obligación.

Tuvieron los homicidas lugar para salirse á su salvo del aposento de Octavio, adonde acudió luego el pajecillo por si le mandaba algo, y viendo el sangriento espectáculo salió á llamar á los demás criados, que acudieron luego, donde vieron á su amo con las penetrantes y mortales heridas privado de la vida, arrojado en el suelo y rodeado de su misma sangre. Quedáronse, con lo

que miraban más helados que unos mármoles, admirándoles cómo en tan breve tiempo había sucedido aquella desgracia, sin dar en quién pudiese haber sido el autor de ella. Considerando, pues, que luego se supiese la muerte de su amo, había de hacer la justicia sus apretadas diligencias para buscar al agresor, y que éstas habían de redundar en daño de todos, como criados de Octavio, tomaron por razón de estado resolución de poner tierra en medio; pero no tan desnudos, que del dinero y joyas que Octavio tenía, no fuesen partícipes, aunque no en igualdad, por la prisa con que se hizo la partición de todo. Con esto desampararon la casa poniéndose en salvo. Poco después de la fuga de los criados llegó un caballero amigo de Octavio en busca suya, y como tan familiar de su casa entróse en ella hasta su aposento, en él vió la referida y lastimosa tragedia, cuya vista le obligó á dar voces, con que se juntaron los vecinos y gente que pasaba por la calle, y luego un alcalde de Corte con cuatro alguaciles buscaron por toda la casa á la gente della y no hallaron sino sólo dos mozos de caballos, que estaban en la caballeriza entreteniéndose á los náipes, con mucho descuido de lo que en casa pasaba, por ser muy apartada del cuarto de Octavio. A éstos, inocentes del caso, llevaron á la cárcel, y al caballero que halló muerto su amigo (que en casos tales), los que están más sin culpa suelen bastar por los

que la tienen, mientras se averiguan los verdaderos delincuentes, no los abonando por entonces, el descuido con que los hallan.

Hallaron la casa con todos sus adornos, sin faltar dellos nada; pero como hallasen los cofres abiertos y de ellos que faltaba el dinero y joyas, derramado alguno por la prisa con que lo sacaron y que con ésto faltaban los principales criados de Octavio, atribuyeron á que por robarle le habían muerto, y comenzaron á despachar requisitorias en busca suya, con las señas de sus personas. Esto les estuvo bien á Camilo y á Casandra, pues con culpar á los criados pudieron tener lugar para irse de Madrid á Génova, desposándose primero, adonde, vengada Casandra del ingrato Octavio, quiso mucho á Camilo, su esposo. Esta nueva de la muerte de Octavio, sintió tiernamente Sinibaldo y fué parte para acabar en breve sus días; pero en los últimos términos de su vida, comunicando con su confesor la culpa que tuvo en quitar que su hijo no casase con Casandra, y como la había dado palabra de casamiento Octavio y tenía un hijo en ella, le aconsejó que le dejase su hacienda. Hízolo así, con que Carlos, que así se llamaba el hijo de Octavio, fué muy rico y estimado en aquella república, siendo ya hombre.

Refirió Doña Clara la novela con mucha gracia y sucediéndola D. Dalmas, comenzó la suya desta suerte.

FIN DE LA NOVELA TERCERA

El inobediente

Al Dotor Don Gaspar Vivas y Velasco, Deán y Canónigo en la Santa Iglesia de Valencia, y Subcolector Apostólico por nuestro muy Santo Padre Urbano VIII.

MANIFESTAR se quiso, sin decir su nombre, el célebre Timantes en casa de un pintor, no hallándole en ella, y así en un lienzo acabado de imprimar con un pincel, formó una línea tan sutil que con ella dió noticia de haber estado allí. Por el contrario, lo tosco de mi estilo manifiesta mi nombre, que quisiera encubrir, si bien el dedicarle á v. m. esta novela, es muestra de una gran voluntad mía, pronta siempre á su servicio. Merezca que á su sombra se libre de los detractores y halle en v. m. el favor que siempre ha hecho á mis escritos, para que con más aliento los ofrezca á tal sagrado. Guarde Dios á v. m. como deseo,

Su mayor servidor

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

NOVELA CUARTA

Gobernaba el poderoso reino de Sicilia Manfredo, generoso rey, temido de sus vasallos, porque guardaba á todos rectamente justicia. Era generalmente amado dellos, porque al mismo paso que castigaba delincuentes, sabía hacerles mercedes á quien con servicios se las merecía. Muchas veces fué persuadido de sus vasallos que tomase estado porque les diese sucesor, mas no podían acabar con él esto por estar tiernamente aficionado de una dama de su Reino, cuyo nombre era Estela, y de tanta hermosura, que no había en toda Italia quien la igualase. De esta señora tuvo un hijo y una hija; el varón se llamó Arnesto y ella Lucrecia.

Criáronse los dos niños en casa de un caballero á quien el rey estimaba mucho, el cual (retirado dos leguas de Palermo) había dejado el bullicio de la corte y dádose á la soledad y á la lectura de los libros por vivir con sosiego sin esperar mayores aumentos de los que tenía, pues habiendo sido general de los ejércitos de Carlos, padre de Manfredo, en las guerras que tuvo con

Francia y con Nápoles, supo defender aquel reino con grande esfuerzo y valor, ya por su edad con los gajes de este oficio y lo que tenía de sus rentas, vivía alegre en una aldea suya, entretenido con los dos niños, á quien amaba como si fueran hijos suyos.

El demasiado amor que el rey tenía á la hermosa Estela, y el ver ella que tenía dos hijos de él, la ensoberbeció tanto, que trató de persuadirle por fuertes medios que la recibiese por esposa suya; trató de esto el duque Guillermo, algo deudo de Estela, y con la persuación y el amor del rey, facilitóse esto con Manfredo, de suerte que se vino á casar con Estela, siendo muy desigual á él; cosa que abominaron los príncipes y reyes de Europa, habiendo pasquines sobre este desalumbrado empleo en Sicilia, enviados de otros reinos.

Mas el rey estaba tan ciego, que como gozase á Estela, se le daba muy poco de cuanto decía.

Quiso la nueva reina apoderarse de la voluntad del rey, más dueño de lo que estaba de ella, y ser la que gobernase aquel imperio. Al principio comenzó á introducirse moderadamente, queriendo hallarse presente en algunas provisiones de cargos que el rey daba, en que daba su voto justificadamente, para que el rey, viendo cuán ajustada á la razón, aconsejaba, fiase mayores cosas de su consejo. Desta manera vino á gobernar por su mano aquella monarquía, por-

que el rey, poco amigo de trabajar, dió en seguir la caza, y libró el trabajo de los papeles en el Duque Guillermo y en la reina.

Era este caballero mozo galán, y que había pretendido ser esposo de la reina antes que el rey la amara; mas viendo en él tan grande competidor, desistió del galanteo y retiróse; ahora, con la nueva privanza en que se vía con ella, con capa de deudo llevaba intento de servirla como galán.

Un día que el rey fué á caza, acertó á pasar por una aldea, en que vió una hermosa villana, que en compañía de otras sacaba unas ánades al campo. Reparó en ella con atención, pareciéndole bien. Mandó con cuidado á un caballero de su cámara, privado suyo, que supiese qué estado tenía, quién eran sus padres y su nombre, y dejándole esta órden prosiguió su camino, yendo al monte á cazar. Quedóse allí el caballero, y en la aldea hizo información de lo que el rey había mandado, y supo que esta labradora se tenía por hija de Ergasto, un labrador rico de allí; mas que había fama, que lo era natural del Conde Rodolfo, un anciano caballero, que había poco que era muerto, y dejó por heredero de su estado á un hermano suyo. Supo el rey esto, holgándose sumamente de saber que Lisaura fuese quien decían, y haciendo llamar al que la tenía en su casa con nombre de padre, quiso saber dél apretadamente la verdad, prometiéndole hacer mer-

ced, si se lo decía. El labrador, pareciéndole que darla mejor padre á la hermosa Lisaura que él, antes era honrarla; díjola que era hija del conde Rodolfo, y que á él se la había dado él mismo á criar, sabiendo, asimismo, ser su madre una principal señora de Palermo. Con esto volvió el rey á la ciudad, y llamando al hermano heredero del conde y tío de Lisaura, le mandó que fuese por ella y la tuviese por unos días en su casa, hasta que él le avisase, trayéndola con la decencia de hija de tal padre, para lo cual le dió una grande ayuda de costa; con que Anselmo (que así se llamaba el conde), partió luego en una carroza y trajo á su casa á la hermosa Lisaura, á quien le dijo quién era, mudándola en hábito de dama, con costosas y ricas galas.

Desta suerte la vió el rey un día que salió en público por la ciudad puesta á un balcón, habiendo antes mandado que estuviese para verla. Con su vista quedó el rey del todo aficionado, y para dar menos nota en sus amores, mandó al conde Anselmo que pidiesen á la reina, estando él allí, que recibiese por dama suya á Lisaura, su sobrina; hízolo así, y la reina, sin reparar en nada (ignorando el intento con que esto se trataba), vino en que se la trajesen. Convidóse toda la nobleza de Sicilia para el acompañamiento, y llevó á Lisaura á Palacio, donde besó la mano á la reina, dejándola admirada su mucha hermosura.

Bien se pasaría un mes que el rey no trató de nada por asegurar á la reina. En este tiempo, el duque Guillermo, que gobernaba á Sicilia, asistía siempre, acompañando á la reina en todas las consultas que se hacían, proveyendo oficios en las personas que en ellas se oponían, con que ganó (por asistente) tanto la voluntad de la reina, que no se hallaba sin él. Esta contínua comunicación olvidó al rey en hacer las finezas que solía con la reina, y la gala de Guillermo despertaron una nueva afición en ella, de suerte que ya le miraba con diferente modo que hasta allí, agradándose más de sus acciones.

Comenzó el rey su amorosa pretensión con la ocasión de hallarse un día á solas con Lisaura, á quien dijo cómo por órden suya (sabiendo cuya hija era), la había hecho traer á Palacio, y esto había sido porque desde el día que la vió en su aldea se había aficionado á su hermosura; ponderósela de nuevo, y juntamente con esto la rogó afectuosamente que le favoreciese, pagándole, con hacer esto, su voluntad y amor. Era Lisaura entendida, y con el haber sabido cuya hija era, tenía ya nuevos bríos, y así por aquella vez estimó la merced que el rey la había hecho en que por su orden asistiese sirviendo á la reina; pero á lo segundo que la propuso, le suplicó que no tratase de dar ocasión de disgusto á su esposa y dueño suyo, con hacer cosa que tan mal la estaba, pues aun sin ser quien

era en el bajo estado que antes tenía, no admitiera festeo de nadie que no hubiese de ser su esposo. En esto se despidió el rey, entrándose en otra pieza más adentro de la en que la había hablado, dejándole abrasado y con mayores deseos de seguir aquella empresa hasta vencer; porque tanto más se acrecientan en el amante, cuanto es mayor la resistencia que haya. Porfió, pues, con este intento, procurando hallar lugar para verse á solas con Lisaura.

No fué esta afición tan secreta que la reina no la viniese á conocer por demostraciones que en su esposo vió, con que los rabiosos celos hallaron entrada en su pecho, y de allí adelante anduvo con más cuidado, por acabar esto con más fundamento, hasta que una tarde desde un camarín suyo, vió que el rey bajaba por una puerta falsa á un jardín, donde estaba Lisaura con otras damas. Retiróse á una cierta parte dél, y como ya fuese tarde, las damas se recogieron; mas Lisaura, que estaba avisada del rey que la iba á hablar, y ya menos esquiva, le daba audiencias, la cual, subiendo donde le aguardaba, se fué á aquel sitio. Miraba todo esto la reina desde su camarín con no poca impaciencia; bien quisiera bajar al jardín y con sus manos vengar el enojo que tenía en Lisaura, ofendida del agravio que la hacía con su esposo, mas por entonces disimuló, por lo mal que la estaba tal acción.

Pero quiso por otro camino tomar dél vengan-

za, que le estuvo muy mal, que fué favorecer al duque Guillermo. El modo de empezar á favorecerle fué, en la primera junta que se hallaron solos, darle á entender con los ojos que, atreviéndose él, no sería mal admitido; el duque, que no aguardaba otra ocasión, con estas primeras muestras que vió de agrado en la reina, la manifestó su amor con grandes encarecimientos; ella hizo estimación de sus deseos, y extendióse su libertad á dejarse tomar una mano del duque para besársela algunas veces. Aquella noche que sucedió esto, era Lisaura de guarda, y como estuviese mal acomodada, esperando que saliese la reina de la junta, viendo lo mucho que tardaba, que era más que otras veces, dióle curiosidad de ponerse á ver por un resquicio de la puerta lo que hacían y á escuchar lo que trataban, y pudo llegar á tiempo que vió lo que habéis oído, y oyó los tiernos encarecimientos con que publicaba el duque su afición; bien escuchados de la reina, y no mal admitidos, dejándola admirada ver el poco decoro que guardaba al rey, debiendo reconocer que de su bajo estado (aficionado á ella) la había subido á la grandeza en que se vía. Diferentemente procedía Lisaura con el rey, que aquella vez que se vió con la persuasión suya en el jardín (de que engendró la reina sus celos), le quiso dar audiencia para desengañarle que no se cansase en pretender della nada, pues había de sacar poco fruto de tal pretensión.

Sucedió, pues, que como el rey estuviese enamorado de Lisaura, olvidándose de los agasajos que hacía antes á su esposa, supo que la reina estaba en el jardín y que había quedádose Lisaura en una galería tomando lección de danza. Abrió con la llave maestra las puertas que iban hasta ella, y en la última se paró á mirar por un pequeño resquicio della, con la gallardía que Lisaura danzaba; acción con que dejó al rey con más fuertes vínculos preso en su amor. Acabóse la danza, salió el maestro y entró el rey donde estaba la hermosa dama, con cuya presencia se turbó ella grandemente. Exageróla el rey de nuevo lo que padecía por ella amándola, y cuán en su mano estaba el consolarle, con un pequeño favor suyo. Lisaura le dijo, viendo su porfía.

—Sacra Real Majestad: he considerado que los que viven en bajos estados anhelan por ascender á los superiores, envidiando á los que ven encumbrados, sin considerar las pensiones que tienen en ellos, que, á saberlas, es cierto que estimaran su medianía ó pobreza y se contentaran con poseerla, con más gusto que la prosperidad con enfados. Yo no sabía ser hija del conde Rodolfo, sino de un rico labrador de mi aldea; en ella pasaba mi vida gustosamente; era la más estimada della, regalada de los que me llamaban hija; no tenía cuidados, ni cumplimientos con qué andar siempre advertida. Supe cuya hija

era, vine á esta grandeza, que fuera estimada de mí, si no me hallara con esta mal empleada hermosura, perseguida de vuestra Majestad, notada de la reina, mi señora, y envidiada de muchas. Vuestra Majestad se sirva de mirar que, en porfiar en ese tema, ofende á la reina, mi señora; así se desacredita, y yo pierdo opinión para casarme.

De nuevo instó el rey en que Lisaura le había de hacer un favor, no obstante los desengaños que le daba; viendo Lisaura su porfía por eximirse dél, le dió un listón, que ataba una parte de su hermoso cabello, y al dársele la tomó el rey la blanca mano y besósela, aunque lo resistió cuanto pudo. A esta ocasión llegó la reina, que habiendo echado de menos á Lisaura, sospechando que se habría quedado por hablar con el rey, dejó á sus damas en el jardín, y con una (que era privada suya), subió á la galería, donde vió darle el listón al Rey y á él besarle la mano; y fué desgracia de Lisaura que no llegase á lo primero de la plática, porque con su resistencia quedara sin tantos celos como después tuvo de verle dar el favor al rey.

Aguardó á que se entrase Lisaura en su cuarto y salió adonde el rey estaba, que se turbó de verla allí sin pensar, cuando la juzgaba divirtiéndose por el jardín. Mandó la reina salir á la dama que la venía acompañando, y quedándose á solas con el rey, le dijo estas razones:

—No creyera, señor, que amor tan puro como el vuestro para conmigo, y tan fino, que me ha subido á hacerme igual á vos, se adulterara con nuevos pensamientos, nacidos desde que esa dama ha venido á Palacio á inquietaros con su hermosura y á ponerme á mí en cuidado. Yo he visto lo que me basta para estar celosa de vos; ved ahora lo que debéis hacer para quitar esta pasión que hay en mí. La causa está en mi compañía; si vuestra resistencia no modera los pasos que en esto dáis, yo se los sabré cortar á Lisaura, poniéndola en parte donde vuestros ojos no la vean; porque no es justo que se diga que á los míos recibo esta ofensa, cuando está en mi mano remediar este daño.

No dió lugar el enojo de la reina y las lágrimas que ya derramaba, ocasionadas de los celos, á que el rey se disculpara; porque le volvió las espaldas y se fué. Quedó el rey algo corrido de que supiese su amor la reina y metido en varios pensamientos. Por una parte hallábase preso del amor de Lisaura, y por otra conocía su pasión de la reina y la causa de que procedía, y dábale notable pena verse padecer sin aplicar remedio y verse acusar sin poder enmendarse, pues le parecía imposible, según estaba enamorado de Lisaura. Resolvióse (en estas dudas) á padecer por unos días, sin decirle nada por deslumbrar estas sospechas de la reina.

En estos pensamientos ofuscado, pasó gran

parte de la tarde, en tanto la reina (retirándose á su cuarto), mandó llamar á Lisaura, vino á su presencia y quedándose con ella á solas la dijo estas razones:

—Atrevida Lisaura: desconocida del favor que recibes de mí; olvidada del bajo estado en que te has visto con el que ahora posees; ingrata á las mercedes que te ha hecho el cielo, y tú no sabes conocer, pues con alas de tu presunción quieres (cual otro Icaro) llegar cerca del Sol, sin que su escarmiento te avise que hay pricipicio en que pierdas la vida, dí ¿en qué fundas dar oídos al rey en su amorosa pasión, si sabes lo que desto me tengo de ofender, cuando no llegue más que á este? Si presumes con tu disimulación que lo has de deslumbrar engáñaste, que no vivo tan poco cuidadosa, después que veo al rey tan olvidado de mí, que no haya visto más de lo que quisiera. Listón que ciñe tu cabello, ¿das tú al rey? Lazo será de tu cuello que te quite la vida. ¿Mano te ha de besar quien es poderoso señor por galán tuyo? Yo la sabré cortar, para que no se vea en otro honor como este.

Con estas razones la dijo otras muchas, que oía atentamente Lisaura muy en sí, para disculparse de lo que injustamente se le hacía cargo. Después que hubo oído á la reina todo cuanto en su agravio le quiso decir, le dijo estas razones:

—Si Vuestra Majestad (señora) se persuade á creer de mí que le soy ingrata á los favores que

de sus reales manos recibo, en balde pretendo dar las justas disculpas al cargo que me hace. Yo no soy desconocida al cielo, así de haberme dado á conocer á mis padres, como de verme en mejor estado, dejando el humilde en que me ví; pero puedo asegurar que sin este conocimiento, mi mejoría, lo pasara con más gusto en mi aldea, pues por lo menos me vía en ella libre de la persecución del rey, y de la Vuestra Majestad con sus celos. Dar audiencia al rey está puesto en cortesía por la primera vez sea de la matería que gustase, pues de mi recato puedo fiar mayores contrastes de su poder, sin ser persuadido de sus encarecimientos, ni obligada de sus promesas; pues mirando á quien soy (y aun cuando me hallara en el primer estado que tenía), estoy cierta que no me envaneciera el ser celebrada de un monarca soberano con amor. Que le dí listón de mí cabello, no lo puedo negar, por haber sido así; pero más se lo dí porque se fuese y me dejase, que por gusto que el dársele tuviese por favor; el besarme la mano fué sin mi voluntad, con violencia suya; que yo se la tengo de besar á Su Majestad por señor mío, antes que dársela como danza suya. Pero cuando me alargara al consentimiento de que me la besara (imposible para mi áspera condición), ejemplar he tenido en quien debiera guardar más su honor y el de un dueño; que á mí estábame bien siendo menos, verme celebrado de lo que es más que yo, antes

que, siendo más, hacer favores á quien es menos.

Luego entendió la reina la última razón de Lisaura, y entró en ella tanta cólera (cuando debiera callar y disimular), que al punto llamó á la dama que aquel día hacía su guarda, con ella salieron otras dos, y con ayuda de todas sacó la reina unas tijeras de su estuche, y aunque Lisaura se defendió cuanto pudo, la cortó su hermoso cabello. Fué luego llevada á un aposento, el mas retirado del cuarto de la reina, donde la encerraron, dejándola presa. Lo que sintió Lisaura de verse tratar así, no se puede ponderar con razones; y así, por hallarse inferior en poder á la Reina, hubo de sufrir con paciencia aquel rigor, considerando que también se le había atrevido á decir mucho á la Reina.

Desta manera estuvo Lisaura quince días presa, publicándose por Palacio que estaba enferma. De algunas damas de las que la visitaban supo Lisaura cómo la reina determinaba deponerla de ser dama suya, y hacerla en estado inferior á su cámara, diciendo que para ser hija bastarda de un título pobre, le sobraba aquél honor. Esto sintió grandemente, y por no llegar á verse en esta afrenta, resolvióse á escribir un papel al rey teniendo modo como llegase á sus manos, en el cual leyó estas razones:

«Vuestra Majestad, señor, ha dado causa con su mal empleada afición, que yo padezca en este retraimiento, presa por voluntad de la reina mi

señora; pues viviendo su Majestad con cuidado por alguna sospecha que tendría, ha venido á verme dar aquel listón á vuestra Majestad, y juntamente el besarme la mano; exceso que debiera excusar quien es señor con su sierva. No paró su rigor en decirme muchos pesares, sino que, con ayuda de tres damas, me ha cortado el cabello y me tiene presa en un retirado aposento, jurando que ha de hacerme servir en inferior ocupación de la que tengo, haciéndome de su cámara. Vuestra Majestad, que ha sido la causa desto, vea el remedio, volviéndome á la casa de mi tío, donde la reina se halle segura, que á mí no me puede faltar un convento. Guarde Dios á vuestra Majestad como deseo.

Lisaura.»

Mucho sintió el rey la demostración de la reina con Lisaura, y que la tuviese tan apretada, y así aguardó á que un día estuviese fuera con sus damas, y ese acudió donde la afligida dama estaba presa; allí la visitó y consoló, y mandando poner una carroza la hizo llevar á casa de su tío el conde Anselmo, á quien mandó que la tuviese secretamente sin dejarla ver de nadie. Después de ida Lisaura, por mandado del rey se le llevaron á su posada ricas colgaduras, cama, plata, estrado y cuanto era necesario para aderezarla un cuarto, con tanta majestad como si fuera el de la reina; no porque el conde Anselmo tuviere falta desto, sino por gusto del rey; que gustó que de adornos

de su casa se colgase el cuarto en que había de asistir la hermosa Lisaura, y que en su plato comiese.

Volvió la reina á Palacio, y apenas se retiró á su cuarto, cuando luego la dieron cuenta de lo que el rey había hecho con Lisaura. Sintiólo en extremo con tantas veras que no había dama que se le osase poner en su presencia según estaba enojada. Culpaba mucho á la que había encomendado la guarda de Lisaura, porque la habían dejado sacar de allí, si no negarle al rey que estaba presa. Ese día y otro adelante no vió la cara al rey, y al tercero, que fué fuerza verse con él, le dijo muchos pesares, quejándose de cuán poca fe se la guardaba, pues á sus ojos quería tener dama que se le opusiere á ella. Llevó el rey cuerdamente cuanto le dijo; pero después reprehendió á la reina de poco sufrida para con Lisaura, en cosa que no era culpado ni Lisaura menos, y rogóla que de allí adelante se fuere á la mano, en hacer tales demostraciones con sus damas, que pues eran hijas de grandes señores, y no habían menester servir; que por reconocimiento lo hacían y no debía tratarlas como á esclavas. Esto fué echar leña al fuego de los celos con que se abrasaba la reina, sospechando por lo que volvía el rey por Lisaura, que ya debía de estar en posesión de su amor, ó muy cerca desto.

Con la ausencia de Lisaura, el rey lo pasaba

mal, y así hubo de buscar el consuelo en sus ojos, viéndola algunas noches. Esto vino á saber la reina, con que se desesperaba; y para atajar esto que pensaba ser amistad confirmada, trató con un criado anciano del conde Anselmo, que diese veneno á Lisaura, ofreciendo si surtía esto efecto, darle un grande cargo en Sicilia, con que viviese honrado toda su vida.

Era Roselio bien nacido, y de quien Anselmo confiaba mucho, y éste tenía tanta ley con su dueño, que cautelosamente se ofreció á hacer lo que la reina le mandaba con mucho gusto, con intención de dar cuenta á Anselmo desto, luego que saliese de allí. Bien se pensó la reina (ciega con su celosa pasión) que Roselio la obedeciera luego, ejecutando su riguroso mandato con el interés del cargo que le había prometido; mas engañóse, porque apenas se apartó de su presencia, cuando buscando Roselio á su dueño para revelarle el secreto le halló en el cuarto de su sobrina, en cuya presencia le dijo lo que pasaba. Admiróse Lisaura del deliberado ánimo de la reina, no juzgando ésta crueldad que con ella intentaba hacer, tanto amor que tuviese al rey, y á celos que procedían desto, cuanto ofendida de lo que la dijo, acerca del haberla besado su mano el duque Guillermo.

Vino el rey aquella noche á casa del conde Anselmo, y supo de Lisaura lo que intentaba la reina contra ella, poniéndole delante de su presencia á

Roselio, que de nuevo lo refirió como había pasado sin quitar un sílaba de lo que le había dicho. No podía creer el rey esto, porque de su amor tenía grande satisfacción, y toda la persecución contra Lisaura la atribuía á nacer desto mismo, que las muestras del fino querer se manifiestan en los celos; pues quien no los tiene no puede decir que quiere bien. Estimó el rey de Roselio que supiese cumplir de palabra con el gusto de la reina, y después dar aviso á Lisaura de lo que contra ella se ordenaba; y así por esto le dió aquella noche una cadena de mil escudos que llevaba al cuello, diciéndole ser aquello principio de paga para lo mucho que pensaba hacer con él.

Quedóse el rey á solas con Lisaura; y viendo al rey tan tierno con ella, no reparando en lo que podía resultar en daño de la reina, más que á vengarse de la injuria que la había hecho, así á su reputación, como á sus cabellos, le dió cuenta de lo que le había visto hacer con el duque Guillermo, y cómo ella había padecido el castigo; porque habiendo la reina afeado el dejarse besar la mano dél, cuando le dió el listón, ella la había dicho lo que con el duque hiciera. Mas cuerda anduviera Lisaura en haber callado esto al rey, si bien no le estuvo mal, como se dirá adelante. Quedóse el rey con esto hecho un mármol en la silla donde estaba sentado; de suerte que no pudo hablar palabra por espacio de media hora. Al cabo deste tiempo quiso saber de Lisaura,

más por extenso cómo se había hecho aquel favor al duque Guillermo; y ella de nuevo le hizo más dilatada relación de lo que había visto. No quiso el rey aguardar á más, sino fuese con el disgusto que se puede imaginar de un rey, que oye facilidades de su esposa; que si lo sienten los de humilde estado, ¿qué harán los que le tienen tan superior?

Desde aquella noche comenzó el rey á vivir con cuidado en esto. Como la reina andaba con la inquietud de los celos y con las sospechas de que el rey la ofendía con Lisaura, por lo que había visto hacer con ella, comunicó esto con el duque, el cual, viendo la ocasión tan á medida de su deseo, no la quiso perder, y así, para entablar mejor su pretensión, comenzó á afear la facilidad del rey en poner los ojos en Lisaura, cuando tenía tanta hermosura que estimar, y querer en ella.

En esta plática estaban los dos á solas, cuando el rey los estaba acechando en parte que no pudo ser visto, y oyó cuanto hablaron acerca desto, viendo á la reina consentir que el duque la besase su mano á la despedida; disimuló su agravio con prudencia y aguardó ocasión para vengarse. Tenía la reina algunos achaques que dañaban á su salud, y era en el tiempo de la primavera cuando es más á propósito para todas las curas que han de ser largas. Consultáronse los médicos, y hallando el tiempo cómodo, comenzó-

se la cura de la reina, con mandarla sangrar de los tobillos; hizósele la sangría en uno, y estando el rey prevenido en esto, tuvo modo como á la lanceta del maestro se le pusiese un tósigo templado, que no matase con brevedad, sino que, dilatadamente, quitase la vida; así sucedió, porque la reina se sangró por la mañana, y á dos horas de la noche era ya difunta. Mostró el rey con su muerte extraño sentimiento por disimular mejor; retiróse por muchos días sin tratar de negocios, tanto que aun no dejaba verse de sus dos hijos.

Hicierónse solemnemente las exequias y funeral, y acabado todo volvió el rey de secreto al galanteo de su Lisaura, escribiéndola desde su retiro. Ella le respondía á sus papeles algo más amorosa. Volvió el rey á visitarla con el mismo secreto, mas nunca pudo hallar en Lisaura acción que le diese atrevimiento para extenderse más que hablar, con que estaba más enamorado. Pasóse el año de la viudez, y viendo que era imposible alcanzar el fin de sus deseos con Lisaura, con que le obligó á recibirla por su esposa, con no pequeño sentimiento del príncipe Arnesto y de la infanta Claristea, sus hijos, que llevaron mal este segundo empleo de su padre. Era Arnesto de edad de dieciseis años, gallardo jóven, aunque por extremo soberbio, cosa que ponía en no poco cuidado á su padre.

Con solemnísimas fiestas se hicieron las bodas

del rey y Lisaura; porque como los nobles de Sicilia veían que este casamiento se había hecho (como el pasado) por amor, todos quisieron lisonjear á su rey en regocijarle; menos el príncipe, que fingiéndose indispuesto se excusó de entrar en las máscaras, sortijas, torneos y demás regocijos que se hicieron, cosa que causó al rey notable enfado, conociendo la intención con que el príncipe hizo esto.

Vivía Manfredo contentísimo con su amada esposa Lisaura, y acrecentósele este contento con tener, al fin de los nueve meses, una hermosa hija de ella, en cuyo nacimiento y bautismo se hicieron grandes fiestas, valiéndose Arnesto, para no hallarse en ellas, de la misma traza que en las bodas; si bien no hizo cama, pero andando levantado, aun no se vistió de lucidas galas, cuando todos los grandes, títulos y caballeros se empeñaban por lucir con vistosas galas y bordadas libreas, que daban á sus criados, imitando en esto á su príncipe.

No pudo sufrir el rey que su hijo mostrase su sentimiento tan declaradamente, dando que notar á todo un reino, que hablaba en esto con libertad; y así, hallándose con él á solas una tarde, le dió á entender, con desabrido semblante, cómo le había penetrado la intención, reprehendiéndole ásperamente, con pesadas razones, que sufrió el príncipe cuerdo, aunque no lo había estado en lo pasado; pero disculpóse con que andaba

con tanta melancolía, que en medio de los mayores regocijos se le aumentaba más, y así no se vestía de gala, porque en él era pena lo que en otros gusto; no procediendo esto de causa alguna. Amenazóle el rey, que si más se señalaba en otra ocasión como aquella, le pondría en una torre, preso, donde no vería la luz del sol por muchos días, y le haría allí que acabase la vida. Más cuerdamente se portó la infanta, que su mucha virtud la inclinó á tomar un hábito en un religioso monasterio, donde trató de vivir virtuosa y santamente.

Fué creciendo la niña hija de Manfredo y Lisaura (á quien pusieron por nombre Clorinarda), y en los pocos años que tenía (que no pasaban de ocho), dió muestras de ser la más hermosa mujer del orbe, porque era perfectamente acabada y no menos entendida. Era el gozo de sus padres; de tal suerte, que no se hallaban un punto sin tenerla en su presencia. Esto sentía mucho el príncipe Arnesto, porque con el amor que tenían á la niña, no hacían caso dél, en particular la reina, que le aborrecía sumamente, mereciéndolo él, porque se vino, por su áspera condición, á hacer aborrecido de toda la Corte.

Un día que la reina estaba en el jardín con su hija, hallóse allí Arnesto, y habían presentado á la niña ciertos juguetes de gusto para que se alegrase. Quiso, pues, el príncipe tomarle algunos para dar á una dama que comenzaba á

servir, y la niña, defendiéndolo, comenzó á llorar. Oyóla la reina y acudió donde estaba, donde vió que el príncipe le quitaba su entretenimiento; con desposeerla de una parte de su presente, mandóle que no llegase á nada dél, esto con algún enfado. Sintió Arnesto que la reina pusiese tal afecto en guardar el aire á su hija, que se extendiese á enfadarse con él con tan airado semblante, y así, la dijo que allí le volvía á su hermana lo que le había tomado, y que se holgaba de haber conocido en su Majestad, en cosa tan poca, el mucho aborrecimiento que le tenía. La reina, como le quería mal, le respondió que no hacía bien; pues presumía eso de ella darle ocasiones para ver cosa que le estaba tan mal.

—He querido (dijo Arnesto) hacer prueba del pecho de vuestra Majestad, y ya he sabido lo oculto dél.

—Pues huélgome (dijo la reina) para que procuréis siempre guardarme el respeto que si fuera yo vuestra madre, pues basta ser esposa de vuestro padre; y creed de mí, que cuando me determino á mostraros airado el rostro, me consta que lo habéis bien merecido.

Quiso disculparse Arnesto; mas fué con razones en que, con la cólera, no guardó el debido decoro á la reina. Ella (que se halló entonces con una caña en la mano á que se arrimaba), viendo su descompostura le dió con ella dos ó tres golpes. Ofendióse el príncipe tanto de esto,

que no mirando el respeto que debía guardar á quien era esposa de su padre, puso las manos en ella con notable atrevimiento, de suerte que la dejó señalado su hermoso rostro. Alzó la reina las voces de manera que acudieron todas sus damas allí, que andaban esparcidas por el jardín; esto fué al tiempo que Arnesto se apartaba de aquel puesto, saliéndose del jardín. Vino luego el rey, y halló á la reina con el enojo que había recibido, desmayada en las faldas de una dama suya, y señalado el rostro. Preguntó si había caído; las damas, por no irritarle contra el príncipe, por no esperar de esto una grande desdicha, le dijeron que la reina había dado una caída andando por el jardín. Preguntó el rey si se había hallado allí el príncipe, porque le había encontrado á la puerta, perdido el color. Replicáronle á esto que había salido á hacer traer una silla en que llevar á la reina á su cuarto, y que de verla con el desmayo debía de ir mudado el semblante. Llegóse el rey á la reina, y tomándole las manos, se las comenzó á apretar, echándole agua en el rostro, con que volvió en su acuerdo. Reconoció que estaba en brazos del rey y, cobrando aliento, le dijo estas razones:

—En cuenta del mucho amor que os tengo, rey y esposo mío, tomad el agravio que he sufrido de vuestra sangre. Vuestro hijo Arnesto (olvidado del ser que tiene de vos, y procediendo con el bajo y humilde de su madre) ha hecho lo que

veis en mi rostro; la causa que le dí la mereció su descompostura; testigos son dos damas; mas de lo que os digo no quiero que le castiguéis (esto os suplico); sólo gustaré de que no parezca delante de mí más.

Apenas supo el rey esto, cuando, furioso como un león, dejó á la reina, y salió descompuesto en busca de su atrevido hijo, haciendo diligencias por hallarle en todo palacio.

No le pareció cordura á Arnesto aguardar que su padre fuera sabidor de su atrevimiento; y así, luego que sucedió se salió del jardín y de la ciudad brevemente. Retiróse á la aldea, donde fué criado, en casa de Leonido; mas habiendo sabido el anciano caballero de boca del príncipe lo que le había pasado, le suplicó que no le descompusiese con su padre, porque era fuerza que arrojado de su desacato le buscase para castigarle, y hallándole en su casa sería mal recibido del rey, y le culparía. Dióle los dineros con que se halló, y el príncipe, con un criado, se pasó á Nápoles, aunque no se detuvo en aquel reino casi nada, por no estar asentadas las paces de su rey con el de Sicilia, en ciertas diferencias que habían tenido, y cada día se esperaba rompimiento de guerras; aunque no de parte del napolitano, por estar en posesión de ciertas rentas que tenía del rey de Sicilia.

Pues como el príncipe Arnesto no fuése hallado en la corte, mandó el rey publicar un bando, que

cualquiera persona que amparase al príncipe en su casa fuese dado por traidor, y asimismo cualquiera que le diese ayuda para ausentarse, así de dineros y de caballos. No fué hallado por esto el príncipe, y así el rey quedó pesarosísimo de no haberle en su poder, para mandarle luego cortar la cabeza.

Bien temía esto el príncipe: pues tan apresuradamente se salió de Sicilia y de Nápoles; de donde se embarcó para Venecia, queriéndose estar en aquella ciudad hasta ver en qué paraban las cosas de Sicilia. Pero sucedióle diferentemente de como pensaba; que en el mar fué cautivo de Rastan Xafes, valentísimo corsario que andaba con seis galeras en corso, robando por aquellas costas. Este turco le llevó á Constantinopla, con la demás gente que había cautivado, y con toda ella hizo una lucida entrada en la corte del gran Turco, siendo dél alegremente recibido. Después de haberle besado la mano, presentóle aquella cantidad de cautivos que había preso, y entre ellos iba el príncipe Arnesto.

Estaba el Gran Señor en una sala de su imperial alcázar, acompañado de los más principales bajaes de su corte, sentado sobre cuatro cojines de brocado, y reclinado el brazo en otros seis de lo mismo. A cada uno de los cautivos, fué preguntando (por su intérprete) quién era en su tierra, y su nombre. Llegó, pues, á Arnesto, y

preguntándole como á los otros, su patria, nombre y calidad, le pareció al príncipe que diciéndole verdad en todo sería del Gran Señor más estimado; y así le dijo quién era y la causa porque había salido de Sicilia. Era el rey Manfredo, padre de Arnesto, uno de los mayores enemigos que el Turco tenía, y de quien más daño había recibido, en encuentros que por la mar habían tenido con no poca pérdida de la gente del Turco; pues como viese en su poder al hijo de quien tanto aborrecía, alegróse sumamente pareciéndole que por rescate suyo le daría cuanto le pidiese, persuadiéndose á que no era mucho hacérsele feudatario suyo, á trueque de ver á su hijo con libertad.

Luego que el Gran Señor supo quien era Arnesto, certificado por un cautivo de Calabria, que le conoció allí, mandó darle asiento junto á su persona. Preguntóle por algunas cosas de Sicilia de que le dió razón, y acabada la plática, el Gran Señor se entró en su cuarto, y á Arnesto mandó se le diese otro en su mismo Alcázar, señalándole personas que le sirviesen con mucho cuidado; sólo quiso para honra suya, de tener por cautivo un primogénito de tan gran Monarca, que el príncipe anduviese vestido como tal, mudando el hábito que traía, y trocándole en este, con adornos de costosas telas, trayendo al pie una arropea de oro con una gruesa cadena de lo mismo.

Con esto se quedó Arnesto esclavo del Gran Señor en Constantinopla, con no poco sentimiento suyo: que aunque era bien servido y regalado, á esto de tener perdida la libertad, no equivale ningún buen tratamiento. En las veces que el cautivo príncipe salió en público, fué visto de una hermana del Gran Señor llamada Rosa; y como el príncipe era de gentil disposición, de buena cara y poca edad, enamoróse la turca dama de él, de suerte que éste nuevo cuidado la traía con desvelo. Hallábase imposibilitada de poder manifestar su pena al príncipe por el grande recato conque estaba en Palacio. Desta suerte vivía en continua pena. Era Rosa hermosísima, y fióse en que si Arnesto llegaba á tener una copia de su belleza, no dejaría de inclinársele; pero no hallaba cómo pudiese venir á manos del príncipe; acudía á su cuarto un cautivo cristiano, de anciana edad, cuyo nombre era Gerardo. Deste se servían las damas. Hízole llamar, y declarándose con él, prometió darle libertad, si la servía en lo que le quería mandar. El cristiano con el interés prometido, ofrecióse á servirla con mucho gusto, y fiándose ella dél escribió á Arnesto un papel, y dentro le puso un retrato suyo. Dióle orden Rosa que este papel (que el cautivo había traducido en lengua siciliana) se le pusiese debajo de la almohada de su cama al príncipe. Púdolo hacer esto fácilmente, porque con los cautivos

que acudían al cuarto de Arnesto se mezcló Gerardo; y queriendo por curiosidad ver su cuarto se le mostraron hasta donde tenía la cama. Llegó en ocasión que vió descuidados á los que tenían cargo de aquella pieza, y así, no perdiendo la ocasión, pudo servir á la hermosísima Rosa en lo que le había mandado, poniendo el retrato donde le ordenó, y luego fuese á darle cuenta de lo que había hecho, que se lo agradeció mucho.

Fuése á dormir Arnesto, y mudando la almohada por un lado descubrió el papel, tomóle, y viendo que el sobre escrito era para él, hízosele grande novedad, que allí hubiese quien le escribiese. Presumió que sería algún cautivo que se quería valer de su favor en orden á alcanzar su libertad; abrio el papel, y halló dentro el hermoso retrato de Rosa, cuya singular hermosura le dejó tan rendido, que desde entonces no tuvo más libertad su alma; disponiendo el cielo eso para probar su valor y constancia. Pero presto dió á entender que dél apetito y deseo pudieron tanto, que le hicieron olvidar de su cristiana religión, como adelante se verá. Lo que el papel contenía era esto:

«El dueño de esa copia (siciliano, príncipe) es Rosa, hermana del poderoso Mahoma y Gran Señor; ha visto vuestra persona algunas veces desde las ventanas de su cuarto, y pudo tanto vuestra gentil presencia con ella, que es

ya triunfadora de su libertad, ya que no puede en persona verse con vos, consuélase conque en su lugar os acompañe su trasunto. Quien os le ha puesto en el lugar que le habéis hallado (siendo bien recibido de vos), acudirá á ver qué le mandáis, y qué se os ofrece en que yo pueda hacer por vos. Alá os guarde.

Rosa»

Admirado quedó Arnesto de ver que el dueño del papel y retrato era no menos que hermana de su dueño, y que su hermosura hubiese hecho en él tal efecto que le diese ya cuidado en tan breve tiempo, y deseos de cotejarle con su original. Considerando esto, nunca le apartaba de sus ojos, porque le era de gran gusto repetir con la vista sus perfectas facciones. Ya deseaba conocer quién le había traído á su cama; presto se le cumplió este deseo, porque averiguando con los cautivos que le servían quien había estado aquél día en su aposento, ellos le dijeron que Gerardo, conque al punto hizo que se le llamasen; vino el cautivo á su presencia, y dél supo lo que Rosa le había mandado hacer.

Holgóse Arnesto mucho con lo que le oía, y mandóle acudir otro día á su aposento; y aquella noche escribió este papel:

«No puedo haber dado, hermosísima Rosa, en albricias del hermoso retrato que poseo vuestro más que mi alma. Ésta, al punto que mis ojos vieron vuestras copiadas perfecciones, se dis-

puso ser vuestra; su dueño sois, tratarla bien, de suerte que su mudanza de libre á sujeta, sea para ella más agasajo que cautiverio. El cielo os guarde. *Arnesto.*»

Vino el día siguiente Gerardo con mucha puntualidad á verse con el príncipe, y él le dió el papel con que se holgó infinito Rosa; desta manera se correspondieron algunos días, llegando Arnesto á ver algunas veces (aunque raras) á su hermoso dueño á una ventana de su cuarto.

En este tiempo, el rey de Sicilia hizo jurar á la hermosa Clorinarda, su hija, por princesa de aquel reino, desposeyendo de la acción que tenía á heredarle el príncipe Arnesto, porque había ley, que por desobedientes á sus padres, se podían desheredar á los hijos. El día de la jura hubo mucha fiesta en la corte; regocijándose todos los caballeros de ella por agradar á sus Reyes. Era ya la princesa de edad de quince años, hermosísima mujer, y de tan gentil disposición, que ya ponía á sus padres en cuidado de darla estado, no acordándose el rey de lo que se habría hecho su hijo desde que se ausentó de Sicilia, más que si no fuera nacido en el mundo. Y aunque en su reino se sabía su cautiverio, ninguno de los que andaban cerca del rey se atrevían á darle la nueva de su desgracia, por ver lo mal que recibía en que se le nombrasen, y así cada uno quería no perder la gracia de su príncipe, por lo que no le importaba.

Como la fama divulga todas las cosas por todo el orbe, súpose en Constantinopla lo que el rey de Sicilia había hecho contra su hijo en dar la futura sucesión de sus estados á su hija, y asimismo como no daba el rey lugar á que le hablase nadie del príncipe, y que el duque Guillermo, privado (antes suyo), vivía en su estado retirado allí, por orden del rey, y que deste se podía esperar le dijera la prisión del príncipe. Visto, pues, esto del Gran Señor, desconfió de que el rey de Sicilia rescataría á su hijo, y así se le desvanecieron las grandes esperanzas que tenía de tener un grande interés por él. Con esto trató de persuadirle, con grande instancia, que dejase su cristiana ley, y admitiese la de su falso Mahoma. Tuvo motivo para emprender esto, no verle inclinado á tratar con cristianos, no acudir á los templos que tienen en Constantinopla, y solo tratar de pasear el terrero de su serrallo y las ventanas del cuarto de su hermana, que estaban cerca dél; conque presumió que tenía alguna afición, y presumiendo si por ventura fuese á su hermana. Estando un día á solas con él, le dijo estas razones:

—Arnesto, mucho siento que hayas dado causa á tu padre, para que aborreciéndote, se haya olvidado de tu rescate; á mí me consta que sabe tu cautiverio, y que no se le da nada que le padezcas aquí (esto le dijo por hacer más bien lo que intentaba, que el rey Manfredo nunca supo

esto). Lo que á ti te puede estar mejor es vivir entre nosotros, dejando tu ley por la nuestra; que si esto haces, yo ofrezco casarte con Rosa, hermana mía, y darte hacienda conque pases lucida y descansadamente, y hacerte uno de mis estimados bajaes, dignidad que corresponde á la de grande en tu tierra: dime lo que determinas hacer, que me holgaré que conozcas el bien que te hago; pues siendo extranjero, es mucho ofrecerte prenda como mi hermana, á quien no he querido casar con el príncipe de Persia.

Pidióle Arnesto para responderle un día de término, y con esto dejó al Gran Señor. En este tiempo estuvo el príncipe considerando lo que debía hacer. Veía el aborrecimiento que le tenía su padre, el haberle desposeído de la acción de heredarle, el haberle dejado en cautiverio, cosa pocas veces ó ninguna vista en un poderoso rey cristiano. Hallábase enamorado de la hermosísima Rosa y favorecido de ella; veía la honra que le ofrecía su hermano en su Corte, dándosela en casamiento. Estas cosas consideraba el siliciano príncipe, dudoso en lo que había de responder al Gran Señor; resolvióse finalmente en elegir lo que peor le estaba, pues olvidado de lo principal y eterno, escogió lo temporal y de menos valor; secreto juicio del cielo que lo dispone así porque se sirve dello, inescrutable á los entendimientos humanos.

Escribió aquella tarde á Rosa dándole cuenta

del ofrecimiento de su hermano, y cómo por su amor dejaba la ley en que había nacido y admitía la suya. Esa misma tarde tuvo respuesta de Rosa, favoreciéndole mucho, y estimando su fineza y agradeciendo su determinación. Con esto se animó á dar más brevemente la respuesta al Gran Señor de lo que hacía resuelto. Recibió dél muchos abrazos, muchos favores y honras; y apostatando de la católica fe, vocalmente (temerario atrevimiento) admitió la ley de Mahoma, haciendo los ritos y ceremonias que en tal caso usan los que reniegan; vistióse como turco, y pasando los días de la circuncisión fué casado con Rosa, admitiendo juntamente con ella otras diez turcas, las más hermosas de la corte del Gran Señor.

Por estas bodas se hicieron en Constantinopla regocijadas fiestas y alegres zambras, quedándose el infiel Arnesto allí separado del católico gremio de la Iglesia. Las nuevas desto llegaron á Sicilia, y luego á los oídos del rey; llevándoselas los mismos que antes habían rehusado el decirle las de la prisión del príncipe. Lo que sintió el rey esto, se deja bien entender, pues un príncipe tan cristiano, era fuerza sentir con extremo que hubiese engendrado hijo que apostatase de su religión. Perdieron su gracia todos los que le tuvieron encubierto el cautiverio de su hijo, diciendo él que si entonces se lo dijeran, él le rescatara, no para tenerle cerca de sí, que no había de entrar más en Sicilia, más para que no

viniera á tan miserable estado como el que había elegido. Toda Sicilia se cubrió de luto, y fueron tantos los extremos de sentimiento del rey, que estos le causaron una grave enfermedad, conque vino en breve tiempo á perder la vida. Quedó por su única heredera la hermosa Clorinarda en compañía de su madre, que como tutora suya, con otros cuatro grandes señores de Sicilia, gobernaban aquel reino.

La muerte del rey Manfredo se supo en Constantinopla, y, asimismo, cómo había besado la mano por reina á Clorinarda. Propuso Arnesto al Gran Señor que sería bueno ir con una gruesa armada sobre Sicilia; que él se prometía hacer una buena facción, por saber que su hermana y la reina, su madre, tenían en Mesina su corte, por no haber estado sana la ciudad de Palermo. Quiso el turco darle gusto á su cuñado y en breve se armaron treinta galeras con muy buena chusma y gente de guerra. Dellas hizo general al príncipe Arnesto, dándole dos ancianos bajaes, prácticos en la milicia, para que fuesen de su Consejo y no hiciese cosa sin consultarlo con ellos. Con esta prevención salió Arnesto de Constantinopla , despidiéndose antes de su amada Rosa, esposa suya, que sintió tiernamente verle ausentar tan presto de su compañía.

Con próspero viento navegó Arnesto con su lucida escuadra hasta llegarlo á tomar en el puerto de Mesina, que fué en ocasión que halló á

su gente tan descuidada, que cuando quisieron impedirle la entrada ya habían entrado diez galeras, que defendieron la resistencia que se les hizo. No quisieron los turcos dilatar la facción que venían á hacer desde Constantinopla, y así, dando fondo todas las galeras á pesar de los que los resistían, saltaron en tierra y por presto que de la ciudad salieron á estorbarles su intento, ya la mitad de la gente había entrado en ella degollando á cuantos topaban.

Fuéronse derechos á palacio por prender á las dos reinas; mas habiendo sido avisadas del daño que tenían dentro de la ciudad, se retiraron á un jardín. En él se hallaron afligidas sin saber qué hacerse, considerándose ya presas de los turcos: que aún no sabían que era Arnesto el que venía con aquella gente, á quien ya llamaremos Zulema, que este era el nombre que había tomado.

Llegó, pues, Zulema á palacio, y á cuantos encontró en el camino hizo prender, que se le fueron rindiendo sin defensa alguna; desta suerte subió al cuarto de la reina, y como por todas las salas, cuadras y aposentos dél la buscase no pudo hallarla, aquellos turcos que le acompañaban prendieron á todas sus damas, estimando esta presa por parecerles que en ella tenía Zulema bastante gente para fundar un serrallo en Sicilia.

No sosegaba el renegado príncipe hasta poder hallar á las dos reinas, madre é hija, y así discurría buscándolas por todo palacio (como quien

tan bien le sabía) con cuatro hachas, acompañado de algunos turcos; la demás gente en tanto andaban robando y matando por toda la ciudad sin respetar cosa alguna. En esto estaban sintiendo la reina estos alborotos, y la hermosa Clorinarda, su hija, no sabiendo qué hacerse, cuando donde estaban llegó un anciano caballero, criado antiguo del difunto rey, cuyo nombre era Henrico. Este, hallando á las señoras bañadas en lágrimas las animó, amonestándolas que le siguiesen; hiciéronlo así, y llegando á un retiro que tenía el jardin en una parte escondida, cerca de una mesa verde de murta, levantó una pesada losa con ayuda de las dos reinas. Descubrieron una boca de cueva y pidiendo luz en la casa del jardinero les dió un pedazo de hacha encendida con la cual se entraron las reinas y Henrico por la cueva, por donde caminaron grande espacio hasta dar en otra boca de la misma cueva, y quitando otra losa de ella abrieron la puerta para salir á un campo donde estaban unos casares, lugar que por retirado de donde andaban los turcos se libró de su insaciable codicia. Ofrecióse un mancebo que servía en aquella casa darles dos rocines, cosa que agradeció mucho el anciano Henrico.

Era el joven de poca edad, de agradable aspecto y gentil disposición, el cual solicitó en servirles. Entró en la casería y aderezó los rocines brevemente, y sacándolos donde estaban

Henrico y las dos reinas, en el uno se puso la hermosa Clorinarda y en el otro la reina, su madre, y á las ancas Henrico, que por su mucha edad no podía ir de otra suerte. Con esto partieron de allí, acompañándoles aquel jóven á pie. Aquella noche caminaron doce millas hasta llegar á una pequeña aldea donde Henrico tenía un labrador conocido suyo, hombre de gruesa hacienda, que les hospedó en su casa con mucho gusto, compadeciéndose de la calamidad en que veía á sus reinas.

En el ínterin que esto pasaba, el renegado Zulema se apoderó de la ciudad de Mesina, y valiéndose así de su gente, como de la facinorosa del reino (á quien dió perdón general de sus delitos y ofreció hacer mercedes), comenzó á ir tomando posesión de los lugares sin hallar defensa hasta la ciudad de Palermo. Esta ciudad, con el esfuerzo que algunos señores leales hacían con la demás gente, animándola, se hicieron fuertes, resistiendo el poder del renegado Zulema. El cual, viendo esto, puso cerco á la ciudad con la gente que le seguía, prometiéndose ya la corona de Sicilia por cierta. Trató luego de asentar su real y fortificarle muy despacio por hacer la guerra con fundamento; su gente talaba la tierra y así, por redimir su vejación, algunos se agregaban al campo de Zulema.

La reina, acompañada del anciano Henrico, luego que llegaron á aquella aldea, le pareció,

con su consejo, escribir al rey de Nápoles, dándole cuenta del aprieto en que estaba, y, asimismo, suplicándole que la socorriese en aquella necesidad. No se hallaba quien se llevase la carta, teniendo á los turcos, y ofrecióse á servirle aquel mancebo que les había traído, cuyo nombre era Federico. Este, en uno de los dos rocines que trujo se aventuró á ir á Nápoles con la carta de la reina. Diéronsela y todo lo necesario para el camino, conque partió luego. En breve tiempo llegó á Nápoles (pasando sin estorbo aquel estrecho de mar que divide los dos reinos) y dió la carta al rey, el cual se compadeció tanto del trabajo en que se hallaban las dos reinas, que quiso ir en persona á sacarlas dél; y así haciendo con brevedad juntar la más gente, y nombrando por general de ella á un caballero algo deudo suyo, el más práctico soldado que se hallaba en su reino, partió de Nápoles á toda priesa. Quiso Federico mostrar en esta ocasión su ánimo y así alistado por soldado del rey en una de las compañías de aquellos tercios, fué á servir á la reina su señora.

Llegó el rey á Sicilia sin estorbo; porque como tenía el renegado toda su gente ocupada en el sitio de Palermo, pudo con facilidad entrarse el rey en la tierra allanando la poca contradicción que le hizo una poca de gente que le resistió. Con esto llegó, marchando el ejército hasta tres jornadas antes de Palermo sin saberlo

Zulema, tan ocupado estaba en querer ganar la ciudad; mas cuando supo el defensor que la reina tenía, hubo de levantar el cerco y hacerle rostro. Asentó el de Nápoles su real y fortificóle bien con ánimo de no partirse de Sicilia hasta que los enemigos de la reina saliesen del reino, y en particular hacerla muy vengada de Zulema, que ya sabía que era el caudillo de aquella gente y que venía apóstata de su ley.

En la primera escaramuza que los napolitanos tuvieron con los turcos y con los rebelados de la tierra, prendió Federico (aquél animoso mancebo) á uno de los bajaes que venían por consejeros del renegado, habiéndose aventurado al mayor peligro de la batalla por hacer aquella hazaña. Con el preso se fué á la tienda del rey de Nápoles, á quien le presentó, cosa que el rey estimó en mucho; y sabiendo que en aquel encuentro habían muerto de los suyos dos capitanes, quiso que una de las dos compañías las gobernase Federico, como capitán suyo; esto por premio de lo que había hecho. Continuáronse (por abreviar) las escaramuzas en que Federico, con verse premiado con tan honroso cargo, quiso manifestar más su valor á todos, y así, señalándose segunda vez más que ningún soldado á los ojos del rey, hizo cosas que le causaron admiración.

Llegóse el último día de la guerra en que rompieron los dos ejércitos el uno contra el otro; duró poco el estar dudosa la victoria; porque

como los napolitanos y algunos de Sicilia que se habían agregado al ejército del rey eran más prácticos, y estando mejor armados que los turcos y los visoños foragidos de Sicilia que les ayudaban, presto les desbarataron, haciéndoles volver las espaldas. Aquí Federico se vió cuerpo á cuerpo con el renegado Zulema. Pelearon cosa de media hora animosamente, más al cabo della vino al suelo el renegado, herido mortalmente en la cabeza y en el costado izquierdo. Así le hizo Federico llevar á la presencia del rey de Nápoles, en tanto que los soldados napolitanos seguían el alcance tras de la desbaratada gente. Pesóle al rey que Zulema estuviese tan mal herido, porque quisiera (prisionero) reprenderle ásperamente delante de todos el desacierto que había hecho en seguir la ley de Mahoma dejando la verdadera de Cristo; mas vióle tan desanimado que le hizo llevar á curar, mandando que se tuviese grande cuidado en mirar por su persona, y que se le curase.

El alcance se siguió con muerte de muchos infieles, no quedando apenas hombres con vida y á los pocos que quedaron que se fueron á embarcar no les dieron lugar á esto, y en el puerto de Mesina fueron todos presos. Pusieron al renegado Zulema sus heridas en el último término de su vida; dieron aviso desto al rey, y fué á verle. Estimó Zulema el favor que le hacía; en esta visita le afeó el rey el yerro que había hecho,

pues naciendo de un rey tan cristiano y valeroso, degenerando de quien era y de la ley en que fué instruído, le había dejado por la falsa y errado del perverso Mahoma; amonestóle que se reconciliase con la Católica Iglesia Romana, pesándole de haberla dejado, por no perder su alma que estaba en términos de tener poco de vida, pues sabía cierto de los médicos que no le daban seis horas de plazo. Tantas cosas dijo el rey al herido príncipe, que él (pesaroso de su desacierto) comenzó á verter lágrimas, á hacer acto de contrición y á confesar á voces el yerro que había cometido. Reconcilióse con la Santa Iglesia, confesóse de sus pecados, y recibiendo hasta el último Sacramento, acabó su vida arrepentido de sus culpas. Ya la reina y su madre estaban en la tienda del rey, siendo recibidas dél con mucho gusto y llevadas luego á la ciudad de Palermo, donde se hicieron grandes fiestas en su entrada, viéndose los sicilianos libres de la sujeción de los turcos. Quiso la reina premiar á Federico sus servicios y mandó que pareciese en su presencia. Vino el gallardo joven, y mirándole con más atención el rey de Nápoles, le preguntó cuyo hijo era; aquí le respondió Federico:

—Sacra Real Majestad, si mi persona merece que se le haga merced por lo que ha servido, no permitáis que yo diga quien soy; deshará el saber mi linaje cuanto pretende la reina hacer en mí.

Con todo porfió el rey que lo había de saber,

que tenía particular gusto en ello, y así le dijo: que su padre se llamaba Montano, un labrador que asistía en un casar cerca de la ciudad de Mesina, que aquel día había llegado en su burra. Hízole el rey parecer delante de sí, con no poca vergüenza de Federico; porque como ya estaba en mejores paños, sentía que los groseros de su padre se los deslustrasen. Vino al fin el sencillo labrador, y el rey le preguntó si era Federico su hijo, que le importaba saberlo, á que respondió Montano:

—Si os he de decir verdad (invicto rey), este mancebo no es mi hijo, aunque le tengo amor como si lo fuera. A mi casa vino un anciano caballero de Nápoles, habrá el mismo tiempo que él tiene de edad, y diómele á criar; y esa misma noche que llegó le dió un grave accidente, conque sin bastar los remedios que para él le hicimos murió; lo que hallé en su poder fueron un bolsillo con 200 escudos en oro, que traía en el pecho, y en la misma parte una carta que desde entonces la he traído siempre conmigo en esta caja de hoja de lata.

Sacóla de allí y diósela á leer al rey, en ella leyó estas razones:

«Lotario: yo he sabido que tenéis en vuestro poder un hijo natural del rey, que nació ocho días antes que yo llegase á Nápoles, y aunque Su Majestad no me ha ofendido, por tenerle antes de conocerme, lo estaré yo de que se críe

aquí; salid luego deste reino con él, ó sino haré que á los dos os quiten la vida.

La Reina.»

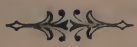
Apenas acabó de leer esto el rey, cuando se levantó de la silla en que estaba, diciendo á las dos reinas:

—Perdónenme Vuestras Majestades, que bien puedo hacer esto, cuando hallo un perdido hijo. Venid á mis brazos, no Federico, Rugero sí; que no poco sentimiento he tenido por vos, y por el buen caballero Lotario, que temiéndose de la reina, os salió á criar á este reino, y aunque por entonces me envió el aviso de su partida, yo estaba con guerras con el de Polonia, y no pude responderle. Después hice grandes diligencias por saber de los dos, y ninguna tuvo efecto para cumplírseme mi deseo. Hoy mi buena suerte me ha traído este bien sin pensar aquí, acordándome luego que llegásteis á mi presencia de vuestra difunta madre, á quien os parecéis mucho, y á quien la reina metió religiosa en un convento, por asegurarse más de mí.

Esto decía el rey, dando muchos abrazos y besos á su recién hallado hijo, y él estaba de rodillas besándole las manos. Llegaron las dos reinas á darle la enhorabuena á Rugero de haber conocido tal padre, que él recibió como se puede considerar de quien se halla hijo de un humilde labrador, y ya de un poderoso rey. La reina madre, agradecida del socorro que el rey la había hecho,

pues por él fué restituída su hija en su reino, quiso pagársele, y juntamente premiar á Rugero, haciendo á la hermosa Clorinarda que le diese la mano de esposa. Esto se hizo allí con mucho gusto del rey, y mucho más de Rugero, por verse esposo de tan bizarra y hermosa dama. Las bodas se dilataron hasta la venida del príncipe de Calabria, heredero del rey de Nápoles, que había de ser padrino de dellas, en compañía de una anciana princesa, de la casa de los reyes de Sicilia, mujer que había sido de un gran señor en aquel reino. Vino el princípe, hubo grandes fiestas y regocijos, quedando por absolutos reyes de Sicilia el valiente Rugero y la hermosa Clorinarda.

Todos aplaudieron la novela de don Dalmau, y para dar fin á la fiesta, danzaron un torneo cuatro caballeros con otras tantas damas, que pareció muy bien. Acabado, se despidieron de don Gastón, todos deseosos de verse en aquel puesto la siguiente noche.



Noche tercera.

Ya la lámpara del cielo extinguía su luz en nuestro horizonte, previniendo al mayor planeta la marítima Thetis, tímido alojamiento en el cerúleo imperio de Neptuno; y la noche llevado su funesto carro de los caballos, Temor y Sueño, cubría de dilatadas sombras lo que antes estaba de luces, cuando las damas y caballeros acudieron á la casa del apacible don Gastón Centellas á continuar su gustoso y honesto entretenimiento, fueron recibidos del anciano caballero con aquella cortesía y agrado que siempre, y ni más ni menos de sus hermosas hijas. Por no perder tiempo de la alegre noche, los caballeros y damas ocuparon sus asientos, ellos en las sillas y ellas en el estrado. Nuevos músicos que previno don Gastón, con varios y sonoros instrumentos, dieron principio á la fiesta con este romance cantado á cuatro voces.

Bullicioso un arroyuelo
(alma de las selvas) da
á dos márgenes de flores,
gargantillas de cristal.

Generosamente ofrece,
con finezas de galán,
limpia corriente, que sea
espejo de su beldad.
Por mirarse en sus espacios,
agradecidas le están,
aunque tal lisonja tenga,
la pensión de murmurar.
La presteza de su fuga,
Lucindo mirando está,
y esto cantando le dice
por dar al campo solaz:
«Presuroso y claro arroyuelo,
que entre guijas menudas caminas al mar
tente, tente, tente,
pára tu curso y mira que vas
á perder entre golfos azules
el nombre que adquiere tu claro cristal.
No ignores precipitado,
¡oh, arroyuelo bullicioso!
que á todo caudal undoso,
le es sepulcro el mar salado.
Suspende lo apresurado,
en tu campaña florida,
que eso más tendrás de vida,
cuanto le suspendas más.
Tente, tente», etc.

Aplaudió el auditorio la bien cantada letra y tono á los músicos, y señalada la hermosa doña Andrea, hija de don Gastón para novelas, se puso en su puesto á referir esta novela.

Atrevimiento y ventura

A don Vicente de Borja, hijo de don Carlos de Borja, gobernador de la villa de Castellón de la Plana, en el reino de Valencia.

PROBAR la pluma ha sido no más el ofrecer á v. m. esta novela que intitulo *Atrevimiento y ventura*, para que tras este ensayo la emplee en mayor ocupación de su servicio. Atrevimiento mío es y ventura sería que v. m. se digne de admitirla en su protección por reconocimiento de mis obligaciones. Halle en v. m. amparo, que con tal defensor pasará atrevida por los mordaces filos de los detractores, venturosa en haber elegido tal protector, que guarde nuestro Señor como deseo.

De v. m. su servidor,

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

NOVELA QUINTA

Gobernaba el poderoso estado del Piamonte, Filiberto, su príncipe, joven que apenas había cumplido los cuatro lustros de su edad. Era de buena disposición de cuerpo, bien proporcionado, hermoso de rostro, afable, generoso, y, sobre todo, grande honrador de sus vasallos; partes para ser amado de todos como, por el contrario, aborrecido al que le faltasen.

Viéndole sus vasallos en edad de tomar estado, le propusieron á la hermosa Lucrecia Esforcia, única heredera de Camilo Esforcia, duque de Milán; dama de tan superior belleza que en toda Italia no se hallaba otra que en esto la aventajase. Tratáronse estos casamientos por embajadores del piamontés, y habiéndose dado fin á ellos por capitulaciones, fueron de acuerdo que para de ahí á un mes ó antes si pudiese, el príncipe iría á dar la mano á la hermosa Lucrecia.

En el ínterin que para ocasión tan lucida se prevenían galas, se llamaban á los títulos y caballeros del Piamonte para ir acompañando á su dueño y príncipe, á él le pareció enviar por un correo su retrato á Lucrecia, y que de Milán le

trujesen otro della, que por quedarse copiando de lienzo en lámina pequeña no le habían llevado los embajadores. Con esto partió el correo, llevando asimismo ricas joyas, que se deja considerar que para tan gran señora serían de grande estimación. Era el correo natural del marquesado de Monferrato, y era casi por su tierra el camino, y quiso pasar por allí.

En esta ocasión estaba el marqués de Monferrato cazando por unos montes que confinaban con aquel lugar de donde era el correo. Era un caballero mozo, bizarro, generoso y demás aventajadas partes que el príncipe del Piamonte. Quiso que en esta caza le acompañase la belleza de la hermosa Diana, hermana suya. Sucedió, pues, que al tiempo que el correo de Filiberto pasaba á Milán, estaba el marqués y su hermana en la falda de un monte descansando de la fatiga de la caza; pasaba por allí un arroyo, y por abreviar el correo el camino, quiso vadearle por parte poco usada, de manera que á los primeros pasos el caballo cayó y hundiose con el que llevaba encima, conque hubiera de perecer si los cazadores delmarqués, que vieron su desgracia, no acudieron á sacarla del agua casi sin sentido. Lleváronle á una casería que estaba cerca de allí, donde le pusieron enuna cama en jugándole los vestidos. Algunos remedios le hicieron conque volvió en su acuerdo, aunque no del todo; esto fué por orden del marqués, que fué casi en su presencia la des-

gracia. Mandó que se le regalase con mucho cuidado después que supo que era del príncipe del Paimonte y que iba á Milán. Quiso, pues, el marqués saber á qué iba, por que estos casamientos se habían tratado con algún secreto y él no lo sabía; y para esto con la llaneza que en la caza se permite, quiso el mismo marqués verse con el correo entrando en su aposento, cosa que le admiró notablemente y estimó en mucho que tan gran favor se le hiciese. Dél supo el marqués á lo que iba, y deseoso de ver las joyas que enviaba el príncipe, le rogó que se las mostrase. El hombre, obligado de las mercedes que le habia hecho, le quiso servir en esto que le mandaba, y así le entregó la llave del cofrecillo en que estaban. Abrióle el marqués y vió todas las joyas y el retrato del príncipe. Esto fué en otro aposento más afuera del en que el correo estaba en la cama.

Había el marqués deseado tratar este casamiento con la hermosa Lucrecia, si bien no lo habia puesto en ejecución; pero sabía cuán hermosa era, y las partes excelentes que la adornaban; pues como viese este empleo tratado con el príncipe, quedó no poco envidioso dél, y con grande pesar de la omisión que había tenido en no haberlo tratado antes que él. Discurriendo en esto, le vino un notable pensamiento, que fué procurar con cautela tiranizarle esta beldad de Lucrecia al príncipe casándose con ella, y desto le dió motivo el retrato que vió entre las joyas del

príncipe, y así, cuidadoso por salir con su intento, lo comunicó con su hermana, haciéndole relación de lo que tenía pensado, para lo cual despachó luego un criado suyo, que por la posta le trajese de la ciudad del Casal, donde residía, un retrato suyo; éste puso en lugar dél el del príncipe, con intento de hacer lo que después se verá.

Era el marqués de mejor arte que el príncipe, como está dicho, y así, puso su retrato con segura confianza de que se pagaría de él la hermosa Lucrecia.

Partió de aquella casería el correo esotro día, habiendo descansado de su caída, y prosiguiendo su jornada llegó á Milán donde fué alegremente recibido de la duquesa y de sutío Leopoldo Esforcia, que entonces gobernaba por ella suestado. Dió las cartas del príncipe yel cofrecillo con las joyas y retrato, con el cuál se holgó mucho la duquesa y toda la corte, viendo cuán gentil presencia tenía el que esperaban por dueño, y así, en breve, se copiaron dél muchos trasuntos. Volvió el correo despachado con un retrato de la duquesa para el príncipe, y con muchas dádivas que le dió. Habíale encargado el marqués de Monferrato que á la vuelta no dejase de venir por su corte, que holgaría mucho de verle; habíale regalado al correo bastantemente, y él, codicioso de otro tanto, y de que el marqués le daría algo, obedecióle puntualmente. Mostró al marqués el

retrato de la duquesa que llevaba al príncipe, con que se holgó mucho. Quedóse el correo allí aquel día muy regalado del duque; y en este tiempo mandó el marqués copiar el retrato de la duquesa con cautela, porque hizo que el pintor le diese algún aire al rostro, pero no con la perfección de facciones que tenía, sino más groseras; éste llevó el correo que reparó poco en el trueque, así con el regalo que le hicieron, como con lo que el marqués le dió, con esto partió del Casal, llegando á Turín, donde el príncipe le aguardaba por instantes. Holgóse mucho con su venida, leyó las cartas de su esposa y vió su retrato, que respecto de lo mucho que se le alabaron le descontentó mucho. Consideraba que yerro de pincel no podía ser, porque en tales ocasiones más suele valerse de la lisonja que de la verdad, y pues tan pocas había hecho á Lucrecia, creía que aún era más fea que la copia mostraba, con lo cual trató de su jornada, que á no estar hechas las capitulaciones con tantas fuerzas, no se casara. Esta dilación en su jornada dió la vida al cauteloso marqués de Monferrato, porque apresuró la suya para ganarle la bendición al príncipe.

Acabáronse con tiempo las libreas, joyas y demás cosas necesarias; y prevenidos de lo mismo los caballeros principales de su estado, la noche antes de su partida les dió cuenta de su pensamiento, y advirtió que todos le llamasen príncipe del Piamonte. Partió con esto del Casal, con

grande acompañamiento para Milán, donde llegó una jornada antes; avisó de su venida á la duquesa, dándola á entender que el deseo que tenía de llegar á ser esposo suyo le había antes de tiempo hecho partir de su estado; estimó en mucho la hermosa dama su fineza, no menos contenta que él de verle ya en Milán, para que gobernase aquel poderoso estado. Llegó el marqués á aquella insigne ciudad, cabeza de Lombardía, donde contar el suntuoso recibimiento que se le hizo, así de caballeros como de máscaras é invenciones, fuera alargar más este volúmen. Cuando llegó á la presencia de la duquesa la halló acompañada de su tío, del arzobispo de Milán, y de los títulos y caballeros ancianos de Milán. Recibiéronse con aquella cortesía debida á sus personas, y después de haberse preguntado por sus saludes, el arzobispo les dió las manos en presencia de todos los caballeros que allí estaban y le habían venido acompañando, así de Milán como de su estado. Aquella noche tuvo sarao, en que danzaron los duques (que así llamaremos al marqués de allí en adelante), y después de ellos, muchos bizarros caballeros y hermosas damas; duró hasta muy tarde, no con poca pena del nuevo duque, que enamorado de la bellísima Lucrecia deseaba lograr el fin de su cautela; presto se le cumplió su deseo, porque dando fin al sarao se retiraron á su cuarto, donde se anticipó Federico (que así se llamaba el duque) á

gozar lo que estaba para el príncipe del Piamonte.

Dejémoslos en este estado (previniendo un lucido alarde de la gente de guerra de Milán, que quiso hacer el duque, con fin de saber la que tenía, y por lo que pudiese suceder con el príncipe, á quien había burlado). Volvamos á la hermosa Diana, hermana suya, á quien dejó el retrato del príncipe Filiberto en su poder, que trocó por el suyo. Esta bizarra dama se pagó tanto de la persona del príncipe, dando crédito á su trasunto, que dió entrada al amor en su pecho con tal agasajo, que ya no era dueña de su libertad ni potencias, y así en las soledades nunca le faltaba de su presencia, conque se hallaba cada día más enamorada.

Llegó el tiempo señalado para el príncipe burlado, y con un lucido acompañamiento partió de Turín, corte de su estado, y quiso llevarse consigo á sus bodas al marqués de Monferrato, para honrarse con él en ellas, que por cartas se comunicaran mucho, si bien nunca los dos se habían visto. Llegó, pues, con toda su gente á la ciudad de Casal, dando primero aviso de su venida, que cogió de sobresalto á la hermosa Diana, si bien no se holgó poco de que viniese por el estado de su hermano. Ella respondió al caballero con quien envió el aviso, cómo el marqués, su hermano, había ocho días que había partido á verse con el marqués de Saluzo, su primo, que creía que dentro de breve tiempo sería de vuelta,

y que se holgaría mucho de irle sirviendo en esta jornada. Al príncipe le pareció bien aguardarle, y así, con licencia de Diana, entró en la ciudad, donde la hermosa dama le hizo á él y á su gente muy buen hospedaje. Holgóse mucho el príncipe de verla, quedando no poco aficionado de su hermosura, de tal suerte, que no quisiera, después de haberla visto, puéstose en camino para Milán, ni haber tratado casamiento con su duquesa: tan aborrecida la tenía por el mentido retrato que había visto suyo.

Con la presencia del príncipe, la hermosa Diana se acabó de rendir al niño amor, considerando en él haber andado poco lisonjero el pintor (cuyo retrato tenía), respecto del original. Después de haber estado el príncipe un largo rato con Diana en visita, se le previno cena en cuarto aparte, y se fué él á cenar: cosa que sintió mucho, porque no quisiera apartarse de sus hermosos ojos, tan enamorado estaba della. Cenó poco, porque ya su alimento sólo era tener presente el objeto autor de su nueva pasión; así lo mostró en el poco sosiego que tuvo aquella noche, pues durmió muy poco en ella, madrugó más de lo acostumbrado y mandó que le llamasen al conde Camilo, un privado suyo, que siempre fué el archivo de sus secretos; vino, á su cuarto, y hallándose con él solas, le dijo:

—¡Ay! Camilo; quien no hubiera determinado á venir á convidar al marqués de Monferrato

para mis bodas, que tan caro me cuesta mi venida á su estado.

Preguntóle el conde la causa por qué decía aquello, ignorando que estuviese enamorado.

—Es (dijo el príncipe) haber visto la hermosura de Diana, que en este breve tiempo ha hecho tal batería en mi pecho, que tiene dél rendida la libertad y sujeto mi albedrío.

Mucho se admiró el conde de aquella novedad en su dueño, y así le amonestó que no se empeñase en aquella afición tanto, en ocasión que iba á ser esposo de una tan gran señora.

—¡Ay, amigo! (dijo el príncipe), ¿cómo podré dar la mano á quien veo tan inferior en belleza, pues en ella la aventaja tanto Diana? ¿Con qué gusto podrá ir á ser de otro dueño quien tiene elegido ya por suyo esta hermosa deidad? Si Diana tiene la posesión de mi alma, y ella no es prenda que se puede dividir, ¿cómo la entregaré en dos partes?

—Mire vuestra alteza (replicó el conde) que temo mucho verle tan rendido á este nuevo gusto, y que si persevera en él ha de ser para que se altere toda la Lombardía. Cuando Milán aguarda su llegada con grande alborozo; cuando su dueño espera darle la mano, y hacerle absoluto señor de sus estados, entonces divertido con otro empleo ¿se olvida del primero y de lo que debe á su generosa sangre? Vuelva vuestra alteza en sí, y repare en lo que le digo; no dé

causa con esta breve mudanza á que nos perdamos todos, aunque cuando digo esto presumo que vuestra alteza se está burlando conmigo, y ha querido ver lo que siento desto; pero echará de ver, que aunque por la merced y favor que recibo debiera condescender con las cosas que fueran de su gusto, en esta, cuando lo sea, me ha de perdonar la lisonja, que no he de usar della cuando de por medio se atraviese reputación, y así le he dicho mi sentimiento. Diana es muy hermosa, y confieso que en esto excede á mi señora la duquesa; mas ya concertado su casamiento, ha de ser para su vista como si fuese de mármol. Yo creo que vuestra alteza conocerá que tengo razón, y considerará lo que de lo contrario á lo que le aconsejo se podrá seguir.

Atento escuchó el principe á Camilo, y concedióle la razón que tenía en lo que le aconsejaba, y así prometió no dar rienda á la voluntad en todo el tiempo que estuviese allí aguardando al marqués (que ya había fingido Diana que despachaba un correo á llamarle). No lo pudo cumplir el príncipe amante, porque viéndose en la presencia de la bellísima Diana, se le olvidó cuanto había prometido á su privado; halló la en su estrado sola, y dejándole los que le acompañaban, con la ocasión de verse á solas, le dijo estas razones.

—Nunca pensé, hermosísima Diana, que vues-

tro hospedaje fuera tan á costa mía como ha sido, pues en pago dél he dejado la prenda que más estimo, de que me acordaré toda mi vida.

Luego conoció la dama á qué fin tiraba el príncipe, y no le pesó; pero haciéndose desentendida de su razón, le dijo:

—No entiendo lo que vuestra alteza me dice, que le haya costado lo que con tanta voluntad se le ha ofrecido, que el hospedaje se os ha hecho con ella y sin intento de que por ningún interés fuese.

—Por vuestra parte bien creo (dijo el príncipe) que pasara asi; mas por la mía os aseguro, que conocida esta voluntad he dejado en pago de ella el alma con mucho gusto, haciéndoos á vos dueño della como autora de haberla dado dulce cautiverio.

—Si pagas de tan buena acogida (dijo ella) se han de hacer con lisonjas que aún no tienen apariencia de verdades, es quererme dejar quejosa, y aún con sospecha de que no os debemos de haber hospedado como se os debía, pues con eso nos pagáis, en ocasión de que sé el empleo que os aguarda de tanta estima; suplícoos que consideréis que yo he suplido la ausencia de mi hermano, y que por ser mujer no merezco oiros lo que habéis dicho.

Esto dijo Diana con muestras de algún sentimiento, manifestándolo en el encendido color de su hermoso rostro, incrédula de que hubiese con-

seguido del príncipe esta victoria con su hermosura. Mas Filiberto, que estaba encendido en su amor, asi por satisfacerle á su queja como por declararse, la dijo:

—No me admiro Señora, que no creais de mí, lo que os aseguro con la ocasión de verme ir á ser esposo de la duquesa de Milán; pero si conociésedes las ventajas que la hacéis y que con ellas os podéis jactar de mayores hazañas que rendir á un aficionado vuestro, daréis más crédito á mi afición. Confieso que esta prevención de acompañamiento que llevo es para desposarme, y que allá en Milán me esperan con otra tanta para lo mismo; confieso que la duquesa aguarda verme esposo suyo, y sus vasallos para besarme la mano por su señor y dueño; mas á todo esto voy sin gusto, después que he visto vuestra hermosura; ella ha sido la rémora que me ha detenido, estorbando mis intentos, ella el imán que me atrae á que os tenga por dueño mío, y, finalmente, quien me ha de hacer (caso que no admita estos deseos) que viva toda mi vida sin gusto; dama, estado, y cuantos aumentos espero del empleo que voy á hacer, pospongo por vos, todo lo dejo, no temiendo el daño que me puede venir como merezca vuestro favor; si permitís que yo le alcance, todo lo veréis postrarse á vuestros pies, y Filiberto llamarse el hombre más dichoso del mundo.

Decía esto el príncipe con tan afectuosas ra-

zones, que Diana fué comenzando á darle crédito, y así le dijo.

—Cuanto á lo que vuestra alteza dice, me quiero asegurar; me falta el tiempo, que es quien desengaña destos cuidados; el que ha de estar aquí aguardando al marqués, mi hermano, es muy corto; y así, viendo que en llegando se ha de partir luego, y que él mismo le ha de aconsejar que siga su primero intento, me tiene dudosa, como incrédula; suplícole que no tuerza de su propósito, pues en la señora duquesa hay tantas partes para ser admitida para esposa suya, que esto ya sé que es por pasatiempo.

Era esto echar leña al fuego en que el enamorado príncipe se abrasaba; y así, para concluir con esta plática, y que le creyese lo que le aseguraba, le dió palabra de que luego que llegase su hermano le daría cuenta de su intento, y que sería esposo suyo, gustando ella deste empleo. Quiso Diana que así fuese para certificarse más de la voluntad del príncipe.

Pasáronse seis dias, en los cuales siempre Diana le habló con grande recato, conociendo del amante una firme voluntad en su propósito y un grande amor que la mostraba; pues como pasase este tiempo y el marqués no viniese, el príncipe persuadió con grandes veras á la hermosa Diana que le diese la mano de esposa, que la llevaría consigo á Turín. Viendo la dama la constancia del príncipe, y que con tanta eficacia era per-

suadida dél en este particular, se determinó á darle la mano, y así esa noche se desposaron delante del conde Camilo y de dos damas de Diana, á quien favorecía, siendo esto por mano del arzobispo del Casal, que como sabedor del empleo del marqués, vino fácilmente en desposarles. Aquella noche el príncipe tomó la posesión bien merecida por sus deseos, en la cual, con lo seguro que tenía ya Diana su empleo, no quiso tener más encubierta la ausencia de su hermano, y así le hizo relación al príncipe de todo lo que se ha dicho atrás hasta verse dueño de Milán. Algo sintió el príncipe la cautela del marqués; mas considerando que la hermosura de la duquesa era tan poca (según el engaño del retrato) y la de Diana tan aventajada, y cuanto gusto tenía en ser esposo suyo, disimuló aquel pequeño pesar, y quedó muy contento con la suerte que el cielo le había dado.

Novedad se les hacía á los caballeros del príncipe que no sabían su empleo, el verle aguardar tanto al marqués, ignorando la causa de tenerse allí, pues de donde estaba el marqués era tan corto camino; mas presto salieron de esta confusión, porque dentro de dos días vinieron nuevas como la duquesa de Milán estaba casada con el príncipe del Piamonte. Admirábanse todos los que no sabían este secreto de las nuevas, y teníanlas por mentirosas, como muchas veces sucede publicar la fama de lo que no es. Dentro de cuatro días se publicó la boda del príncipe y

Diana, cosa que les admiró á todos, no sabiendo que decirse de la mudanza de su dueño, si bien la disculpaban con la hermosura de la dama, que había tantas ventajas á la duquesa. Las fiestas que en el estado del marqués se hicieron por este casamiento fueron grandes entre los caballeros naturales como forasteros.

En Milán se hallaban entonces metidos en otras fiestas algo mayores, por haber sido prevenidos con más tiempo. Esto supieron el príncipe y su esposa y quisieron hallarse en ellas de secreto. Previnose lo necesario para la jornada, y puestos en camino, en pocos días se hallaron en el estado de Milán, haciendo toda su gente alto en Voxeben, ciudad de aquel Estado, que dista doce millas de la metrópoli dél. Allí sin decir quien era, el príncipe se previno de todo lo necesario para lo que se dirá.

Un día que el duque de Milán y sus caballeros estaban tratando de hacer unas justas, entró en la sala el conde Camilo, privado del príncipe del Piamonte, y estando en la presencia del duque, le dijo:

—Príncipe del Piamonte y gran duque de Milán: yo soy venido á tu corte de parte de un gallardo caballero, dueño mío, que viene á ella á pedirte licencia para ser en tu nombre mantenedor de una justa; desea por ahora no ser conocido, y así, junto con la licencia, te pide el seguro de su persona.

Algún recelo le dió al duque la venida de este

caballero extranjero, temiéndose no fuese de la parte del príncipe del Piamonte y quisiese hacerle algún engaño; mas hallándose en la posesión dél Estado de Milán, esposo de su duquesa, y con ocho mil hombres de guerra dentro de la ciudad, se quitó aquel recelo, y así le dijo que estimaba mucho que aquel caballero viniese á regocijar sus bodas con aquella fiesta, y que en cuanto á querer saber quién era, no se le haría alguna violencia hasta que él de su voluntad lo quisiera decir; y que así le daba el seguro que pedía, el cual se le guardaría inviolablemente. Con esto fué el conde. Esa noche con cincuenta caballeros vestidos de tela de plata y nácar con plumas de los mismos colores y máscaras; acompañados de mucha cantidad de hachas vinieron á fijar el cartel de la justa en la plaza de palacio, lo que contenía era esto:

«El Caballero dichoso, súbdito del poderoso Dios de amor, rendido á la beldad de la sin igual en hermosura Dinarda, su dama, se obliga á defender en una real justa á cualquiera caballero, que armado se le contradijere, á tres encuentros de lanza, que no hay en el orbe más hermosa dama que la que sirve; esto sustentará en la gran plaza de Milán, desde que el planeta mayor haga la mitad de su curso en el ártico polo, hasta que sus hermosas luces se sepulten en las piras de zafir del oceano.

El Caballero dichoso.»

Deste cartel le llevaron un traslado al duque, el cual tuvo á suma arrogancia, la del extranjero caballero, por saber cuán grandes justadores tenía el estado de Milán, que sabrían defender la hermosura de sus damas; y estaba tan corrido desto, que pensaba de secreto salir á la justa á defender la de su querida esposa. Era la justa de ahí á dos días; nombró el duque jueces para ella, y hechas las telas delante de palacio, llegóse el día y la hora de salir el mantenedor, á quien aguardaba toda la nobleza y bizarría de damas y caballeros de Milán, en aquella plaza. Poco antes se armó una gran tienda de riquísimo brocado enfrente de la tela, capaz de aposentar 50 caballeros; á un lado de la puerta se fabricó un trono con siete gradas muy grandes, y en la última se puso, debajo de un rico dosel, una silla de lo mismo con su sitial delante.

El bélico son de los clarines manifestó la entrada del mantenedor, que entrando, treinta vestidos de tela de nácar y plata, seguíanles á éstos cien lacayos vestidos de la misma librea; luego cien pajes con vaqueros de tela blanca bordada de nácar y plumas destos dos colores ibanen otros tantos hermosos caballos ricamente aderezados con vistosos gireles. A esto sucedían 50 padrinos vestidos á la francesa, de tela de nácar bordada de cañutillo y chapería de plata, grandes penachos de plumas de los dos colores. Luego venían el mantenedor y su ayu-

dante, armados de ricas y lucientes armas, con calzas, toneletes y grandes penachos de los dos colores plata y nácar: las calzas riquísimamente bordadas de grueso aljófar, y á trechos algunos rubíes.

Al lado derecho del mantenedor iba, en un gentil palafrén blanco (cuyo cabello le arrastraba por el suelo), la hermosa Diana, cubierto el rostro con una mascarilla francesa; tras ella iban, en otros palafrenes, 12 damas de su casa, todas riquísimamente aderezadas. Admiró mucho esta bizarra entrada, sin poder el duque ni su esposa pensar quién fuesen; los padrinos llevaban los rostros con mascarillas, y asimismo los pajes; sólo los trompetas los llevaban descubiertos, por ser llevados de Milán para la fiesta.

Luego que el mantenedor llegó al puesto, por otra parte de la plaza salió un carro conducido por doce caballos blancos; en él iba la Aurora, presidiendo en su principal asiento, que era una hermosa dama; debajo de sus pies, en una grada, iba la Noche, con el rostro negro, vestida de la misma color, bordado el vestido de estrellas de oro. Este carro iba con muy acortada música, repartida por las gradas dél, rodeado de varios instrumentos y sonoras voces; la tarjeta que presentó su padrino á los jueces, era, pintado en campo blanco, un caballero que, en su presencia, tenía á la Aurora y á la Noche, con estas letras:

De la Noche hice elección;
mas mi suerte se mejora
en dejarla por la Aurora.

La letra era á propósito de la que al príncipe le pasó en su empleo. Acabada de ver la letra por los jueces, y después por los duques, aquellas damas se apearon de los palafrenes en brazos de los padrinos, y las pusieron: la principal dellas en el asiento del sitial, y las otras en las gradas que estaban debajo dél.

Apenas habían tomado asiento, cuando al son de cuatro clarines ocupó la plaza un caballero aventurero. Venía con cuatro padrinos vestidos de verde y plata, plumas de los mismos colores; llevaba en un carro fundado un jardín, y en medio dél un almendro, que, con la escarcha, se le habían helado las primeras flores; en la tarjeta venía lo mismo pintado, y debajo, escrita esta letra:

A mi esperanza parece:
que apenas se vió florida
cuando en flor perdió la vida.

Seguía á esto el aventurero armado de armas listadas de verde y plata, plumas de las mismas colores, y sus padrinos lo mismo.

En el segundo lugar entró otro aventurero, con dos clarines, delante ocho lacayos y cuatro padrinos vestidos de azul y plata, y él, asimismo, vestido destos colores, y en una blanca tarjeta,

pintado un caballero, del modo que él iba armado, sin celada, con un candado puesto á la boca, y la letra decía:

Por callar pierdo la vida
ó por hablar;
y resuélvome á callar.

En tercero lugar de aventureros entró el conde Fábio, caballero milanés, con doce trompetas, treinta lacayos, veinte padrinos, y su persona, todo de negro y plata, plumas blancas y negras. Traía en un carro al sol, y cerca dél muchas estrellas; esto mismo llevaba pintado, y la letra que sacó en la tarjeta decía así:

Como la toman del sol,
así de mi dama bella
todas toman luces della.

A este conde siguieron otros seis caballeros, todos de diferentes colores vestidos y con costosas invenciones y agudas letras.

Comenzóse la justa, en la cual el príncipe del Piamonte y su ayudante, anduvieron alentados caballeros, excediendo con grandes ventajas á los milaneses. Dar quería fin á su curso el dorado Febo, cuando á la plaza salió un caballero, acompañado de un sonoro y diestro clarín; con él iban seis lacayos y dos padrinos. Estos iban vestidos de leonado y plata, con más gala que ostentación. Sacó por invención, á la fortuna sobre su

rueda, y que por ella subía un caballero á ponerla un clavo; la letra, en latín, decía:

Audaces fortuna jubat; timidosque repellit.

Y en castellano:

Al osado
le favorece la fortuna y hado.

Dió vuelta á la plaza y habiéndole dado lanza al mantenedor, hecha la señal, partieron el uno contra el otro, haciendo las lanzas menudas astillas; así les sucedió las segundas y en las terceras el mantenedor se llevó el aplauso del pueblo; porque habiendo sido por él encontrado el aventurero de rencuentro le sacó de la silla. Entre algunos se levantó una voz que decía ser el caido del duque de Milán; acudieron todos los caballeros á donde estaba, y entre ellos el mantenedor, que llegó de los primeros, ya él estaba en su acuerdo y puesto en pie, y como conociese el estado en que estaba, y junto así el mantenedor le dijo quitada la celada:

—Gallardo caballero, envidioso de ver la gala con que habéis andado esta tarde en la justa, quise probarme con vos corriendo tres lanzas, y huélgome de haber sido aventajado de tan valeroso caballero; deseara mucho saber quién seáis, para estimaros y haceros el agasajo que merece vuestra fortuna en mi corte.

El príncipe le dijo:

—Yo estimo en mucho el favor de vuestra alte-

za, y lo acetara á tener licencia de aquella dama á quien vengo acompañando; como yo la alcance della, holgaré de asistir aquí sirviéndoos; por que hay causas porque yo haga esto.

A este punto, ya la hermosa Diana había bajado de su asiento y estaba cerca del duque sin mascarilla, acompañada de muchos caballeros del príncipe que habiendo oído decir que su hermano era el que había caído, no pudo llevar adelante el embozo. Conoció entonces el duque á su hermana y admiróse de verla en Milán y más acompañada de aquel valiente caballero. Recibiéronse los dos con mucho gusto y entonces el príncipe se quitó la celada. Luego fué conocido del duque por el retrato que había tenido en su poder, y hallóse no poco corrido de haberle tiranizado á la duquesa. Recibiéronse con muchas cortesías y subieron á palacio deseoso el duque saber como había venido el príncipe acompañando á su hermana á Milán.

Con esto, puestos en la presencia de la duquesa declaró el príncipe la burla que el de Monferrato le había hecho, y como se había vengado della, teniéndose por muy dichoso de ser marido de la hermosa Diana, hermana suya. Renováronse las fiestas y quedaron estos dos príncipes muy amigos, casados á su gusto con estas hermosas damas, con quien vivieron alegremente muchos días gozando en paz sus Estados.

Refirió su novela la hermosa doña Andrea con

mucha gracia, dando mucho gusto al auditorio; dejó su lugar para que D. Ugo, caballero mozo, prosiguiese el entretenimiento con otra novela, desta manera.

FIN DE LA NOVELA QUINTA

El bien hacer no se pierde

A Juan Bautista Martí de Ventimilla, caballero de la Orden de Nuestra Señora de Montesa.

ANTES de acabar de escribir esta novela, tenía elegido por dueño á v. m. considerando que su título simboliza mucho con su condición, pues usando dél tiene granjeadas las voluntades de todos, como lo vemos en tantas amistades como adquiere con ella (felicidad la mayor del mundo) pues quien carece de amigos, ó por aspereza ó negligencia es comparado á los irracionales brutos. Del bien hacer he conseguido mi intento en haber dedicado á v. m. este trabajo que sé que no se perderá, pues espera en v. m. le ha de amparar conociendo la voluntad de quien la ofrece. Guarde Dios á v. m. como deseo.

De v. m. servidor,

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

NOVELA SEXTA

En Valencia, ciudad insigne, madre de la nobleza; centro de la santidad y patria de agudos y claros ingenios, vivía don Fernando Centellas, caballero de ilustre sangre, y que en las guerras que el prudente monarca Filipo segundo tuvo en Flandes, con los rebeldes de las islas, mostró bien la clara sangre que tenía y el valor de su ánimo. Este caballero, habiendo servido á su majestad en peligrosas empresas y fuertes asaltos, á satisfacción de su general, por quien mereció una gineta y tras ella gobernar un tercio de españoles, cansado ya de seguir el ponderoso trabajo de la guerra, se retiró á su patria con la merced de un hábito de Santiago y una buena encomienda, premio que se debe á los que tan bien sirven á sus reyes. Era ya de edad de cincuenta años, en la cual quiso mudar de estado y casó con una señora muy principal y rica, que tenía una grande hacienda en la antigua villa de Alcira. Celebráronse las bodas con mucho gusto de sus padres de la dama y parientes, trayéndosela don Fernando desde Alcira á vivir á Valencia.

Gozaban los dos de aquel gustoso estado, que lo es cuando conformes las voluntades son una; dentro de un año les dió el cielo una hija, que su grande hermosura (llegada á edad de discreción) aumentó cuidados y dió admiraciones, siendo un portento della, no sólo en su patria, pero en toda España, tanto que con envidia de muchas damas fué llamada la *Venus del Turia*.

Con las partes que he dicho que tenía esta dama de beldad, se juntaron las de discreción y riqueza; porque era su dote el más cuantioso de todos cuantos había en el reino. Muchos eran los caballeros que deseaban merecerla por esposa, y para obligarla á que su inclinación eligiese, era su calle siempre frecuentada con paseos y con carreras, donde con extraordinarias y lucidas galas procuraban lucir todos á los ojos desta hermosa dama.

Uno de los que más lucían entre tantos pretensores, era don Cotaldo Corella, caballero mozo, galán, de buena sangre y rico, si bien con esto era muy presumido de sí, defeto que causa aborrecimiento en quien le conoce. Este caballero tenía un hermano segundo, con mayores partes que él, por las cuales era amado en toda Valencia, así de lo noble como de lo plebeo; sólo le faltaban los de la riqueza, porque no tenía más que sólo los cortos alimentos que su hermano le daba, tan mal pagados, que si no tuviera amigos que viéndole con necesidad le socorrieran, no pu-

diera pasear ni lucir, como hijo de sus padres. No era bien querido don Jerónimo (que así se llamaba este caballero) de su hermano mayor, porque en muchas ocasiones le había persuadido que se fuera á Flandes á servir al rey, y él no había salido á esto, no porque fuese de corto ánimo (que en tenerle generoso y alentado excedía á todos los caballeros de su tiempo) sino porque con este consejo que don Cotaldo le daba, no se animaba á enviarle conforme pedía su calidad, y él vía que en Flandes era tan conocido como en Valencia, y que no había en su parte de degenerar de quien era.

Es la cosecha de la seda en Valencia muy grande, de suerte que de su comarca y del reino de Murcia se provee toda España bastantísimamente; y así los que tienen heredades plantadas de los árboles, cuya hoja es alimento de los gusanos, tienen más comodidades para hacer mayores cogidas, que otros que han de comprarla. Tenía don Fernando Centellas una alquería, la mejor de Valencia, á donde se iba con su casa todo el tiempo que duraba el criar la seda, hasta que se hilaba; distaba de la ciudad esta heredad medio cuarto de legua; asistía allí desde mediado Marzo hasta el fin del florido Abril.

Acabado se había el embarazoso trabajo desta ocupación, y llevádose la cosecha dél á la ciudad, cuando una tarde (por descuido de una criada de don Gerardo) dejó una luz cerca de un zazo

de cañas, que llaman andana, donde están los gusanos, y en tal lugar se fué gastando, hasta que el fuego tocó en las cañas, donde aprendió, y dilatándose por lo demás, se comenzó á prender toda la casa. No estaba don Fernando entonces en ella, sino su mujer y la hermosa doña Laura, su hija (que así se llamaba este portento de hermosura). Dieron voces á sus criados, vino la gente que se halló por allí, que fué poca, al tiempo que el fuego estaba en su mayor rigor; quiso la madre de doña Laura entrar con un hombre de la alquería á librar del fuego unos cofres que estaban en su aposento, y el humo los desatinó, de modo, que se quedaron dentro ahogados dél, donde murieron. Viendo esto la hermosa doña Laura, con más valor que su edad y seso pedía, se arrojó al peligro, entendiendo que su madre aún estaba con vida, y pasara por la misma desdicha, malogrando la mayor belleza de la Europa, si el cielo no guiara por allí á don Jerónimo Corella, el cual venía de ver una señora tía suya que estaba en otra alquería cerca de aquella, en la misma ocupación de la seda. Vió el fuego que trepando á su región se manifestaba por los terrados de la alquería y salía por las ventanas della. Informado, pues, del peligro de aquella señora, que se lo dijeron unas mujeres que allí acudían á dar agua, se arrojó en el aposento donde estaba doña Laura, enmedio de lo más encendido del fuego; esto á tiempo que había poco

que había entrado doña Laura. Abrazóse con ella y sacóla casi sin sentido fuera de la alquería, habiéndose el fuego atrevido al oro de sus hermosos cabellos, y aún maltratado algo la divina perfección de su rostro; acudió luego la gente, y con agua pudieron aplacar algo del fuego del aposento, adonde volviendo don Jerónimo pudo sacar á la difunta señora, medio quemados rostro y manos, de aquel poderoso elemento. Apenas había hecho esto, cuando el fuego, prendiendo en la caballeriza de la casa (donde estaban cuatro mulas de un coche), por entrará librarlas un hombre que allí se halló, se hubiera de quedar entre el fuego; bajó á este tiempo don Jerónimo, y como aquel gallardo corazón correspondía á su generosa sangre, atrevióse á sacar á aquél hombre de aquel peligro, y así lo hizo, si bien con no poco trabajo, saliendo con el rostro algo maltratado del fuego. Estaba allí doña Laura ya vuelta en su acuerdo, y aunque la pena de la muerte de su madre la tenía lastimada, no dejó por eso de considerar el deliberado ánimo de don Jerónimo, su caridad y buena intención, y reparando más en su persona (aun con estar con la pena que se ha dicho) pudo amor prevenir la inclinación para hacer adelante su efecto con la voluntad, como se dirá.

Vino á este tiempo don Fernando, el cual viendo el lastimoso espectáculo de su mujer, y á su hija maltratada del fuego cerca della, y su casa quemada, no se puede ponderar los extre-

mos que de pesar hizo, justo sentimiento al mucho amor que á su esposa tenía. Supo luego el buen socorro que don Jerónimo había hecho librar á su hija, y en medio desta pena le dió las gracias dello. Previnose un coche, en que se puso el cuerpo de la difunta señora, y en él entraron don Fernando y don Jerónimo con la hermosa doña Laura; el verla don Jerónimo tan bella, aunque bañados sus ojos en copiosas lágrimas á la vista finísimas perlas, fué causa de rendir su pecho al blando imperio del amor, amándola desde allí adelante con grandes veras.

Dióse sepulcro á la esposa de don Fernando, acudiendo á su entierro lo más noble y lustroso de la ciudad, asi por ser él tan principal caballero, como por su hermosa hija, á quien deseaban unos por esposa, otros por nuera, y otros por cuñada, tan apetecido era su casamiento. Pasáronse algunos días, con que fué olvidándose el sentimiento de aquella muerte, que no hay cosa que con el tiempo no se olvide, en el cual la hermosa Laura fué aliviando el luto. Acudía á visitar don Jerónimo á don Fernando, teniendo á su hermano, no poco envidioso, la acción del socorro en el fuego, hecha en servicio de la dama á quien servía. Y diera él cuanto poseía por haberlo hecho, por hallarse con ella anticipado á todos sus competidores.

Un día entre otros, que don Jerónimo iba á visitar á don Fernando, no le halló en casa, y di-

jéronle como había ido á la heredad á tratar del reparo de la casa que destruyó el fuego. Sucedió, pues, que al tiempo que se bajaba don Jerónimo por la escalera, alzando la vista, vió á la hermosa doña Laura, que todas las veces que iba á su casa procuraba verle con mucho cuidado; este tuvo entonces la dama como acostumbraba; pero como la viese don Jerónimo, se atrevió á preguntarla por su salud; ella le respondió tenerla á su servicio, y estar siempre muy reconocida á la obligación que le debía. Ocasionó esto durar la plática algo, conque don Jerónimo pidió licencia para besarla las manos allá arriba, con la ocasión de estar su padre ausente; acetó doña Laura, que no se holgó poco de tenerla, y así volvió á subir don Jerónimo arriba y estuvo con ella de visita casi una hora. En este tiempo le dió cuenta de como deseara ser el heredero de la casa de sus padres, para emprender el servirla, hasta merecer ser su esposo; más que su poca hacienda y partes le encogían á no atreverse á manifestar su amor, juzgando que donde tantos caballeros la servían, sería él el inferior de todos, si bien se juzgaba por superior en el amor. Agradeció doña Laura sus deseos y no los desestimó, antes con demostraciones dió á entender que gustaría ser servida dél; con esto se animó el gallardo caballero á continuar el ser-servirla siendo siempre bien admitido della.

Vió su hermano esto, y no pudo sufrir que sien-

do segundo en su casa y conociendo sus deseos se opusiese á él que con más hacienda podía pretender mejor aquel empleo; y así un día le dijo que no fuese tan loco, que pensase por aquel servicio que había hecho á doña Laura, ser admitido della, donde tantos caballeros la servían con riqueza y calidad; que desistiese de tal intento, ó le quitaría la vida. Don Jerónimo con su modestia quiso reportar la cólera de su hermano, y así le dijo que él no servía á doña Laura como pensaba, sino que acudía á su casa como amigo de su padre á visitarle. No se aseguró desto don Cotaldo, habiendo visto en su hermano más cuidado en estos amores que él quisiera; y temiéndose que Laura aficionada no le antepusiese á él, trató de enviarle fuera de Valencia.

Ofrecióse haber de hacer dos compañías de infantería el virrey para enviar á Mallorca, y acabó con él que fuese uno de los capitanes don Jerónimo, que levantase gente en Valencia. Vió el virrey en este caballero partes para esto, y envióle á llamar; propúsole haberle elegido entre otros caballeros para este efeto, y con esto obligóle á que aceptase la conducta que le ofrecía. Supo esto doña Laura, y no sintió poco que don Jerónimo hubiese aceptado aquel cargo, cuando ella se determinaba á hacerle mayores favores. La causa porque don Jerónimo convino en el gusto del virrey, fué porque se vió corto de hacienda para servir á una dama de tanta, á quien

servían caballeros muy ricos, y entre ellos su hermano, que lo era el más de Valencia, con quien pensaba toda la ciudad, que sin duda se casaría; y así por parecerle que no sería anticipada su acción, y servicios hechos á doña Laura á él, se determinó á acetar aquella honra.

Un día se ofreció ir á casa de doña Laura á ver á su padre, de quien era muy amigo, y no hallándole en casa quiso visitar á su hija, y habiéndola hallado en su estrado, y él tomado asiento cerca della, quien comenzó la plática fué la hermosa dama, diciéndole:

—Hanme dicho, señor don Jerónimo, que os vais de Valencia, y no lo puedo creer; quiero saber de vos si esto es verdad, y así os pido me lo digáis.

Turbado el amante caballero la dijo:

—Señora, quien como yo ha nacido segundo en su casa, es fuerza elegir ocupación honrosa, con que pueda aspirar á más de lo que tiene. Esta me ha parecido acetarla, pues es camino por donde muchas casas se han levantado, si bien me desanima el verme corto de ventura, pues en lo que más he deseado se me muestra escasa.

—Mucho me pesa (dijo la hermosa Laura) que os perdamos y más en ocasión que mi padre había hallado en vos un buen amigo.

—Mi hermano (replicó don Jerónimo) ocupará mi lugar; que le desea con no poco afeto, y en los deseos que tiene para el fin á que los endere-

za, os aseguro que no me aventaja, sólo me falta el lucimiento, y la dicha para pretender lo que él.

—Corto sóis de ánimo (dijo doña Laura): mayor le juzgaba en vos. ¿Qué puede emprender vuestro hermano, que vos no hagáis lo mismo?

—En declarada pretensión (dijo D. Jerónimo) sería desobediencia mía emularme y oponerme á él, cuando yo mismo me conozco indigno de tan alto empleo.

—No sé por qué lo decís (replicó la dama) más lo que os aseguro es que para cualquiera pretensión, si mi voto se hubiera de tomar, le teníades más seguro que vuestro hermano.

—Besoos mil veces las manos (dijo D. Jerónimo) por el favor, que á saber que tan de mi parte os tenía, no hubiera guardado obediencias excusadas y términos corteses; más mi encogimiento me ha hecho desconfiar de mí y aceptar una gineta para salir de mi patria: ya está hecho, sólo me pesa de ausentarme de vos, ya que me es fuerza declararme por el mayor apasionado vuestro.

Saliéronle hermosos colores á doña Laura con la vergüenza de lo que oía, y cobrada de la turbación le dijo:

—No quiera el cielo, señor don Jerónimo, que yo estorbe vuestra partida tan en daño de vuestra reputación, pues habéis dado la palabra de ir con aceptar el cargo que os ofreció el virrey, más

lo que os puedo asegurar es que podéis, en el empleo que pretendéis tener, más esperanzas de ser admitido que ningún caballero de Valencia.

Esto dijo haciéndole una cortesía, y dejando su presencia se entró en otra cuadra, puesto un lienzo en los ojos. Quedó don Jerónimo si contento por una parte de verse así favorecido, pesaroso por otra de que hubiese de ausentarse de su querida doña Laura.

En los días que estuvo en Valencia, procuró corresponderse con ella, y fué admitido con gran voluntad, dándole por papeles la palabra de que hasta verle de vuelta en su patria no mudaría de estado.

Con esta seguridad partió don Jerónimo de Valencia, con una muy lucida compañía de infantería que levantó, y, embarcándose en el Grao, dando las velas al próspero viento, partió de aquella playa no poco pesaroso de dejar á su querida doña Laura al tiempo que ella le favorecía con tantas veras; pero iba confiado en su palabra que le había de guardar lealtad y firmeza hasta la vuelta. Lo que la hermosa dama sintió la ausencia de su soldado amante, no hay razones con que exagerarlo, porque todo cuanto disimuló su amor para con él en esta ocasión, lo manifestó con grande abundancia de lágrimas y con retirarse sin querer salir á ser vista de nadie.

No poco sentían sus pretensores ver este retiro, no dando en la causa que á ésto la obligaba.

Su padre la procuraba divertir; mas era tanta la melancolía que tenía, que nada la consolaba sino las memorias de su galán ausente.

Dejémosla en este retiro y volvamos á don Jerónimo, que iba con favorable viento navegando la vuelta de Mallorca, cuando la instable fortuna que nunca permanece en un ser, mudó el próspero viento en adverso; turbáronse los cielos con densos nublados y levantóse una borrasca en el mar, con que obligó á tomar el bajel otro rumbo del que llevaba, fiándose en lo que la fortuna quisiese disponer dél. Corrió tormenta todo aquel día y noche, y al amanecer se halló muy cerca de la playa de Argel, de donde fué visto; estaban en ella dos galeras de moros que gobernaba Ali Morato, el mayor corsario de la Morisma. Este, pues, viendo la ocasión como la podía desear, salióles á cercar el bajel con las dos galeras, y habiendo peleado cosa de una hora, como era mayor la ventaja de los moros fué rendido el bajel, y entrado dellos, cautivaron toda su gente, siendo pocos los que perdieron en aquella batalla sus vidas. Tomáronles las armas y despojándoles de todo lo bueno que tenían, fueron llevados á la ciudad donde, en su gran plaza, se sacaron todos los cautivos á vender. Fué don Jerónimo conocido por capitán de la mitad de aquella gente, y considerando ser persona por quien se daría cuantioso rescate, fué el precio que se pidió por él más subido. Pocos fueron los que

quisieron comprarle, hasta que á la tarde llegó un moro á la plaza el cual puso los ojos en él atentamente, tanto, que reparó en ello D. Jerónimo y le puso el ver esto en cuidado de por qué lo haría. Presto se vió que le había llevado afición de tener por cautivo á este caballero, pues sin reparar en el levantado precio dió por él cuanto le pidieron sin regatear nada, y con esto se le llevó á su casa.

Todos le dijeron á don Jerónimo que llevaba muy buen patrón y que era de los más ricos y principales de Argel. Desconsolado estaba el pobre caballero viendo la desgracia que le había sucedido en tiempo, que sólo deseaba llegar á Mallorca y que le reformasen para volver á Valencia á proseguir sus amores con la hermosa doña Laura. Llevóle Hamete (que así se llamaba el moro que le compró) á su casa, y púsole en presencia de Zelidora, hermana suya, á quien dijo en su arábiga lengua (que don Jerónimo no entendió):

—Hermana, aquí traigo un capitán cristiano que he comprado para que me sirva, ruégote que hagas se tenga mucho cuidado con él, y lo que más te pido es que procures con toda eficacia reducirle á nuestra ley, que te importará. De tu agrado fío (que lo sabrás hacer) que las mujeres tenéis en esto del persuadir más gracia.

Reparó Zelidora más en el cautivo y vió su

gentil disposición y buen rostro, partes que despertaron la inclinación, y ella á la voluntad, para tenerle desde allí grande amor.

Servía don Jerónimo en todo lo que le mandaban en casa con cuidado, sabiendo que esto era conveniente para negociar su buen tratamiento, y hacíasele tan bueno y tan diferente de los demás cautivos, que le pareció exceso, y en lo mucho que le regalaban se sospechó el fin á que caminaban de reducirle á su ley ó al interés de un grande rescate que por él podían esperar (cosa bien dificultosa) porque como estaba en el libre alvedrío de don Cotaldo, su hermano; cómo él había sido causa de salir de Valencia, consideraba que por que no volviese á ella, le dejaría estar sin libertad, cautivo, fuera de que don Cotaldo era sumamente mísero, y de esto tenía bastantes experiencias, en ver cuán mal le pagaba unos cortos alimentos que tenía. Pasaba con esto la vida sirviendo á su dueño Hamete, el más melancólico hombre del mundo.

Un día que estaba cultivando las plantas de un ameno jardín; bajó á él Zelidora sola. Era esta mora hermosa y de mucha gracia, y como viese solo á su cautivo, llegóse á donde estaba y díjole en lengua valenciana (cosa que admiró á don Jerónimo):

—Amigo, ¿cómo lo pasas en esta tierra? mal debe de ser, pues tu melancolía nos lo dice.

—Señora (respondió él), en cuanto á ser bien

tratado y honrado de mi dueño y de vos, soy el más venturoso esclavo que hay en Argel, por que os doy las gracias; pero esto de estar sin la amada libertad, es causa de no tener gusto conmigo, pues sin ella no hay prosperidad que se estime, ni regalo que lo parezca.

—Dices bien (dijo la mora), que nadie viéndose esclavo se halla con su contento primero; pero si por la libertad lo haces, tú la tendrás brevemente si condesciendes con una cosa que te quiero decir.

—Como ella sea (dijo él) tal como á mí me está bien hacerla, tanto estimo verme libre que la haré.

—Es (dijo Zelidora) que dejes tu ley y tomes la nuestra; que si lo haces, está mi hermano tan aficionado que te casará conmigo, y será la mayor parte de su hacienda para que aquí vivas estimado y querido de todos, como merece tu persona.

Mudósele el color á don Jerónimo oyendo la proposición de la mora, tan en daño suyo, y por un rato estuvo suspenso sin responderla, mirándola atentamente. A esta acción estuvo atenta Zelidora, no esperando de ello buena respuesta á lo propuesto. La que le dió don Jerónimo fué:

—Hermosa Zelidora: no poco me han dejado admirado en vuestra plática dos cosas que he hallado en ella; la primera es veros hablar mi nativa lengua tan despiertamente como el más experto patriota de mi reino, dejándome con esto

rodeado de confusiones, dudando cómo la habéis sabido con tanta perfección.

Atajóle el discurso Zelidora, diciéndole que ella y su hermano le habían aprendido en una cautiva valenciana, que habían tenido muchos días en Argel. Prosiguió don Jerónimo:

—Con esto así, de la segunda viviré de aquí adelante más receloso, por ser tan en daño de mi salvación, pues proponerme que siga una ley de tantos errores como la del Alcorán, naciendo yo entre católicos cristianos, y sabiendo que la mía es la verdadera, y las otras todo engaño, fuera hacerlo despeñarme á las eternas penas; y así os suplico, hermosa Zelidora, que en esto no me habléis más, que aunque el interés que con vos me ofrece vuestro hermano es de grande estimación, siendo á costa de mi alma, y para perderla, no me está bien elegir ese camino; yo os serviré el tiempo que fuere vuestro cautivo con el cuidado que veréis, si por este fin he tenido diferente tratamiento que mis compañeros, con mi desengaño en este particular espero tener igualdad con ellos; y aunque sea más malo, estoy dispuesto antes á padecerle que á desdecir de lo que debe quien por el agua del bautismo está en el gremio de los católicos.

Mucho sintió Zelidora ver á su cautivo con tanta resolución; pero no desconfió por eso, considerando que la primera vez de responder esto, y que en la segunda ó tercera persuasión le ha-

llaría más blando. Dejóle por entonces, y fuese quedando don Jerónimo metido en nuevos cuidados, considerando que de su respuesta había de resultar el tener de su dueño muy áspero tratamiento. En aquellos días no le halló como pensó; antes con más cuidado era exento de las ocupaciones á que acudían los compañeros, y le daban cama fuera del baño, haciendo grande confianza dél y tratándole Hamete con grande amor. Otras dos veces volvió Zelidora á persuadir á don Jerónimo en el particular de la plática pesada, más halló en él la misma constancia, resistiendo á sus ruegos.

En este tiempo ya, las nuevas de la toma del bajel en que iba don Jerónimo y su compañía embarcados, llegaron á Valencia con su prisión, porque algunos soldados, hijos de la ciudad, escribieron desde Argel, pidiendo á sus padres, hermanos ó deudos que tratasen de rescatarles. A toda la nobleza de Valencia movió á lástima la desgracia de don Jerónimo, sino fué á su hermano, que como no le quería bien y era miserable, sabía lo que del rescatarle había de redundar, que era gastar su hacienda y traerle á la vista de su dama, para que la hiciese favores á su costa, y era esto en tiempo que con su padre tenía muy adelante su casamiento.

No sintió poco la hermosa dama el cautiverio de su galán, que le costó muchas lágrimas, y afligíala más ver á su padre tan apasionado por

don Cotaldo, tanto que muchas veces la había persuadido que se casase con él, á que había respondido tener aún poca edad, y verle á él viudo y con necesidad de quien le regalase: esta respuesta le daba siempre. Allanar quiso el anciano don Fernando esto con decir á su hija que él quería traer á don Cotaldo á su casa y que viviesen juntos. Viendo Laura que en esto tenía su padre gusto, no halló modo como dilatar sus bodas, sino con decirle que cómo se había ella de casar con un caballero que sabía la prisión de su hermano y no había tenido ánimo de rescatarle. No le pareció mal á don Fernando el advertimiento de su hija, y así un día en que don Cotaldo le apretó en que se efectuase el casamiento, le dijo lo que su hija le afeaba. Conoció que justamente se le ponía aquel objeto, y saliendo de su natural, comenzó á tratar del rescate de su hermano con los Padres Redentores de la orden de la Merced, que partían de Valencia á Argel (voto que hace aquella sagrada religión, con los tres ordinarios). A estos les dió comisión que hasta mil y quininientos ducados podían ofrecer por su rescate; esto hizo por no perder el crédito con doña Laura, y con toda Valencia, que en ella no se murmuraba otra cosa sino su mísera condición. Por lo cual don Jerónimo no había querido escribirle desde Argel su cautiverio, esperando más clemencia en los Redentores que en el hecho de su hermano.

Un día que estaba en el jardín este caballero componiendo una mesa de murta, llegó á donde trabajaba Hamete, su dueño, el cual le dijo que alejase aquella ocupación y se viniese con él. Obedecióle don Jerónimo, y llegando á un hermoso estanque que estaba en medio del jardín, en unos asientos que le rodeaban de blanco alabastro, se sentó el moro, mandando á su cautivo que tomase asiento cerca dél. Admiróle á don Jerónimo esta novedad, y rehusó el obedecerle, diciéndole que en pie le escucharía lo que le mandase, aunque durase la plática largo tiempo. Porfió otra vez el moro en que se había de sentar, y don Jerónimo en resistirlo, hasta que cansado de su porfía, le dijo Hamete:

—Sentáos, señor don Jerónimo Corella, que quien os conoce os ofrece el lugar que merecéis.

No se holgó el caballero de oirle esto, viendo ser conocido del moro; porque hasta allí no había sabido dél más de que era capitán de aquella gente cautiva, pero no había dicho que se llamaba más que Jerónimo, y con esto se puso un apellido, el más vulgar y bajo que se le ofreció á la memoria. Consideró brevemente que el saber su nombre y apellido verdadero, habría sido por diligencia del moro, con codicia de tener mayor rescate por su persona, y que aquella honra que le hacía iba en orden á esto.

Tomó asiento, y habiéndose sosegado un poco el moro, le dijo estas razones:

—Señor don Jerónimo; admirado os tendrá verme hablaros en valenciano tan castizo, y así mismo que sepa vuestro nombre y apellido, y creeréis que mi cuidado habrá procurado saber vuestra calidad y nobleza para mayores intereses: pues estáis engañado si tal pensáis; que yo os he traído aquí para deciros quien soy, y para agradeceros juntamente un socorro que me hicistes, que no fué menos que darme la vida. Bien os acordaréis de aquel incendio de la alquería de don Fernando Centellas, donde murió su mujer, y vos entrásteis con valeroso ánimo á librar á su hermosa hija doña Laura, y luego que de las voraces llamas fué libre, se extendió vuestra caridad á hacer el mismo socorro á un mancebo que perecía en el fuego de una caballeriza, si no fuera por vuestro piadoso favor.

—Bien me acuerdo de todo, dijo don Jerónimo (con mayor admiración que antes), y que la memoria de ese día me tiene con tanta aflicción en Argel, que es el mayor accidente de la pena de mi cautiverio.

—Pues soy (dijo el moro) aquel mancebo que favorecístes en aquel peligro del fuego, que quiero ahora pagaros, pues quien le olvida es aborrecido del cielo y de los hombres.

Quiso saber don Jerónimo (más alentado con lo que oía) como había venido á Argel, y preguntó-elo; el moro le dijo:

—En esta ciudad habitaba un hermano de mi

bisagüelo, el mayor corsario que tuvieron estas berberiscas costas; y después de haberse hallado en peligrosas empresas, con no poco riesgo de su persona, saliendo de todas ellas con victoria y ganancias, se quiso en edad mayor retirar desta peligrosa profesión y vivir quietamente el tiempo que le quedaba de vida, que por su buena salud y mejor gobierno vino á ser larga, pues vivió ciento y diez años. En todo este tiempo se correspondió con mis antecesores, que desde la conquista de Valencia, por el rey D. Jaime, se quedaron habitadores en un lugar pequeño de aquel reino llamado Benalguacil, con nombre de moriscos, que así los llaman en España. Allí, entre algunos cristianos, cultivamos nuestras heredades con cuidado, y era nuestro gobierno tal, que á ninguno de nosotros llegó á conocérsele necesidad, antes tanta prosperidad, que á los dueños de los lugares, á cuyos vasallos éramos, les hacíamos algunas veces cuantiosos socorros. Mi abuelo y mi padre siempre tuvieron correspondencia en Argel, porque á esta ciudad descienden de la más calificada familia della, y muy caballeros. Tenían, pues, unos con otros trato de secreto, y con segura ganancia se enriquecían. La causa de no venirse mis pasados de secreto á esta tierra, fué porque deseaban ver efectuado un levantamiento de nuestra gente contra la vuestra, para hacerse señores de la tierra. Conspiraron algunas veces á efectuar esto, pero como en estas

juntas hay siempre varios pareceres, y más en empresa tan dificultosa y de tanto peligro, nunca llegó á tener efecto. Murió mi abuelo y padre y todavía vivía aún mi tío, hasta que la parca, cortando el hilo de su vida, dió fin á sus días y no dejó hijos, cosa bien nueva para esta tierra, cuando tantas mujeres se permiten para tenerlos. La causa desto fué porque mi tío era más filósofo que vicioso, y nunca quiso (con ser tan rico) tener más que una mujer, á quien quería con extremo. Desta suerte murió sin sucesión y toda su hacienda mandó que se pusiese en depósito, y que fuésemos avisados, que si la queríamos dejásemos á España. Llegónos el aviso á tiempo que mi padre era muerto; tratamos con secreto nuestro fuga, y una noche, hallando la ocasión como la podríamos pedir, tomamos una barca de pescadores del Grao y nos pusimos mi hermana, un primo mío y yo en ella, habiendo primero reducido á dinero las heredades que en Valencia teníamos. Llegamos con próspero viento á esta ciudad, donde nos entregaron más de ciento y cincuenta mil zequías, que mi tío dejó depositados, de que somos señores mi hermano y yo. Como la fortuna dispuso el prenderos y yo os ví puesto en venta, conociéndoos, quise compraros con dos fines; el primero fué procuraros reducir á nuestra ley para casaros con mi hermana. Este no ha tenido efecto, pues constante en vuestra fe no queréis apostatar della, deseando

morir en lo que vuestros padres os instruyeron. Visto, pues, que no hay orden de convenceros, quiero usar del segundo, que es daros libertad y aun hacienda con que viváis, porque sé que no tenéis lo que merecéis. Debe de haber un año que un tío mío se pasó de Valencia á Argel por una muerte que hizo, quitando la vida al justicia de un pequeño lugar, donde vivía, que llaman Godella; hecho este delito fué fuerza por salvar la vida pasarse á esta tierra. Este no tuvo tampoco hijos ni deudos forzosos que le heredasen sino yo, declaróme al tiempo de su muerte que á la entrada de la casa de un huerto en que vivía, que era la última del lugar, dejó enterrados debajo de cierta losa cosa de 16.000 escudos en todas monedas, y que éstos tenía guardados para la ocasión del levantamiento ó rebelión que emprendíamos hacer, y que con esta fuga que hizo no pudo sacar de allí esta moneda; manifestómela para que si yo tuviese modo la gozase con las señas de donde se hallaría. Desto quiero que seáis, señor, que yo bastante hacienda tengo para pasar lucida y cómodamente. Ved cuando deseáis partiros, que ese día yo os quiero poner en un bergantín mío en la playa del Grao de Valencia.

Arrojóse don Jerónimo á los pies del moro para besárselos por el favor que le hacía, más él le levantó del suelo abrazándole y diciéndole que más que eso le debía, pues le había dado la vida.

Llevóle á su cuarto y allí secretamente comió en una mesa, acompañándoles su hermana, á quien dijo como se había declarado con don Jerónimo y que sería su partida en breve; mostró en lo exterior alegrarse la hermosa Zelidora, aunque en lo interior sintió no haberle podido reducir á su ley para tenerle por esposo; para la noche del siguiente día concertaron su partida. Avisó don Jerónimo á Hamete, como su criado estaba cautivo en poder de un moro rico de Argel llamado Daut Sultán, y que se holgara llevarle consigo. Apenas le oyó esto el agradecido Hamete, cuando fué á la casa de Daut y le compró el esclavo, que vino contentísimo á su casa, y más lo fué cuando supo su libertad.

Llegóse la ocasión de embarcarse con el silencio de la noche, y aprestado el bergantín, don Jerónimo y su criado se vistieron en hábito de forzados, por no dar sospecha á la demás gente dél, y despedido nuestro caballero de Zelidora, que sintió mucho su partida, salieron de la playa de Argel, dando las velas al viento y los remos al turquesado zafír, y haciéndoles á proposito el temporal llegaron dentro de dos días de viaje, una noche al Grao de Valencia. Púsose el moro en hábito de cristiano por el seguro de la gente y asimismo los del bergantín sin determinar á qué facción salían á tierra. Contentísimos estaban don Jerónimo y su criado de verse en su tierra libres de su cautiverio; despidióse Hamete

dellos con muchos abrazos, tornándole á referir las señas del lugar donde su tío dejó enterrada aquella moneda, y con el último abrazo que dió á don Jerónimo le dejó un bolsillo con 1.000 zequíes dentro para que gastase. De nuevo le dió el gallardo caballero las gracias y con esto se alargó al mar, y volvió con buen tiempo á Argel.

No quiso don Jerónimo manifestarse á nadie en Valencia, hasta saber en qué estado estaban las cosas de doña Laura, y así haciendo que su criado le trujese la comida del lugar, dormía en una alquería que halló donde no le conocieron. En ella supo como su hermano estaba muy adelante en el casamiento de doña Laura; porque habiendo dicho los Padres Redentores, que les había dado crédito para el rescate de su hermano, ésto en presencia de don Fernando, padre de la dama, apresuró con ella que el consorcio se hiciese para el día que se señaló; fué ocho días después que don Jerónimo hubo llegado á Valencia. Supo esto el gallardo caballero, y que para solenidad de la boda se trazaba un torneo. Este había de ser por la tarde, y luego esa noche los desposorios. Lo que doña Laura sentía ésto no se puede encarecer, ya intentó diferirlo hasta la venida de don Jerónimo; más temiéndose desto su hermano, no quiso aguardarla, y así lo apresuró para el día que se dice.

Sabiendo, pues, don Jerónimo todo esto, con no poco sentimiento suyo, determinóse de allí á dos

días dar cuenta de su venida á doña Laura, y en tanto, hacer diligencias para saber, con las señas del moro, donde estaba sepultado aquel dinero. Previno para ésto un rocín del dueño de la casería donde estaba, y en él fueron él y Vicente, su criado, á Godella, lugar donde había habitado Hamete en este pueblo, con las sabidas señas que llevaba. Llegó á la casa que estaba á lo último del lugar: era más de media noche, y con prevención de linterna que llevaban, reconocieron si parecía gente, y viéndolo todo en quieto sosiego, buscaron con las señas, la losa, y hallándola, comenzó Vicente á cavar, y don Jerónimo á ayudarle con dos azadas que traían para el efecto. Levantaron la losa (con poca confianza de que les había de importar aquella diligencia) y debajo della no vieron más que el suelo, con que dieron por frustrados sus intentos, y su engaño por cierto; más por no dejar de hacer toda diligencia por entero, cavaron más de una vara de hondo en todo el lugar que ocupaba la losa, hasta topar con otra más ligera, seña también que traían del moro. Levantada ésta, hallaron una tabla debajo, que era cubierta de una arquilla de cosa de una vara de largo. Sacáronla de su lugar, y ésto no con poca dificultad, por lo mucho que pesaba. Finalmente fué abierta con golpes que dieron con las azadas, y dentro della hallaron ser verdad cuanto el moro les había asegurado, porque en talegos reconocie-

ron grande cantidad de moneda en plata y oro.

No se puede exagerar el contento que don Jerónimo y su criado tenían; daba el mozo saltos de placer viendo tan felíz suerte, venida en tan buena ocasión. Cargaron el rocín de aquellos talegos, y volvieron á la alquería, habiendo primero dejado la losa en su lugar como antes la hallaron. El día siguiente don Jerónimo trató de tomar casa en Valencia, y encargóle al hombre que estaba en la alquería, se la buscase algo apartada del comercio de la ciudad. Buscósela en barrios solos, y pagando adelantado el alquiler della, se mudó don Jerónimo, dejando bien pagado al huésped de la alquería el hospedaje que le había hecho, y rogándole que acudiese á verle.

Era el hombre castellano, y recien venido á Valencia, donde se había casado, y no conocía á don Jerónimo; acudió, pues, á la nueva posada con mucha puntualidad, y por orden suya, viendo don Jerónimo en él capacidad para fiarle cualquier cosa, escribió con él á doña Laura un papel, en que la daba cuenta de su venida, y cómo había salido de Argel, suplicándola se acordase de la palabra que le había dado á la partida de Valencia, de que no mudaría de estado. Este papel llevó el portador, y llegó en tan buena ocasión, que halló á la hermosa dama sola con sus criadas, á quien se le dió. Ella conoció luego la letra de su galán, y fué tanto lo que

se alegró, que hubieran de conocerlo sus criadas, que apenas podía creer que don Jerónimo tenía libertad; llamó aparte al portador, y le preguntó por don Jerónimo, haciendo que le diese las señas de su persona; tan incrédula estaba de que estuviese en Valencia. El hombre le dió buena razón de todo, y así mismo le dijo en la posada que estaba encubierto. No quiso doña Laura que á nuevas de tanto gusto dejasen de dársele buenas albricias, y así le dió al que se las trujo una rica sortija de diamantes que quitó de uno de sus hermosos dedos; mandándole aguardar en tanto que respondía al papel, que fué en breve dada la respuesta, mandando á don Jerónimo que aquella noche la viniese á ver por la puerta de un jardín de su casa, señalándole hora. No se puede significar con razones el contento que don Jerónimo recibió con este papel, considerándose con él puesto de muerte á vida. Ya le parecía que el sol dilataba su curso más de lo acostumbrado, y que la noche regateaba el tender su negro manto, para amparo de su embozo, y auxilio de su pretensión; que en los amantes son siglos las horas, y años los instantes que dilatan el recibir favor.

Llegó, al fin, la hora de la media noche, la cual era plazo para verse don Jerónimo con su hermosa doña Laura; viéronse los dos con inexplicable alegría; de la de su dama conoció don Jerónimo su firmeza en quererle; ocuparon asientos

en un fresco y ameno cenador, donde el gallardo caballero hizo larga relación á doña Laura de su largo cautiverio, su modo de libertad, y, finalmente, del hallazgo de la moneda, que le hizo donación el moro, agradecido de su beneficio en retorno desta relación. Le dió cuenta doña Laura de lo que su padre había tratado con su hermano, y como estaba señalado el día para las bodas, pero que le aseguraba que aunque pasase por mil muertes, no sería otro su esposo sinó él. Besóle don Jerónimo una de sus blancas manos por este favor que le hacía, y en conformidad desto, dispusieron el modo de casarse, y fué, que en el ínterin que el torneo se hacía, la hermosa doña Laura fingiese un preciso achaque, que la obligase á quitarse del balcón, y que luego, acompañada de una criada, de quien se pensaba fiar, se iría á su posada, estando para esto advertido aquel hombre de la alquería, que asistiese á una puerta falsa por donde habían de salir para guiarla. Con esto don Jerónimo despidióse de su dama, conformes los dos en lo concertado, aguardando el día de la fiesta.

Ya las prevenciones de los caballeros torneantes estaban hechas, y aguardaban el señalado día que llegó, para que luciesen sus galas. Don Cotaldo se vestía rica y curiosamente; dió lucida librea á ocho pajes y cuatro lacayos; acompañáronle sus deudos muy lucidos, y con ellos toda la nobleza de Valencia, llevándole á caballo

desde sus casas á las de don Fernando, su suegro, á donde había de estar mientras se hiciese el torneo y depués desposarse. Ocuparon luego muchas hermosas y bizarras damas, los balcones de la casa de don Fernando, que caían á una plaza donde se hacía la fiesta, y entre ellas estaba la hermosa Laura, aventajando á todas, como el rutilante Febo á las estrellas á quién presta luz.

Estaba hecho un tablado en medio de la plaza, capaz para dieciséis combatientes, y á un lado armada una rica tienda de campaña para el mantenedor, y arrimada á ella muchas picas para los torneantes. Enfrente estaba el aparador de los precios, cerca del asiento de los jueces. Llegó la hora de comenzar la fiesta, y las cajas dieron aviso de la entrada del mantenedor en la plaza, pues con veinte, y doce padrinos, se presentó en ella. Hizo su entrada airosamente, y fuéronles siguiendo los demás aventureros, todos lucidísimos, y con muy costosas invenciones y galas. El combate se comenzó, y casi en medio de la fiesta, la hermosa doña Laura fingió su achaque, y dejó el balcón, previniendo que volvía luego. Todas aquellas damas lo pensaron así, y aunque algunas se ofrecieron á acompañarla, no lo consintió; y así sola, con su criada (que estaba advertida de todo) arrimada, se entró adentro, donde en breve instante, se desnudó el rico vestido que tenía de boda, y se puso otro muy ordina-

rio, con el cual, embozada, se salió con su cria da de la mano por la puerta falsa de su casa, á donde hallaron al criado de don Jerónimo que las esperaba, y acompañándolas las llevó á su posada.

Con no poco alborozo las estaba esperando don Jerónimo, pareciéndole una eternidad cada instante que se tardaba su dama; viéndola entrar por sus puertas, no se puede ponderar el gusto con que la recibió; considérelo quien hubiese hallándose en estos lances de amor; las cosas que dijo el tierno amante en orden á agradecer esta fineza de su dama, fuera alargar más este discurso, si diera cuenta de todo. Finalmente, la razón de estado que tuvieron los dos amantes, fué que el hombre de la alquería (cuyo nombre era Feliciano), dejase aquella estancia y se viniese á vivir en aquella casa, que por su orden se le había alquilado; esto se hizo porque su asistencia allí deslumbrase á los que anduviesen buscando á doña Laura.

Volvamos á la fiesta y al que esperaba, por fin, della ser esposo de la mayor beldad de la Europa. Pues como don Cotaldo no quitase los ojos del balcón donde estaba doña Laura, viendo que faltaba dél, estuvo con cuidado aguardando cuando volvería; más como viese que tardaba, echándola menos las damas que la acompañaban, presumiéronse que tendría alguna indisposición que la impedía volver á la fiesta; y así dos, de

aquellas señoras fueron á su aposento á saberlo. Halláronle cerrado; llamaron, y como no las respondiesen, se hallaron en nueva confusión sin saber que sería aquella novedad. En esto estaban cuando llegó don Fernando, su padre de Laura, acompañado de don Cotaldo; dijéronles como habían llamado y no les respondían, y poniéndoles esto no poco cuidado, volvieron otra y muchas más veces á llamar, pero todo era en vano, porque doña Laura y su criada le habían dejado cerrado. Visto esto, echaron la puerta en el suelo y entrando dentro, hallaron sobre una cama la saya de gala que había tenido vestida doña Laura, el abanillo, puños, chapines y demás aderezos que la dama llevaba.

Con esto, puestos en notable confusión, la fueron buscando por toda la casa, pero no fué hallada ella ni su criada; llegaron á la puerta falsa y halláronla abierta por donde conocieron haberse ido de la casa; por do cesó con este alboroto la fiesta, y los caballeros convidados al desposorio, y así mismo las damas, con esta novedad tan extraña, comenzaron todos á discurrir sobre ésto con varios pareceres. Don Cotaldo y sus amigos fueron por toda la ciudad buscando á la dama, haciendo notable diligencia por hallarla, más fué en vano. Valiéronse del poder del virrey, y él, con sus ministros, aquella noche no dejó calle de Valencia que no pasase, pero no hubo remedio de hallar rastro alguno; por última diligencia se

buscó en los conventos, pero tampoco se halló razón de nada.

Quedó don Cotaldo con esto el hombre más corrido y afrentado del orbe, y don Fernando el más avergonzado de la tierra, tanto, que de pena cayó enfermo en la cama. Pasáronse ocho días, en los cuales no se habló de otra cosa en la ciudad. Un día, al tiempo del anochecer, le arrojaron á don Fernando un papel escrito de letra de doña Laura, por la ventana del aposento donde estaba; pusiéronsele en las manos, y en él leyó estas razones:

«Padre y señor mío; considerando que el estar casada contra mi gusto, no era vivir quieta vida sino penosa muerte, me determiné dejar vuestra casa, y en compañía de don Jerónimo Corella, hermano del que me dábades por esposo contra mi voluntad, desde que llegó aquí libre de su cautiverio, por un estraño suceso comenzó á concertar esto conmigo; yo le he pagado el socorro que me hizo de sacarme viva del fuego, en elegirle por esposo, sabiendo que no sólo iguala las partes de su hermano, pero que las excede. Suplícoos que lo tengáis por bien, y que nos ausentemos de Valencia á Castilla.»

Algún tanto se consoló don Fernando con la carta, viendo que á ser esto verdad no era tanta la facilidad que juzgó de su hija, y que había elegido más aventajado esposo de partes personales en don Jerónimo que no en el que le daba, si

bien no era tan rico en bienes de fortuna como don Cotaldo. Disimuló este aviso para con los criados, y no quiso dar cuenta dello á don Cotaldo; más por él le hizo otro papel de doña Laura, que se escribió por consejo de don Jerónimo, su esposo, y se le echó con el mismo modo que á don Fernando Centellas. Leyó el papel don Cotaldo, y viendo por él la determinación de doña Laura, y haberle preferido á su hermano, fué tanta la pena que recibió, que dentro de dos noches le hallaron muerto sus criados.

Súpose luego la desgracia y toda la ciudad juzgó de la repentina muerte haber sido la causa el no haber tenido efecto su boda con la hermosa doña Laura, de quien estaba tan enamorado. Esotro día, después de hechas las exequias, llegó un religioso grave al virrey, y le hizo relación del casamiento de doña Laura y don Jerónimo, por haberle dado cuenta á él los dos amantes dello; envió luego á llamar á don Fernando Centellas, y dándole noticia del caso, le rogó los admitiese en su gracia; pues con la muerte de don Cotaldo no tenía á quien dar satisfacción alguna desta determinación. Condescendió con esto don Fernando, viendo cuan mejorada se hallaba su hija de esposo, ya heredado en el mayorazgo de su hermano, y no quiso decir al virrey cómo había tenido aviso de su hija. Parecieron los dos amantes en el palacio del virrey, donde con gusto de toda la ciudad, que quería muy

bien á don Jerónimo, les dió las manos el arzobispo que se halló presente; desde allí con grande acompañamiento los llevó don Fernando á su casa, donde vivió en su compañía algunos años, y después de sus días gozaron su moyorazgo con hijos que les sucedieron.

Alabaron todos á don Ugo lo bien razonado de su novela, dándole las gracias de haberles entretenido. Oyóse luego el juego de los violones que previno atención para ver una lucida máscara de doce caballeros muy bizarros vestidos en trajes de diferentes naciones. Danzaron todos gallardamente, y lo bastante para pasar bien aquella noche. Acabada la máscara todos se despidieron de don Gastón y sus hijas y se fueron á sus casas con deseo de volver la siguiente noche.

Noche cuarta.

Los últimos bostezos de luz daba el luminoso planeta, en los márgenes del Océano, para dar fin al día, y principio á su luciente salida en el antártico polo, cuando la noche, cubriendo de oscuras sombras la tierra, la dejó llena de horror, si el octavo cielo para su consuelo no manifestara sus lucidos diamantes, piezas de la recámara de Apolo, pues de su hermosa luz les daba el ser que tenían. En este tiempo los caballeros y damas de la entretenida congregación de don Gastón, acudieron á su casa en la última fiesta de las Pascuas. Todos, por no perder tiempo, ocuparon sus asientos, y los músicos, avisados que dieran principio á la fiesta de aquella noche, cantaron así:

«Alegría de las selvas,
breve instrumento de pluma,
que á ser lisonja del campo
tantas auroras madruga.

Celoso cantor y amante
las amenidades busca;
que poco adora la causa
quien del efeto se burla.

Si lo dulce de tu canto
quejas de agravios pronuncia,
cerca espera su consuelo,
quien divertirle procura.

Haciendo al dolor lisonjas
pones tu fineza en duda:
ajeno estás de la pena
pues no la tienes por tuya.

Si el peso de tu cuidado
con alivios disimulas,
¿qué aguardas de la esperanza
pues sin méritos la fundas?»

Esto á un dulce ruiseñor
lo hermosa Laura le acusa;
y así prosigue cantando
á las selvas, que la escuchan.

«Pajarillo, que en selvas amenas
los campos te escuchan amante y cantor,
bate, bate las alas, suspende la voz;
porque en vano acredita sus penas
quien lisonjas previene al dolor.

De crédito vive ajena
la pena que explica el canto,
si solamente es el llanto
intérprete de la pena,
tu misma acción te condena,
pajarillo adulador
bate, bate las alas,» *etc.*

Tono y letra dió gusto á los oyentes; y para tenerle más sazonado, dieron atención á la hermosa doña Lucrecia, bizarra dama, y sobrina de don Gastón, la cual, ocupando el asiento en el estrado de las damas, señalado para las que novelaban, habiéndose sosegado un poco, cuando todas la prestaban silencio, le rompió con esta novela, que refirió con mucha gracia:

El pronóstico cumplido

A dor Gaspar de Rocaful y Boil, Conde de Albatera, y señor de la Baronía de Vetera.

PINTARON los antiguos en la portada del alcázar de Atenas las tres Gracias, según afirma Pausanias. Estaban desnudas, con unos velos, la mayor, que llamaron Egle, con el rostro cubierto del todo, significando que el favor que hace le oculta; la segunda, nombrada Eufrosina, tenía sólo medio rostro cubierto, dando á entender que lo descubierto manifiesta recibo del favor, pero no la retribución dél; la tercera, que intitularon Tulia, tiene el rostro patente, porque quien recibe sin retribución ha de manifestar la dádiva, y publicarla. V. S. simboliza con la primera, pues en su generosidad he hallado favores sin manifestación dellos de su parte, y admito la segunda, pues con el medio rostro cubierto manifiesto el recibo del don, y oculto la retribución;

en el que á V. S. ofrezco, por indigno de llegar á sus manos, tenga de disculpa ser muestra de voluntad, sino de la erudición, y halle el amparo que deseo en V. S. á quien guarde Dios muchos años.

Servidor de V. S.,

D. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

NOVELA SÉPTIMA

En la insigne y antigua ciudad de Venecia, nobilísima República de la Europa, había un magnífico ciudadano, cuyo nombre era Fabricio, de quien aquel prudente Senado hacía siempre mucha estimación por su prudencia y virtud; tanto, que en todas las ocasiones de más importancia que á la República se le ofrecía para sus embajadas, era la persona de quien siempre hacía elección, sabiendo cuán buena cuenta daba de todo.

Estaba casado Fabricio con una señora de lo principal de Venecia, llamada Camila, á quien amaba extrañamente, y no tenía, en seis años que era casado con ella, hijos que le heredasen muchos bienes de fortuna, de que estaban prósperos. Sucedió encargarle el Senado á Fabricio una embajada al Emperador de Alemania, en la cual se detuvo por tiempo de medio año, muy contra su voluntad, porque en este tiempo, le había avisado su esposa como estaba preñada; concluyó con su embajada y volvió á su patria, donde fué alegremente recibido de Camila, holgándose sumamente de verla tan en días

de parir, el cual parto fué más presto que se pensó, porque de allí á quince días que Fabricio llegó á Venecia, parió un niño, que las comadres dijeron ser de siete meses.

No se puede encarecer el contento que Fabricio recibió, con el nuevo heredero que le había nacido. Pusiéronle por nombre Silvio, y hubo grande fiesta el día de su bautismo, entre sus parientes y amigos. Fué creciendo el muchacho hasta la edad de dieciocho años, saliendo consumado en las gracias, así adquiridas como naturales, con lo cual era bien querido de todos.

Sucedió, pues, que á la República se le ofreció tener un negocio de consideración en la isla de Chipre, para el cual se valieron, como otras veces, de la persona de Fabricio, y así se le encargaron. Partió luego á servir al Senado, y quiso en esta jornada que Silvio, su hijo, le acompañase, y aunque se le hizo de mal á su madre, hubo de llevársele consigo. Llegaron á desembarcar á Chipre con buen tiempo, donde Fabricio comenzó á tratar del negocio á que iba con mucha diligencia, por darle presto fin; pero no fué como se pensó, porque tenía algunas dificultades en él que allanar, y así, le hizo detener allí algún tiempo. Aguardábase para su último despacho, que viniese un personaje que estaba ausente, y esperábanle dentro de diez días.

En este tiempo que había de estar ocioso Fabricio, oyendo la fama de un grande astrólogo y

músico, que habitaba cuatro millas de la ciudad de Nicosia, donde estaba, quiso verse con él, para que hiciese juicio sobre el nacimiento de Silvio, su hijo, por saber qué había de ser: si había de tener feliz suerte en casarse, ó qué fin le pronosticaba su hado (cosa que dicen que por ciencia se sabe, aunque yo no hallo certidumbre desto). Partiéronse padre é hijo á verse con el mágico Navateo (que éste era su nombre), el cual tenía su morada al pie de un alto monte; entrábase á ella por la boca de una estrecha cueva, donde los dos se apearon. Entrando dentro, á cosa de unos treinta pasos que tuvieron andados, halláronse junto á una puerta, la cual estaba cerrada (esto pudieron ver con la poca luz que les comunicaba la entrada de la gruta); buscaron aldaba con que llamar, y al tiempo que con ella iban á batir en la puerta, el mismo movimiento della ocasionó el de tocarse dentro una campana que les admiró, conociendo que aquélla era señal para dar á entender que estaban allí. Un rato se estuvieron aguardando, y al cabo dél fué abierta la puerta. Entraron los dos en un patio cuadrado, adornado de hermosos mármoles y enlosado de losas de variado jaspe. Lo que más les admiró fué, que al punto que entraron allí y se cerró la puerta, se hallaron con luz en cielo abierto, sin saber por donde pudiesen haber salido á tal claridad. Estando, pues, en esta suspension, de una puerta que estaba enfrente por donde habían

entrado, vieron salir un hombre de anciana edad y venerable presencia, vestido una ropa que le llegaba hasta el suelo, arrimado el cansado cuerpo á un báculo; salió con tardos pasos á recibir á padre y á hijo, y mostrándoles afable rostro, les dijo:

—Sean bien venidos los señores Fabricio y Silvio á esta solitaria morada mía.

Los dos señores le saludaron cortésmente, y entrándoles en una espaciosa cuadra (estudio del docto mágico) tomaron en ella asientos, admirados padre é hijo de ver la cantidad de libros que en ella tenía, con tan curiosa orden puestos. Después de haber Fabricio preguntádole por su salud al mágico, le dijo estas razones:

—La gran fama (¡oh, doctísimo Navateo!) que de tu gran saber hay, no sólo en esta tierra, mas en todo el orbe, me trae á tu presencia venerable, con quien me he alegrado tanto, que no te lo puedo encarecer con razones; la causa porque he venido aquí (aunque es excusado el darte cuenta della, pues por tu ciencia no la ignoras) te quiero decir. Cuán propio sea de los padres desear el aumento de sus hijos y el acertar sus empleos, no se te hará extraño. Yo deseo el de Silvio con tanto afecto, que me ha obligado á venirte á consultarlo contigo, y así, te suplico te sirvas de mirar con cuidado qué empleo tendrá este joven, y si le pronostica su estrella feliz dicha en su vida.

Acabó en esto su plática Fabricio, y á ella le respondió el mágico:

—Prudente Fabricio: desde que de la ciudad saliste á verme por mi ciencia, supe el cuidado que te traía á esta soledad; conozco que es propio de los padres inquirir por el nacimiento á sus hijos, qué suceso les espera, qué empleo les aguarda y qué felicidad ó suerte han de tener. Poco estudio me ha de costar ahora lo que en otra ocasión tengo visto; pero con todo, te ruego que en ese jardín te entretengas un rato con tu hijo, en tanto que acabo de ver un libro sobre lo que me pides.

Salieron Fabricio y Silvio á un ameno jardín, en quien vieron tanta cantidad de flores y tanta variedad de aves que les suspendió la hermosura de las unas y la suave armonía de las otras. Sin esto había artificiosas fuentes que hacían más amena aquella apacible estancia. Después que por ella se hubieron recreado un rato, fueron llamados de Navateo. Entraron donde estaba, y volviendo á ocupar sus asientos, el anciano mágico les habló desta suerte:

—Habiendo visto con cuidado el nacimiento deste joven, aún antes de ahora, hallo por mi ciencia que los astros le pronostican tan feliz dicha, que puesto en una alta dignidad (que no me es permitido decir) os veréis humillado á sus pies, respetándole y aun casi dándole un género de adoración, y él pasará por ello por respeto del estado en que se ha de ver; esto es lo que os

puedo asegurar, según hallo por mi ciencia que pasará así.

Con esto dejaron la presencia del anciano Navateo, yendo Fabricio muy poco gustoso con el vaticinio del mágico por parecerle que Silvio se había de dejar hacer sumisiones de su padre. Subieron á caballo volviéndose á la ciudad y en todo el camino no habló Fabricio palabra alguna á su hijo; tan metido iba en sus pensamientos, cosa que admiró extrañamente á Silvio, considerando cuán diferente efecto había causado en el semblante de su padre su pronosticada dicha por el mágico, cosa que antes le había de dar suma alegría y contento de sus aumentos; llegaron á la ciudad donde con brevedad concluyó Fabricio el negocio que se le había encomendado, y embarcándose para Venecia, nunca Fabricio mostró el rostro alegre á su hijo. Desde que consultó al mágico, tanta pena le dió su pronóstico, que cada día se le despedazaba el corazón de envidia de ver que su hijo había de llegar á mandarle á él; con lo cual apretado desta imaginación, se determinó á una de las mayores crueldades que en historia alguna se ha visto escrita, y fué quitar la vida á su hijo arrojándole en el mar. Halló oportuna ocasión á su deseo, y fué que habiéndose levantado tormenta, de suerte que ya á los marineros les ponía en cuidado, Fabricio, por perder el suyo entre él y un criado (sabedor de su cruel intento) en medio de la confusión de la tormen-

ta, se abrazaron con el inocente Silvio y dieron con él en el mar, diciendo á los de la nave haber él por desgracia caído, disimulando la traición el cruel Fabricio con el fingido llanto que hacía por Silvio.

Era el joven animoso, y sobre todo, gran nadador; vió la muerte cercana, y mostrando esfuerzo comenzó á luchar con la fortaleza de las olas por espacio de una hora larga. En este tiempo, de haber aligerado alguna nave que padecía riesgo, venían unas cajas por el mar, lo cual, visto por el naufragante Silvio, procuró asirse á una, sobre la cual, con más alivio, pudo resistir el ímpetu de las olas algún tiempo, hasta que apiadado el cielo, que á nadie desampara, calmaron los encontrados vientos y sosegaron las aguas. Pasaba en este tiempo un navío que caminaba á Sicilia con gente de aquel reino, y viendo al pobre Silvio abrazado con su caja, arrojaron el esquife en que le salvaron, metiendo en él la caja en que se había sustentado. De las astas del esquife le pasaron á la nave, donde los compadecidos navegantes le recibieron lastimados de su trabajo. Desnudáronle los vestidos que traía y acomodándole en una cama, pudo en ella repararse en dos días del daño recibido, pero no despedir de sí la tristeza de acordarse de la gran crueldad que su padre había usado con él, sin penetrar el fundamento que hubiese tenido. Fuéle preguntado á Silvio por el capitán de la nave de qué

país era, y él le dijo ser mercader alemán, que viniendo de la isla de Candia se le había ido á pique una nave en que venía, y que él sólo se había salvado de todos los que le acompañaban, en aquella caja de mercaderías suyas, habiendo perdido en la mar grande cantidad de hacienda. Consolóle el capitán, ofreciéndosele en lo que tuviese necesidad, lo cual le agradeció Silvio mucho. Allí le dijo como aquella nave iba á la vuelta de Sicilia, de donde eran naturales. Mucho se consoló Silvio de que al cabo de sus naufragios hubiese dado en manos de gente de su ley, y no en las de corsarios turcos enemigos della.

Con el próspero tiempo que les hizo, llegó la nave al puerto de Mesina, donde desembarcó toda la gente della, alegre de haber salido de los peligros del mar. Supieron luego como el rey de Sicilia, Rugero (que así era su nombre) tenía guerra con el rey Carlos de Nápoles, el cual había con gente venido á Sicilia con ánimo de conquistar para sí aquel reino, diciendo pertenecerle á él. Estaban, pues, los dos ejércitos cerca de la ciudad de Palermo (metrópoli de aquel reino), casi á la vista uno de otro, esperando cada día darse campal batalla, asistiendo allí sus dos reyes, con toda la nobleza de los dos reinos.

Cuando las cosas de Sicilia estaban en este estado, llegó á tomar tierra la nave en que el naufragante Silvio venía, el cual tomó particular amistad con el piloto della, que era casado en Mesi-

na. Este le llevó por huésped á su casa, á donde fué muy agasajado de su mujer y dos hijas que tenía, á quien contó el peligroso trance en que le habían hallado, cuya relación enterneció no poco los pechos de las piadosas mujeres, porque Silvio era de hermoso rostro y de gentil disposición, tanto, que se llevaba las voluntades de todos cuantos le trataban y consideraban que esta juventud se malograba en el hondo abismo del mar, á no haber llegado tan á buen tiempo el socorro.

Llevó Silvio la caja que le había sido de alivio en el mar á casa del piloto, sin haber tenido lugar hasta entonces de haberla abierto para saber lo que en ella traía, y un día que se halló solo en casa, tomando un martillo, rompió la cerradura della, abriéndola; así como quitó la cubierta de encima, y luego unos paños que había, le dejó atónito y espantado lo que en ella vió, porque todo cuanto encerrado en ella estaba, era una suma cantidad de finísimas piedras preciosas y de orientales perlas, de suerte que valía grandísima cantidad de dinero todo. De grande consuelo le fué esta impensada ventura á Silvio, viendo que con ella podía pasarlo bien en ajena tierra, ya que el rigor de su padre le desterraba de su patria, al cual es justo que volvamos, que llegó á Venecia con más buen temporal que merecía.

Fué recibido de su esposa alegremente, mas

como no le viese venir con su hijo, le preguntó muy asustada por él. El cauto y disimulado Fabricio, con fingido llanto, la hizo una falsa relación de su muerte, diciéndola haber caído en el mar, en medio de lo más furioso de la tormenta. Lo que la pobre madre sintió no se puede exagerar con razones; sólo diré que en muchos días no se enjugaron sus ojos, llorando la pérdida de su querido Silvio, el cual, con el impensado tesoro de su casa, vivía consolado. En primero lugar quiso agradecer á su huésped el buen acogimiento que le había hecho, y así, le dió de aquellas piedras y perlas, lo bastante para que con su valor dejase el peligroso oficio de piloto, teniendo caudal para tratar en mercancía á pie quedo, sin volver más al peligro del mar.

Era, pues, tan inteligente Marcelo (que así se llamaba), que en pocos días hizo despachar á Silvio, su huésped, aquella cantidad de piedras y perlas, de que hizo mucho dinero, con el cual tomó casa en Mesina y recibió criados, portándose en la ciudad autorizadamente, con que en breve tuvo muchos caballeros por amigos, siempre diciendo ser un caballero alemán y negando su patria, y esto lo pudo muy bien fingir, porque entre las gracias que tenía, era una el ser muy diestro en hablar seis lenguas, y entre ellas la alemana.

El suceso de la guerra corría mal por parte del siciliano rey, habiendo en una escaramuza perdi-

do mucha gente, y hallábase falto della y de dinero, obligándole esto á pedir cierto tributo por sus ciudades, y, asimismo, á mandar que se hiciese gente. Llegóse con este mandato á Mesina, ofreciendo los particulares de sus haciendas lo que podían; vino esto en ocasión, que en ella quiso Silvio mostrar su generoso ánimo, y así, entre las ofertas que al rey le hicieron, fué la suya de 50.000 escudos, cosa que admiró á los sicilianos mucho, juzgando que quien esta cantidad daba, sería riquísimo hombre. Bien serían 200.000 escudos los que había hecho Silvio de la caja hallada en la mar; y así, con los que le quedaban, quiso hacer otro nuevo servicio al rey, y fué, que tomando por su cuenta el levantar gente con el mucho dinero que gastaba, pudo en breve de Mesina y de los pueblos convecinos, hacer una compañía de quinientos hombres, de los cuales (lucidamente vestidos á su costa y mejor pagados) se hizo capitán, y con ellos partió donde estaba el rey con su ejército. Ya le habían escrito el servicio que Silvio le había hecho, corriendo la fama del rico alemán, que así le llamaban por todo el ejército, pues con su dádiva fué casi todo socorrido en la necesidad en que estaba, con lo cual, y saber el rey la gente que le llevaba, estaba deseosísimo de conocer á tal hombre. Llegó, pues, con su lucida compañía al ejército, y habiendo dado muestra de sus lucidos soldados, fué á besar la mano al rey, que

le recibió con mucho gusto, haciéndole muchos favores y honras. Alojóse aquella gente, y á Silvio le mandó el rey dar muy buen alojamiento. Dentro de dos días, entre los dos campos se movió una escaramuza, y fuése encendiendo, de suerte que casi llegaron á rompimiento; acudieron los dos reyes á esforzar sus soldados, y el siciliano metióse más de lo que debiera en lo peligroso de la batalla, de suerte que le mataron el caballo y se halló á pie, cercado de sus enemigos y con mucho riesgo de la vida.

Este día, que era el primero en que Silvio usaba las armas, quiso dar muestras de su valor, y en un poderoso y ligero caballo, discurrió por lo más peligroso de la batalla, dando la muerte á muchos enemigos. Sucedió llegar en la ocasión que vió al rey en el peligro referido, y haciéndole lugar á fuerza de sus golpes, pudo llegar á tiempo, que apeándose de su caballo, puso al rey en él, diciéndole:

—Vuestra Majestad se procure salvar, que es lo que á todos nos importa.

Reconoció el rey quién le hacía tan gran servicio, y dando de las espuelas al caballo, llegó donde su gente estaba, á quien dió cuenta del peligro en que á Silvio había dejado. Acudieron allá tres compañías de caballos; mas cuando llegaron, ya el esforzado joven había quitado á cuchilladas á un príncipe napolitano su caballo, y en él venía, haciendo ancha calle por donde pa-

saba. Esto era á tiempo que el sol dejaba el hemisferio, con que los dos campos se retiraron á sus cuarteles.

No había querido el rey desarmarse hasta saber nuevas de Silvio, cosa que dió no poca envidia á muchos caballeros, que eran sus validos. Llegó en esto Silvio acompañado de mucha gente, con quien el rey se alegró mucho, echándole los brazos al cuello y diciéndole:

—Bien sea venido el restaurador de mi vida, pues por su esfuerzo tiene Sicilia hoy vivo á su rey.

Besóle la mano Silvio, y el rey le preguntó si venía herido; él le dijo que sí, pero que con el gusto de haberle servido no sentía las heridas.

Mandó el rey que luego se fuese á descansar, y que acudiesen á verle sus físicos y cirujanos, y le curasen con mucho cuidado, como si fuera su misma persona. Uno de los mayores aficionados que tenía el valiente Silvio, era el duque de Calabria, hermano del rey, que era su capitán general en sus ejércitos. Este le acudió á ver luego, y asistió á su cura hasta que le dejó sosegado. En aquella escaramuza murió mucha gente de la napolitana, con que se determinó la de Sicilia (alentada de la victoria) á darles de ahí á dos días otro rebato. Supo esto Silvio, y por ser las heridas que tenía de poca consideración, no quiso dejar de hallarse en la batalla.

Llegóse el tiempo della, y habiendo rompido los dos ejércitos, como los napolitanos estaban amedrentados del día pasado, presto fueron desbaratados de los contrarios, haciéndoles volver las espaldas. Este día se señaló mucho más Silvio, pues hallándose en ocasión de llegar junto al rey de Nápoles, le pudo prender por su persona, á costa de algunas heridas que en el trance recibió; mas al fin, él fué poderoso á llevarle á la tienda del rey de Sicilia, á pesar de sus soldados, donde le tuvo hasta que el rey llegó, sabiendo ya el buen suceso de la guerra con la prisión de su contrario.

Apeóse el rey, y halló al de Nápoles sentado en una silla, y cerca dél al valiente Silvio con otros caballeros. Levantóse á recibir al siciliano, el cual le abrazó con rostro afable, diciéndole:

—Vuestra alteza lleve este golpe de fortuna con el valor y prudencia de que es dotado, y esté cierto que su arrogancia le ha puesto en este estado, pues estando yo quieto en mi reino, quiso venir con demasiada ambición á tiranizármele, y hale salido muy al revés su intento. Mas porque á los afligidos no se les debe dar más aflicción de la que tienen, lo que le suplico es que descanse y se sosiegue, y crea que no está como prisionero en mi poder, sino como dueño y señor de todos.

Agradeció el napolitano con corteses razones las que oía al de Sicilia, y porque Silvio no que-

dase sin el premio debido de su hazaña, le abrazó el rey muchas veces, levantándole de sus pies con un título que le dió de marqués en su reino, cosa que á todos les pareció bien, y al mismo rey de Nápoles que alabó el esfuerzo y resolución que tuvo Silvio en prenderle. En esto le envió á que se curase, y siendo hora de cenar les dieron á los dos reyes la cena en aquella tienda, teniendo en la mesa el de Nápoles el mejor lugar. Acabada la cena, el de Sicilia dejó allí á su prisionero alojado con sus caballeros de la cámara, que se buscaron para que le sirviesen, y con buena guarda afuera, y él se fué á la tienda de su hermano, el duque de Calabria, donde posó aquella noche.

Con la prisión del rey de Nápoles se acabó la guerra, y él fué llevado á la corte, que estaba en la ciudad de Palermo, mandando á su ejército que diese la vuelta á Nápoles. Tenía el rey de Sicilia una hija; y porque las paces se efectuasen entre los dos reyes, la pidió por mujer el de Nápoles. Efectuáronse las bodas, haciéndose grandes fiestas de justas, torneos y máscaras, en las cuales siempre Silvió aventajó á todos con mucha gala, siendo esto causa de ser muy bien recibido en la corte de todos, en particular era grande la privanza que tenía con el rey, habiéndole hecho gentil hombre de su cámara, y dado muchas ayudas de costa, cosa que él no había mucho menester por estar rico del marítimo tesoro de la caja.

Como el marqués Silvio continuase mucho en la casa del duque de Calabria, la hermosa Diana, única hija suya, puso los ojos en él, de suerte que el niño amor la aprisionó con fuertes vínculos de voluntad, que de allí adelante mostró tener á Silvio. Esto procuró dárselo á entender un día que viniendo á visitar al duque, su padre, no le halló en casa y la dama le recibió por él la visita. Allí, en las demostraciones, conoció Silvio ser amado de ella, y aunque su grande hermosura le convidaba á tener amor, el conocerse tan inferior á hija de tan gran señor, le daba encogimiento para no darse por entendido, cosa que Diana en varias ocasiones que se vió con él lo sintió mucho.

Dispúsose la partida del rey de Nápoles á su reino, llevándose á su esposa; pero fué tan desgraciada que antes de llegar á Nápoles enfermó de una peligrosa enfermedad que dió fin á su vida, sirviéndoles así á su esposo, como á su padre, de gran desconsuelo esta pérdida, tanto, que acabó en breve con los días del anciano rey. No tenía otro heredero sino á su hermano el duque de Calabria, y así luego que las exequias fueron hechas, le juraron por rey con mucho gusto de los sicilianos, que era bien querido de todos. No por verse Diana princesa de Sicilia, y heredera de aquel estado (por no tener el duque esperanzas de tener más hijos) se le enfrió el amor que al marqués Silvio tenía; antes con mayores veras

deseaba que sin empacho la sirviese, más él, conociendo la desigualdad de los dos, nunca se atrevió á esto, si bien la amaba tiernamente.

Tuvo el nuevo rey, en tiempo que era duque, ciertos encuentros con el marqués Arnesto, un señor rico á quien trató mal de palabra, y él estuvo muchos días ausente de Sicilia por esto; más después volvió á su estado, y retirado en él, siempre tuvo reciente este agravio, deseoso de vengarse, pero viendo ya rey al que era duque, le tenía temeroso, para emprender su venganza, hasta que otro título deudo suyo, también quejoso del rey, le alentó, y dió ánimo para que dél se vengasen los dos, carteándose con el rey de Francia, y ofreciéndole que si eran dél honrados y preferidos á todos los caballeros de Sicilia, le darían este reino en las manos, con muerte de sus reyes y príncipes. Aceptó el francés este ofrecimiento por lo bien que le estaba, y así fueron disponiéndose las cosas para el efecto.

Lo que pretendían era hacer una mina que viniese á dar debajo del cuarto del rey, y volarle una noche con pólvora, y así en una parte de un muro (cimiento que era de una torre de aquel suntuoso edificio). Comenzaron á media noche su obra, prosiguiéndola siempre á esta hora, hasta cerca de la mañana, valiéndose los autores della, de vasallos suyos, de quien fiaron el secreto de cosa de tanta importancia. Bien habría un mes que la obra se había comenzado y estaba ya tan en el

fin, que para de ahí á cuatro noches había de surtir efecto su maquinada traición. Sucedió, pues, que como la princesa Diana perseverase en favorecer al marqués Silvio, él hubo de admirar esta dicha y no despreciarla, considerando que con menos partes y servicios que los suyos, otros se atrevieron á este empleo, y que pues la fortuna se lo ofrecía, y el mágico de la Isla de Chipre le había dicho que había de verse en alto estado, que sin duda por aquel camino se le disponía el cielo. Con esto comenzó á servir á Diana con muchas veras y no menor recato. Habíale la princesa mandado una noche (á la mitad de su curso) acudir debajo de una galería para hablar con él, y esto era hacia la parte donde se trabajaba en la mina. Llegó allí Silvio á deshora, después de venir de hablar con Diana, y vió salir mucha gente por la boca de la mina, cosa que aquella hora le puso en gran cuidado. Mezclóse entre la gente con disimulo, y oyó decir á uno dellos:

—Paréceme que queda bien aquella munición en la forma que se ha puesto.

Replicó otro:

—Bien está así; más presumo que es poca y que no haga el efecto que se desea, que para volar una máquina tan grande como la fábrica deste palacio, es necesario más materia; bien será decir eso al marqués Arnesto mañana para que él lo disponga de modo que no le salga vana su intención.

—Quede así de acuerdo, dijo el segundo, pues hay un día enmedio antes de llegar al señalado; mala noche le espera al pobre rey.

Esto pudo oir Silvio, de donde infirió que el marqués Arnesto (poco afecto al rey), le maquinaba alguna traición con alguna encubierta mina. Dejó ir la gente, y disimuladamente se quedó solo encubierto de una esquina, hasta que los vió ir lejos de aquel puesto, con lo cual volvió Silvio á la parte donde habían salido y pudo reconocer, á la clara luz de la luna (que entonces salía), una boca de mina, que con unas piedras á su medida estaba cubierta.

Esto le bastó para confirmar su sospecha; fuése á recoger á su posada, durmiendo muy poco aquella noche, con el cuidado de ir á la mañana á dar cuenta al rey de lo que había visto. Salió la blanca aurora, más perezosa que el gallardo Silvio quisiera, y habiéndose vestido, fué á Palacio, pidiendo licencia al rey para hablarle á solas. Diósela, y viéndose en su presencia, le hizo relación de lo que la noche pasada había visto, tomando primero la palabra al rey de que no le había de preguntar la causa de haberse hallado allí aquella hora.

Admirado quedó el rey de lo que oía á Silvio; tanto, que á no tener bastantes experiencias de su fiel trato y verdad, presumiera que le engañaba; mas como esa noche, con la evidencia que ofrecía se había de desengañar, dióle crédito.

Aquel día pasó el rey retirado con Silvio en grandes discursos sobre lo que se debía hacer.

Volvamos al marqués Arnesto, el cual, como tenía dispuesta la ejecución de su alevosía para la segunda noche, su cómplice, y deudo suyo, había dado aviso al francés, y así, estaba aguardando la ocasión con gente; ésta tenía en galeras á la vista de Sicilia.

Llegó la noche antes de la señalada, y en ella quiso el traidor Arnesto y sus conjurados, ver la disposición que había en la oculta mina, y así, á la media noche, acudió á ella, donde halló su gente disponiendo de más munición para tener más cierto el efecto.

No se descuidaba Silvio á este tiempo, porque habiendo avisado al capitán de la guardia, juntando sus soldados con la mayor quietud que pudo, llegó al puesto de la boca de la mina, cercándola, y estando todos en quieto silencio, vieron salir al marqués y su compañía, de dejar en orden su pólvora y barriles. Dejáronlos salir á todos por consejo de Silvio, y luego los acometieron los soldados de la guarda. Como se hallaron descuidados del daño que les venía, turbáronse de modo que fué fácil prender, sin derramamiento de sangre, al marqués y á los caballeros que le acompañaban en la traición. Fueron llevados á una torre, donde los cargaron de prisiones, dejándolos con guardas de vista. La demás gente que trabajó se puso en oscuros

calabozos, y ésto hecho, fué Silvio á dar cuenta al rey de todo, el cual se quedó suspenso viendo cuán notable traición le armaba, y cuán cercana tenía su muerte si no fuera por Silvio, á quien agradeció con muestras de grande amor el servicio que le había hecho; junto con este agradecimiento le vino el premio, pues de allí adelante fué Silvio la segunda persona del rey, y por cuya mano corrían las consultas y todos los negocios del reino.

Para más justificación de parte del rey, en el cargo que se le hacía al marqués Arnesto y cómplices, quiso él mismo en persona bajar á ver la mina, en la cual reconoció toda la munición de pólvora y barriles que tenía para volar el Real palacio, siéndoles á muchas personas manifiesto; sobre lo cual, con este indicio tan claro, se dieron tormento á los que trabajaban en la obra, en los cuales confesaron de plano haber acudido á ella por mandato del marqués, y pagádoles su trabajo; y, asimismo, declararon para el fin que habían oído que se hacía, que era para volar el Real palacio la siguiente noche y dar muerte al rey y á la princesa. Con esta confesión salió la sentencia contra el marqués, que fué mandarle cortar la cabeza como traidor, y, asimismo, á sus cómplices. Esto se ejecutó de ahí á cuatro días, en la plaza de la ciudad de Palermo, quedando los estados del marqués y haciendas de los demás, confiscados para la Real corona, todo lo cual fué

dado á Silvio con título de Grande del reino, con que quedó poderosísimo príncipe y la primera persona de Sicilia.

Algunos deudos del marqués quisieron hacer conjuración contra el rey; mas él, que tuvo aviso desto, presto fué al remedio con la buena diligencia de Silvio, prendiendo á los sospechosos en diversas fortalezas del reino. Con esto se aseguró deste peligro, por donde se hizo temido el rey y respetado de sus vasallos. Pasaban adelante los amores de la princesa y de Silvio con mucho secreto, cuando el cielo determinó dar fin á los días del rey con una grave enfermedad que le vino, con la cual, viéndose en el último término de su vida, llamó á su hija y díjole estas razones:

—Amada y querida Diana: el cielo dispone que yo rinda el feudo que los mortales, con esta vida, que á todos les es prestada. Bien quisiera que esta fatal vida se dilatara un año, siquiera para que en él te diera esposo á tu gusto y como mereces; mas pues mi fin se apresura, he considerado (temiéndome de alguna novedad en el reino con la muerte del traidor marqués Arnesto) que así para tu empleo como para defensa desta tierra, ningún esposo puedo al presente darte de más valor y partes que el marqués Silvio, pues en él concurren todas las que un perfecto príncipe puede tener. Bien conozco que en sangre no te iguala, pero no es el hombre primero que por

su valor se ha hecho monarca en el mundo, que las historias vemos llenas de ejemplos, en que muestran haber subido humildes hombres, con el valor de las armas y virtud de sus costumbres, á tales dignidades. Yo espero de Silvio, que reconocido del bien que le viene con este empleo, sabrá siempre respetarte y darte la debida estimación que á quien eres se debe.

Aguardó el rey la respuesta de su hija, la cual fué breve y compendiosa, pues no dijo más de que ella estuvo siempre subordinada á su voluntad, y que así podía disponer della como fuese servido. Abrazóla el rey, y ella le besó la mano; mandó luego que le llamasen á los ancianos caballeros de su Consejo de estado, y estando en su presencia, en breves razones les dió parte de su voluntad, y llamando á Silvio en presencia de todos, mandó que diese la mano á la princesa. Estaba allí el arzobispo de Palermo, que era uno de los del Consejo de estado, el cual celebró el consorcio, quedando Silvio y Diana desposados, y con el contento que podéis pensar. Ese día murió el rey, y en los nueve siguientes se le hicieron las exequias, después de las cuales, Silvio fué jurado por el rey de Sicilia con grande solemnidad, haciendo aquel día muchas mercedes á todos.

Contento y alegre vivía en la suprema dignidad de rey, alcanzada por su valor y partes, y cumplido el pronóstico del mágico de Chipre, cuando en Venecia hubo aquel año grande esterilidad de

trigo, de suerte que la República se vió en grande apretura, y para remedio desto, nombró á Fabricio, padre de Silvio, que en nombre del Senado, y con comisión suya, fuese á Sicilia por cantidad de trigo, para remediar la hambre de su patria. Mucho sintió el anciano Fabricio, ir en esta ocasión á servir al Senado, por tener á su esposa enferma; pero fué fuerza disponerse á la jornada. Llegó á Sicilia con próspero viento, y en tomando tierra partió á la Corte, que como había en algunas partes la falta que en Venecia, había mandado el nuevo rey Silvio, que no se sacase trigo del reino, sin que expresamente le pidiesen á él licencia la persona ó personas que lo sacasen. Así fué Fabricio á verse con el rey, que también llevaba carta del Senado que darle.

Dióle el rey audiencia, deseosísimo de saber cosas de su patria, y para ésto quiso dársela á solas. Entró Fabricio á la presencia del rey, á quien no conoció, porque la barba que ya tenía, y el ser más hombre, le hizo desconocerle. Mas, Silvio, así como vió á su cruel padre, al punto fué conocido dél. Estaba el rey arrimado á un bufete; llegó Fabricio, y poniendo la rodilla en tierra le besó la mano, y luego dió la carta de la República. Algún tanto rehusó el rey querer darle la mano, más al fin sin reparar en ser su padre se la dió con poco cariño, que ya tenía con él una secreta antipatía que le borraba el amor de hijo á padre. Leyó la carta del Senado, y des-

pués de haberle concedido licencia de que de su reino sacase todo el trigo que fuese menester, le comenzó disimuladamente á preguntar por cosas de Venecia, y tan menudas algunas, que Fabricio se admiró que el rey estuviese tan noticioso dellas. Finalmente le preguntó por sí mismo, como que no le conocía, á lo cual respondió Fabricio ser él la persona por quien le preguntaba, presumiéndose que por su fama tenía noticia dél. Entonces el rey le dijo que qué se había hecho un hijo que tenía, llamado Silvio. Enterneciósе Fabricio, y díjole:

—Señor: ese joven por quien vuestra alteza me pregunta, murió malogrado; porque yendo de la Isla de Chipre para Venecia, cayó del navío en el mar y se ahogó; con que desde entonces no he tenido día de gusto ni contento. Diferente corrió la fama por Venecia, dijo el rey, aunque no en público, porque se dijo que después de haber consultado á un mágico de Chipre, y sabido dél que vuestro hijo había de subir á una gran dignidad, en que le habíades de reconocer vasallaje y hacer reverencia, os causó tanto odio, que olvidado del amor paterno, vos y un criado vuestro, llamado Camilo, le arrojástes al mar.

Turbado y perdido el color, quedó Fabricio con lo que oyó al rey, y aunque quisó hablar, la lengua se le anudó á la garganta, de modo que comenzaba las razones, y no las acababa. Lo cual visto por el rey, le dijo:

—Para que veáis que á lo que el cielo tiene dispuesto no hay humano poder que lo estorbe, yo soy Silvio, y no digo que vuestro hijo, porque contradice la cruel acción vuestra al nombre de padre; pero mientras en contra no haya otra cosa averiguada, vos habréis de serlo.

Entonces le abrazó con muestras de amor, aunque no sentía el corazón lo que el rostro publicaba. Absorto se quedó Fabricio con lo que oía al rey, pareciéndole pasar aquello en sueño; dió mil abrazos y besos al rey, y con lágrimas confesó su culpa. Díjole el rey que convenía no decir por entonces que era su padre, por haber él negado su patria; que ocasión habría para hacerlo, pero que permitía que lo pudiese escribir á su madre. Mandó el rey aposentar á Fabricio en Palacio, y que se le regalase con mucho cuidado, hasta que fuese despachado, é hizo que se le juntase todo el trigo que él pidió, y á acosta del rey se fuese, embarcando para Venecia.

Ya se refirió cómo Camila, esposa de Frabricio, quedó enferma cuando él partió de Venecia, pues agravándosele el mal, llegó á lo último de su vida, en el cual tiempo y término le llegó la alegre nueva de que Silvio, su hijo, era rey de Sicilia. Sumamente se alegró Camila con ella, mas no bastó este gusto estando tan debilitada de fuerzas para darla salud; y así el siguiente día, viéndose ya en el último trance de su vida, delante de su confesor y de dos ancianos, tíos su-

yos, declaró que su hijo Silvio no lo era de Fabricio, su esposo, porque estando él ausente en Alemania, vino á Venecia el marqués de Monferrato, desposeído de su estado por el duque de Milán, á favorecerse de la República, y este Príncipe la solicitó, de suerte que dél se hizo preñada, y dió á entender que de siete meses era el Infante, habiendo dos antes que la tratara. Esta declaración se tomó con autoridad de notario, y se envió luego á Sicilia á manos del rey, que no se holgó poco de verse hijo de más noble padre. Vióse con Fabricio en secreto, y mostróle la declaración autorizada que había acabado de recibir, con que le dejó muerto de pesar; por ésto conoció el rey que el no tener sangre suya le hizo arrojarle al mar; mas en las obras no pareció ser ajeno della, pues dándole muchas dádivas á Fabricio, y todo el valor del trigo que embarcó para él, le envió á Venecia, habiéndose cumplido el pronóstico del mágico. Llegó Fabricio á Venecia, aunque rico, no mucho de gusto, y agradeciéndole el Senado la bu ena diligencia que puso en servirle, desc ansó algunos días, aunque pocos, porque la liviandad de su esposa le acabó la vida. Silvio gobernó á Sicilia, en compañía de su esposa, en quien tuvo muchos hijos que les sucedieron.

A todo el auditorio dió gusto la novela de la hermosa doña Lucrecia, que la dijo con mucho donaire. En segundo lugar, le cupo la suerte de

novelar á un caballero hermano suyo, llamado don Bernardino; tomó asiento en su distrito, y con muy buen despejo, sucediendo á su hermosa hermana, dijo esta novela desta manera.

FIN DE LA NOVELA SÉPTIMA

La fuerza castigada

A don Carlos de Borja, caballero de la orden de Nuestra Señora de Montesa y gobernador de Castellón de la Plana.

Muestra de la noble generosidad, es amparar la humildad y hacer estimación de cualquier dádiva por pequeña que sea. Esto me ha animado buscar tan generoso estilo *(sic)* para amparo de la humilde ofrenda, que sólo ha tenido de acierto la elección del Mecenas en v. m., de quien se vale para tantos críticos que aguardan materia para ejercer sus agudos estilos. A generoso patrocinio se arrima; por cuenta de v. m. corre su defensa, como lo espera su autor. Guarde Dios á v. m. largos años como desea.

De v. m. su servidor,

Don Alonso de Castillo Solórzano.

NOVELA OCTAVA

Por muerte de Wenceslao, rey de Hungría, heredó el cetro de aquel reino Ladislao, único hijo suyo, mancebo de generoso ánimo y virtuosas costumbres, amado y querido de sus vasallos. Fué jurado por rey después de haber hecho las exequias de su difunto padre, y comenzó á gobernar el primer año con el mayor acierto que rey ni monarca lo había hecho de cuantos las historias alaban. Pero como la verde juventud la dañan, ó los malos consejeros, ó las compañías poco seguras, en la deste joven rey hubo tantos aduladores que se la estragaron de tal suerte, que vieron malogro della; pues el que mostró severidad en sus verdores, rectitud en sus procedimientos, degenerando desto, dió en darse á entretenimientos con damas, de tal suerte, que le distrajeron de lo que antes era.

Su ejercicio no era otro que andar de noche en travesuras, inquietando mujeres de buenas caras, de cualquier estado que fuesen, y con ésto, estando de por medio el poder de un rey, ser galán y agasajador de la hermosura, pocas eran las

que no se le rendían. Con el mal ejemplo de su cabeza, se atrevieron los miembros della (á imitación suya) á ser inquietos y á no dejar honra en su lugar; que es de grande consideración para la conservación de una república, ver en los súbditos modestia y compostura en el señor, para que les sea freno y terror para sus atrevimientos.

Sucedió, pues, que á la corte de Hungría llegó un conde francés que, desavenido de su rey por ciertos disgustos, se vino á amparar del húngaro monarca. Halló en él buen acogimiento y alegre rostro, porque traía consigo cartas seguras de recomendación, en la hermosura de una hija suya, llamada madama Flor de Lis, cuya beldad era sin igual en toda Europa. El día que fué con ella Ricardo (que así se llamaba el francés conde) á besar la mano al rey, se quedó Ladislao sujeto á las blandas leyes de Cupido, y prisionero de su beldad. Esto le fué de gran consideración á su padre de la dama, porque no halló más eficaz medio para obligarla á que la favoreciese, que honrar á su padre; y desde aquel día, primero que la vió, le comenzó á favorecer con todo extremo, de tal suerte, que era de los primeros señores de Hungría, y por quien hallaban los pretendientes el más seguro favor para conseguir sus pretensiones. Ofrecióse haber un sarao en Palacio, á donde concurrieron todas las damas de la corte, entre las cuales se halló la hermosa Flor de Lis; con este intento le trazó el

rey, danzando con ella. Pudo, en el ínterin que otros danzaban, con breves razones, darle parte de su amorosa pasión, declarándola su amor con las más eficaces persuaciones que pudo. Por entonces, madama no se dió por entendida, mezclando pláticas diversas, con que el rey tuvo necesidad, para sosiego de su amorosa inquietud, de valerse de un gentil hombre de su cámara, caballero entendido, á quien quería mucho, con quien la escribió un papel, dándole en él más largamente cuenta de sus amores y pidiéndola le favoreciese, pagándole su voluntad. Viendo Flor de Lis que era fuerza el responder al Rey, lo hizo con tanta severidad, que por entonces se dió él por imposibilitado de poder conseguir su amorosa pretensión. Con todo, no desistió della, antes con más fineza la procuró servir, siendo ya en toda la corte pública su afición, como la resistencia de la francesa dama. De nuevo quiso obligarla con dar mayores honores á su anciano padre, dándole mano para que despachase las consultas de los oficios del reino, con que llegó al colmo de su privanza, y á tener los grandes de Hungría no poca envidia de ver antepuesto á ellos un extranjero. Todo esto no obligaba á la hermosa Flor de Lis nada, estando tan entera á sus persuaciones del rey, como si su padre fuera de los quejosos del reino.

Era la edad del conde Ricardo mucha, y así con un pequeño accidente que tuvo, continuándo-

le por algunos días, acabó con su vida. Su entierro se hizo con grande ostentación, no faltando á él, por lisongear al rey, cuantos príncipes y caballeros se hallaron en la corte. Quiso el rey de secreto dar el pésame á Flor de Lis, y así la previno para que una noche supiese que la quería visitar. Hubo de admitir esta visita, en la cual con más vivas razones ponderó el rey su amor, y con mayores afetos su voluntad; tanto supo obligar con finezas, perseverando en su amoroso intento, que la fortaleza de la que antes había resistido flaqueó y se le rindió, de suerte que vino á verse en posesión el que antes vivía con tantas esperanzas. Ya en la corte eran públicos estos amores, y así los pretendientes para alcanzar el oficio ó cargo que pretendían, se valían del medio de la hermosa Flor de Lis, cuya intercesión acabó siempre cuanto quiso.

Duró algunos años esta correspondencia, y viendo los principales y ancianos señores del reino que al rey le convenía para tener sucesor que le heredase, casarse, le suplicaron que tomase estado. Entretúvoles el rey algunos días con buenas esperanzas, pero viendo que por estar prendado del amor de Flor de Lis, éstas se les iba dilatando, instaron de nuevo en esta súplica, proponiéndole que le estaría bien una de tres infantas, la de Francia, de Bohemia ó Dinamarca. Tan persuadido se halló el rey de sus vasallos, que hubo de forzar el gusto por condescender con

el suyo; y así eligió á la infanta de Bohemia por esposa suya, y envió al almirante de Hungría que fuese por ella con aquella grandeza que pedía quien venía á ser reina de aquel reino, y esposa suya. Lo que sintió esto Flor de Lis no se puede ponderar con razones. Asistía el rey á su consuelo cada noche, y bien le había menester, porque en esta ocasión se hallaba preñada de siete meses.

Partió el almirante de Hungría con grande acompañamiento de príncipes y caballeros, por la que venía á ser reina suya, y hallándola á la raya del reino acompañada de toda la nobleza de Bohemia, se le hizo entrega della como se acostumbra. Esotro día se partió para Hungría; no faltó en el camino quien á la reina avisase de los antiguos amores del rey con Madama Flor de Lis, y así mismo como estaba preñada dél (cosa que sintió la reina mucho), comenzando desde entonces á hacer su oficio los celos, y aumentábaselos más el saber la grande hermosura de la francesa dama, con que llevaba presupuesto que luego que llegase á la corte de Hungría, tratar de que saliese desterrada della, por no tener á la vista ocasión con que el rey la ofendiese.

Llegó á la gran ciudad de Belgrado, donde fué recibida, así del rey como de todos príncipes y señores de Hungría, con muchas fiestas y grandes regocijos. Pocos días después de su llegada, parió la hermosa Flor de Lis un hijo, cuya her-

mosura salió muy parecida á la de su madre. Holgóse el rey con el recién nacido infante, yendo de secreto á verle. Este niño fué el consuelo de su madre en el sentimiento que del casamiento tuvo.

Trató luego Ladislao que se llevase á criar fuera de la corte, y para esto eligió al conde Anselmo, un caballero anciano que residía en una aldea (cuatro millas de allí), retirado. A éste envió á llamar y le encargó la crianza de su hijo. No se atrevió el conde á llevarle á su casa, temiendo que su esposa no pensase que era suyo; y así hizo confianza de un vasallo, hombre de bien que tomó por su cuenta la crianza con mucho cuidado y secreto, no sabiendo cuyo hijo era, porque el conde no se lo dijo. Vino la reina á saber el parto de Flor de Lis, y como el niño se criaba fuera de la corte, no quiso darse por entendida desto, hasta ver mayores demostraciones en el rey. Presto se ofreció ocasión, en que hubo de manifestarle el amor que la tenía, en daño y celos de la reina, porque dentro de seis meses que Flor de Lis parió, le sobrevino una enfermedad tan grave que acabó con su vida. En toda ella no faltó el rey ninguna noche de su casa, y todo lo sabía la reina, con que pasaba muy malos ratos, hasta que supo la muerte de Flor de Lis, que aún cuando no se la hubieran dicho, se manifestaba por el semblante del rey, que como la quería tanto, no pudo con toda su cordura, disimular la pena de

su pérdida, tanto, que la reina, no pudiendo sufrir más el agravio que se le hacía, manifestó al peso del sentimiento del rey, la pasión de sus celos, dándole cuenta de lo que sabía de su empleo. Procuró el rey volver en sí y disimular su pena, pero era tanta que no pudo; y así la reina, agraviada de nuevo por ver en él estos extremos en tan poco tiempo que eran casados, comenzó á hacerlos de celosa, y á no querer salir á los actos públicos, con que el rey se vino á desabrir con ella, de modo que olvidado á lo que debía á su decoro, y al estado que tenía, volvió á sus primeras mocedades, y á su gracia volvieron aquellos que se las fomentaban y aplaudían. Esto llegó á tanta rotura, que la reina se determinó volver á Bohemia con su padre, y así le escribió sobre esto, dándole cuenta de lo que pasaba.

Sintió el bohemio esto con veras, y así escribió al rey una carta afeándole lo que con su hija hacía, no digno de su calidad ni estado, amenazándole que si no se enmendaba se la sacaría de su poder. Era Ladislao muy poco sufrido, muy altivo y soberbio, y pareciéndole que aquella amenaza era demasía para con él, y tenerle en poco el rey de Bohemia, resolvióse con el parecer de aquellos nuevos consejeros que le seguían y acompañaban en sus travesuras, de enviar á la reina á Bohemia con libelo de repudio. Tan desavenidos estaban él y ella que fácilmente se concertaron en esto, y así, con muy poco acompaña-

miento la envió á su padre. Llegó á Bohemia al tiempo que halló á su padre enfermo, y con el pesar de ver enviar á su hija, se le acrecentó el mal y dió fin á sus días. Heredóle un hijo de edad de doce años, y esto fué causa de que Bohemia no manifestase el sentimiento desta acción del húngaro con las armas en la mano.

Quedando, pues, Ladislao con libertad y sin esposa, dióse más á sus anchuras, y llegó á tanto su atrevimiento, que emprendió gozar á la hermosa Alfreda, hija del duque Alberto el mayor señor de Hungría, hermano del marqués Guillermo, los dos mayores señores del reino. Esto lo intentó por tan declarados medios, que la publicidad de su arrojamiento irritó los ánimos de su padre y deudos. Resistía la dama cuanto podía á sus importunaciones, más el rey estaba tan enamorado della, que cuanto más era despreciado, tanto más se le aumentaban sus deseos. Resolvióse un día por medio de una criada, que sobornó con grandes dádivas, á entrar en su cuarto de noche, hasta el aposento donde Alfreda dormía. No se concertó ésto con tanto secreto, que no lo viniese á oir un criado del duque, padre de la dama, el cual luego se lo fué á decir á su dueño. No vivía el duque tan descuidado que no estuviese receloso desto, por algunas novedades que había visto en entrar algunas personas en su casa, que poco antes no tenían entrada, si bien estaba seguro de parte de la

hermosa Alfreda su hija. Con el aviso que le dió el criado, se resolvieron él y el marqués Guillermo, su hermano, acompañados de algunos criados de confianza, á aguardar al rey aquella noche. Llegó la hora concertada y no faltó de venir á ella al puesto que la criada le había señalado, viniendo acompañado de un caballero privado suyo. Ya estaba toda la casa del duque recogida al parecer de la sobornada sirviente, la cual salió á abrir la puerta al rey, á quien llevó con quietos pasos á su aposento, para que en él aguardase mejor disposición para el efecto de su deseo. Era el cuarto de Alfreda algo apartado del de su padre, que en esto fundó la traidora criada el entrar en él al rey, considerándose lejos de los oídos del duque, cuando algo hubiese. Todo estaba en quieto silencio, y al parecer del rey todos sepultados en blando sueño, cuando llevado de la criada entraron los dos en el cuarto de la descuidada dama. Apenas en él pusieron los pies, cuando de un hueco de una ventana que cubrían dos paños de tapiz, salieron el duque y su hermano y descubrieron una linterna que tenían oculta su luz, embistieron con el rey á quien brevemente quitaron la vida sin valerle su defensa. Por esta pena pasó la criada que le guiaba y el caballero que le acompañaba, que hallaron en el aposento de la criada. A este tiempo despertó Alfreda admirada de ver en su aposento hecha tan sanguinolenta crueldad, ignorando

que fuese el rey el objeto de la cólera de su padre y tío. Los homicidas tomaron el cuerpo del rey y de su privado, y con la obscuridad de la noche los pusieron á las puertas del real palacio, donde á la mañana fué visto de los que madrugaron, aquel funesto espectáculo.

No causó mucha lástima á la corte, porque no era bien recibido en ella; que esto tienen los príncipes mal admitidos de los vasallos, que en sus muertes no causan el sentimiento que causaran, gobernándolos con amor y cuidado de la justicia. Trataba el rey más de sus gustos que desto, y así tuvo el fin que vemos. Fué llevado el cuerpo á su cuarto, donde se trató de aderezarle con preciosos olores y bálsamos, para darle sepulcro donde le tenían sus antecesores.

En tanto que se trataba desto, los inmediatos á la corona de Hungría, que eran tres príncipes muy cercanos, deudos del difunto rey, en igual grado, aspiraban á ser cada uno dueño de aquel imperio, y para esto convocaban sus deudos, amigos y valedores, valiéndose cada uno de su poder, con que estaba la ciudad de Belgrado á pique de perderse con civiles guerras. Supo esto el conde Anselmo en su aldea, y para atajar este daño, llevó consigo al infante Wenceslao, que aún no sabía quien era, previnole un vestido de luto y partió con él á la corte, donde llegó á tiempo que halló en palacio á los tres príncipes, Arnesto, Honorio y Rosendo, que cada uno con

ayuda á su parcialidad, deseaba coronarse por rey. Era el conde Anselmo por su sangre y partes estimado y respetado de todos los señores del reino, y como viesen su anciana persona en medio de todos y que les rogaba le oyesen, guardóle cada uno el debido respeto, dando lugar á que les dijese estas razones:

—Príncipes generosos, que por la real sangre que tenéis de nuestros reyes, aspiráis justamente á la corona deste reino, merecida de todos tan igualmente, que á estar en mi mano el darla, veo en todos tan iguales méritos, que dudara cual la merecía mejor, suplícoos que me déis atención, pues mi venida ha sido sólo con deseo de poner paz en vuestras diferencias y quietud en vuestras disensiones. El malogrado rey, que á las manos de traidores ha perdido la vida, como habéis visto, tuvo aquellos tan sabidos amores con madama Flor de Lis, de los cuales resultó proceder de los dos un hijo. Este se ha criado en Froralba, aldea de mi estado, y donde yo asisto. El orden que tuve para llevarle á criar fué del rey por este papel, con que me envió á llamar, y, asimismo, por éste que os muestro le reconoce por hijo suyo, que parece que el hacer esto fué prenuncio de que había de morir sin poderlo declarar. Estos son los papeles firmados de su real mano si hacen fe para con los tres, y sabéis que hijo natural por leyes destos reinos los hereda, no es justo que le pierda el príncipe Wen-

ceslao, que es este joven que me acompaña.

Reconocieron todas las firmas del rey, y, asimismo, que le era debida á Wenceslao la corona de Hungría, y así, sin obstáculo ninguno, le dieron todos la obediencia, y tras ellos los demás príncipes y caballeros que en aquella sazón se hallaron, entre los cuales estaban los homicidas del rey. A todos recibió Wenceslao con grande amor y afabilidad, admirado de verse rey, quien tenía por cierto ser hijo de un hombre plebeyo. Trataron con esto de dar sepulcro al difunto; entraron en la sala, donde estaba un régio túmulo cubierto de brocado, y en él armado el rey Ladislao. Llegóse á él el conde Anselmo, y tomando de la mano al nuevo rey (que entonces sería de edad de quince años) le dijo estas razones:

—Soberano Wenceslao: este es el cuerpo de vuestro padre Ladislao, rey que fué deste reino de Hungría. Su muerte fué violenta, rindiendo el espíritu á las traidoras armas que le quitaron la vida. La que vivió fué tan libre y tan ajena de consejo, que aun lo que reinó lo tuvimos á muy gran suerte, pues de sus atrevidas acciones estábamos cada día esperando lo que vemos ahora. Cuerdo sois; este espectáculo sangriento os abra los ojos del entendimiento para considerar que quien viviere como vuestro padre, no puede esperar menos que este desastrado fin. Su escarmiento os sirva de freno á esa verde juventud, admitiendo el sano consejo del vasallo pru-

dente, y gobernándoos por cuerdos varones, no perdiendo de vuestra memoria este trágico suceso, que si así lo hacéis, estoy cierto que no podréis errar.

Admitió el rey la prudente amonestación del anciano conde; agradeció su buen celo, y prometió á todos portarse muy diferente que su padre, con lo cual se entró en su real cuarto, adonde recibió los pésames de todos aquellos príncipes. Dieron sepulcro al rey muerto; y acabados los días de las funerales honras (que se hicieron con grande majestad), trataron los grandes de que se jurase á Wenceslao por rey de Hungría, conforme á los fueros y costumbres de aquel reino, que eran en un público teatro, en la plaza principal de la corte, recibir la corona y cetro de aquel imperio. Propusiéronle el día que tenían determinado ésto á Wenceslao, mas él le defirió hasta de allí á un mes, cosa que á todos se les hizo extraña novedad. Asistíale siempre el conde Anselmo, aun sin haber traído su casa de la aldea.

Era este caballero viudo y padre de la más hermosa dama que había en la Europa, única hija suya y heredera de su estado. Con el conde se aconsejó el rey, pidiéndole su parecer en una intención que deseaba ejecutar, y era averiguar la muerte de su padre. Confuso se halló el conde, no sabiendo qué consejo dar al rey para esto; y así le pidió término de dos días para responderle. Concediósele el rey, y pasados, le dijo que de su padre

se decía que procuró servir á la hija del duque Guillermo, y si no es que por este camino le viniese el daño, no podía pensar que nadie en el reino se atreviera á quitarle la vida. Parecióle al generoso joven que tenía razón el conde, y así procuró saber qué criado tenía el duque que más privase con él, y dijéronle que uno que se llamaba Fabio; que éste era el archivo de sus secretos y el todo de su voluntad. A éste mandó el rey que se le trujesen á su presencia, y retirado con él, á solas, le dijo:

—Fabio: ya he sabido que tú (como quien goza la gracia del duque tu dueño) sabes que él fué en la muerte de mi padre; si esto es así, de bueno á bueno te ruego me digas lo que en esto sabes, para que enterado, no haga alguna demostración con quien no tiene culpa en ella.

Turbado quedó Fabio, así con la presencia del rey, como con la pregunta que le hacía; y así, balbuciente en las razones y apenas acertado á hablar, le dijo no saber nada de lo que le preguntaba. Con ver estas acciones, confirmó el rey la sospecha que tenía; y así no desconfiando de sacar á luz la verdad, le replicó:

—Fabio, en tu semblante y turbación manifiestas saber algo de lo que te pregunto, aunque me lo niegas; yo estoy con resolución de averiguarlo, y para esto está más adentro de esa sala un ministro de mis consejos, que jurídicamente, y con apremio te lo ha de preguntar; antes de lle-

gar á experimentar los tormentos que para decir la verdad se te han de dar, sería bien excusar los diciéndola. De no lo hacer, habrás de verte como digo; prevén paciencia y valor para sufrirlos.

Temía mucho Fabio, y lleno de temor de lo que le amenazaba, no quiso experimentar el castigo, y así le dijo al rey todo lo que en este caso está referido, como quien se había hallado en todo, siendo uno de los que acompañó al duque y al marqués, su hermano. Supo, el rey, de Fabio, todo lo que deseaba saber, y haciendo entrar á un juez que tenía prevenido, le hizo de nuevo decir que había pasado el caso, con lo cual fué Fabio llevado á una prisión, y luego por orden del rey mandó á su capitán de la guarda que con su escuadra hiciese lo mismo con el duque y marqués y su familia de criados. Esto se hizo aquella misma noche con secreto, sin saberse en la ciudad por qué estaban aquellos príncipes presos. Examinados, pues, los criados, condenaron á sus dueños en la muerte del rey. Substanciose la causa, y ya convictos el duque y marqués de ser actores en la muerte del rey y de su gentilhombre de su cámara, fueron condenados á cortarles las cabezas. Esto se hizo secretamente una noche antes del día que el rey tenía señalado para que le jurasen. No gustó que fuese esta jura en la plaza, sino en un salón de Palacio; allí se hizo un trono que cubrieron de ricos paños de brocado, y des-

pués de haber, con grande acompañamiento de todos los príncipes de Hungría, sido llevado el rey á él, y dándole el cetro y la corona, mandó que todos los grandes y títulos tomasen asientos. Obedeciéronle, y habiendo dejádoles sosegar un breve rato, les habló desta suerte:

—Príncipes, grandes, títulos y caballeros, nobles vasallos míos, que me habéis hoy jurado por vuestro rey y señor, y prestado obediencia: he querido que en este acto sepáis lo que habéis hecho, porque lo que después supiéredes de mí lo aprobéis. Jurar los príncipes y grandes de un reino á su rey, es asegurarle que estarán prestos á servirle obedientes con entera fidelidad, prometiendo ésto como principales cabezas de un reino, en nombre de los demás miembros inferiores dél, y que esto harán así en la paz como en la guerra; supuesto lo cual quien desdijese de lo que promete, sería traidor á su rey, pues ¿cuánto más se le puede llamar con justa razón al que no sólo no ayuda y favorece á su rey, pero le quita la vida? Yo he dilatado el coronarme, hasta averiguar con apretadas diligencias, quiénes hayan sido los actores de la muerte del rey mi padre; y hecha la averiguación justificadamente, he hallado que fueron el duque Alberto y el marqués, su hermano, acompañados de criados suyos, que puestos en el tormento confesaron de plano, y condenaron á sus dueños. Visto el caso por los prudentes ministros de todos mis consejos, los

condenaron á degollar, cuyas cabezas son las que veréis.

A este tiempo se descubrió una cortina que estaba al lado del dosel del rey, y sobre una gran fuente de plata, que estaba en un bufete, se vieron las cabezas del duque y del marqués. Rodolfo, hijo del marqués Guillermo, que se halló á la jura, viendo el sangriento espectáculo de la cabeza de su padre y tío, perdió el sentido, y con el dolor cayó en tierra. Mandó el rey que le retirasen; á todos causó notable temor la rigurosa justicia dél, y admiró la demostración de su severidad. Prosiguió el rey su plática diciendo:

—Por las muertes destos desleales caballeros, tienen perdidos sus estados, según disponen las leyes deste reino, y deben considerarse para la corona; pero yo no ejecutándolas con el rigor que debo, permito que mientras fuese mi voluntad los tengan Alfreda, hija del duque, y Rodolfo, hijo del marqués, con advertimiento, que el escarmiento de su padre le haga á Rodolfo leal y fiel vasallo; ésto le advierto porque sé que es algo inquieto. Esto le dirán los que le desearen sus aumentos.

Acabóse con ésto aquel acto, y desde aquel día comenzó el generoso Wenceslao á ser temido y respetado, gobernando por el consejo del conde Anselmo rectísimamente. No quiso dilatar el rey el darles gusto á sus vasallos que le pedían se casase, y así habiendo visto algunos retratos de

infantas, eligió entre ellas á la de Dinamarca. Para traerla á su reino envió al conde Anselmo, dándole una grande ayuda de costa con que se luciese, y con ella el título de almirante de Hungría, que había muerto pocos días había. No quiso el almirante (que así le llamaremos desde ahora) hacer mudanza de su casa, desde Floralba á la corte, y así quiso que la hermosa Estela, su hija, estuviese allí hasta que él volviese con la reina, en cuyo servicio quería que asistiese por dama suya. Dejóla en compañía de una anciana dueña, de quien tenía grande confianza, pues era quien la había criado, y, asimismo, de Leonido, un criado antiguo, y todo el gobierno de su casa.

Entreteníase Estela en el ejercicio de la caza, que era muy aficionada, cruzaba el monte muy contínuamente, á donde la ligereza del corzo no le valía contra la certeza de sus tiros, ni la ferocidad del jabalí se libraba de los filos de su acerado venablo, porque oprimiendo los lomos de un ligero bruto, le seguía hasta emplear en él afilado acero.

Un día, entre otros, de los que salía á caza, habiendo seguido un puerco, se alejó algún tanto de su gente, codiciosa de darle alcance. Esto fué cerca de una clara fuente, que fecundaba con su líquida plata lo ameno de un verde valle. Allí hizo el riguroso empleo en el cerdoso animal á la vista del conde Enrique, un gallardo joven, que

habiendo seguido una fugitiva cierva, tomaba alivio de su cansancio en la florida márgen de aquella cristalina fuente. Estaba también sólo, y como viese con el airoso despejo que la hermosa Estela ejecutó el golpe de su venablo, y muerto el jabalí, al tiempo que quería tocar una corneta para llamar á su gente, impidió su ejecución el conde, cogiéndole casi de sobresalto, y llegando donde estaba le dijo:

—Suspended, divina cazadora, el llamar quien os celebre el buen acierto de vuestro airoso brazo en ese dichoso bruto, que á tales manos ha perdido la vida, que aquí está quien viendo tan heróica acción se hará lenguas en alabanza vuestra, aplaudiendo y exagerando ese valor acompañado de tanta hermosura. No sé quien sois; mas si tuviera por verdad la adoración de los gentiles, creyera que érades la divina Diana, que estos montes favorecía con su presencia. Cuanto á daros la veneración que pide esa belleza ya la hago ahora; de vuestra parte os suplico paguéis esto, con serviros de tomar descanso en en este apacible sitio, y decirme quién sois.

Atenta estuvo mirando la hermosa Estela al conde Enrique, mientras estas razones le decía, y como era mancebo de gentil disposición, buen rostro y discreto (en lo que pudo juzgar de sus primeras razones), parecióle bien, y quiso darle gusto en lo que la pedía, y así le dijo:

—No soy, gallardo joven, tanto como habéis

presumido de mí, mas soy quien cortés estima vuestros encarecimientos; si bien sobrados al sujeto que veis; y así en agradecimiento de lo que os oigo, quiero daros gusto en descansar aquí un rato, que tiempo me queda para llamar á mi gente de quien me aparté, poco ha, siguiendo ese jabalí.

Apeóse del caballo ayudándola el conde, y tomando asientos en la fresca y florida márgen de aquella fuente, comenzaron á hablar en varias cosas. Allí supo Estela quién era el caballero, y él, asimismo, quién era ella. De aquella primera vista, quedaron los dos prendadas las voluntades para amarse firmemente como se verá adelante. Manifestó Enrique á la hermosa Estela los deseos que tenía de servirla, y ella, no desdeñosa á su voluntad, admitió la oferta, aunque incrédula de que fuese como la significaba. Remitió Enrique al tiempo la certeza desto, y ella en él quiso asegurarse desta verdad.

Con esto, haciéndose hora de partir de allí, haciendo su seña Estela, vino su gente, y acompañada della y del conde, se volvió á su aldea. Desde aquel día se vieron los dos con otros muchos en la caza, donde se fomentaron aquellos amores, de suerte que no era más la voluntad de Enrique que el gusto de Estela, y, por consiguiente, no tenía albedrío la dama, más que la voluntad del conde.

Parecióle al marqués Rodolfo, hijo de Guiller-

mo, á quien el rey había cortado la cabeza, que para ganar su gracia era buen medio el casarse con Estela, pues con la privanza del almirante, su padre, si se efectuase este empleo, sería de los más estimados del reino. No había visto á la dama, y así en ausencia de su padre quiso desde su estado pasar por su aldea, que era casi camino para la corte. Vistióse de gala y con dos criados lucidos llegó á Floralba, donde se fué á apear á un mesón, y desde él, sin aguardar á descansar quiso ver á Estela; envióla un recaudo, suplicándola que se dejarse ver. Mucho sintió la dama la visita; pero por no incurrir en descortés de un tan gran señor como Rodolfo, la hubo de admitir para aquella tarde, y así se compuso con algún cuidado, porque el marqués la hallase como era razón. Vino Rodolfo, vióse con la dama, y desta vista quedó tan enamorado della, que desde aquel día no era otro su pensamiento que amarla. Procuró con grandes veras no dejar ningún día de enviar criados desde la corte (que era cerca desta aldea) á saber de su salud, y con esto la hizo algunos presentes, pero no los admitió la hermosa Estela, por saber con el fin que iban, que aunque era igual suyo, estaba tan enamorada del conde Enrique, que mayores empleos que el de Rodolfo despreciara por él. También le volvió al marqués, cerrados, los papeles que le escribió, y de palabra le respondía que ella estaba subordinada á la voluntad de su pa-

dre, que él era el que había de disponer de su persona.

Eran grandes enemigos el conde Enrique y Rodolfo; y pesábale sumamente á Enrique ver á su competidor tan empeñado en servir á Estela, juzgando que para con su padre era el señor más rico y grande de Hungría, y que esto le había de obligar al almirante darle á su hija. Más de parte della le aseguraban estos temores los favores que le hacía, y el hallarse tan dueño de su voluntad. Como Rodolfo vió la esquividad de Estela, presumió si acaso nacía esto de estar prendada en otra parte la voluntad; y así anduvo con algún cuidado, para averiguar esta sospecha, y á pocos lances pudo descubrir sus amores, sabiendo cuán á menudo se vía con el conde en la caza, y que, asimismo, le daba entrada en su casa. Con esto los rabiosos celos hicieron su efecto, inquietando el pecho del enamorado Rodolfo, que, envidioso de la dicha de Enrique, sentía en sumo grado verle antepuesto á él. Partió á Floralba una noche que en su favor vino á ser oscura, y ocupó la calle de Estela. Sucedió que en aquella noche era avisado Enrique para verse con la dama, y llegó á tiempo que Rodolfo le vió entrar en su casa. Con esto se puede considerar cual estaría el no admitido galán, viendo preferido en el favor á quien siempre tuvo por contrario suyo. Estuvo por romper las puertas, y loco de celos hacer de-

mostraciones de tal, quitando la vida al conde. En este pensamiento estaba, cuando acertó un criado á abrir un pequeño postigo de la puerta principal para salir fuera. Vió Rodolfo la ocasión como la podía pedir su deseo, y antes que tuviese tiempo de salir, se entró en casa de Estela, acompañado de dos criados que llevaba. El que iba á salir (que le conoció), viendo su atrevida determinación, subió con presteza donde estaba su señora con el conde, y díjoles lo que pasaba. Alteróse sumamente Estela, y no menos el conde, y quiso salir á impedirle la subida; mas ella le rogó afectuosamente que no hiciera tal cosa porque importaba á su honor, sino que se entrase en una alcoba, que cubría una cortina, que quería ver la intención del marqués. Obedecióla Enrique, y entróse donde lo señaló, al tiempo que ya Rodolfo estaba en su presencia de Estela. Ella, sin dar lugar á que le hablase, le dijo:

—Señor marqués: ¿qué novedad es esta, entraros á estas horas en esta casa sin licencia mía? ¿Es bien que sabiendo que su dueño está ausente, que vos con atrevida osadía queráis profanar su recato, dando ocasión á sospechas, así de vecinos como de criados? Quien no supiere que yo nunca admití recaudos, ni papeles vuestros, pensara que por mi orden sois aquí llamado. Lo que os suplico es, que os volváis, y excuséis la nota que podeis dar, creyendo de mí que no tengo

más voluntad que la de mi padre para mudar estado; y ahora con esto que he visto que habéis hecho, aún cuando la suya fuese daros gusto, le suplicaré que me dé el estado de religiosa, antes que el de casada con vos.

Atento escuchó Rodolfo á la enojada Estela; y con mayor pesar que hasta allí había recibido, en ver la disimulación de la dama, le respondió estas razones:

—Yo creí, señora Estela, que vuestra esquivez para conmigo, nacía del recato que en las de vuestro estado suele haber y que ésta no se dilataba á hacer desprecios de mis finezas, pues no soy tan desechado en este reino, que por mi sangre y partes no pueda ser admitido á una lícita pretensión de esposo, y á un galanteo de persona igual á mi sangre. Esto me puso en grande cuidado; pero sacóme dél cierta sospecha, que tuve de que esto procedería de alguna afición vuestra. Hice diligencias para averiguarlo, y á pocas, hallé ser cierta mi presunción más que yo quisiera, pues no son tan secretos los montes, que no publiquen que con el venatorio ejercicio anda también el amor á caza con su arco y saetas, y que no le han salido en vano dos tiros que ha hecho. Por si la fama me mintió, quise de nuevo enterarme en esto, y con poco desvelo hallo que esta noche me reprendéis, de que profano estos umbrales en menoscabo de vuestra fama, por haberme entrado sin licencia

aquí, y no miráis que al mismo tiempo viene con ella otro más dichoso, porque es más bien recibido.

Pesóle á Estela que el marqués hubiese sido tan curioso que hubiese visto entrar allí á Enrique; mas por si hablaba de sospecha, prosiguió con su valor diciendo:

—¿Qué decís, atrevido Rodolfo? ¿de dónde ó cómo presumís de mí una facilidad como esa? Si por no ser favorecido os queréis despicar con ofensa mía, advertid que esos atrevimientos habrá quien los castigue rigurosamente. ¿De mí se ha de presumir que en ausencia de mí padre he de admitir en su casa persona que desdore los ilustres timbres de ella? Ya os digo que os vayáis con Dios, y no acrecentéis mi enojo, subiéndole tan de punto, que lo que no puedo hacer en vos, que es quitaros la vida, lo haga en mí con un cuchillo de mi estuche, pues tal habéis presumido.

—No se puede negar (replicó Rodolfo) que nos la ganan las mujeres en la disimulación; quien viese la vuestra, pensará que todo pasa así como lo significáis; mas porque yo salga de duda (que debo de haberme engañado), ya que he venido aquí, con vuestra licencia ó sin ella, no me iré sin ver si mi sospecha es vana.

Y diciendo esto, quiso atreverse á ver la casa, comenzando por la alcoba, donde estaba Enrique; alzó la cortina de ella, y encontróse con él. Salió

el conde del lugar donde estaba, no menos enfadado que Rodolfo, y díjole:

—Marqués, las voluntades que se pretenden conquistar, no han de ser al modo que los reinos y provincias, por fuerza de armas, que ha de ser con agrado. El amor no quiere violencias, y dicho se está, que quien no admite los ruegos ni las dádivas de un tan gran señor, como vos, que tendrá causas más que esquividad para hacer esto; lo que no obligaren finezas y partes personales como las vuestras, no lo harán demostraciones de rigor. Yo sirvo á la señora Estela con el lícito fin de ser su esposo; tengo favores suyos, admítome en su casa con el decoro que debo guardarle, hasta tener su mano con la voluntad de su padre, que será cuando vuelva de su jornada. Empeñada en favorecerme, no habéis hallado entrada en su pecho, que á no haberme anticipado yo, creo que no viviérades quejoso, pues le estaba bien tal empleo; ya os desengaño con haberos dicho en su presencia esto; suplícoos que os vayáis, que yo os considero tan cuerdo que miraréis esto ahora sin la pasión que hasta aquí.

En cuanto esto le estuvo diciendo á Rodolfo el conde, mudó el semblante de varios colores, y desesperado de ver que el que le había sido opuesto siempre en todas sus acciones, se lo había manifestado serlo en la de más consideración, le habló desta suerte:

—Ya que por más dichoso habéis merecido,

Enrique, que la señora Estela os admita, os haré conocer, que no por más digno merecíades tus favores, pues yo sólo (que os aventajo tanto, como todos saben), los debía tener.

Era Enrique sufrido y reportado hasta lo que era justo, más provocado deste desprecio, púsosele la cólera en su punto, y así le dijo:

—Necio Rodolfo, vos debéis ignorar quien yo sea en Hungría, y que hay pocos señores en el reino que si se quieren dar lo sumo de la calidad, ha de ser confiándose deudos de mi casa. Esto es cosa cierta y dudosa que vos presumáis que no os igualo, cuando consta de verdad que os excedo. Sois un altivo caballero, y á vuestro necio intento me sabré oponer, defendiendo que en vos no fueran también empleados los favores de la señora Estela como lo son en mí.

—Eso dirán las espadas (replicó Rodolfo).

Y sin raparar en el lugar donde estaba, sacó la suya, obligando con esto á que hiciese lo mismo Enrique. Estela que vió su determinación, y que de cualquier adverso suceso se le había de seguir menoscabo en su opinión; considerando también el peligro de su amante, se resolvió á apagar las luces que alumbraban la sala, y con esto se retiró á su aposento. Con la obscuridad no se pudieron hallar los dos contrarios aunque se buscaban, sólo Enrique, como quien había entrado más veces en aquella casa, pudo hallar á tiento la escalera, y puesto en ella, dijo á su contrario:

—Rodolfo, ya ves que la prevención de Estela ha estorbado nuestros intentos, para que su casa no se hiciese palestra de duelos', yo he hallado la puerta de la escalera para salir de aquí; si gustares venirte conmigo á dar fin á esta cuestión, en parte donde ni nos estorben ni perjudiquen la opinión de Estela, llégate á mí, que, con seguridad que te doy como caballero, puedes hacerlo.

Conformóse Rodolfo con el parecer de Enrique, y al sonido de su voz se halló junto á él. Tomáronse de las manos y bajaron por la escalera, cuyas luces había hecho también apagar la hermosa Estela. Desta suerte salieron al zaguán, y hallando la puerta abierta, se salieron de allí, concertando que fuese el desafío fuera del lugar, porque no se presumiese la causa dél. Acompañaron á los dos caballeros sus criados hasta el puesto donde habían señalado, y allí con expreso mandato de que no se moviesen á favorecer á ninguno, pena de redundar en su daño, se acometieron los dos competidores valerosamente. Bien pasaría un cuarto de hora que reñían, con tanta destreza, que ninguno había ofendido con el acero al otro, admirados los criados de su grande valor. Era Enrique hombre de hecho, tardó en enojarse, pero ya con enojo ninguno se hallaba de más aliento que él. Halló desabrigado á su contrario, y entrándose con una punta le pasó con ella el brazo izquierdo, con que no pudo jugar

la daga. Presto se vengó Rodolfo, porque al salirse de hacer esta herida, sacó Enrique otra en la cabeza.

En esta sazón estaba la pendencia, cuando cerca de aquel sitio acertó á pasar un juez y del crimen, que en español responde este oficio á alcalde de corte. Venía acompañado de alguaciles y corchetes, prevención para prender á ciertos delincuentes que andaba á buscar, pues como éste oyese el ruído de espadas, acudió á aquel puesto, donde halló á los dos caballeros y á sus criados. Hacía muy clara la noche, por haber salido la luna, y quitádose algunos nublados que antes la tuvieron oscura. Llegó el juez, dándose á conocer, con que los dos caballeros se apartaron. El quiso saber la causa de su pendencia, mas no se la dijeron; conque los llevó presos á la ciudad, dejando á cada uno en su casa con guardas, hasta dar cuenta al rey desto, que por no poder ser aquella hora, la dilató para esotro día. Supo el rey el desafío, pero no la verdadera causa del, que sólo se publicó haber sido por unas palabras que habían tenido. Estuvieron presos ocho días, y tomándoles las manos, les hizo el rey amigos.

Volvió Enrique á gozar de los favores de la hermosa Estela y Rodolfo á envidiárselos, con tantos celos, que no acordándose de las amistades que había hecho con él, por orden del rey, ni de su ilustre sangre, emprendió el ca-

car por fuerza á Estela de su casa y llevársela á una quinta suya, que era como casa fuerte, un cuarto de legua de la corte. Para esto se valió de cuatro hombres, destos que de haber ejecutado algunas muertes mal hechas, cobran fama (si bien injustamente) de hombres de ánimo. Con ellos se fué una tarde á Floralba, y sabiendo que Estela estaba en un jardín, intentó con una llave maestra abrir la puerta del que caía á un campo, y fué su suerte tal, que abrió, llevando todos cubiertos los rostros con mascarillas. Llegaron, pues, en ocasión que el conde Enrique, habiendo sido llamado por Estela, estaba con ella en el jardín, sentados los dos en un fresco cenador, entretenidos en amorosa conversación, sin testigos que les oyesen, por haberlo así dispuesto Estela. No se holgó Rodolfo de hallar allí á Enrique, por parecerle sería parte para hacerle algún estorbo á su determinado intento, mas viéndose empeñado en él, mudó la forma del robo, advirtiendo á uno de los que le acompañaban (que juzgó de más ánimo), que fuese por detrás de los dos, y con una liga procurase cubrir el rostro á Enrique, y que los demás llegasen á abrazarse con él. Hízose así como lo ordenó, de suerte que, vendado Enrique de ojos y boca, y abrazado de los demás por detrás, no pudo usar de sus armas, ni tampoco resistirles, y así él y Estela fueron sacados del jardín y puestos en dos carrozas en que Rodolfo y su gente habían venido.

Llegaron brevemente á la quinta, donde poniendo á Enrique en un aposento oscuro della, le dejaron allí cerrado. Estaba este alojamiento en lo bajo de una torre, con sola una pequeña luz. Allí se vió Enrique lleno de penas, cercado de confusiones, porque bien conocía que cuando fué llevado del jardín, habían sacado también á Estela, y presumía que no podía haber hecho esto sino su enemigo Rodolfo, envidioso de que le favoreciese la dama. Temíase, con razón, de su resolución, que no llegase á ejecutarla en alguna violencia contra Estela, pues su determinación en robarla no prometía menos.

Dejémosle con esta pena y volvamos á Estela, que fué llevada á un cuarto ricamente aderezado, donde la dejó Rodolfo acompañada de dos criadas que para este propósito había traído de su casa, con orden que la persuadiesen eficazmente á que le favoreciese. Estas comenzaron desde aquella noche á hacer las partes de su dueño con Estela, más ella estaba tan lastimada, viéndose en poder de su mortal enemigo, y expuesta á que dijese el vulgo libremente della cuanto quisiese, que no trataba de más que llorar, pidiendo á aquellas mujeres que le diesen un puñal para quitarse la vida. No quiso aquella noche cenar ninguna cosa de muchos regalos que la tenía prevenidos, y así escogió por último descanso que la dejasen sola; con esto se echó sobre una cama, y las mujeres fueron á decir á Rodolfo lo

que pasaba. El que estaba sumamente enamorado della y por otra parte algo pesaroso de lo que había hecho, considerando que si el rey sabía ésto le había de castigar severamente, le pareció que con hacerla fuerza se olvidaría de Enrique y precuraría que se soldase su honor casándose con él. Con esto se resolvió á ejecutar este pensamiento, y así entrando donde estaba Estela la comenzó á querer desenojar, dando por disculpa de su atrevimiento el mucho amor que la tenía. Todo esto era penetrar con más flechas de sentimiento el corazón de Estela, la cual se resolvió á no responderle palabra, más de que antes perdería la vida que condescender con su gusto, que su esposo había de ser el conde Enrique ó perder la vida. Vista esta resolución por Rodolfo, libró en su violencia, lo que vió lejos de alcanzar por ruegos, y así como á las voces que diesen no la había de venir á socorrer nadie de su casa, y en las fuerzas la tenía ventaja, cerrándose á solas Rodolfo con Estela, pudo por fuerza alcanzar lo que no pudo por otro camino. Las lágrimas de Estela fueron muchas, tanto que por momentos se le desmayaba y quedaba sin sentido; particularmente una vez que le duró mucho un desmayo, y fué necesario salir Rodolfo á buscarle remedio en unas piedras de grande virtud que tenía en otro cuarto. Entre tanto volvió Estela en sí, y considerándose en aquel estado, en poder de su enemigo, y perdido su honor,

visto que no había remedio para hacer su hecho y salir de allí que era lo que deseaba, se determinó á engañar á Rodolfo con fingirse sin enojo. Volvió el atrevido galán con su remedio y halló vuelta en su acuerdo á Estela. Procuró con nuevos agasajos y caricias desenojarla, y ella cautelosamente enjugó las lágrimas y admitió disculpas, dejando con esto contentísimo al enamorado caballero.

Volvamos á su casa que echando menos á Estela los criados en cuya confianza la había dejado su padre, fué buscada por todo el jardín, y vista la puerta dél abierta, juzgaron que habría salido fuera. Fué buscada por la aldea, pero con grande recato por no dar escándalo, haciendo en esto las diligencias posibles; pasáronse dos días en los cuales se supo en la corte que la reina estaba una jornada de Belgrado, cosa que puso en mayor cuidado á la familia de Estela, viendo lo que había de sentir el almirante esta ligereza suya. Bien se sospechaban que el conde Enrique la tendría en su poder, por lo menos la criada anciana que sabía estos amores, y así aguardaba cada instante saber de su señora por orden de Enrique.

En este tiempo Estela mostraba afable rostro á Rodolfo, con lo cual (confiando que estaba ya en su gracia) se descuidó, de modo que Estela tuvo lugar de poder salirse de la quinta sin ser vista de nadie, y de tener ánimo para

irse desde ella á pie hasta Belgrado, al tiempo que la reina acababa de entrar en palacio acompañada del rey y de todos los señores de Hungría, menos de Rodolfo y el conde Enrique. Hízose la querellosa dama lugar entre la guardia del rey y pudo llegar hasta el estrado de la reina, donde delante de los dos, postrada de rodillas, refirió públicamente con copiosas lágrimas la fuerza que le hizo el marqués Rodolfo, pidiendo á voces justicia del agravio. Llegó su padre luego á la presencia de los reyes y humedeciendo las canas pidió lo mismo, y con él cuantos deudos y amigos tenía. Perplejo se halló el rey del caso, más por dar seguridad á Rodolfo, dijo que quería casarle con Estela, que pues eran los dos iguales en sangre, le parecía que así se atajaban muchos daños y ella quedaba con su honor. A la reina le pareció bien lo que el rey disponía, y asimismo, á todos los que no eran deudos de las partes, y con esto mandó el rey al condestable que fuese por Rodolfo y le dijese lo que había determinado después de la queja de Estela.

En tanto la llorosa dama se fué al cuarto de la reina donde, retirado el rey della, supo con más fundamento los amores del conde Enrique y las competencias de los dos; y como Enrique estaba preso por Rodolfo. Con esta información, el rey, de secreto, llamó al conde Honorio, deudo suyo, con quien estuvo hablando en secreto un grande rato y dejó su presencia al tiempo que Rodolfo

entró donde estaba el rey. El escusó que le diese disculpas y le mandó luego desposar con Estela, y que hecho esto le volviese á ver. Hízolo así Rodolfo, muy contento de tener por esposa á Estela; desposólos el arzobispo de Belgrado, y luego fué á dar cuenta desto Rodolfo al rey á su cuarto. Halló en su lugar al conde Honorio, que le recibió con una escuadra de soldados, donde fué preso. Diósele luego un confesor que le oyese de penitencia, diciéndole que había de morir. El, al punto confesó, y, acabadas de confesar sus culpas, le fué cortada la cabeza. Dióse desto cuenta al rey, el cual estaba ya con el conde Enrique. Pasó al cuarto de la reina, á quien dió cuenta en presencia de todos lo que había hecho con Rodolfo, por soldar el honor de Estela, y luego mandó al conde Enrique que se desposase con ella, dándola en arras el estado de Rodolfo que tenía mientras fuese la voluntad del rey A toda la corte satisfizo la justicia que hizo el rey y el casamiento de los dos amantes; ellos vivieron contentos y los vasallos temerosos de su rey, que por escarmiento de su padre fué siempre muy prudente y justiciero.

Rematóse la fiesta con un sarao, y acabada, acudieron todos á sus posadas con cuidado de venir la siguiente noche.

FIN DE LA NOVELA OCTAVA

Noche quinta.

Para más dilatada carrera, descansaba el hermoso desprecio de la ingrata Daphne en el imperio undoso de Neptuno, agasajado de sus hermosas ninfas y nereidas, cuando en el polo ártico dió lugar á que presidiese la noche. Era la primera de aquel año, que por ser el día pasado el festivo de la Circuncisión del Señor, cuando la alegre junta de caballeros y damas quisieron dar principio á un buen año, con el alegría de su entretenimiento, juntos en la casa de don Gastón, y en sus asientos acomodados todos, la música principio de todas estas fiestas (aumentada de nuevas voces é instrumentos) le dió así:

Criminales son tus ojos,
hermosísima Fenisa,
pues de tantos como prenden,
son pocos los que se libran.
Dulce prisión los alienta
en el Argel de tu vista,
y si es pesada la pena
con el objeto se alivia.

No á todo rigor los tratan
traviesas y hermosas niñas;
pues lo mismo que es su daño
les viene á ser medicina.
Ser en el riesgo el reposo
tus luces no es maravilla;
que teniendo tantas almas
pueden prestar muchas vidas.
Como los ven tan hermosos,
como traviesos los miran,
la razón hace á la pena
el que con gloria le brindan.
Negro color les esmalta,
y en su perfección admira
que regocijo nos causen,
y que de luto se vistan.
¿Qué mucho que el Dios vendado
deje al arco que ejercita,
si en más poderoso efeto
sus tiros y aciertos libra?
Aquesto cantaba Albanio
al son de su dulce lira,
haciendo amor que á la causa
estos versos le repita.
«Rigurosos ojos tiene mi niña.»
porque nunca rescatan los que cautivan.»

A ocho voces cantado este todo, y con mucha destreza, dió ocasión á grandes aplausos y alabanzas, previniéndoselas en profecía á la hermosa doña Camila, dama genovesa, que asistía allí en Barcelona, á quién le tocó la suerte aquella noche: tomó asiento entre las damas y dijo esta novela.

El celoso hasta la muerte

A Don Luis Castellá y Villanova, capitán de caballos en la costa del reino de Valencia.

Por feudo y reconocimiento que se debe dar á mayor ingenio como es el de v. m., le tributo esta novela, que con grosero estilo va temerosa á sus manos. Atrevimiento es ponerse delante de quien tantas muestras tiene dadas de su claro entendimiento, con lo elocuente en la prosa y lo erudito en los versos, la acción del reconocer, merezca (en los yerros) la del perdonar, que de patrocinio se vale, que con lo prudente conocerá deseos, y con lo noble suplirá faltas. Celoso del servicio de v. m., le ofrezco otro de su honra, que su tema le llegó á los términos finales de su vida hasta acabar con ella, proposición será en mí que cumpliré el emplear la mía en el servicio de v. m. que guarde Dios como deseo.

Servidor de v. m.,

Don Alonso de Castillo Solórzano.

NOVELA NOVENA

Estaba en servicio del Excelentísimo Señor Don Carlos de Borja, duque de Gandía, un hidalgo solariego de la montaña de Burgos, cuyo nombre era Bernardo Salazar. Este, por una muerte que hizo en su tierra, se vino al reino de Valencia, donde por su buen proceder y honrado trato, fué admitido por gentilhombre del duque, á quien servía en Gandía. Estuvo algunos años en esta ocupación, mereciendo por sus partes la compañía de una noble señora, criada de la duquesa, con quien se casó, y así estableció más de asiento el continuar el servicio del duque.

Deste matrimonio tuvo una hija, que llegando á los tres lustros de su edad, era la más hermosa mujer que había en todo el reino de Valencia. Muchos caballeros mozos, criados de la casa del duque, deseaban merecerla por esposa, y aun hacían diligencias para esto, pero la poca edad de Marcela (que este era su nombre) atajó estas pretensiones, dando por disculpa su padre que aún era temprano para ponerla en estado y apartarla de su compañía.

No por esto dejaron, por entonces, los aficionados de la hermosa Marcela, de continuar el servirla para tener merecido lugar en su voluntad cuando fuese la de su padre casarla. No estaba en esto Bernardo de Salazar, porque como fino montañés, quería emplearla en un primo hermano suyo muy rico, que vivía en Aguilar de Campóo. Este había heredado de sus padres más de 40.000 ducados de hacienda, en heredades y juros, de suerte que era de los hombres más ricos de aquella tierra.

Llegó Marcela á tener veinte años, y viendo su padre que tenía ya edad para darla estado, lo trató por cartas con deudos suyos, para que ellos lo acabasen con su primo. Envió retratos de su hija allá, con que fué facil de efectuarse el casamiento. Enviaron por la dispensación á Roma, que vino dentro de tres meses, y en el ínterin se trató el modo cómo se había de hacer la boda. Era el novio poco galán, y mucho montañés. La disposición del cuerpo no realzaba sus partes, porque le tenía muy pequeño, y con esto un bulto en las espaldas, que él decía haber sido caída, y los que le vieron nacer que era corcova. De cualquier suerte, él era corcovado, y tan metido de hombros, que apenas se señoreaba la cabeza sobre ellos dos dedos. Las piernas no suplían este defecto, porque era zambo en sumo grado; sólo el entendimiento enmendaba estas faltas, que era tan corto como su cuerpo, y tan limitado

que apenas sabía lo ordinario de la cortesía, que llaman la cartilla de los ignorantes. ¡Miren qué mónstruo esperaba la beldad de Marcela! ¡Qué demonio elegían por compañero de tal angel! En sólo una cosa anduvo cuerdo, que fué en no querer ir á casarse á Gandía, sino que le llevasen á su patria la novia; debió de ser consejo de quien le quería bien, porque no viesen sus defectos. En esto se resolvió, y como rey, aguardó á que su suegro y primo se la enviasen á la montaña. Viendo Bernardo de Salazar la terquedad del yerno que había elegido, en no ir á casarse con su hija, se determinó á llevársela.

No podía Salazar entrar en Aguilar por la muerte que allí había hecho, porque aún vivían hermanos del difunto, y era gente poderosa; pero resolvióse en ir encubierto. Partieron de Gandía, y continuando sus jornadas, llegaron á la patria del señor novio. No venía Marcela con mucho gusto, porque de ver la poca fineza de su esposo, se temió, ó que le faltaba entendimiento, ó le sobraban defectos personales; mas al fin, sujeta y obediente al gusto de su padre, hubo de forzar el suyo, y en compañía de su madre ir á casarse, sin saber el talle y partes de su consorte.

Llegando cuatro leguas de Aguilar, á donde determinaba quedarse Bernardo de Salazar, hicieron alto esperando la salida de Lorenzo de Santillana (que este era el nombre del novio); mas él la excusó con fingirse enfermo y echarse en la

cama, y así le obligaron á que en ella le hallase su suegra, no con poca risa de todo el lugar, que celebraba estos caprichos y temas del defectuoso Santillana. Con esto se determinó Salazar á entrar en Aguilar á verse con su yerno, enviando delante á su mujer é hija, acompañadas de algunos deudos que le salieron á recibir. Las dos hallaron al tal novio en la cama, que los recibió con mucha alegría. En pocas razones conocieron su buen talento, con que á Marcela y á su madre se les dobló el pesar; que tampoco este casamiento se hacía con gusto de la madre. Esa noche se hizo un expléndido banquete, donde asistieron los deudos más cercanos y sus mujeres, y después de acabado, vino Bernardo de Salazar á verse con su yerno. No poco se holgaron madre é hija de que viese el sujeto que había elegido para su yerno, y esposo de una dama de tantas partes. Mas él estaba tan casado con la codicia de su hacienda, y tan desvanecido con el novio, que sus defectos le parecían perfecciones. ¡Oh codicia humana: cuántos desaciertos haces y cuántos yerros ocasionas!

Esa noche se pasó con visitas de parientes, y esotro día se efectuó la boda, que no les costó pocas lágrimas á la hermosa Marcela y á su madre. Era el novio sumamente miserable, y ocho días que tuvo á sus suegros consigo se le hicieron mil años. Cansóse con los huéspedes, de suerte que con ceñudo semblante, les dió á en-

tender que gustaría de que le dejaran solo. Echólo de ver la suegra, y conociendo el enfado del descortés yerno, dió prisa á Salazar para su vuelta á Gandía, si bien por otra parte le daba pena haber de dejar en poder de un hombre, tan opuesto á su condición, á su hija. Esto causan los padres, que por sus particulares intereses emplean sus hijos en personas con quien han de vivir muriendo, dándoles estado por fuerza, que ha de durar lo que la vida. Volvióse Salazar con su mujer á Gandía, despidiéndose su yerno dél muy secamente, con lo cual llevó algún pesar de haber empleado á su hija en hombre tan tonto y falto de urbanidad.

Con la venida de la hermosa Marcela, acudió toda la gente principal de Aguilar á visitarla, así de damas, como de hidalgos y caballeros, y todos salieron contentísimos de sus partes, y aficionados de su agrado y cortesía. La ociosa juventud del lugar todo era alabar á la Valenciana, que así la llamaban; todo hacerla versos á su hermosura, y darla músicas de noche. Con esto levantaron una polvareda de celos en el buen Santillana, tal como don Beltrán pudo perderse en ella. Aunque no discurría mucho, pudo en este particular alargarse á discurrir, que él era defectuoso de talle, corto de ingenio, y esposo de una perfecta hermosura, celebrada con razón en su lugar; consideraba que vista, aumentaría deseos y causaría envidias en los que le

consideraban dueño della. Con esta imaginación continuada comenzó á desvelarse, y á quitar á su mujer las salidas, y á cortar las visitas que la hacían. Echó sus parientes; aumentósele el sentimiento á la pobre señora, de tal suerte, que cada día iba perdiendo de su hermosura. No salía de casa sino era á misa, y eso (que era forzoso) cubierta el rostro, y acompañada del mismo Santillana, que la llevaba de la mano hasta volverla á casa, no se apartando un punto en la iglesia de su lado.

No sentía Marcela estarse en casa, privada de la comunicación de los que la solían visitar, y de salir á las holguras que se ofrecían, tanto como de la poca confianza que de ella hacía su grosero esposo, y del temor con que vivía, recatándose de que viese á nadie, que con esto insinuaba en ella ligereza, ó temor de que la tuviese contra su honor. Esto escribió algunas veces á sus padres junto con estas lástimas, con que los tenían en continua pena, arrepentido del todo Salazar de haber hecho tal empleo. Sucedióle á Santillana en la iglesia ver á un galán oyendo misa bostezar, y como es ordinario hacer lo mismo el que lo ve, acontecía hacerlo tal vez Marcela, y pensar que esto era seña entre los dos, con que llegando á casa la consumía pidiéndola celos. Desto, á este modo, le sucedían muchas cosas, que en la pobre señora era de pesadumbre, y sabida de los vecinos de risa, viendo cuan apasio-

nado estaba el pobre celoso. Era de manera, que redundaba en decirla razones muy pesadas, que la obligaban á tener mucho sentimiento.

Con las muchas lástimas que Marcela escribía á sus padres de la triste y desesperada vida que pasaba, ocasionó á Bernardo Salazar una enfermedad que le apretó tanto, que le acabó la vida. Queríale bien su esposa, y así lo mostró en el sentimiento, pues á quince después que le enterró dió fin á sus días con grande pena de los duques, que la estimaban y querían mucho.

Dejó Salazar alguna hacienda, y siendo su forzosa heredera Marcela, avisaron á Santillana, así de la muerte de sus suegros, como de lo que su mujer heredaba. El, que no era poco ambicioso, y amigo de interés, se holgó con la herencia, y viendo que para tomar la posesión della, si iba á Gandía había de dejar sola á su esposa, determinóse á llevarla consigo. No fué de poco gusto esta jornada para la hermosa Marcela, que llevaba intento, en llegando á Gandía hacer cuanto pudiese por apartarse de la compañía de tan insufrible hombre, valiéndose del favor de los duques, y de sus hijos. Llegaron á Gandía (y es de advertir primero, que Santillana jamás había salido de Aguilar, desde que nació, una legua en contorno); fuéronse á apear en casa de un deudo de Marcela, que les recibió con mucho gusto. Esa noche les enviaron los duques á visitar con un paje, y á darles la bienvenida. Al recaudo res-

pondió Santillana con aquel buen lenguaje de que era dotado, cosa que el paje notó bien, y lo dijo en palacio, que no fué poco solemnizado; porque el paje era socarrón, y lo refirió con mucha gracia.

De ahí á dos días que llegaron, quiso Marcela ir á besar la mano al duque y duquesa; acompañóla el pelmazo de su esposo, tan bien vestido como se podía esperar de su buen gusto; que aunque Aguilar es lugar político, en él no había entrado el andar al uso. Fué Santillana honrado del duque, de su hijo el primogénito y del maestre de Montesa, que asistía allí, disimulando cuanto pudieron la risa que les causaba su deslucido y ridículo talle y sus groseras acciones.

Marcela, después de haber besado la mano al duque, entró en el cuarto de la duquesa, donde fué afablemente recibida, no poco admirada de ver en tanto menoscabo su hermosura, considerando cuánto acaba una pena. Allí dió cuenta Marcela á su excelencia y á sus criadas, de sus trabajos desde que se casó, y cómo aún vivía con ellos, sin haber remedio de poderse acabar con Santillana, que perdiese los celos que della tenía, fundados en necias sospechas. Vuelta Marcela y su esposo á su posada, comunicaron los señores lo que la dama les había referido acerca de la terrible condicción de su esposo, cosa que á todos les causó mucha lástima. Tomó el duque á su cargo esotro día el darle una mano

para ver si con ella se enmendaba, y estimaba á su esposa; envióle á llamar, y aunque al buen montañés se le hizo cuesta arriba ir á palacio, hubo de obedecer el mandato del duque. Aguardábale en un camarín solo, donde viéndose á solas con él, le dijo las obligaciones que tenía un marido de honrar á su mujer, cuando en ella conocía parte para ser amada, y que no le daba causa para sospecha alguna. Dijóle lo que había sabido usaba con ella, y rogóle que de allí adelante se portase de otro modo, con advertimiento, que si sabía lo contrario, le procuraría enmendar por el camino que pudiese. Algo se atemorizó Santillana, viéndose reprendido de un tan gran señor, en cosa que tenía tanta razón, y él tan poca. Disculpóse con las más concertadas razones que en rudo talento le dió la mano, sin hacer fundamento á su necio tema, y con esto se despidió del duque.

Como Santillana era necio de cuatro costados, no supo disimular nada con su esposa; antes imaginando que aquella reprensión procedía de información, qúe les habría hecho Marcela, indignóse contra ella de modo que, si no fuera por sus huéspedes, deudos suyos, llegara á poner las manos en ella. Supo luego el duque esto, y comunicólo con sus hijos para verlo que haría sobre ello. Unos estaban de parecer que se tratase divorcio, otros que la duquesa se la llevase consigo por unos días, por ver si se enmendaba.

Más el maestre de Montesa, caballero prudente, mozo y amigo de entretenerse, quiso que se le hiciese una burla, esperando que por aquel camino tendría más presto remedio Marcela. Comunicólo con su padre y hermanos, y por ver el efecto que hacía, dió lugar el duque á que se pusiese en ejecución. Fué necesario hacer primero las amistades de Santillana con su esposa. Esto tomaron á cargo sus parientes, haciéndolas esotro día, y para solemnizarlas trataron de concertar una holgura en el mar. No rehusó poco Santillana entrar en él, por ser cosa que nunca había hecho; mas con ruegos de los demás deudos (asegurándole que no había peligro) hubo de condescender, harto contra su voluntad. Previniéronse dos barcos grandes, de pescadores del Grao de Gandía, y en ellos metieron fiambrera para merendar.

Estaba el mar quieto; entraron en él, y comenzaron los remos á alterar su líquidos záfiros con que se alargaron el mar adentro más de una legua. Ya el Maestre había prevenido á sus criados para la burla, y estaban dentro del mar en un bergantín que allí había surto, en el cual entraron cosa de treinta dellos, todos vestidos de moros, llevando asímismo el bergantín con flámulas y gallardetes, todos con medias lunas á su usanza. Porfiaba Santillana que volviesen á tierra, más como iban sobre aviso, mientras más instaba en esto, más se en traban en el mar; des-

cubrieron en breve el bergantín, tan prevenido de todo, que á no estar advertidos, pensaran que era venido de Argel. Los barqueros comenzaron á decir:

—A tierra, á tierra, pobres de nosotros, que aquel bajel es de moros.

Aquí fué ello; que así como lo oyó nuestro Santillana perdió el color, y no acertaba á hablar. No fué poco que los que iban con él no descubriesen el engaño con la risa; mas cada uno hizo valor en disimularla, manifestando en lo exterior sentimiento del impensado suceso, encomendándose á Dios que los librase de aquel tan manifiesto peligro. Las mujeres, sacando sus lienzos, fingían lágrimas, y todo era una confusión. Llegó en esto el bergantín á los dos barcos, y con la algazara morisca, comenzaron á dispararles piezas sin bala, cuyos tronidos apenas llegaron á los oídos de Santillana, cuando arrojado en el suelo del barco, comenzó á dar voces y á pedir misericordia. Aferró el bergantín con el barco en que iba Santillana y su esposa, y saltando aquellos fingidos moros en él comenzaron á abrazarse con las mujeres, y á llevarlas á su bergantín. Pusiéronse algunos en su defensa, más luego les tomaron las espadas, ataron las manos, é hicieron lo mismo con el montañés, que estaba casi sin sentido, llevándole con los demás al bergantín, donde luego fué despojado de su vestido y puesto en calzas y en jubón. Esto mismo hicie-

ron de los otros, que fué cosa tolerable por ser verano, más á las mujeres no tocaron en el vestido.

Con esto partieron de allí dando bordos por el mar toda aquella tarde, haciendo que á Santillana le llevasen al bajo del bergantín, porque no viese donde caminaban. Estaba el cuitado montañés llorando y haciendo las mayores lástimas del mundo, sin haber con que consolarle. Lo que más pena le daba era verse sin esposa, y á ella en poder de aquellos que juzgaba por moros. Llegó la noche, y el bergantín amainó las velas y suspendió la palamenta cerca de tierra. Esto era algo más arriba del Grao de Gandía, adonde estaba una alquería la tierra adentro. Comenzaron á decir todos «¡tierra, tierra!», para que Santillana lo oyese, á quien fueron sus compañeros á decir que estaban en la playa de Argel, y cerca de una casa de placer donde el rey asistía. Con esto el cuitado no hacía otra cosa que llorar. Salieron todos con el esquife á tierra, sacando á Santillana, bien temeroso de que le habían de maltratar.

Los moros con la gente que iban, en forma de cautivos, comenzaron á caminar hacia la alquería, dando á entender que allí los estaba esperando el rey para ver la presa que habían hecho. Iba delante de todos, el que llamaban Arráez del bergantín, que mostraba ir muy ufano con la presa; los demás le seguían de dos en

dos. Desta suerte entraron en la alquería, y á la puerta de una sala della hallaron cuatro moros, que estaban puestos para ser porteros, á quien pidieron que entrasen á pedir licencia para hablar al rey Mahomad Yafer. Uno dellos se la entró á pedir, quedándose allí los tres. Salió brevemente el portero, diciendo que el rey aguardaba, con lo cual entraron los moros y los cautivos del mismo modo que habían venido, hallándose todos en la presencia del fingido rey, el cual papel hacía el camarero del maestre, hombre de bonísimo humor, criado toda su vida en la corte de los reyes de España, y uno de los mayores socarrones disimulados de la Europa.

Este estaba vestido con una marlota carmesí, y sobre ella un albornoz azul, tenía un turbante muy grande en la cabeza, muy poblado de bengalas listadas de varios colores. Era un hombre grande de cuerpo, moreno, de poblados mostachos. Al fin, escogido para hacer la figura, que representaba muy al natural. Este, pues, estaba sentado sobre dos almohadas de terciopelo verde, y encima de una gran alfombra; cerca dél, estaban acompañándole algunos moros. Llegó el primero Selín, que así se intitulaba el fingido Azrráe, y en la lengua que él quiso formar (después de haber hecho la zalá) habló un rato. Acabado su no entendido razonamiento, el rey le abrazó y mandó arrimar á un lado de la sala. Luego fueron llegando los hombres que pasaban

plaza de cautivos, á quien el rey preguntó en lengua española, de qué tierra eran y el oficio de cada uno. Llegó el último Santillana, perdido el color y con pasos tímidos, no poco admirado de ver hablar al rey tan despiertamente su lengua, á quien dijo:

—Tú, cristiano, ¿de dónde eres?

Tan turbado estaba el afligido montañés, que no acertaba á responderle, y así se lo hubo de preguntar otra vez. Él, comiéndose las palabras, y medio tartamudo, dijo:

—Señor; yo soy montañés, de las montañas de Burgos.

—¿Qué oficio es el tuyo? (replicó el rey).

—Hidalgo: respondió Santillana.

—Hidalgo, según pienso (dijo el rey), no creo que es oficio en tu tierra con que se gana la comida, sino una herencia de sangre de buenos progenitores.

Como era corto en discurrir el montañés, no entendió de la etimología de hidalgo más de lo de herencia que lo de los progenitores, fuésele por alto, y así le dijo:

—Señor; después que murieron mis señores padre (santa gloria hayan) no he tenido otra herencia que la de mi mujer, y aun esa me ha salido tan cara, que viniendo á poseerla, me hallo cautivo en poder de vuestras mercedes.

Aquí comenzó á llorar amargamente, de modo que hizo el rey mucho (con toda su disimula-

ción) en no reirse y malograr la comenzada burla.

—¿Casado eres? (dijo el rey).

—A servicio de vuestra merced (respondió Santillana), si su cómo se llama gustare de que lo sea aquí en Argel.

—¿Pues cómo? dijo el rey ¿está tu esposa en esta tierra?

—Señor, sí, por mis pecados; replicó Santillana; que ahí me la traen cautiva conmigo, sin dejármela ver sus moros, que me han descasado de ella como si fueran vicarios.

—¿Es moza ó vieja? dijo el rey.

—Ella lo dirá mejor que yo, respondió Santillana, que las mujeres no quieren que se las añadan años, y á mí me parece que ha algunos que soy casado con haber poco tiempo.

—¿Viene en la tropa? dijo el rey volviéndose al Arráez.

Él le respondió que sí.

—Holgaréme de verla; replicó el socarrón.

Entonces hizo el Arráez que la hermosa Marcela pasase delante en la presencia del rey. Miróla atentamente, teniendo ella puestos los ojos en el suelo, mostrando grande pesar de la fingida prisión. Después que el rey la estuvo mirando un grande rato, dijo:

—Por cierto, cristiana, que es tu hermosura singular, y la mayor que mis ojos han visto. ¿Es posible que en tu tierra estiman tan poco las beldades, que las emplean en hombres de tan baja

estofa como tu esposo, habiendo príncipes que fueran dichosos en tenerte por compañera?

Atento estaba Santillana, á lo que decía el rey, y como siempre los celos le traían con inquietud, presumióse que el rey estaba enamorado de su esposa, y no pudiendo sufrir que le tuviese en humilde reputación, le dijo:

—Señor, mi mujer hermosa es, y ella lo sabe, de lo que me pesa; mas yo soy de tan alta estofa, como el que más, que no hay solar de la montaña que aventaje en calidad al mío.

—Bien está, dijo el rey; consoláos con que sois buen cronista de vuestra nobleza, mientras que yo (que soy ahora dueño de vuestra esposa) trato de reducirla á nuestra ley, para que lo sea mía.

—No será eso en mis días, dijo Santillana muy metido en cólera.

—¿Cómo, cómo? dijo el rey. ¿En mi presencia se atreve un vil cristiano, cautivo mío, á hablar tan libremente? ¡Hola, Arráez! hacedle dar muchos palos, con un junco de la India, en la barriga.

No le sonó bien el riguroso decreto á Santillana, alborotándose sumamente, y afligiéndose otro que tal. Apenas oyeron los moros el mandato de su rey, cuando agarran de nuestro Santillana, y aunque no quiso, le vuelven á atar las manos atrás; él con copiosas lágrimas, puesto de rodillas delante del que tenía por verdadero rey, le dijo:

—Señor rey, ó duque de Argel (que el miedo me tiene tal, que no sé con certeza lo que sois): revocad la áspera sentencia que contra mí habéis dado, y perdonadme mi desacato, que los celos me hicieron hablar así, y el hombre de quien se apodera esta pasión, pocas veces está en su acuerdo.

—¿Qué, qué? ¿celoso me sois? (dijo el rey). Eso quiero saber para ver como os tengo de tratar. La sentencia revoco, y conmútese en azotes en el lugar y partes donde y como son vapulados los niños de la escuela. Aquí no aguardó más la burlona tropa, que en un instante fué llevado (como ánima por infernales espíritus) á un retiro, donde brevemente le quitaron las cintas, quedando á guisa de penitente por fuerza; y con tantas ganas, como puntualidad, fué castigado, dando el triste diablo tantas voces que atronaba los oídos de los circunstantes, causando á su esposa no poca pena; porque si entendiera que la burla llegara á tales términos, no consintiera dar principio á ella. Acabado el suplicio, nuestro castigado fué otra vez puesto en la presencia del rey, y él le dijo:

—Este castigo que se os ha dado, importó mucho, para que con su escarmiento no se atrevan otros viles cautivos como vos á ser atrevidos en la presencia de un rey tan hombre de bien como yo.

Si tuviera talento Santillana, en esta razón

conociera la burla; mas el poco que tenía, y la turbación de verse cautivo, azotado, y su esposa á pique de ser tiranizada del rey, le tenían fuera de sí. Prosiguió el rey diciendo:

—En tanto que os han castigado mis ministros, he estado persuadiendo á vuestra esposa que se reduzca á mi ley, y que me casaré con ella; pero está tan rebelde, con ver cuanta honra la hago, que he determinado ya que por ruegos no quiere ser mi mujer, que por fuerza sea mi concubina.

Preguntó Santillana qué era concubina, y dijerónle que una de las amigas ó mancebas que tenía el rey en su serrallo. Aquí perdió Santillana la paciencia del todo, diciéndole á voces:

—Rey injusto, rey tirano, rey ambicioso del bien ajeno; mátame antes que yo llegue á verte concubino de mi esposa, y que ella lo sea tuya. ¿Concubina había de ser una beldad tan perfeta, una hermosura tan rara? yo bien puedo perder una vida que tengo; pero si tal llegasen á ver mis ojos, mataría no sólo al rey, pero á cien reyes que tal emprendiesen. Vuestra como se llame se reporte, y no tome por fuerza lo que no le dan de grado; conténtese con las concubinas que tenga, sin emprender concubinar con Marcela.

—¡Desacato, desacato! apellidaron los moros; y el rey visto que el pueblo se alteraba, dijo:

—Segunda rebeldía contra el que tiene dominio sobre este cautivo; digno es de segundo

castigo; éste sea raparle, y echarle por bogavante de una galera de las mías. Alto, llamen al rapista ó barbero, y hágale rasura, á fuer de galeote.

Segunda vez se vió el montañés en poder de aquella morisma; y habiéndole rapado, le desnudaron cuanto llevaba, y le vistieron una camisa y unos calzones de angeo; y con una jaqueta ó saltambarca de frisa carmesí, y un bonete de lo mismo, fué puesto en figura de bogavante con su arropea al pie. No sabía el desdichado lo que le había sucedido. Comenzó de nuevo á su llanto, y por toda aquella noche estuvo en un sótano, que llamaron por entonces mazmorra, amenazado de los moros, que esotro día habían de ponerle al remo. Toda la noche se pasó el cuitado, sin dormir sueño, metido entre mil confusiones, considerando la vida que se le esperaba, de quien le contaron mil penalidades y trabajos.

Vino el día, no muy deseado, del triste Santillana, y mandando el fingido rey que le trujesen á su presencia. Hallóle sentado en su mismo asiento, que el día antes, y á su lado su esposa muy contenta, cosa que le hizo admirar mucho. Dijóle el rey:

—Aquí verás, cristiano, como no hay rebeldía, que con la perseverancia permanezca, ni resistencia que no se ablande. Marcela tu esposa, es ya de mi ley, y por hallarse agraviada y ofen-

dida de tí, en lo mucho que eres celoso, quiere quedarse conmigo en Argel casada. Mira lo que ha causado tu estraña condición.

Oído ésto por Santillana, preguntó á Marcela si era verdad lo que el rey le decía. Ella calló, y el rey le dijo:

—Santillana: quien calla otorga; paciencia, é ir á servirme en las galeras.

Cayóse el montañés de su estado, sin sentido en el suelo (tanto le afligió la pena). Volvió de ahí á un rato en sí, y comenzóse á arrancar la barba y cabello de pesar. El modo como le hacía diera mucha risa á los circunstantes, si lo permitiera el encargado disimulo desta burla. Desta suerte fué Santillana llevado al bergantín, diciendo que allí aguardarían á las galeras para ponerle en ellas con los demás galeotes. Denuevo tornó á su lamentación, haciendo notables lástimas. El Arráez fingió compadecerse dél, y para consuelo suyo, y que no se desperase, le dijo, que pues estaba á su cargo el cuidar dél por entonces, no quería que tomase remo en la mano, hasta ver qué determinaba el rey. Pasáronse ocho días, y en el fin de ellos fué mandado llevar Santillana delante del rey. Hallóle acompañado de su esposa, é iguales en los asientos, con que se pensó que ya la boda entre los dos estaba hecha. Luego vió entrar dos criados del duque de Gandía, que se fingieron embajadores suyos. Estos dijeron al rey, que el duque quedaba

con grande sentimiento de que vasallos suyos hubiesen venido á su poder cautivos, y que así le suplicaba le dijese cuanto le había de enviar de rescate por todos. El rey les respondió, que aunque sabía que toda aquella era gente principal, con 12.000 ducados que su Excelencia enviase, tenía suficiente para rescatarlos. Acetaron esto los embajadores; pero el rey replicó, que aquello se entendía sin la hermosa Marcela, que esa reservada entre todos por saber della, que no volvería á poder de su marido con su gusto, por causa de los demasiados celos que le pedía, y la mala vida que la daba, y que en esto no le replicasen.

Si en eso estriba el quedarse en su compañía y no en antojo suyo, dijo Santillana, yo ofrezco desde aquí que no tendré celos, ni menos se los pediré, y que será todo cuanto ella quisiese, á trueque de salir de cautiverio. Mandó el rey que viniese un escribano (que no permitió Dios que allí faltase) y delante dél se obligó Santillana en una pública escritura á cumplir lo que él quiso dictar, que eran estas razones:

«Digo yo, Lorenzo de Santillana, hijodalgo montañés de solar conocido, casado con Marcela de Salazar, mi deuda, y cautivo que soy al presente del señor (aquí preguntó al rey cómo se llamaba, que no causó poca risa, dijóselo y prosiguió) del señor Mahomad Xafer, rey de Argel, que me obligo á no pedir como hasta aquí

á la dicha mi mujer, celos, ni dárselos, sino que viviré quieto y seguro, y sin susto de la tal maligna y endiablada pasión; pena de que si contraviniese á esto, sabiéndolo su alteza del señor rey, pueda enviar por mí á sus moros á donde quiera que estuviere, para que vuelva á ser su prisionero, y tener ración de bizcocho y agua, y los malos tratamientos que al presente he recibido, como más largamente lo dirán los cardenales de mis asentaderas; y porque así lo cumpliré, lo firmo de mi nombre».

Ocupado en la nota no reparó en los semblantes de los que estaban presentes á la tal escritura, que estaban reventando de risa. Disimularon todos, y él firmó su obligación y dióla al rey, y él tomó á Marcela de la mano y entregósela, volviendo á advertirle que si no cumplía aquello á que se obligaba, volvería á su poder. Así lo prometió de nuevo Santillana. Con esto fueron entregados los cautivos á los embajadores del duque, y entrándose en unas barcas, tomaron el rumbo de Gandía. Ya el duque, duquesa y sus hijos sabían la burla que el maestre había hecho á Santillana, que á todo se había hallado el maestre vestido de moro, sin que pudiese ser conocido. Después de haber dado algunas bordas por el mar, tomaron tierra en el Grao de Gandía, donde desembarcaron todos, besando la tierra con el mismo afecto que si con verdad vinieran redimidos de Argel. Fueron llevados á la presen-

cia de los duques que quisieron oir la relación de su cautiverio á Santillana; él la hizo con su aliñado lenguaje, con que les dió mucho que reir. Advirtióle el duque que debía guardar y cumplir la obligacion que había hecho al rey de Argel.

—No es menester (dijo él) acordármelo vuestra excelencia, que yo me lo tengo en cuidado, pues no me trataron tan bien, que por muchos días no me acuerde del rey y de sus moros, pena de que seré un tonto si de ello me olvido.

De nuevo se rieron los duques, con que les dieron licencia á todos para irse á sus posadas, y Santillana volvió á tratar en sus negocios por dar fin á ellos con la promesa que había hecho al fingido rey. Atrevióse Marcela á no guardar la clausura que hasta allí, saliendo á verse con sus amigas, con que volvió Santillana interiormente á sus celos con màs afecto; y como éstos no los pudiese manifestar, consumióse de modo que esto le causó una enfermedad peligrosa con que dió fin á sus días. Era su forzosa heredera Marcela, tomó posesión de toda su hacienda, y con ella, dentro de un año halló marido á su gusto, con quien vivió alegre y contenta.

Sobre manera fué lo que el discreto auditorio de caballeros y damas se alegró con la graciosa novela de la hermosa doña Camila; porque la contó con tanto donaire y sazón, y tan puesto en su lugar todo, que juntamente con la risa del

celoso burlado, causaba admiración el artificio, con referir la graciosa burla.

Llevó de todos muchas enhorabuenas, dándole la palma de haber sido la que hasta allí lo había hecho mejor; y ella, dándose por muy favorecida con tantos aplausos, dió lugar á que don Cotaldo, un caballero mozo y estudiante comenzase su novela, el cual, tímido por seguir á quien tan bien había novelado, previno esto con el auditorio, y obediente á la suerte que le tocó, dió principio á su narración.

FIN DE LA NOVELA NOVENA

El ingrato Federico

A Don Juan Vivas de Cañamar, hijo de Don Juan Vivas de Cañamar, caballero del hábito de Santiago y señor de la Baronía de la Benifayó.

Dos cosas observaron los escritores antiguos en el dedicar sus obras: dirigírselas á personas ilustres y que tuviesen valor para amparárselas. Viendo en v. m. un perfecto retrato del señor don Juan Vivas, su padre, que con lo ilustre, honra, y con el valor ampara, quitándole la dirección de esta novela, se la dedico á v. m., que es lo mismo, pareciéndome se ajusta más lo verde de su juventud con la leyenda de casos amorosos. Tiene de todo *El ingrato Federico*, pues con lo amante solicitó, y con lo olvidado no reconoció beneficios, vicios que Dios castiga muy de contado. Halle en v. m. el amparo que le promete su

autor, que espera favor en su honra, y seguridad en su amparo. Guarde nuestro Señor á v. m. como deseo.

De v. m. su servidor,

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

NOVELA DÉCIMA

Era señor del romano imperio el generoso Segismundo, joven dotado de valor y prudencia, y gobernábale con estas dos prerrogativas, muy al gusto de sus vasallos; que es la mayor felicidad que pueden tener en hallar un príncipe que es honre y un señor que los defienda. Tres años había que el emperador gozaba las tres coronas (que por ceremonia después de su eleción le ponen en diferentes ciudades), cuando por muerte de Volgando, duque de Cleves (que fué sin sucesión) se pusieron á pretender el Estado, Guillermo y Federico, primos hermanos y sobrinos del difunto. Púsose el pleito en tela de justicia en Francfort, corte del emperador, dándoles él licencia para asistir en ella el tiempo que durara darles la última sentencia. Tenía más justicia Guillermo, y así se le dió en su favor, con que tomó luego la posesión del Estado.

Era Federico altivo y soberbio, y viéndose sin esperanza de ser duque de Cleves, convirtió su pesar en enojo contra los jueces de los Consejos del emperador y contra el mismo Segismundo,

diciendo dellos que apasionadamente, y con sobornos, le habían dado el Estado á su primo Guillermo. Esto no lo dijo una vez ni dos, recatadamente entre sus amigos, sino en muchas publicidades varias veces, con palabras malsonantes. No faltó quien fué á decir ésto á los consejeros, y ellos averiguándolo con fundamento, se quejaron de Federico al emperador, el cual, enojado del atrevimiento deste caballero, mandó al duque de Baviera (que era algo deudo suyo) que le prendiese. No le valió la sangre que tenía con el duque para dejar de obedecer él el mandato del emperador, y así fué puesto en una torre con guardas, jurando el César que había de acabar allí su vida en la prisión, para que fuese escarmiento á otros y diesen la debida estimación á sus ancianos ministros y consejeros.

Estuvo Federico en esta prisión dos años, y en este tiempo sucedió que el duque Galeazo de Milán, viéndose poderoso en su Estado, quiso apoderarse de algunas ciudades de Italia en daño de los que las poseían y de la Iglesia. Acudieron todos los interesados á quejarse al emperador, y á pedirle su favor como á su protector y cabeza; y para humillar la soberbia del Milanés, quiso Segismundo pasar en persona á Lombardía, para lo cual levantó un grueso ejército en Alemania. Era Alberto, duque de Baviera, mozo, y aunque se hallaba entonces recién casado con la hermosa Margarita, hija del duque de Brandemburg,

quiso ir sirviendo á su príncipe, que, asimismo había poco que se habían hecho sus bodas. Era Alberto favorecido del emperador, y así en esta ocasión se atrevió á suplicarle diese libertad á Federico, su deudo, para que en aquella jornada le fuese sirviendo. Tanto le importunó, que Segismundo le mudó la torre de la cárcel en que estaba á Ratisbona, ciudad y corte del duque, á donde le mandó que asistiese sin salir de aquella ciudad, hasta que otra cosa le fuese ordenado. Besó el duque de Baviera la mano al emperador por la merced que le hacía en dar á Federico su corte por prisión, con que fué muy contento á la torre, prisión de Federico, á quien dió esta nueva, y los dos muy alegres se partieron á Ratisbona, donde trató el duque de prevenir las cosas necesarias para la jornada, que se aprestaba á Lombardía. Llegóse el tiempo de ella, y haciendo Alberto una junta en su corte de las más principales personas dellas, les dijo cómo en su lugar dejaba por gobernador de su Estado á Federico, su primo, al cual mandaba que obedeciesen como á su misma persona; y á él le dió una instrucción del modo que se había de portar con sus vasallos, porque ignoraba sus costumbres. No poco sintió la hermosa Margarita la partida de su esposo, mostrando su sentimiento con copiosas lágrimas que bañaban sus rosadas mejillas. Pagóle esto en otro tanto Alberto, que la amaba tiernamente, y no quisiera haberse

ofrecido á ir con el emperador, por no llegar á sentir tanto esta ausencia. De nuevo encargó á Federico el gobierno de su Estado y el regalo de la duquesa: él se ofreció á todo con mucho gusto, estimando la honra y favor que le hacía.

Partió, pues, Segismundo de Alemania, con toda la mayor nobleza del Imperio, y con el mayor ejército que se había visto. Llegó á Lombardía, donde halló á Galeazo, fortificado dentro de Milán y con ánimo de hacerle rostro, por esperar presto socorro del rey francés y del duque de Saboya, deudos suyos. Dejémosles en el estado de haber sitiado á Milán, y volvamos á la hermosa Margarita, duquesa de Baviera, llorosa con la ausencia de su amado esposo, que desde que se partió con el emperador, trató de retirarse en un cuarto de su gran palacio, sin dejarse ver de nadie, sino era de Federico, que como gobernador del Estado, le entraba á dar cuenta de las cosas dél.

En estas visitas que la hizo, viendo más de cerca su grande hermosura, quedó tan rendido della, y tan sujeto al amor, que ya no tenía albedrío, ni potencias, porque todo se lo entregó á la hermosa dama. No sabía qué hacerse por una parte, enamorado tan de veras á esta belleza, y por otra tan obligado del duque, su deudo, con honras y favores. Con esta pena no sosegaba; las noches se le pasaban desvelado, los días no quisiera que le viera nadie, sino pasarlos en las

soledades de un jardín sobre que caía su cuarto. Sentía sumamente no poder muy á menudo verse con Margarita, considerando que su honestidad y recato no permitían que la viese, sino en caso forzoso, que hubiese de consultar algo con ella. Con esta pena se determinó á declarar su pecho á un caballero amigo suyo. Este se había venido de Turingia á Baviera, castigado de su señor, y amparóse del duque que le hacía merced; su nombre era Roberto; á éste pues llevó un día Federico al jardín á quien después de haber paseado un rato por él, habiendo tomando los dos asientos, cerca de una hermosa fuente, le dijo éstas razones;

—Hoy, amigo Roberto (fiado en la sincera voluntad con que me asistes) te he sacado á este ameno lugar para darte cuenta de un secreto, que hasta ahora ha estado oculto en mi pecho desde que el duque, mi deudo, se ausentó. Es, pues, amigo caro, hallarme en una confusión terrible, que pienso que si dura en mí, como hasta aquí, acabará con mi vida. Amor es, Roberto, quien me fuerza á quejarme de mi pena y honor, respeto y obligaciones quien estorba que aplique remedios á mi mal. Puse los ojos en la hermosa Margarita, y su belleza, su agrado y su honestidad han sido vivos incentivos para despertar un amor tan grande, que ya no soy mío, ya no tengo albedrío ni ya las potencias me sirven como antes, pues todo lo ocupó el amor en adorar

á esta dama; el albedrío en sujetarse á sola su voluntad y las potencias en emplearlas en su alabanza. Excesos me vieras hacer de loco si esta honra, esta obligación que al duque tengo, no fuera el freno que me sujeta, y el estorbo que me impide manifestar mi cuidado. Mil veces me he dispuesto á decirla mi pena, y declararla mi afición; pero mirando su compostura adornada de tanta honesidad, me ataja y enmudece. He querido darte cuenta desto, para que me aconsejes lo que en ello debo hacer, y más me conviniese.

Atentamente oyó Roberto lo que Federico le dijo, y considerando bien las obligaciones que tenía este caballero al duque, y, asimismo, la que el mismo Roberto le debía en haberle amparado en su tierra, no se atrevió á aconsejarle que se declarase con Margarita; antes trató de disuadirle deste cuidado, advirtiéndole cuan feo parecería á los ojos de todos tratar de quitar el honor á quien con tantas veras le había honrado. Estas y otras razones le dijo Roberto con sano pecho (que así deben ser los sanos y verdaderos amigos y consejeros) con que por entonces puso sosiego á la inquietud de Roberto, y dejó de tratar desto por algunos días. Ofreciéronse nuevos negocios que comunicar con la duquesa, y con la frecuencia de verla, renovósele el amor, y volvió á su primer cuidado, y fué de manera lo que le inquietó, que le privó de su salud, cayendo enfermo

en la cama. Dió cuidado á la virtuosa duquesa el mal de su pariente, y mucho más cuando supo de los médicos que estaba apretado, y que ignoraban la causa de sus accidentes. Acudió á visitarle algunas veces, con que se aliviaba el enfermo viéndose favorecido, si bien con su ausencia volvía á su primer ser el mal. Pasáronse dos semanas en que se comenzó á levantar, y el primer día que se vistió, vino la hermosa Margarita á visitarle, acompañada de sus criados y damas, como siempre. Determinóse Federico esta vez á no morir sin haberle dicho su amor; y así, con ocasión de comunicarla un negocio de importancia de su Estado, la suplicó que quedasen solos. Despejaron los criados el aposento, y viéndose á solas con la duquesa, la dijo, con alguna turbación, estas razones.

—Hermosa Margarita, flor de la hermosura, no sólo de Alemania, pero de toda Europa; ejemplo de célebres matronas, y honor de todas cuantas el rubio sol alumbra en todo el hemisferio. Perdóname si de lo que te pienso decir se ofendiesen tus castos oídos, que mi enfermedad ha procedido de haber ocultado con silencio lo que ahora te ha de ser manifiesto, por morir (si es que he de llegar á tales términos) consolado de haber declarado mi pena. El cielo quiso (hermosa Margarita) con pródiga mano repartir contigo de todo lo mejor de su potencia, pues vemos que en hermosura y discrección, excedes á mu-

chas, y ninguna llega á igualarte. Partes son estas que no á los que te tratan, y la comunican cada día, pero á los que raras veces las ven, aficionan y atraen las voluntades. Según ésto no es mucho, que quien con más cuidado que todos te ha considerado perfecta en todas las cosas, le des cuidado, le causes inquietud, y le enciendas en tu amor. Yo soy éste, hermosa señora, no obstante que debo considerar los honores recibidos de tu esposo, y la lealtad que debo guardarle, he probado los tiros de Cupido, con tanto rigor, que ya no tengo libertad, ya vivo sin albedrío y ya soy tu esclavo: culpa, bella Margarita, á tus divinas partes esta afición, pues ellas han sido causa del daño que te exagero, y de la enfermedad que padezco, y me fuerzan á que te comunique mi pena.

No se puede encarecer el pesar que recbió la duquesa, de que atrevidamente Federico la dijese su cuidado, y le manifestase su amor; cosa que ella tenía bien conocida en las acciones de sus ojos. muchos días había; que las más veces son intérpretes del alma; pero disimulaba considerando que se debía de engañar, y así no se afirmaba con esta sospecha. Ahora que su osadía le dió atrevimiento para declarársele, por si acaso era prueba de su valor, no quiso al principio romper lanzas con el enojo que Federico merecía, y así, le dijo estas razones:

—No sé (señor Federico) si con el cuidado del

gobierno os encomendó el duque, mi señor, la curiosidad de saber lo que en mí tenía conocido con experiencias de amor y voluntad, pues veo que vos, dando buena cuenta de lo primero, os atrevéis á querer examinar lo segundo. En las personas de mi calidad no se hacen pruebas semejantes, pues por fé se ha de creer (hablando de las tejas abajo) que una persona noble raras veces desdice de quien es; yo procuraré tener más prudencia que vos, suplicándoos que esas pruebas las dejéis con pesar de haberlas comenzado en mí; que si no mirara al honor en que el duque os ha puesto, hallárades en mí más rigor que modestia.

Cuando un hombre comete un yerro, suele por enmendarle hacer otro mayor: así sucedió á Federico; que porque la duquesa no pensase que era curiosidad de prueba de su valor, y no afición suya, volvió de nuevo á quitarle esto del pensamiento, asegurándola con juramento, que amor le forzaba á decirla su pasión. Con esto perdió la paciencia la duquesa, y encendida en cólera, le dijo:

—Yo entendí (loco Federico) que mis razones fueran freno de vuestros atrevimientos, para no repetirlos, asegurándome afición de vuestra parte en daño de mi reputación. ¿Qué habéis visto en mí, desalumbrado caballero, que os ha movido á declararme vuestro desatinado amor? ¿Por ventura he desdicho yo de lo que soy en desen-

voltura alguna? ¿Pórtome diferente que antes en ausencia del duque? ¿Gusto de conversaciones más que las de mis criadas? ¿He prevaricado de las antiguas devociones que antes, tenía? No. Pues si soy la misma que antes, y aquella á quien tantos príncipes y señores han guardado el respeto, ¿por qué (olvidado de los beneficios del duque) vos habéis querido perdérmele? Yo daré causas á mi esposo que le obliguen á volver á su Estado, sin manifestarle lo que le hiciera volver con más cuidado; porque no entienda que habéis presumido en mí ligereza; que á estar cierta que esto fuera así, yo fuera luego homicida de mi misma.

Levantóse con esto del asiento donde estaba, y arrojando fuego vivo por los ojos, sin hacerle cortesía, se entró donde estaban sus criadas, retirándose luego á un oratorio, donde, con abundancia de lágrimas, descansó algo de la pena que traía comunicándo esto con una dama valida suya llamada Isabela, cosa que le estuvo mal, porque á ésta de secreto le parecían las cosas de Federico muy bien y le miraba con afición, teniendo esperanzas que por ser algo deuda del duque se podía casar con él. Pues como viese Isabela que este caballero estaba aficionado de la duquesa, comenzaron los celos á hacer su oficio; y como de ellos jamás resultó cosa buena, sucedió dellos lo que adelante se dirá. De ahí á dos días despachó la duquesa un correo secretamente

al duque, con una carta en que le escribía solamente estas razones:

«Amado esposo y dueño mío, la ausencia nunca fué buena para los que bien se quieren. La lealtad no suele permanecer en los obligados. El olvido de los beneficios pasa á ingratitud. Todo se excusará con vuestra venida. El cielo os guarde.

Margarita, que más que á sí os quiere.»

Esta carta se comunicó con Isabela, que pudiera excusarlo la duquesa, y habiéndo partido el correo con ella, en breve tiempo la puso en manos del duque, por haber caminado por la posta. Leyóla, y sus breves razones le pusieron con bien dilatado cuidado, pesándole mucho de que no se declarase más su esposa. Hacía varios discursos sobre ellas, y con algunos daba en lo cierto. Nunca se persuadió á que Federico le hiciese traición, habiéndole él honrado tanto. Trató de desembarazarse de algunos negocios; mas los lances de la guerra no le dieron lugar á que pusiese en ejecución su partida, y así se pasaron algunos días, en los cuales Federico deseó verse con la duquesa. Más ella le envió á decir que de los negocios que tuviese que comunicar con ella le enviase la relación por escrito, que él la respondería á ellos, lo que se debiese hacer. Esto le dió motivo á él para escribirla un papel lleno de nuevas significaciones de su voluntad y de grandes ofrecimientos á servirla. Comunicóle la duquesa con Isabela, y esta dama procuró verse

con Federico, y con los celos que dél tenía, le reprendió su atrevimiento, y dijo como Margarita había escrito al duque, haciéndole sabidor de lo que había pasado con ella. El modo con que le dijo esto Isabela, fué con sentimiento, dándole á entender que en ella fuera admitida su afición con más propósito que en Margarita, que era espejo de virtuosas y leales matronas. Mucho sintió Federico que la duquesa hubiese escrito al duque lo que con ella había pasado, y temiendo su venida, y que no le podía ir bien con su justo enojo, mudó de parecer, y dió con el más notable capricho del mundo. Este fué poner su afición en Isabela, pues ella se le ofrecía, que por sus partes y hermosura merecía ser estimada. Y esto fué con fin de tiranizarle el Estado al duque, como lo hizo, guiándolo desta suerte.

Había en el estado del duque un caballero noble llamado Casimiro, que por ciertas pasiones que tuvo con otro, se buscaron en campaña para matarse. Hubo estorbo en esto, ydello resultó dividirse en bandos la ciudad de Lansuto, y con muertes que hubo, más de la parte de Casimiro que en la de George, su contrario. Juntó este caballero sus amigos y deudos y persiguió á sus émulos, de modo que no dejó hombre con vida del otro bando. Con esto le creció el orgullo, de suerte que vino á ser temido en toda Alemania. Dos veces se valió el duque de Baviera del poder del emperador para darle muerte á Casimiro;

pero él se defendió valerosamente, si bien le desterró de sus estados; y así andaba por las tierras montuosas, haciendo muchos insultos y latrocinios, y ahora con la ausencia del emperador y del duque había vuelto á su patria. De la amistad déste se valió Federico; y dándole seguridad para verse con él, en esta primera vista le comunicó el deseo que tenía de alzarse con el estado de Baviera y casarse con Isabela. No le disuadió de su intento Casimiro, como aquel que era inclinado á todo género de traición y alevosía, y viendo los partidos que le hacía Federico, y, asimismo, las promesas de colocarle en el mayor cargo del estado, animóle á ejecutar su intento, ofreciéndole su favor y gente, que era hombre que traía 4.000 hombres en campaña, ejecutando muertes y robos siempre. Con este concierto señalaron día y hora para dar principio á su hecho. El día fué á cuatro después de aquella vista, y la hora á la media noche. Con esto se despidieron, muy contento Casimiro de que se le ofreciese ocasión en que vengarse del ausente duque que tanto le persiguió.

Procuró Federico de verse luego con Isabela, y dándola cuenta de lo que tenía concertado, y que todo iba en orden á tenerla por esposa suya, fué fácil de tener su consentimiento porque estaba muy enamorada dél. Trató Federico con Isabela, que luego que Casimiro llegase á la ciudad con su gente y tratase de apoderarse della,

tuviese Isabela cuidado de encerrar á la duquesa, de modo que la pudiesen tener presa. Esto hizo por tenerla en su poder y vengarse de sus desprecios; más no le sucedió como pensaba. Llegóse el señalado término entre Federico y el atrevido Casimiro, el cual llevó toda su gente con la mayor quietud y silencio que pudo hasta las puertas de la ciudad de Ratisbona, corte de los duques de Baviera, donde por parte de Federico tenía dado aviso á las guardas dellas que abriesen luego. Hízose así, y habiendo entrado toda la gente dentro de la ciudad, comenzóse luego á tocar arma. Los descuidados ciudadanos, que estaban sepultados en blando sueño, interrumpido su sosiego, salieron alborotados á saber la causa de aquel rumor malpuesto *(sic)* (rotas sus puertas); entraban los enemigos en sus casas y les ataban de pies y manos, y les hacían saber que la ciudad se ganaba por Federico. Estos no eran de los más mal librados; porque otros que se ponían en resistencia, como salían sin prevención, les quitaban las vidas aquella gente cruel, y les saqueaban las casas. Todo era un clamor de gritos de hombres, niños y mujeres, unos pidiendo favor, otros confesión, otros llorando su desventura. Ya las casas más principales de la ciudad estaban saqueadas y sus dueños, ó muertos ó puestos en prisión, con lo cual dentro de hora y media la ciudad estaba ya á orden de Federico. Las voces llegaron al cuarto de la du-

quesa; y queriendo Isabela encerrarla en un apo sento, las damas que temieron alguna traición se lo defendieron, de modo que no tuvo lugar su intento. Retiróse Margarita á su cuarto en compañía de un anciano caballero que se halló allí, que vivía en palacio; y con acuerdo suyo, huyendo del rigor de Federico, que ya sabían su traición, se salieron por una puerta falsa los dos, por no venir á manos de su enemigo. Esta salía al muro, y como era aquella parte sola de gente y la oscuridad de la noche grande, pudieron no ser vistos, si bien á pocos pasos les sucedió una grande desgracia, y fué que el anciano caballero cayó en una zanja que era conducto por donde expelía la ciudad sus inmundicias fuera de sus muros. Era muy honda, y así el buen caballero se hizo pedazos, perdiendo allí la vida. Puédese considerar cual quedaría la triste duquesa con este desdichado suceso. Estuvo por un rato helada sin poderse mover de un lugar, más después, cobrando algún ánimo, pudo llegar hasta una puerta de la ciudad, donde ya había puestas nuevas guardas por Federico, y al tiempo de querer salir por ella fué conocida y llevada á la presencia del tirano, que no andaba poco cuidadoso de hallarla. Hízola poner en una torre de palacio, y por aquella noche no se trató más que poner buen cobro en la ciudad y tener en prisiones á todos los que sabían que eran de la parte del duque. El siguiente día Federico (quedán-

dose con alguna gente en la ciudad) dió orden á Casimiro que con el resto de la suya, y la que se le fuese llegando, fuese por las ciudades y villas del Estado, las más importantes, y las redujese á su obediencia, poniendo alcaides y gobernadores de su mano. Con esto partió Casimiro, no poco gustoso, porque en la comisión se aprovechó de manera que todo cuanto allanó y rindió fué para su persona. Juntósele mucha gente perdida y facinerosa, que con ella hizo el daño que después se dirá.

No le faltaba á Federico más que cumplir la palabra á Isabela, y ella estaba ya muy alborozada esperando sus alegres bodas. Más antes de hacerlas, quiso Federico verse con la hermosa Margarita, que estaba, como se ha dicho, presa. Entró, pues, en la prisión, y haciendo que los dejasen solos la dijo estas razones:

—Margarita: tu altivez y esquividad, ha sido causa de todos los daños que ves, y de muchos más que se esperan. En tu mano ha estado remediarlo con haber agradecido mi amor y pagado mi voluntad; pues todo se podía haber hecho con recato y silencio, y se quedara entre los dos. Supe que resueltamente escribiste lo que entre los dos pasó, á tu esposo, por lo cual, yo indignado de tu poca espera y mucho rigor, he querido con mano poderosa hacerme señor absoluto deste Estado, y que estés á mi voluntad presa, tratando de casarme con Isabela, deuda tuya.

Esta boda se hará mañana sin falta, esto es, si tú antes no admites mi amor y estimas mis finezas; resuélvete á esto, porque de no lo hacer, un riguroso veneno quiero que sea quien dé fin á tu vida.

La respuesta que Margarita dió á Federico, fué que no se había de alabar, mientras Dios le diese vida, de que había hallado ligereza en ella para ofender á su esposo, y que así, podía disponer de su vida, haciendo de ella lo que quisiese; que en su poder estaba; por respeto del honor haría della muy poco caso; que en cuanto á haberse alzado con el Estado del duque, ella sabía que se había de gozar poco en aquella dignidad, pues no sería más de cuanto el emperador volviese á Alemania, pues con ayuda de su majestad, era cierto que su esposo había de recuperar su Estado.

Fuese Federico de allí, y luego se vió con Isabela, á quien hizo vestir de gala, y estándolo él también con todos los que le cortejaban, quiso que las bodas se hiciesen en público, en un salón de Palacio. Á todas las damas de la duquesa mandó que se hallasen á ellas; porque fuesen acompañando á Isabela como á señora suya, de que no poco ufana y soberbia se hallaba, que era muy altiva. Hizo asimismo sacar de la prisión á Margarita, y que por fuerza llevase la falda á Isabela, cosa que ella hubo de hacer con muchísima paciencia, abrazándose con el tiempo,

pues la fortuna la había traído á tal estado. Acabado de hacer el desposorio, hubo aquel día gran fiesta en palacio. Hizo Federico mercedes á algunos caballeros de que temía recibir algún daño, por tenerlos de su parte cuando fuese menester, y entre ellos á Roberto; el cual, aunque le parecía mal todo cuanto Federico hacía, pasaba por ello, mostrándole un exterior muy alegre con el tirano que pensaba que ninguno le era tan de veras amigo, y fiel como él, y así el día siguiente de sus bodas, hallándose con él á solas le dijo:

—Amigo Roberto: es tanto el sentimiento que tengo de haber sido despreciado de Margarita, que todo cuanto amor la tenía (que era excesivo) se ha convertido en mortal odio, y así hoy quiero vengarme della quitándole la vida. Esto ha de ser con un veneno. A ti, que eres la persona de quien más me fío, quiero hacer ejecutor desta muerte; y cree de mí que si se le acaba la vida como lo espero de tu diligencia, que presto te verás esposo de Serafina, hermana de Isabela, y mi segunda persona en este Estado.

Vió Roberto resuelto el ánimo de Federico á esta crueldad,y que si rehusaba el obedecerle había de dar áotro esta rigurosa comisión, y así, sin poner dudaen nada (con ánimo de librar de la muerte á la constante duquesa), aceptó el servirle en lo que le mandaba, como lo vería, y estimó la merced que le ofrecía en darle á la hermosa So-

rafina sucuñada. Tenía Roberto un amigo, grande hombre en la medicina, con el cual comunicó esta crueldad del tirano, pidiéndole, que si era posible, diese traza como la inocente señora no pereciese. El se ofreció á darle gusto, y más en cosa que era tan justa; y así dispuso hacer una confección que tuviese á una persona en que bebiéndola vernía *(sic)* cuatro horas fuera de su acuerdo. Esta le dió á Roberto, y él con ella se fué á Federico, diciendo lo que se le iba á dar á Margarita. Antes desto había tenido modo como avisarla, que no rehusase el tomar esta bebida, con seguridad que no le había de hacer daño. Quiso Federico ir de secreto á la prisión de la duquesa y vérsela dar, y así fueron los dos. Llegó Roberto delante, y díjola:

—Señora duquesa: ante todas cosas os suplico me perdonéis lo que vengo á hacer, que yo soy mandado. El duque Federico me ha ordenado que toméis esta bebida con que déis fin á vuestros días; conformáos con la voluntad de Dios y recibidla con paciencia.

Ya Margarita estaba confesada, muy puesta con Dios, por lo que esperaba de la crueldad de Federico, y así le respondió:

—Roberto: para el tribunal de Dios cito á Federico que vaya en breve á darle cuenta desta violencia; y así no tengo más que deciros sino que me déis esa bebida.

Llegó Roberto, y antes de dársela la apretó la

mano, haciéndole seña de que se podía fiar dél, y con señas dándola á entender que estaba allí el tirano. Tomó la bebida con muchas lágrimas, y en breve hizo la operación del sueño á la vista de los dos, quedando la duquesa como sin sentido. Así la dejaron y se fueron, y esa noche volviendo á la prisión, y hallándola en el mismo estado, pensando Federico ser muerta, mandó á Roberto que la hiciese sepultar. El lo tomó á su cargo, y así le dejó con ella Federico y se fué á palacio. Roberto, avisando al amigo médico, sacaron entre los dos á la inocente duquesa y la llevaron secretamente á la posada del médico, el cual la puso sobre una cama, donde estuvo hasta que el efecto de la bebida cesó y volvió en su acuerdo. Aguardaban los dos á esta ocasión, y viéndola moverse, llegaron al lecho y la esforzaron con unas sustancias que el médico le tenía preparadas. Allí la dijeron como estaba fuera de la prisión, y ya tenida por muerta de su mortal enemigo Federico. Ella les dió las gracias de su piedad. Allí estuvo puesta la duquesa en compañía de una hermana del médico que la servía con mucho cuidado.

En este tiempo, el atrevido Casimiro andaba muy codicioso en el rendir las fuerzas del estado de Baviera en su nombre, lo cual sabido por Federico, juntó la gente que pudo y trató de oponérsele. Tuvieron los dos algunos encuentros, de los cuales salió victorioso Federico, y Casimiro

vencido; pero con todo, no pudo cobrar lo que había conquistado; dió cargo á un caballero de quien se confiaba, para que fuese en seguimiento de su gente hasta echarle del estado si pudiese, y él se volvió á Ratisbona con su esposa. Mientras Federico hizo ausencia de la corte, pudo el médico, por orden de Roberto, sacar della á la duquesa, vestida de villana, y llevarla á una aldea á treinta millas de allí, dejándola en casa de un labrador rico amigo suyo. Las cosas de Italia llegaron á términos que el duque de Milán volvió las ciudades á sus dueños reducido á la obediencia del emperador, con lo cual se volvió para Alemania, no poco pesaroso por haber tenido nueva de lo que había sucedido en el estado del duque de Baviera, y por no dar pena al duque, mandó que nadie le dijese nada, poniendo grandes penas al que supiese que le había revelado esto. Bien se presumía el duque que le había sucedido algo, porque desde la carta que recibió de su esposa, en que le llamaba, no había tenido otra alguna. Caminando, pues, por sus jornadas, el emperador entró en el imperio, á donde fué fuerza saber el duque la pérdida de su estado; el levantamiento del tirano, y como tenía en prisión á su esposa, que no se había manifestado su muerte. La pena que desto tendría cada uno, podrá juzgar. Supo el emperador cómo Alberto lo sabía, y haciéndole llamar le consoló, prometiéndole por su real corona de no ver los ojos de

la emperatriz hasta dejarle vengado del tirano, y en pacífica posesión en su estado. Besóle Alberto la mano por la promesa que le hacía, y con estas esperanzas, que fueron algún alivio de su pena, prosiguieron sus jornadas. Dos días después de haber tenido esta nueva, vino otra como Federico había muerto á su esposa con veneno, como está dicho, y que la ciudad estaba revuelta en bandos, habiendo sabido esto, volviendo muchos leales vasallos por su señora natural. Aquí perdió el sentido el afligido duque, deshaciéndose en llanto, sin querer oir consuelo alguno de sus parientes y amigos. Quiso el emperador, lastimado desta pérdida, favorecerle, y vínole á ver á su posada. Acusóle de pusilánime, pues en esta ocasión le faltaba el valor, y con esto mandó guiar el ejército á Ratisbona. Supo Federico el intento del César, y comenzando á temer su ruína, quiso hacer paces con Casimiro; mas él, temiéndose del emperador, se salió del imperio y se pasó á Italia.

Llegó el emperador hasta aquel lugar donde estaba Margarita, y acertósele á dar por posada al duque, su esposo, la casa donde ella estaba. Ella vestida, como se ha dicho, el hábito de villana al uso de aquella tierra, y con los trabajos grandes que por ella habían pasado, pudo asistir delante de su esposo. Acudió á servirle, sin ser conocida, contentísima con su presencia, y notando dél la grande tristeza con que estaba, y

deseosa de oir la causa de su boca, rogó afectuosamente á una hija del dueño de la casa, que después de cenar el duque, trabase plática con él y le preguntas esto. Era la villana despejada (y por dar gusto á Leonida, que así la llamaban á la duquesa), cuando vió alzadas las mesas y el duque solo, entró donde estaba, saludándole á su grosero modo. Volvióla el duque la salud, y de plática en plática vino á preguntarle que por qué tenía tanta tristeza. Entonces el duque se le llenaron los ojos de agua, y la respondió que había justas causas para tenerla aún mayor. Eso deseo yo saber, si no os causa pena, dijo la villana. En breves razones la quiso el duque dar gusto diciéndola que en el breve tiempo que había estado ausente, había perdido su estado, y esposa, que era lo que más que todo sentía; y ésta le había dado el hombre que más le debía á él, habiéndole pagado ingratamente con esta alevosía. Aquí no pudo contenerse, con abundancia de lágrimas que le vinieron á los ojos, ni hablar palabra con los sollozos del llanto. Todo esto estaba oyendo la duquesa, haciendo el mismo efecto la pena con que veía á su esposo, y no pudiendo sufrir más el verle con aquel pesar, salió á donde estaba, diciéndole:

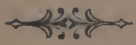
—Alberto, dueño y esposo mío, no es justo que si vuestra pena procede de las nuevas falsas de mi muerte, pase adelante y se os dilate. Aquí tenéis á vuestra Margarita, si es posible que los

trabajos y desdichas que han pasado por ella os la dejen conocer.

No se puede exagerar el contento que el duque recibió con ver á su esposa, que ya juzgaba por muerta, á quien conoció en la habla, porque en el rostro no pudiera, tal la tenían sus trabajos, y abrazáronse los dos. Admirada la villana amiga de Margarita de ver aquella novedad, en la que tenía por mujer baja, hallándola esposa de un duque, fué á decírsele á su padre, el cual, admirado, fué al aposento del duque, donde le dió la enhorabuena de haber hallado á su esposa viva. Recibióla el duque con mucho gusto, agradeciéndole el haberla tenido allí y ofreciéndole muy buen premio por ello. Luego se supo esto por los criados del duque, y todos entraron á besar las manos á los duques. Pasó la palabra hasta saberlo el emperador, el cual quería tanto al duque, que salió luego de su posada y fué á ver á la duquesa, favor que estimó ella en mucho. Al otro día partieron de allí, y en breves jornadas llegaron juntamente con el ejército á Ratisbona. Estaba Federico bien reparado en ella, pero en un mes que duró el cerco se le entregó la ciudad por trato, vendiendo sus propios confidentes al traidor Federico y entregándole. Entró el emperador en la ciudad con los duques y comenzó á castigar culpados, adornando las almenas de sus cercas con los que ahorcó, que fueron muchos, y dando la posesión á los duques. El

siguiente día mandó cortar la cabeza á Federico en público cadalso; á su esposa hizo retirar á un monasterio, y á Roberto y Demetrio, el médico, hizo largas mercedes, recibiéndolas también el labrador que tuvo encubierta á la duquesa, tornando todo á su primero ser; con que el emperador los dejó y se fué á la corte, donde era deseado á gozar de la compañía de su querida esposa, con la cual gobernó muy quietamente su imperio todo el tiempo que vivió, haciendo siempre muchas mercedes y favores al duque Alberto y á Margarita su esposa.

A todos regocijó la novela de Don Cotaldo, con la venganza del duque, que estaban irritados contra el tirano. Rematóse la fiesta con una lucida máscara de caballeros y damas que estaba ensayada, y salieron á ella muy bizarros; y después que se le dió fin, despedidos todos de Don Gastón, les avisó que la Noche de los Reyes ninguno faltase á la junta.



Noche sexta.

La noche de los Reyes, tan celebrada, generalmente de todos, quiso que la claridad de la blanca Cinthia animase, sin temor del frío, á que los caballeros y damas cumpliesen en su convite; y así juntos en la alegre congregación del anciano caballero, después de haberse de nuevo dado las Pascuas los unos á los otros, se trató de dar principio á su festivo entretenimiento, comenzando á dos coros de música esta letra:

Azafates de esmeraldas
guarnece el cristal del Turia
para presentar á Filis,
que con el alba madruga.
En sus espacios, las flores,
sus aromas le tributan
por paga, de que aprendieron
primores de su hermosura.
La capilla de las aves
que á darla aplausos se junta,
le previene alegres salvas
con lo airoso de sus fugas.

Lauro que en Filis espera
el colmo de su ventura,
esto cantó en su instrumento
á los campos que le escuchan:
«Advertid, advertid, pastores,
que el amor sale á caza con nuevos harpones;
guárdese dello quien no les conoce;
póngase en cobro,
más si son de Filis los ojos,
quien muriere con ellos será dichoso.»
En dos flechas puso amor
(por quien usa la destreza),
deleite con su belleza
y con su efecto rigor.
A poder tan superior
no hay opuesta voluntad,
que rinde la libertad
manifestando primores.
«Advertid, pastores», etc.

Cada día iban creciendo las admiraciones y aumentándose las alabanzas, porque vían que, con emulación, así la música, como los que novelaban, excedían á los que primero lo habían hecho. Esta letra pareció bien; desearon saber su autor, y díjoseles que era *Castalio el de Manzanares*. Algunos le conocían de oídas, pero pocos de vista. Tocó la suerte aquella noche á doña Felicia, dama de grandes portes, la cual, ocupando el señalado asiento, cuando vió que todos estaban con quieto silencio, dando principio á su honesto entretenimiento, dijo esta novela.

El honor recuperado

A Pedro de Valda, caballero de Valencia.

El haber visto obras mías en poder de v. m., honrándolas y favoreciendo á su autor, me ha dado aliento para darle parte deste volúmen, con ofrecer á v. m. esta *Novela*, que intitulo *El Honor recuperado;* no llevando menos confianza de buena acogida en tal protector, que las que v. m. ha favorecido sin tanta propiedad, pues le hago dueño della, para que segura con tal tutela, pase los peligros de la censura, con menos temores, que si le faltara tal Mecenas, á quien suplico supla muchos errores que tendrá, por el acierto de haberse puesto en sus manos de v. m. Nuestro Señor le guarde como deseo.

Servidor de v. m.,

D. Alonso de Castillo Solórzano

NOVELA UNDÉCIMA

Por fiesta de la gloriosa Santa Ana, madre de la Purísima Emperatríz de los Cielos, que celebra la insigne villa de Madrid, cada año por voto tenía prevenido un regocijo de juegos de cañas, acompañado con bravos y feroces toros, hijos de las verdes dehesas que fecunda el caudaloso Jarama, á los católicos monarcas Felipe III, y la serenísima señora doña Margarita, su esposa. Llegóse el día señalado, y habiendo traído 20 madrigados toros que correr, quisieron aquella mañana, por alegrar á los que habían madrugado á ver el encierro, que se matasen dos ó tres brutos; y habiendo salido uno del toril á la anchurosa plaza (octava maravilla del orbe) cobrando fama, é infundiendo miedo á los peones, con dos muertes que hizo, por descuido de los que tenían cargo de las puertas, se hizo lugar y salió por la que sale á la calle de Atocha. El bullicio y rumor de la gente que le seguía, dió aviso á la que andaba por la calle, que se guardase; ya llegaba á emparejar el suelto animal con el Monasterio de la Santísima Trinidad, que

está en la misma calle, cuando del salía una dama acompañada de un anciano escudero, que había madrugado á oir misa, y volvíase á su casa, que estaba enfrente del Monasterio. Como el escudero viese al toro, dejó la mano de su señora, y con apresurados pasos se acogió al Monasterio, quedando la dama con el embarazo de los chapines y basquiñas en medio de la calle. Llegó á este tiempo el feroz bruto, y queriendo ejecutar en ella su rigor, al bajar para ello la armada frente, sucedió hallarse allí un caballero tan á tiempo, que pudo arrojarle su capa, á tan buena ocasión, que le cubrió el rostro, y él tuvo en tanto lugar de abrazarse con la afligida dama, y sacarla del peligro. Procurando estaba el furioso toro desenvolverse del embarazo de la arrojada capa, cuando antes que lo hiciese se halló con el mismo dueño della, y de un revés le desjarretó el pie derecho. Pasáralo mal si otro caballero amigo suyo, acudiendo en la ayuda, no hiciera el mismo sacrificio del otro pie, con que quedó el animal impedido para poder ejecutar su furiosa rábia, levantándose de la gente que esto vía un clamor, que fué aplauso de su animosa acción. Limpiaron los dos las espadas, y acudieron juntos á acompañar á la dama, que estaba dentro del Monasterio. Llegaron á su presencia, hallándola robado el color de su hermoso rostro, aún no libre del susto que había recibido. Dióles las gracias del socorro, y, asimismo,

lugar para que la acompañasen hasta su casa.

Era esta señora hija de un caballero principal de Murcia, el cual asistía en Madrid como procurador de cortes por aquel reino. Abundaba de bienes de fortuna, y tenía suficiente dote que dar á esta dama (que era única hija suya) para que cualquier caballero se tuviese por muy feliz en ser su esposo. Después de haber llegado con la dama á su casa, ella admitió un poco de visita de los caballeros, aficionada al buen talle del que primero había llegado á librarla del toro (que era más mozo), del cual quiso saber su asistencia en Madrid. El la dijo ser de Sevilla, hijo segundo de un principal caballero de aquella ciudad, su nombre don Antonio Tello, y su profesión la milicia en Flandes, donde había servido á su Majestad ocho años, hasta merecer una gineta; y que en aquella sazón estaba pretendiendo acrecentamiento de sueldo por sus servicios, y un hábito de Santiago, de lo cual esperaba que presto saldría la merced. El amigo dijo llamarse don Andrés de Toledo, su patria Talavera, y que estaba allí con la misma pretensión que don Antonio, su camarada. Mucho se holgó la hermosa doña Rufina (que éste era su nombre) de saber la calidad de aquel caballero, á quien se había aficionado. Ofrecióles aquella casa por suya, en nombre de don Bernardino de Roca Mora, su padre, y pidióles que la volviesen á ver cuando él estuviese en casa, porque cono-

ciese á quien debía después de Dios la vida su hija. Los dos amigos estimaron este favor, y don Antonio mucho más, porque ya pagaba á la dama la inclinación que le mostró con otra mayor, cautivo ya de su hermosura; con esto se despidieron, yéndose á su posada. Ya había corrido la fama por todo Madrid del suceso de la dama, y la valiente acción de los caballeros, diciendo los nombres de todos, con que llegó á oídos de don Bernardino, padre de doña Rufina. Acudió á su casa, y supo della todo el suceso con más fundamento, y por agradecerle el socorro á los caballeros, informándose donde posaban, los fué luego á visitar á su posada. Estimaron ellos la visita, y della quedaron con grande conocimiento para adelante, siendo muy amigos de don Bernardino y acudiendo á su casa muchas veces. Con esta frecuencia don Antonio pudo declarar su amor á doña Rufina, y ella estimó su voluntad mostrando gusto de ser dél recibido.

Había don Bernardino tratado un casamiento para su hija con un caballero de Granada, algo deudo suyo, y sobre algunos intereses se había dejado por entonces. Vino á allanarse esta dificultad, y volvióse de nuevo á tratar con más veras. Supo esto doña Rufina, y como estaba tan aficionada de don Antonio, resolvióse á no admitir á otro que á él por esposo suyo, y así, dióle á su amante parte de lo que se trataba, manifestándole con esto su ánimo é intención. Estimó

don Antonio el favor que le hacía, y díjole de qué modo gustaba que esto se atajase, que á todo lo que fuere de su gusto le hallaría dispuesto y obediente, como quien no tenía más voluntad que la suya.

Doña Rufina, que estaba declarada con él, y ya quitado el velo del empacho, le dijo que la siguiente noche viniese á verla, poco antes de las doce, que con fe y palabra de ser su esposo, le daría entrada en su casa y posesión en su pecho. No se puede exagerar el contento que don Antonio recibió, manifestándole con besarla sus blancas manos muchas veces. Con este concierto se fué á su posada.

No estaba entonces en Madrid D. Andrés, su camarada, que había ido á holgarse á su patria, y así, hubo don Antonio de prevenirse de armas de fuego, por lo que le sucediese, é irse solo á verse con su dama. Llegóse la hora, no poco deseada del tierno amante, y poco antes de la señalada se halló en la calle, y al querer hacer la seña que le fué dada, oyó ruído de cuchilladas en la misma calle, por cuya causa lo dejó por entonces hasta haberse pasado aquel rumor, y así, se apartó de la puerta de su dama. Duró la pendencia más de lo que él quisiera, porque hubo un herido en ella. Llegó allí un alcalde que andaba de ronda, que quiso averiguar de raíz el caso por qué había sido la cuestión, prendiendo á algunos que estaban sin culpa, en lo cual se

tardó más de una hora larga, que todo esto era muerte para don Antonio. Ya dejaba la calle el alcalde, y con el herido y presos venían hacia la parte donde don Antonio estaba, el cual, porque no le encontrasen y reconociesen, hubo de apresurar pasos y procurar dar la vuelta allí por otra calle. Era el rodeo algo largo, y así, cuando llegó á la puerta de su dama y llamó con la concertada seña, no le respondieron. Volvió á repetirlo otras veces, y menos fué oído, con que se volvió á su posada desesperado; tanto, que en toda la noche pudo dormir, considerando que por aquella pendencia había perdido tan buena ocasión. Llegó la mañana más tarde de lo que el penado amante quisiera (que deseaba saber la causa de no haberle oído), y llegada la hora en que don Bernardino acudía al rey á ejercer su cargo de procurador, se fué á ver á la hermosa doña Rufina. Hallóla de revuelta, medio desnuda, con sus criadas, viéndolas hacer labor. Así como la bizarra dama le vió, fué recibido de ella con grandes extremos de alegría, entrándose los dos en una pieza más adentro, donde viéndose á solas con él, le dijo:

—Querido esposo mío, bien de mi alma, dueño de mi voluntad: no os exagero con la alegría que os recibo, con el gozo que miro vuestra presencia, pues el silencio que tuvístes anoche y lo poco que celebrastes mis agasajos, me dejaron tan triste, que presumí que no habíades de vol-

ver á ver esta vuestra esclava. Confieso, mi bien, que la vergüenza (propia en mujeres de mi calidad) no me dejó celebrar el contento de nuestras bodas, el regocijo de mi buen empleo; mas ahora, que con confesión propia, puedo llamarme vuestra, sin recelo, echaréis de ver que sabré volver por mi empacho y solemnizar mi dicha.

Estaba don Antonio fuera de sí oyendo esto á doña Rufina, perdido el color y casi falto de respiración; y como no la respondiese nada á lo que le decía, y viese en él mudanza de semblante, con nuevos recelos, dijo:

—¿Qué es esto, señor don Antonio? ¿por ventura estáis arrepentido de lo que habéis hecho, que tan poco celebrastes anoche mis favores, ni ahora mis caricias? Decidme, sin empacho, que ya adivinaba yo que de mi facilidad había de resultar este menosprecio que de mí hacéis. Confiéme en la noble sangre que tenéis; esperé de vos toda buena correspondencia, habiendo de por medio prendas de amor, mas todo me ha salido al revés. Hablad; ¿qué os tiene mudo? Manifestad vuestro pecho, aunque sea en daño mío; declaradme este enigma, tan lleno de confusiones para mí, porque conozca mi corta suerte en amaros y mi poca dicha en conoceros.

Esto decía, llena de copiosas lágrimas, cuando don Antonio, titubeando en las razones y mal formando las palabras, la dijo:

—¡Ay, querida Rufina! ¡qué desdichada ha sido

mi suerte; qué contraria me ha sido mi estrella, qué vuelta ha dado la varia fortuna en mi daño! No en balde tuve anoche tan poco sosiego, después que partí desta calle, hallando tus puertas cerradas, y perdida la esperanza de verte. Otro más dichoso que yo gozó de la ocasión que me tenía el amor prevenida; otro se hizo dueño de tu belleza, yo no; hermosa Rufina, sólo gozo de la pena de haberte perdido y de la desesperación de no ser tuyo.

—¡Ay, falso engañador! (dijo la afligida dama). Bien te entiendo; esa disimulación es excusa para eximirte de ser mi esposo, cuando debes de tener otro empleo. Si le tenías, ¿por qué engañabas á una flaca mujer? ¿por qué la has quitado el honor? ¿por qué quieres hacer menosprecio della? ¿soy yo, acaso, alguna mujercilla vil, de bajo porte, con quien se pueda usar ese término? ¿No tengo calidad que iguala á la tuya y hacienda con que sustentar las dos, apetecida de muchos, si despreciada de tí? ¿qué te mueve á lo que haces? ¿mi entereza no te aseguró ser el primer dueño della? Sácame destas confusiones, ó dame esa daga que traes, para que con ella acabe mi vida.

Con esto, emprendió quitársela, para darse con ella; mas él, resistiéndola, la dijo:

—Señora mía, mucho siento que de mi voluntad hayáis tenido tan poca satisfacción, en que juzguéis á menosprecio mi turbación, acumu-

lando el verme helado delante de vos, sin hablar palabra, uno y otro causa el ver mi desdicha. El ver que en mi lugar hayáis admitido desalumbradamente quien ha causado vuestra deshonra y mi disgusto. Fálteme el cielo, ábrase la tierra y trágueme vivo, sin hablaros más palabra, si fuí quien anoche tuvisteis en vuestros brazos.

Como doña Rufina viese con las vivas acciones que don Antonio le aseguraba su desdicha y se lamentaba de su pérdida, perdió el sentido y quedó desmayada. Acudieron dos criadas (que sabían sus amores) y lleváronla á la cama adonde volvió en sí, bañando sus hermosas mejillas con copiosas lágrimas, maldiciendo su corta suerte. Consolóla don Antonio cuanto pudo diciéndola que el cielo descubriría al autor de aquella desgracia, que él no la podía faltar jamás, y por ser hora en que aguardaba su padre, se volvió á su posada lleno de pesares. Arrojóse en una cama, donde estuvo bañando con lágrimas las almohadas della, todo aquel día sin querer comer, dando confusiones á sus criados, que ignoraban la causa de su pena. De ahí á dos días envió á saber de doña Rufina cómo estaba; dijéronle que muy mala, porque la había sobrevenido un accidente, con que tenía puesto en cuidado á su padre. Fué á verla don Antonio á la hora que sabía estar su padre en su precisa ocupación, y los dos renováronse pesares y lastimas. Allí contó

doña Rufina á don Antonio, el silencio que había tenido aquella noche el que en lugar suyo había entrado, y que por prenda suya tenía un lienzo de puntas que tenía sangre de narices. De nuevo se ofreció don Antonio saber si en las conversaciones de los caballeros mozos se habría alguno alabado de haber tenido aquel lance. Pidióle encarecidamente doña Rufina que no la olvidase, que en eso conocería el amor que la tenía; así se lo ofreció don Antonio, pero no lo cumplió, porque viendo que todas cuantas veces la visitaba, era todo llantos y suspiros, trató de concluir con su pretensión. Salióle la merced del hábito, y dentro de un mes se le puso. Pero detúvole en Madrid un pleito de su padre á que hubo de acudir. Pues como acudiese don Antonio á su pleito y se olvidase de doña Rufina, en ocasión que ella le había dado cuenta que estaba preñada. Visto esto por la dama, presumió que esto le había apartado de su comunicación y que él era el autor de su deshonra, y así, por un papel que le escribió, se quejó de su olvido y le amenazó que le haría quitar la vida; pues como mal caballero le negaba su obligación. Acabó el pleito don Antonio pero dejó este papel de amenazas, con lo cual sin despedirse de la afligida dama, se fué á Sevilla, patria suya, á ver á su padre, dejando en Madrid á su amigo don Andrés, todavía en su pretensión.

Partióse don Antonio de Madrid, y caminando

de noche, por los calores del verano, cerca de Toledo le salieron á él y á su criado, seis hombres con armas de fuego, á quitarles lo que llevaban. Quísose poner el valiente caballero en defensa, más fué derribado de la mula en que iba, atravesado el brazo izquierdo de una bala, y al criado le quitaron con otra la vida, despojándoles de cuanto llevaban, y desnudos los dejaron en medio del camino; el ruído de la gente y voces del herido, alborotó á unos perros que estaban por guardas de un ganado cerca de allí, y ellos á los pastores, presumiendo que algunos ladrones les venían á hacer algún hurto en los carneros (cosa que pasa por ellos cada día) acudieron á aquella parte con hondas y chuzos. A las voces del caballero herido, le descubrieron. Lleváronle á él y al difunto criado á una granja donde estaba una señora viuda que era su dueña, en cuya casa le entraron. Era la señora tan compasiva, cuanto hermosa. Levantóse aunque á deshora y mandó hacer á sus criados una cama en que acostaron á don Antonio y luego despachó á Toledo (que estaba una legua de allí) un criado en una corredora yegua, para que trajese de allí en su coche, un religioso que confesase al herido y un médico y un cirujano que le curasen. Vió el criado con el afeto que su señora se lo mandaba, y deseoso de darla gusto, hizo la diligencia con brevedad, de suerte que al amanecer ya estaban todos en la granja. Llegaron, pues,

los dos médicos de alma y cuerpo; éste le confesó y aquél, con asistencia del cirujano, le vió la herida y della conocieron ser más penosa que de peligro. Trataron de la cura, y continuaron algunos días, en los cuales fué don Antonio regalado y asistido de aquella señora, compadecida de su mal, venido por tan atroz suceso, que pudo ser tan siniestro como el de su criado, á quien dieron esotro día de la desgracia, en Toledo sepultura.

Al cabo de un mes que don Antonio se levantaba ya, quiso saber doña Elvira (que así se llamaba la dama viuda) quién era, y estando los dos á solas se lo preguntó. Le dijo su nombre, patria, profesión y camino que hacía á ver á su padre á Sevilla, no poco aficionado á su hermosura, que era mucha, porque tenía un aire de la desgraciada doña Rufina. Holgóse doña Elvira de que fuese hombre de calidad y partes, porque también le estaba inclinada, y quiso que don Antonio supiese también quién era, y así le dió cuenta como había sido esposa de un principal caballero de Toledo que había año y medio que había muerto, dejándola á ella muy gruesa hacienda libre, que administraba en aquella granja á ciertos tiempos del año, que se venía de Toledo, donde tenía sus casas principales. Díjole que tenía una hermana moza que estaba en Madrid, y que trataba de casarla con un caballero, amigo suyo, que también asistía con él en la corte, el cual, aunque an-

daba muy fino en sus amores no era de su gusto. Esto alentó no poco á don Antonio, porque deseaba hallar ocasión para decirle su pensamiento, y viendo ser esta buena, la dijo, cuan dichoso fuera en merecer ser admitido para que la sirviese; esto con fin de ser su esposo. No despidió esta plática doña Elvira, que si bien mostró colores en su rostro, la respuesta fué decirle que no se confiaba tan presto de sus palabras, sino que la continuación del servirla y el tiempo quería que la asegurasen de su fé. Dióle por fiador della don Antonio, como hacen todos los galanes, y díjola ultimamente como era del hábito de Santiago, que no se lo había dicho, cosa que ella estimó en mucho, con esto se trató de ir doña Elvira á Toledo, y dió orden á don Antonio para que asistiese allí encubierto en hábito de estudiante á servirla.

Bien se pasaron más de ocho meses que don Antonio asistía donde le dejaremos, por decir lo que sucedió á la hermosa doña Rufina, la cual, como supiese la partida de don Antonio, sin saber á donde, sintiólo con tanto extremo, que llegó á los últimos términos de su vida; mas el cielo que quería darla consuelo en su aflicción, no permitió que muriese. Con la enfermedad pudo encubrir el preñado en la cama; levantose y dió á entender que su mal era hidropesía, con que pudo engañar á su anciano padre, hasta una noche que la dieron los dolores del parto. Una

criada que con todo el secreto acudió á llamar á una comadre vecina, en tiempo que su padre no estaba en casa, y estando ya ésta en el aposento de la dama, pudo hallarla allí el viejo cuando vino, con que le dió sospecha que el embarazo de su hija era enfermedad de nueve meses, y así, sin decirla nada, se salió de casa á dar cuenta desto á un sobrino suyo. Habíase don Bernardino mudado á otros barrios distantes de los de la calle de Atocha, donde antes vivía. Pues como la criada viese ir á su dueño á llamar á su sobrino, y que él lo iba diciendo, sin pensar que lo oían, dió luego cuenta desto á doña Rufina; ella temiendo algún mal suceso, no quiso aventurar la vida; así, habiendo parido, se salió de casa con la criatura en los brazos (sin poderla detener), con ánimo de no volver á ella. Fué en ocasión su salida que pasaban por la calle dos caballeros; encontróse con ellos, diciéndoles:

—Si el amparar las mujeres afligidas es acto generoso, os suplico que en ocasión tan apretada como la en que me hallo á peligro de perder la vida, me favorezcáis, porque no perezca un recién nacido niño que acaba de salir de mis entrañas.

Eran estos caballeros don Juan de Rivera, hermano de doña Elvira, la viuda de Toledo, y don Esteban de Cárcamo, amigo suyo, y pretensor de su hermana, como está dicho. Tuvieron piedad de la afligida dama, y lleváronla á su

posada, donde la hicieron poner en una blanda cama y regalarla, y á la criatura la dieron aquella noche á una mujer de la posada, que criaba, para que la alimentase hasta la mañana que se le buscase una ama. Esotro día fueron luego los dos amigos á ver á la dama, la cual hallaron bien fatigada, así con el parto como con la pena de ver lo que haría su padre, echándola de menos cuando volviese á su casa. Admiróles mucho su grande hermosura, pareciéndoles (y á don Esteban en particular) la más bella mujer de cuantas había en la corte. Della supieron que habiéndole dado un caballero palabra de esposo, la engañó, gozó y no se la cumplió después, dejándola con el trabajo que veían. No quiso decirles ella quién era, más de que tenía calidad; que no era menester esto pues lo confirmaba su presencia.

Estaban los dos caballeros de partida para Toledo, y entraron en consulta sobre lo que debían hacer con aquella señora. Aquí obligó la piedad por ella, resolviéndose don Juan á llevársela á Toledo, que estuviese en casa de su hermana en su compañía, aunque se ponía á riesgo de que se sospechase que era cosa suya. Con esta resolución, la fueron á decir lo que habían determinado y viese lo que gustaba hacer. Ella contenta, como agradecida de la merced que la ofrecían, la aceptó, y así se fueron con ellos á Toledo, llevándosela en una litera con mucho cuidado, y á su niño con una ama que le criase.

Llegaron á su patria, donde fueron bien recibidos de su hermana Elvira, en cuya compañía pusieron á doña Rufina, con mucho gusto suyo, por sospecharse que era gusto de su hermano, y que en esto le iba el ser aquella criatura suya habida en aquella dama. Trató regalarla y consolarla de su pena, con que doña Rufina se consoló, habiendo hallado tal compañía con quien vivir. Veíase, después de la venida de su hermano, doña Elvira con don Antonio, de noche, y él andaba muy fino en sus amores.

En algunas ocasiones, deseó doña Elvira saber el suceso de doña Rufina de la boca de su hermano, haciéndole autor de aquella criatura. Mas él lo negaba, afirmando con grandes juramentos no ser cosa suya. Pero como las mujeres obligadas con los beneficios descubren tal vez sus pechos, quiso doña Elvira saber el de Rufina, y así por obligarla á esto, la dió parte de sus amores con don Antonio, si bien la calló el nombre, y, asimismo, la manifestó cómo aborrecía á don Esteban, aunque más la celebraba. Tras esto, la preguntó la causa de haberla traído allí su hermano. Ella se la dijo dilatadamente, sin que tampoco dijese el nombre de don Antonio, conque se aseguró doña Elvira de no ser cosa de su hermano. Desde allí adelante, se trataron las dos como muy amigas, con lo cual se determinó don Esteban á poner á doña Rufina por intercesora de sus amores. Mas ella le dijo que no se cansase,

porque doña Elvira tenía elegida persona de su gusto para esposo suyo.

Una noche, entre otras, que venía don Antonio á verse con doña Elvira, quiso doña Rufina ser curiosa y ver si conformaban las alabanzas que de su galán hacía, con la persona, y así, por un agujero que hizo en un tabique, pudo, á la luz de una bujía, ver á don Antonio en hábito de estudiante. Sabía de doña Elvira como había venido en su conocimiento con la desgracia que le había sucedido y el tiempo que había que asistía en Toledo, en el cual había llegado á posesión con su dama. Todo esto se lo había dicho ella. Pues como ahora le viese, quedó con su objeto, de modo que por un rato no pudo ser señora de sus acciones, más que quedarse sentada en una silla. Cobróse algo, y volviendo al agujero pudo ver los agasajos que doña Elvira hacía á don Antonio, y los que en correspondencia la hizo él. Con esto estaba la celosa dama para desesperar.

Sufrió cuanto pudo aquella pena por aquella noche; mas en llegando la mañana, hizo llamar á don Esteban, á quien dió cuenta del empleo de doña Elvira, y de como su galán era el mismo que á ella le había quitado la honra y negádole la palabra de esposo. Notablemente sintió don Esteban ésto, y entrambos, con los rabiosos celos de verse despreciados, se resolvieron en que don Esteban aguardase á don Antonio á que vi-

niese á verse con doña Elvira y que le sacase al campo desafiado, haciéndole cumplir la palabra que negaba. Hízole de nuevo doña Rufina relación del suceso de sus amores, con las circustancias que se ha dicho, y, asimismo, la del lienzo que le tomó con sangre de narices. Reparó don Esteban en esto, y de nuevo la preguntó dónde estaba su casa en Madrid y lo que le pasó con su galán aquella noche, y sabido todo de don Esteban, partió de la presencia de Rufina con ánimo de verse con don Antonio. Aguardóle aquella noche á la puerta de doña Elvira, y al tiempo de querer abrir el favorecido amante con la llave que él traía siempre, le impidió la acción, dándosele á conocer y sacándole á la puerta del Cambrón; después que allí le tuvo, le dijo estas razones:

—Señor don Antonio Tello: bien pensábades estar en Toledo encubierto sin que vuestro nombre se supiese; yo lo he sabido por el más extraño camino del mundo. Aquí os he sacado á que por ruegos os sirváis de cumplir la palabra que le distes á la señora doña Rufina que está en esta ciudad. Sus lágrimas, su firmeza, su calidad, y tener prenda viva de vos, os fuerza á que correspondáis á tanta obligación. De no lo hacer, vengo con presupuesto de que uno de los dos quede aquí sin vida: ved ahora lo que más bien os está.

Admirado dejó á don Antonio lo que á don Esteban oía, y más de ver que sus amores se supie-

sen y estuviese doña Rufina en Toledo, y así le respondió desta suerte.

—Señor don Esteban: á pasar por mí todo lo que decís, de haber dado palabra á la señora doña Rufina y deberle esas obligaciones de que como caballero debía cumplirlas, yo no hiciera nada en eso, puesto que tan de mi inclinación la amaba, pues no había cosa libre en mí, después que la conocí. Desalumbradamente entró la noche que me esperaba otro hombre en mi lugar, y en tanto que yo me eximí de encontrar con la justicia que averiguaba una cuestión en aquella calle, tuvo más dicha que yo, gozando la ocasión tan callada, que á mí se me atribuyó esto á disgusto, siendo como os digo, cosa tan deseada de mí, que cuando yo pidiera al cielo mujer de grandes partes para mi compañía, no la pudiera hallar como ella. Finalmente, el no conocido hombre, gozó la mayor beldad de la Europa, cosa que hoy lloro con grande sentimiento mío. No me estaba á mi reputación bien el casarme con ella después deste suceso, y así no acudía á su casa con las frecuencias que antes. Esto juzgó doña Rufina á desprecio, y más viéndome ausente dejándola preñada, dióme unas señas de haber dejado el que la gozó un lienzo de puntas en su poder con sangre de narices. En efecto, señor don Esteban, yo perdí el mejor empleo del mundo, juzgad vos si conociéndole le rehusara.

Más enterado del modo con que se le usurpó la

dicha á don Antonio, reconoció don Esteban ser él mismo quien había gozado la ocasión en su lugar; y así, con nuevas preguntas que le hizo, se aseguró más desto, confesando allí ser el deudor de la honra de doña Rufina, porque yendo aquella noche por la calle de Atocha se arrimó á una puerta y se le abrió, hallando allí una criada que le llamó con un nombre, que ahora se acordaba ser don Antonio, y él, fingiendo ser el que aguardaba, pudo gozar la ocasión, y estaba muy en acuerdo de que había perdido allí el lienzo con las señas que daban dél. Con esto el desafío redundó en paz de los dos, y concertando verse en otro día se fueron á reposar aquella noche.

Vino la mañana, buscó don Antonio á don Esteban y fueron á casa de don Juan de Rivera, á quien dieron parte del suceso. Don Esteban se vió con Rufina, y más en particular comunicaron los dos razones que habían pasado, con lo cual don Esteban se desposó con ella; y sabiendo don Juan quién era don Antonio, le dió por esposa á su hermana, gozándose largos años en paz.

Todos alabaron la novela á la hermosa Feliciana, y sucediéndola en su lugar don Leonardo, un caballero de lucido ingenio, dijo esta novela.

FIN DE LA NOVELA UNDÉCIMA

El premio de la virtud

A Rafael Darder, Justicia criminal de la ciudad de Valencia y su partido, en la suerte de los caballeros.

Si virtud es conocer siempre lo bueno, y serlo afecto, premio merecerá quien lo hace. Viendo sus partes de v. m. tan dignas de un perfecto caballero, ha sido en mí virtud amarlas, y así, en premio desto, no me debe v. m. negar el patrocinio desta novela que le dedico, intitulada *El premio de la virtud*. Cierto estoy que no la desestimará quien, si hubiera de tener el premio temporal que merecen sus partes, gozara muy grande lugar. Guarde el cielo el de más consideración á v. m. por los méritos que en su persona haya; téngale, después de muchos años de vida y acrecentamientos en su casa, como deseo.

Servidor de v. m.,

Don Alonso de Castillo Solórzano.

NOVELA DUODECIMA

Pavía, antigua ciudad del Estado de Milán, famosa por la insigne Academia de Letras que en ella hay, era patria de un rico ciudadano llamado Hortensio. Este, siendo casado con una principal señora de Novara, hubo en ella dos hijos; el mayor se llamó Renato y el menor Anselmo. Llegaron á edad bastante para que tomasen modo de vivir. El mayor se ocupó en acudir á las correspondencias de su padre que tenía con mercaderes de Génova, Saona y Milán, y el segundo siguió las letras en las escuelas de Pavía.

Sucedió morirse la esposa de Hortensio, de una repentina y grave enfermedad, con la cual quedó muy desconsolado sin su compañía. Si bien la de sus hijos (en particular Renato que es á quien más quería Hortensio) le era de gran alivio en su desconsuelo. Pasóse el año primero de su viudez, y los amigos de Hortensio trataron de que segunda vez tomase estado, casándose. A los principios lo rehusó, no admitiendo esta plática; mas con su continuación vino á sonarle bien y

dió lugar á que se le tratase casamiento con una dama moza y bizarra, desigual en edad, porque podía muy bien ser hija suya. Sintieron mucho sus hijos (en particular el mayor) que su padre hiciese este consorcio; mas viendo ser su voluntad hubieron de pasar por ello. Era Julia (que así se llamaba la esposa de Hortensio) muy dama, muy amiga de ser vista y de salir á todas las festividades públicas; de andar bizarra y finalmente, de tratar con las damas amigas. A todo esto (cosa que Hortensio sintió mucho); pero queríala tanto, que no la osaba ir á la mano ni hablarla palabra; culpa grande en los maridos, no atajar esto á los principios por no ver después de su resulta malos fines. Quería mucho Julia á su esposo, según las demostraciones que hacía, y porque veía lo mucho que amaba á su hijo Renato, mostrábale ella el mismo amor en lo exterior, si bien en lo interior más se pegaba de Anselmo.

Cuatro años se pasaron, en los cuales, con mayor edad, Hortensio vino á tener achaques de gota, y otros juntamente con éstos, que le impidieron el poder ser galán de su esposa como hasta allí. Con lo cual ella comenzó á traer cierto disgusto consigo, que se le echaba de ver, de que no poca pena sentía su esposo. Renato, las más veces ausentes, ya en Génova, ya en Milán, y con el manejo de la hacienda de su padre, trató de dar mala cuenta della con juegos y mujeres;

dos cosas que consumen más poderosos caudales que el que tenía su padre.

Avisaron á Hortensio sus correspondientes del modo que se portaba su hijo, y que si no le quitaba de lo que ejercía, en dos días no tendría ni hacienda ni crédito. Era tanto lo que el anciano padre le amaba, que no podía dar crédito á los que le acusaban; pero como en esto hubiese continuación y por experiencia viese quebradas algunas correspondencias que tenía, temiendo ruina le mandó dejar aquello y venirse á Pavía, poniendo en su lugar un hombre de prudencia y satisfacción, de quien se pudiese fiar. Mucho sintió Renato que, en medio de sus gustos, el mandato de su padre le apartase dellos, con conocimiento de su poco gobierno, y así hubo de obedecerle, y vínose á Pavía, á donde el anciano Hortensio le reprendió sus desórdenes y le mandó asistiese allí en su compañía, cosa que sintió no poco Renato.

Era el joven libre y atrevido, y viendo que había, á pesar suyo, de estar en Pavía, trató de jugar y enamorar como lo hacía en Milán, y para acudir á las dos cosas, no había escritorio ni cofre de su padre seguro, que á todos hacía llaves para robarle cuanto podía. Muchas veces echando de menos la falta del dinero, le reñía el padre, mas él estaba tan insolente, que diciéndole muchas inobediencias le volvía las espaldas y no dejaba de hacer su gusto. Diferente se portaba

Anselmo, que tratando de sus estudios, era el joven más compuesto que se hallaba en todo el estado de Milán, y con ver el padre esta virtud en él, y que no salía de su obediencia, le tenía tan hechizado el amor de Renato, que por él vendiera á Anselmo, si fuera menester, en tierra de infieles; ceguedad grande de padres, apasionarse por lo peor, y no hacer estimación de lo bueno.

La confianza de ser querido le daba alas á Renato para ser insolente y libre, de modo que un día llegó á perder al juego 1.000 escudos sobre la palabra. Para pagar éstos quiso hacer un hurto á su padre; pero su recato había puesto el dinero en buena guarda y no le halló Renato, como se pensó. Hizo para esto extrañas diligencias, y viendo que ninguna surtía efecto, se determinó pedir la cantidad á su padre con muy poca vergüenza. El pobre viejo, que estaba cansado de sufrir uno y otro hurto y de pagar cada día deudas y trampas suyas, le díjo que no quería darle ni un solo real y en esto se resolvió. Viendo esto Renato, y que no había modo para convencer á su padre, perdida la paciencia y el respeto paternal, embistió con el anciano Hortensio, y arrojándole en el suelo le quitó del cuello unas llaves pequeñas de sus escritorios, con las cuales, á pesar suyo, abrió el que era custodia del dinero que tenía en oro, y dél sacó toda la cantidad que en él había, que serían 8.000 escudos, con que se salió de su casa, dejando á su padre ce-

rrado en un aposento llorando esta desobediencia.

Fué esto en ocasión que Anselmo ni Julia no estaban en casa, que habían ido á un convento á una fiesta que en él se hacía. Venidos de ella, hallaron el uno á su padre, y el otro á su esposo afligido, y casi bañando en lágrimas sus blancas canas. Preguntóle Julia la causa de su sentimiento, y el viejo, temiéndose de que Anselmo quisiese vengarle, y por ello le viniese daño á Renato (tan ciego estaba de pasión), les dijo que su llanto era porque Renato se iba de Pavía para no volver tan presto. Quiso Anselmo salirle á buscar, mas su padre le mandó que no lo hiciese, cosa que, para lo mucho que le amaba, se le hizo novedad este despego. Renato, con el dinero tomado con tanta desobediencia á su padre, sin pagar los 1.000 escudos, que dejó debiendo (y después pagó su padre), se partió de Pavía á Florencia, donde le dejaremos hasta su tiempo.

La ausencia del querido hijo iba sintiendo Hortensio, de manera que sus achaques se le agravaron é impidieron salir de casa. No poco sentía su esposa, considerándose ya viuda en tanta mocedad, y que por asistir á la compañía de su esposo le había de privar de la de sus amigas y de salir á sus fiestas como hasta allí. Pasábalo acompañada de Anselmo, del cual, como viese en él partes de gentileza y discrección, se vino á enamorar con tan impetuoso amor, que no sosegaba, ni comía, ni dormía, sin tenerle siem-

pre en la memoria. Pasó algunos días con esta amorosa inquietud, entendiendo que se le quitaría; mas como la causa della la tenía siempre por objeto, cada día crecía más su pena, no sabiendo de qué modo pudiese manifestársela, por lo que temía se había de escandalizar Anselmo, acusándola de liviana. Tanto (finalmente) la apretó este lividinoso deseo y amorosa pena, que un día que se vió á solas con Anselmo, en un apartado cuarto del de Hortensio, le dijo estas razones:

—Anselmo (que no quiero llamarte hijo, pues implica á lo que has de decir de mí), ya que mi buena suerte me ha dado la ocasión como la podía desear, que es verme á solas contigo, te quiero manifestar un cuidado, declarar una pena, y dar parte de una aflicción que ha tiempo que me trae fuera de mí, sin reposar los días, ni sosegar las noches. Suspenso estarás y dudoso, deseando ver dónde ha de parar el fin de este discurso mío. Mas si conoces de tí las partes que el cielo te concedió en talle, en gracia y en discreción, tan alabadas de muchas damas de Pavía, que las gozan de lejos, ¿qué mucho que en quien tan continuamente las tiene presentes, y las contempla, con el conocimiento de lo que son hagan tal efecto que me obligue á decirte que te adoro, y que te he elegido por dueño de mi alma? Esta ha muchos días que la tienes en tu poder, trátamela bien y compadécete desta esclava tuya, que no tiene gusto sin tu vista, ni alivio sin tu memoria.

Admirado y absorto le dejaron á Anselmo las razones de su madrastra, de suerte que por un largo rato no pudo hablar palabra, más cobrándola, la dijo:

—No es posible señora y madre mía, sino que con esta persuasión tan extraña que causa horror quereís probar lo que hay en mi pecho, cuando mi obediencia y el respeto que os tengo, os debieran dar bastantes seguridades de que á mayores ofertas no se mudara mi condición, y más en cosa que ofendo al cielo gravemente, y en segundo lugar á quien me dió el ser, con el más atroz é incestuoso pecado que haya. Ya he conocido vuestro intento y tengo experiencia de vuestras burlas; otros modos hay en que ejercer el donaire, que en éste, aun así platicado, ofende los oídos.

Comenzó Julia á asegurarle que cuanto le decía era de veras, y que le amaba tiernamente; mas Anselmo, cerrándose los oídos, la dejó, y se fué escandalizado de lo que había dicho. Picada Julia más de Anselmo, cuanto vía que se le resistía, procuró verse con él otra vez á solas, en aposento algo más vecino al del anciano Hortensio, donde apretó más la dificultad en persuadirle. Mas el constante joven, afeándola su cuidado con razones libres, la dijo que se le quitase aquel frenesí, pues era tan dañoso para la salud de su fama y la honra de su padre. Con esto oyó dél muchos pesares, de suerte que las voces se

oyeron donde estaba Hortensio enfermo, y le pusieron en no poco cuidado.

Fuése Anselmo de la presencia de Julia, dejándola llorando tiernamente, y tan indignada de su desprecio, que todo el amor que había puesto en él se convirtió en mortal odio. Entró donde estaba Hortensio, y preguntándola la causa de las voces que daba, ella desalumbradamente le dijo que Anselmo perdido el respeto al cielo y á su padre, la solicitaba y aun quería hacer fuerza, cosa que dejó á Hortensio atónito y fuera de sí. Pudo oir esto una criada, y sin dilatarlo más fué á dar cuenta de la maldad á Anselmo, el cual viendo el peligro en que se hallaba, entró en un aposento de su padre, y descerrajándole un escritorio, pudo tomarle dél 1.000 escudos y partirse á Nápoles, dejando la profesión de las letras con intento de seguir la de las armas.

Llegó, pues, á aquella gran ciudad, paraíso de la tierra y lustre de nuestra Europa, donde con el dinero que llevaba hizo galas de soldado, y sentó plaza en la compañía de un caballero español, que se le aficionó, haciéndole su camarada. Procedió Anselmo con tanta prudencia y generosidad en la milicia, que en breve tiempo pudo llegar á ser alférez en la misma compañía donde se alistó, por muerte del que poseía la bandera. En este cargo estuvo ocupado dos años, siendo estimado y querido de los soldados por su afabilidad y generosa condición.

Sucedió levantarse en la campaña un bandolero llamado Reinaldo, trayendo más de 500 hombres de compañía, con los cuales ejecutaba muertes y latrocinios, sin haber caminante seguro. Pues para castigar á este hombre, mandó el virrey que cuatro compañías saliesen á la parte donde andaba haciendo insultos, y procurasen traerle preso ó muerto, ofreciendo un tallón de razonable interés. Cupo la suerte de ir á esta facción á la compañía de quien Anselmo era alférez. Habiendo tenido nuevas que parte desta gente facinorosa andaba nueve millas de Nápoles, salió por aquella parte en busca suya, anticipándose á las otras tres que le habían de seguir, y con la nueva cierta que llevaban caminaron con algún cuidado. Habían estado en un pequeño lugar, cosa de cincuenta foragidos, y hecho en él todo el daño que pudieron con que pasaron adelante. Cerca de aquí estaba una casa de placer que era de la marquesa Flora, cuyo era el lugar; aquí llegó la compañía á tiempo que cosa de docena y media de los que iban á buscar estaban procurando derribar la puerta de la casa. Esta la defendían de un balcón cuatro damas muy hermosas con muchas piedras que les tiraban.

Llegaron los primeros el capitán y Anselmo, que venían á caballo, y apeándose prestamente comenzaron á acuchillarse con los foragidos con mucho brío. Ellos, dejando la puerta, volvie-

ron los rostros á defenderse, á tan mal tiempo para el capitán, que uno le dió una cruel estocada con que le quitó la vida. Ya habían llegado cosa de treinta soldados, y viendo á su capitán muerto, entre ellos y el alférez, no se les escapó con vida hombre de cuantos allí hallaron. Abriéronles las puertas de la quinta, y entraron en ella por aguardar tiempo que llegase el resto de la compañía. Metieron allá el cuerpo del malogrado capitán, con no poco sentimiento de Anselmo, que era muy su amigo. Bajó la marquesa con sus damas al patio, lastimada del trágico suceso, y dió el pésame dél á Anselmo, diciéndole quien era; muy pagada dél, por haberle visto tan alentado con los foragidos, de que le dió las gracias por el favor que había recibido. Aunque Anselmo se halló con la pena de ver muerto á su capitán, pudo la hermosa presencia de la marquesa Flora hacer que reparase con cuidado en su belleza, y della nació quedar preso de sus amores. Dióse orden que en llegando la compañía se le diese sepultura al capitán en aquel lugar que habían dejado atrás, y que luego se prosiguiese con su camino.

En tanto estuvo de visita Anselmo con la marquesa, en la cual se le fué todo en alabar sus perfecciones, lisonja bien creída de las damas y principio de muchas aficciones. Flora estimó el favor que la hacía más aficionada á Anselmo, porque era joven de agradable presencia, gentil talle y

gustosa plática. Preguntóle si asistía en Nápoles, díjola que sí; mas que él gustara más de asistir siempre en su servicio. Ella le dió á entender que estaba de camino para irse á la ciudad, y que ahora con lo que le había sucedido con aquella gente aceleraría el propósito, por no verse en otra ocasión como aquella, pues por haberse ido sus criados á caza, se había quedado sola con sus criadas y un anciano escudero de ochenta años. Esforzó su intento Anselmo, suplicando le pusiese en ejecución, porque cuando él volviese á Nápoles la hallase allá. No desestimaba esta plática la marquesa, antes la oía con gusto, lo cual, como se lo conociese Anselmo, se atrevió á suplicarle que en Nápoles le permitiese dar lugar á que la visitase en su casa. Concedióle ésto la hermosa Flora con mucho gusto, y habiendo sido avisado Anselmo que estaba allí toda la compañía junta, se despidió de la marquesa.

Había mandado prevenir refresco para todos los soldados, el cual se le dió con mucha liberalidad, agradeciendo y estimando por ello el alférez el favor. Comieron un bocado en pie todos, y con el cuerpo de su capitán volvieron al lugar, donde se le dió sepulcro en muy honrado lugar, por mandado de la marquesa. De allí partieron, volviendo por la quinta donde Anselmo se despidió de Flora, viendo en sus ojos muestras de que le estaba aficionada. Hizo Anselmo una plática á los soldados, en que les dijo como por muerte de su ca-

pitán le tocaba gobernar aquella compañía, que en la voluntad no podía errar, que si las obras no le igualasen supliesen sus defectos. Todos dijeron que de tan gran soldado no se podía esperar otra cosa, que ellos iban muy gustosos en ir debajo de su obediencia. Esto agradeció mucho Anselmo, con lo cual partieron de allí en busca de los bandoleros, y fué tan buena la dicha de Anselmo, que antes de doce millas tuvo aviso como Reinaldo dormía en unos casares. Este se le dió uno de su misma compañía, que con promesa de su perdón se ofreció á ponérsele en las manos. Aseguróle el perdón Anselmo, y con esto aguardó allí á que le viniese el aviso segundo.

Era el sitio donde estaba un bosquecillo, dos tiros de ballesta de el casar donde dormía Reinaldo. Había aquella noche brindádose con sus camaradas, algo más de lo acostumbrado, y el vino y las viandas hicieron su efecto aumentándole el sueño, acostado al lado de su amiga que le acompañaba en la campaña. Aguardó el soldado que le vendía, ocasión en que todos estuviesen en quieto silencio, y fué á avisar á Anselmo, el cual, con toda su gente, cercó la casa y derribando las puertas della pudo, sin herida ni peligro alguno, hacer la prisión de Reinaldo, atándole de pies y manos á él y á doce camaradas, los más valientes de su compañía; facción que hacía muchos días que se deseaba hacer por el notable daño que este hombre hacía en el reino,

y había costado muchas vidas el quererle prender sin haber salido con ello. Con esta prisión muy contento Anselmo no quiso dejar de aguardar la ocasión de chocar con los soldados de Reinaldo, que habían de venir allí cosa de ciento por él, y así hizo á los suyos que en aquellos casares se escondiesen hasta ver la ocasión. Avisado por la caja, no tardó mucho la gente en venir, bien descuidada de lo que se les esperaba. Como venían con este descuido, hecha la seña de la caja, salieron los soldados prevenidos, y en breve tiempo desbarataron á los recien llegados, aunque no tan á su salvo, que no muriesen algunos de la compañía de Anselmo. De la de Reinaldo murieron más de la mitad y los otros fueron presos y maniatados. Hizo Anselmo buscar carros de un lugar cercano á aquellos casares, en que acomodó los presos, con los cuales dió la vuelta á Nápoles.

Ya el virrey tenía aviso de lo que había sucedido, estando el más contento del mundo, porque deseaba mucho haber á las manos á este bandolero. Todo Nápoles acudió al llano de palacio á ver la entrada de Anselmo, echándole mil bendiciones por haber hecho aquella prisión tan de importancia. Llegó, pues, Anselmo á palacio, con no poca dificultad por la mucha gente que había, y besó la mano al virrey, el cual le abrazó y agradeció mucho lo que había hecho. Hízole luego capitán de aquella compañía, de

que era alférez, y dióle el tallón, que eran 6.000 escudos, con otros dos de ayuda de costa. Desto repartió Anselmo buena partecon sus soldados, cautivándoles á todos las voluntades con tan generosa acción. Bien había visto la marquesa Flora la entrada de Anselmo, que con cuidado procuró estar donde la pudiese ver, holgándose mucho de ver el bizarro joventan galán, cosa que el aumentó la afición, yquisiera que su calidad fuera tal que igualara á la suya, para tenerle por esposo.

Con ser capitán Anselmo, y verse con dineros, hizo galas extraordinarias y costosas, vistiéndose de los colores que supo tener la marquesa, y con cuidado paseaba su calle, visitándola algunas veces, aunque pocas, por no dar que decir á sus deudos. Siempre halló en ella mucho gusto de ser servida de Anselmo, pero con más secreto que publicidad. Bien echó de ver Anselmo, que el no ser igual con la marquesa le privaba de que en público la sirviese, y lastimábase mucho desto; pero el cielo quiso premiar su virtud con guiar su dicha por camino que se le cumplió su deseo, y fué desta suerte.

Había en Nápoles un caballero anciano, muy rico, que se preciaba de deudo de la marquesa; y éste continuaba el visitarla muy á menudo, y queríale en extremo por haber sido muy amigo de su difunto padre. Pues como salióse de su casa de visitarla una noche, fué acometido de dos

hombres para quitarle la vida. Ceñía espada el buen caballero, pero eran sus años más de sesenta y seis, estaba falto de bríos, y en su compañía sólo traía dos pajecillos. Comenzóse á defender, mes á la primera ida le dieron una estocada, que aunque en soslayo le derribaron en tierra, pidiendo confesión. En esta sazón se halló nuestro Anselmo en la calle, que aguardaba ocasión para dar un papel á una criada de la marquesa Flora, y como viese la pendencia y al caballero en el suelo, poniéndose á su lado se comenzó á acuchillar con los que le ofendían, con tan buen aliento que de una estocada dió con el uno en tierra, y revolviendo sobre el otro, le alcanzó una cuchillada en la cabeza. A este tiempo salió gente con luces, con que el herido en la cabeza escapó huyendo, dejándose allí al compañero. Llegaron ministros de justicia, conocieron al anciano don César, que así se llamaba el caballero que estaba herido, y de la otra parte á don Carlos, un sobrino suyo que pedía confesión á voces. Bien pudiera Anselmo irse sin ser conocido, mas no quiso desamparar á don César; abrazóse con él, y por estar cerca la casa de la marquesa Flora, le entraron en ella, donde le pusieron en una blanda cama para ser curado. A don Carlos llevaron á su posada, dejándole en ella preso con guardas. Quisieron prender á Anselmo, mas no lo consintió don César, diciendo que él había sido su defensor contra su sobrino

(que lo era el don Carlos, y el que había huído), y que había de asistir á su cabecera hasta que Dios le llevase, si era su voluntad que él muriese de aquella herida, hecha con tanta alevosía. Quedóse Anselmo en forma de preso, acompañando á don César, con licencia de la marquesa Flora, la cual con ver que era con lícita ocasión, se holgó de que Anselmo fuese su huésped, asistiendo siempre á don César con mucho cuidado.

Hízose averiguacion de la pendencia por orden del virrey, y de la declaración que tomaron á don César, se supo que don Carlos y su hermano, sobrinos suyos, caballeros traviesos, le habían pedido cierta cantidad de dinero, y que por habérsela negado le habían querido matar, viendo que ellos eran los inmediatos sucesores á su hacienda, por ser hijos de su primo hermano. Con los testigos de la pendencia, se averiguó ser los dos contra su tío, y que don Carlos le había herido. Procuróse prender á su hermano, mas súpose que se había pasado á Venecia. Estuvo don Carlos sano, y fué desterrado por el virrey, del reino de Nápoles; esto por súplica de don César, que le quería el virrey cortar la cabeza.

Mientras don César estuvo en la cama, siempre Anselmo y la marquesa le asistieron, hasta que se levantó della; y como de sus conversaciones conociese el anciano caballero que se miraban bien, viendo la obligación que le debía á

Anselmo por haberle librado de la muerte, y á la marquesa su deuda, por haberle curado con tanto regalo, un día que los tres estaban á solas, les dijo estas razones:

—Como la ingratitud sea un vicio que Dios aborrece tanto, yo, por no incurrir en él, quiero con el agradecimiento pagar una deuda que no es menos que de la vida. Esta la debo al señor Anselmo, pues con su alentado valor pudo defenderme de mis alevosos sobrinos y ser causa de que no me matasen, perdiendo allí el vital aliento con duda de mi salvación. Yo no he tenido hijos que me hereden; mis bienes son libres; los forzosos herederos que á ellos tenían acción, la han perdido con la traición que contra mí intentaron. ¿A quién puedo más justamente, y con más razón, adoptar por hijo, que á quien debo mi ser después de Dios? Este me le ha dado Anselmo; él quiero que sea el heredero de mi hacienda, prohijándole, y que la goze desde luego; pero porque della participe quien me tiene sangre (esto dijo volviéndose á la marquesa), quiero que sea con condición que se case con vos, hermosa Flora. Las armas y las letras levantan las casas, y dan las calidades; bástele á Anselmo, cuando no os iguale, ser capitán y ya hijo mío, para que lo supla todo. Este es mi gusto, si el vuestro no fuere de dármele y admitirle por esposo, con la hacienda que le dejo no le faltará mujer rica y principal por su parte.

Anselmo llegó ya como hijo á besar la mano á don César, colmado de tantos favores. La marquesa consideró estarle bien casar con su gusto y ser señora de 200.000 escudos que tendría su deudo, y así aceptó la oferta que le hacía, con lo cual, habida licencia del virrey (que vino en ello con mucho gusto por lo bien que quería á Anselmo), se desposaron, quedando el gallardo joven hecho marqués, dueño de muy grande hacienda y esposo de una bellísima señora de lo mejor de Nápoles. Dió aviso desto á su padre en Pavía, á tiempo que había un mes que se le había muerto su esposa, declarando en lo último de su vida haber levantado aquel falso testimonio á Anselmo, por no haber condescendido con su torpe amor, cosa que escandalizó á todos. Hortensio mejoró de sus achaques y fué á ver á Nápoles á su obediente hijo. De Renato se supo haberle quitado unos ladrones la vida y el dinero, digno castigo á su inobediencia. Diferente en Anselmo, que por su virtud halló el premio que merecía. Llegó su padre á Nápoles, donde estuvo cosa de un año en compañía de su hijo, acabando allí la vida. Don César se retiró á un monasterio, donde murió santamente, y los dos marqueses se gozaron muchos años con mucho gusto.

Dió la ejemplar novela de don Leonardo mucho contento á todos, y por estar prevenidos para ver una máscara (remate de la fiesta de aquellas juntas), no se la alabaron largo tiempo.

Habían doce caballeros vestídose de indios, lucida y ricamente, y de cuatro en cuatro, con hachas en las manos, hicieron su entrada al son de un sonoro juego de violones. Hicieron curiosos lazos sin dejar las hachas, y en segundo son remataron en baile la fiesta, que duró grande rato, dejando muy gustosos á todos. Era ya la media noche, y prevenidas hachas, coches y caballos, despidiéndose todos de don Gastón y de sus hermosas hijas, se fueron á sus posadas, quedando de concierto que para las Carnestolendas que esperaban, habían de continuar aquel entretenido ejercicio.

Con esto da fin el autor á este volumen, deseando salga á gusto de los lectores, para dar presto á la estampa *El coche de las estafas*, que tanto ha que tiene prometido.

LAUS DEO, HONOR ET GLORIA

ÍNDICE

	Págs.
APROBACIÓN	4
PRÓLOGO	5
NOCHE PRIMERA	10
Las dos dichas sin pensar	12
La cautela sin efeto	59
NOCHE SEGUNDA	107
La ingratitud y el castigo	109
El inobediente	161
NOCHE TERCERA	206
Atrevimiento y ventura	209
El bien hacer no se pierde	232
NOCHE CUARTA	269
El pronóstico cumplido	273
La fuerza castigada	304
NOCHE QUINTA	339
El celoso hasta la muerte	341
El ingrato Federico	367
NOCHE SEXTA	395
El honor recuperado	397
El premio de la virtud	419

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA «IMPRENTA IBÉRICA» Á CARGO DE ESTANISLAO MAESTRE, Á LOS TREINTA DÍAS DEL MES DE NOVIEMBRE DE MCMVI.

Calle de las Pozas, núm. 12

LS.C.
C6917
89419
Author
Title Coleccion selecta de antiguas novelas españolas

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU